
JULIA
SALVADOR
MIENTE
UN POCO... DEMASIADO
SUSPENSE &
SENTIMENTS

MIENTE UN POCO…
DEMASIADO

JULIA SALVADOR

Miente Un Poco... Demasiado

Título original: Il ment un peu Beaucoup
© Julia Salvador, 2025
© Suspense et Sentiments®, 2025

Diseño de portada: Julia Salvador Thrillers

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.
Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora.
Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

www.julia-salvador.fr
contact@juliasalvadorthrillers.com

CONTENTS

En exclusiva
Parte I
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Parte II
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Parte III
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Epílogo

Nota del autor
Final alternativo

EN EXCLUSIVA



El final alternativo *(nota después del epílogo)*

PARTE I

Alice

PRÓLOGO

Drama en Versalles: una pintora en estado crítico (Le Parisien, 21 de junio de 2023)

La pintora Alice Sterenn, de 32 años, ganadora del prestigioso Premio Pierre Cardin en 2016, fue encontrada gravemente herida en la noche del 19 al 20 de junio en su domicilio del barrio de Saint Louis, en Versalles.

Las circunstancias exactas de la agresión siguen sin esclarecerse. Alice Sterenn fue trasladada de urgencia al hospital de la Pitié-Salpêtrière, donde permanece en estado crítico. Lamentablemente, el presunto agresor o agresores se cobraron otra víctima esa noche, lo que agrava los hechos y añade urgencia a la investigación.

Según los primeros datos recogidos por las fuerzas de seguridad, los daños materiales ascenderían a varias decenas de miles de euros. «Además de objetos de valor, los delincuentes se llevaron numerosos bocetos, obras inacabadas y material profesional», se precisa.

La noticia ha conmocionado al mundo artístico parisino. «Estoy desolada», confiesa Tomiko Delgado, su galerista. «Alice es una artista polifacética e hipersensible que nunca ha tenido miedo de reinventarse. Explora territorios muy personales... Su pintura apenas empezaba a encontrar su propia voz». Figura discreta pero respetada de la escena artística parisina, Alice Sterenn comparte su vida desde hace tres años con el arquitecto Hugo Le Treuvier.

Aunque ha preferido mantener su nombre artístico, su universo creativo parece reflejar últimamente el de su marido.

Prueba de ello es *Reflets intérieurs*, su última exposición, que supone una notable incursión en la abstracción. Una evolución que no ha dejado indiferente al sector: algunos ven en ella la influencia evidente de las obras arquitectónicas de su célebre marido, mientras que otros lamentan que la artista se aleje de su estilo personal. Un giro artístico que divide opiniones, pero que no deja a nadie indiferente.

En el plano médico, las noticias siguen siendo preocupantes. «La señora Sterenn sufrió un traumatismo craneoencefálico grave con hemorragia cerebral masiva», declara el profesor Zajac, jefe del servicio de neurocirugía. «Tuvimos que intervenir de urgencia para detener la hemorragia y reducir la presión intracraneal». La operación, que se prolongó durante varias horas, fue especialmente delicada.

Se ha abierto una investigación para esclarecer las circunstancias de esta trágica noche.

Ola de violencia en los barrios acomodados: crece la inquietud (La Semaine de l'Île-de-France, 25 de junio de 2023)

Las fuerzas de seguridad se enfrentan a un preocupante recrudecimiento de las agresiones violentas en los barrios pudientes de Île-de-France. «Los recientes acontecimientos del barrio de Saint Louis ilustran una alarmante escalada de violencia», declara el comisario Douramont. «Observamos que los robos son cada vez más violentos. Esta misma semana, lo que debería haber sido un simple robo ha acabado en homicidio. Esta situación es inadmisible».

Los vecinos del barrio están consternados. Una vecina relata: «Normalmente, aquí se está muy tranquilo... Esa noche oí ruidos, pero nunca te esperas algo así...». Se interrumpe, visiblemente afectada. «Esta calle era tan tranquila antes...». La policía pide a los residentes que extremen las precauciones.

Alice Sterenn sale del coma: aún queda mucho camino por recorrer (20 minutos - 22 de agosto de 2023)

¡El mundo del arte por fin puede respirar aliviado! Tras cuatro semanas de angustia, la esposa del arquitecto Hugo Le Treuvier ha

abierto los ojos. La artista, víctima de una violenta agresión el pasado mes de junio, ha recuperado la consciencia en la Pitié-Salpêtrière, donde fue ingresada de urgencia la noche del drama. Según nuestras fuentes, la artista sufre una importante pérdida de memoria. «No recuerda nada de la agresión», nos confiesa una fuente cercana al caso. Una amnesia que podría ser temporal, pero que complica la investigación. Su marido se muestra optimista pese a las incertidumbres. «Lo importante es que ha vuelto con nosotros», confiesa. «Quizá sea mejor que no recuerde lo que pasó esa noche. Ya tiene bastante con lo que tiene que afrontar». Mientras los médicos se muestran cautos sobre su pronóstico, una pregunta está en boca de todos: ¿recuperará Alice Sterenn algún día la memoria de aquella fatídica noche?

Los investigadores así lo esperan, mientras el misterio se hace cada vez más denso en torno a este caso que cautiva tanto a los amantes del arte como a los aficionados a los enigmas policiales...

EXCLUSIVA: la pintora Alice Sterenn sale por fin del hospital: ¡120 días de investigación y todavía sin pistas! (Paris Match, 24 de octubre de 2023)

Cuatro meses después de la terrible agresión que conmocionó al mundo del arte parisino, Alice Sterenn se dispone a pasar página. La artista, cuya ausencia sigue notándose en la escena cultural, regresará en los próximos días a su espléndida residencia de Versalles. «Alice ha demostrado una fortaleza excepcional», nos confiesa su marido, el arquitecto Hugo Le Treuvier, visiblemente emocionado. Una fuente cercana a la pareja nos revela que la convalecencia será aún larga para ella, que sigue esforzándose por reconstruir el puzzle de aquella trágica noche.

En el servicio de Medicina Física y Rehabilitación de la Pitié-Salpêtrière, donde la pintora ha realizado innumerables sesiones de fisioterapia y rehabilitación cognitiva, se aplaude su espectacular progreso. Su galerista y amiga, Tomiko Delgado, mantiene la esperanza: «El día que Alice vuelva a coger los pinceles será un renacimiento».

Desde los despachos de la policía judicial de Versalles hasta las galerías parisinas, persiste la misma pregunta: ¿quién podía tenerle

tanto rencor a esta discreta figura del mundo artístico? El misterio sigue intacto en cuanto a las circunstancias de la agresión, mientras la investigación continúa con la máxima discreción. Entretanto, en la intimidad de su casa de Versalles, una creación de su marido, el arquitecto Hugo Le Treuvier, Alice Sterenn se prepara para cerrar este oscuro capítulo de su vida.

1

Qué extraño. Llevo semanas esperando este momento, el día en que por fin podría volver a casa. Y ese día ha llegado. Debería sentir más alegría, más alivio ante la idea de abandonar por fin el hospital. Pero no es así. Aun así, finjo normalidad e intento esbozar una sonrisa de circunstancias ante mi marido y mi mejor amiga, Tifenn.

—¿Te ayudo? —pregunta Hugo.

Niego con la cabeza. Una sensación extraña me invade mientras me pongo la ropa que me ha traído. Unos vaqueros y un jersey que parecen pertenecer a otra persona; me quedan enormes en este cuerpo consumido.

Siento la mirada de Hugo clavada en mí. Permanece a escasos centímetros, como si quisiera asegurarse de poder sujetarme si perdiera el equilibrio. Todavía me ocurre. Esta escena me recuerda al día en que recuperé la consciencia. Aquel día también estaba allí, en mi habitación. Su rostro mostraba una mezcla de alegría e incredulidad, y también algo más... inquietud, creo. Como ahora.

Me agacho para atarme los zapatos, pero me tiemblan las manos y la tarea se vuelve imposible. Hugo se acerca para ayudarme.

—Déjala —interviene Tifenn con dulzura.

Pero mi marido, con una rodilla en el suelo, ya ha cogido los cordones para atármelos. Me habría gustado hacerlo yo sola. ¿Por qué no lo entiende? Tifenn se mantiene a distancia, dejándome

hacer las cosas a mi ritmo. Pero Hugo es incapaz. Siempre tiene que controlarlo todo. Sus intenciones son buenas, pero su solicitud me asfixia. Me entran ganas de pedirle que me espere fuera, en el pasillo o donde sea, que puedo arreglármelas perfectamente sola. Aunque no es verdad. Sé que mis movimientos son torpes y que me desplazo con lentitud.

Mi fisioterapeuta dice que he progresado muchísimo y que no debo desanimarme. He tenido que volver a aprenderlo todo como un bebé, pero no puedo evitar compararme con la que era antes. Sería más fácil si hubiera perdido la memoria por completo. En realidad, sí la he perdido en parte: padezco amnesia, pero no lo he olvidado todo. Sé quién soy y reconozco a mis seres queridos. Los únicos recuerdos que se han borrado son los de la noche en que me agredieron.

Me contaron que estuve un mes entero en coma profundo. ¡Un mes! Cuando desperté, me pareció que solo había transcurrido una noche. Me cuesta creer que el mundo haya seguido girando sin mí. El impacto de esa revelación fue devastador. No podía asimilar que hubiera pasado tanto tiempo, que me hubiera perdido tantas cosas. Debería estar agradecida por seguir viva. Es como si me hubieran concedido una segunda oportunidad. Pero no consigo sentirlo así.

El doctor Vergnan, mi psiquiatra, dice que es normal que me sienta deprimida. Tengo que seguir viéndolo una o dos veces por semana. Me ha recetado medicación que supuestamente me ayudará a superar el trauma. Ese es el término que usa. Pero yo no me siento traumatizada. Me siento vacía y no entiendo por qué. Como no recuerdo la agresión, no debería sentir este vacío. Sin embargo, mi mente se resiste a sanar, a pasar página. Al menos, eso es lo que percibo.

—¿Lista? —me pregunta Hugo.

Me ofrece el brazo como haría para ayudar a una anciana a cruzar la calle. El gesto debería conmoverme. En cambio, siento cómo crece mi irritación.

—No hace falta, puedo sola.

Se adelanta para abrir la puerta de la habitación que estoy a punto de dejar atrás. El pasillo bulle de actividad. Médicos,

enfermeras y auxiliares se apartan enseguida para dejarme paso. Algunos sonríen con calidez, otros se muestran más distantes.

Una vez más, mi mente me transporta a aquel día en que, al abrir los ojos, descubrí con desconcierto que yacía en una cama de hospital, sin tener la menor idea de qué me había llevado hasta allí. Las siluetas danzaban a mi alrededor como sombras borrosas, sus voces se fundían en un murmullo incomprensible. Mi cerebro, aún embotado por los sedantes, luchaba por comprender la realidad. Entonces, la niebla que me envolvía comenzó a disiparse y aparecieron los rostros. Primero el de Hugo, después el de Tifenn. Estaban uno junto al otro a los pies de mi cama. Otras personas que no conocía habían entrado en la habitación. Enfermeras y médicos a los que veía por primera vez, pero que me sonreían y me hablaban como si me conocieran de toda la vida. Les devolví la sonrisa, creo, o al menos lo intenté.

Ya entonces tuve esa extraña sensación. Como si alguien más debiera estar allí. Una presencia de la que no guardaba ningún recuerdo, pero cuya ausencia me inquietaba de forma inexplicable.

Hoy, cuatro meses después, mientras me dispongo a abandonar el hospital, esa misma sensación vuelve a apoderarse de mí. Entre todos esos rostros que se han vuelto familiares a lo largo de las semanas, falta uno. Y el corazón se me encoge al pensar que esa persona no está aquí para despedirse.

2

El viaje de vuelta se me hace eterno. El olor del hospital, ese olor a desinfectante que no sabría describir, todavía perdura como si se me hubiera quedado pegado a la piel. Me acomodo en el asiento del copiloto. Hugo, en silencio, se concentra en la carretera. La tensión entre nosotros es palpable, pero no sé cómo romperla. Parece incómodo desde que salimos del hospital. Por el retrovisor, Tifenn me lanza una mirada cómplice. Esos dos nunca se han llevado bien. Al menos mi coma habrá servido para acercarlos un poco.

—Deberías descansar.

La voz de Hugo resuena en el habitáculo y nos sobresalta a las dos.

—¡Como si no hubiera dormido bastante! —exclama Tifenn, fulminando a Hugo con la mirada.

Mi marido frunce el ceño mientras yo intercambio unas palabras con ella. Me alegro de que esté aquí, pero no quiero verlos discutir.

—La verdad es que me siento un poco aturdida. Tengo que volver a acostumbrarme a todo este jaleo —digo mientras observo el desfile incesante de viandantes por las aceras.

Llevamos unos cinco o diez minutos atascados.

—Habría sido más rápido coger el metro —añade Tifenn.

Hugo suspira. Sus dedos aprietan el volante con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Lo siento —dice—. Ha sido mala idea venir a recogerte en coche.

Tifenn se dispone a rematar la faena, pero enciendo la radio. Con unos pocos clics encuentro la emisora de jazz que me gusta escuchar cuando pinto. Nadie habla y cierro los ojos, mecida por la música. Me imagino en la ducha, en nuestro cuarto de baño. El agua templada corriendo por mi cuerpo y mis músculos relajándose.

Cuando abro los ojos, la radio está apagada. Reconozco enseguida la carretera que lleva a casa.

Lo primero que me llama la atención son los árboles. Es extraño verlos desnudos, sin hojas. En mis recuerdos, estaban verdes. La primavera tocaba a su fin y llegaban los primeros calores del verano. El otoño está ahí para recordarme el tiempo que he perdido o, mejor dicho, que me han robado.

Lo segundo es la ausencia de Tifenn. Vive a pocas calles de nuestra casa y Hugo la ha dejado por el camino. Me habría gustado que se quedara, pero seguramente pensó que Hugo y yo querríamos estar a solas. Nada más lejos de la realidad. Me da miedo quedarme sola con él. No sé por qué. No creo que sea cosa mía. Él no está como siempre. Es como si tuviera que decirme algo importante, pero no se atreviera.

—Ayer vino la policía a verme —dice entonces, como si me hubiera leído el pensamiento.

Doy un respingo, haciendo crujir el cuero del asiento.

—¿La policía? ¿Qué querían?

—Saber si recordabas algo.

Hugo parece esperar que responda a esa pregunta ahora mismo.

—No, sigo sin recordar lo que pasó esa noche.

Aparta la vista de la carretera, como para comprobar si digo la verdad. Al menos, esa es mi impresión.

—Eso es lo que les dije.

Me hundo en el asiento. Dos policías han venido a verme varias veces al hospital. Por cierto, es raro que ahora se dirijan a Hugo en lugar de venir a hablar conmigo directamente. Están investigando una serie de robos. Al parecer, ha habido otros después del de

nuestra casa, pero, que yo sepa, ninguna de las víctimas ha acabado en urgencias con el cráneo fracturado.

Estoy a punto de añadir algo cuando nuestra casa aparece por fin al final de la calle.

Se alza como un ovni varado en medio de nuestro barrio. Su estilo vanguardista había levantado ampollas en el vecindario, por decirlo suavemente. Algunos lo consideraban una obra maestra; otros, una aberración. Las asociaciones de defensa del patrimonio histórico incluso habían presentado una denuncia, alegando que desentonaba con el entorno.

De todos nuestros vecinos, la señora Amauris, con quien compartíamos medianera, fue la más beligerante. Probablemente habría conseguido que tiraran nuestra casa si sus hijos no hubieran decidido que era hora de llevarla a una residencia. Su fallecimiento poco después me entristeció, a pesar de nuestras diferencias. Sin duda, habría preferido terminar sus días junto a sus rosales, y es un sentimiento que puedo entender.

Esta casa es mi regalo de boda, una sorpresa de mi marido, que es arquitecto. Un regalo envenenado en más de un sentido. Nunca me atreví a confesarle que no me gustaba. No se puede rechazar un regalo de semejante valor, y mucho menos devolverlo como si fuera un jersey que no te queda bien. Pero esta casa futurista me resulta demasiado fría, demasiado impersonal. Con sus enormes ventanales, siempre he tenido la sensación de estar expuesta como un maniquí en un escaparate, sin verdadera intimidad.

A pesar de todo, me alegro de recuperar mis cosas, mis puntos de referencia. Sobre todo mi estudio, en la última planta. Probablemente sea la única habitación en la que me siento realmente a gusto. Un espacio solo para mí, donde puedo perderme entre mis lienzos.

El coche se detiene por fin junto a la acera.

Entonces mi mirada se clava en un cartel de «Se vende» colgado en nuestra verja. Lo miro con incredulidad antes de volverme hacia mi marido.

—¿Qué significa esto? —pregunto con voz temblorosa.

Él suspira y se pasa la mano por el pelo. Parece agotado.

—Alice, ya lo hemos hablado. Fue idea tuya mudarnos, ¿no te acuerdas?

Lo miro atónita. No, no lo recuerdo en absoluto. ¿Cuándo habríamos tomado esa decisión? ¿Y por qué?

—Bueno... nunca me ha gustado esta casa, es cierto, pero de ahí a querer mudarnos...

Hugo parece avergonzado, casi preocupado.

—Tomamos esa decisión unos días antes... antes del robo —dice entonces, evitando cuidadosamente la palabra «agresión».

Se instala un silencio pesado entre nosotros. Busco en mi memoria algún indicio, algún recuerdo de esa conversación, pero es inútil.

—Venga, no le des más vueltas. Mejor entramos, que aquí nos estamos helando.

Sale del coche y se dirige hacia la verja para abrirla. Me quedo sentada un momento, todavía conmocionada. Luego acabo siguiéndolo por el camino.

Es entonces cuando me fijo en los parterres de flores marchitas. Nadie los ha cuidado durante mi ausencia. Se me empañan los ojos cuando, de repente, un movimiento atrae mi mirada hacia la casa de al lado. Un hombre está de pie en la entrada y me observa. Nuestras miradas se cruzan y él me saluda con la mano, con aire amistoso.

No lo reconozco. ¿Un nuevo vecino? No recuerdo haberlo visto antes.

—¿Alice? ¿Qué haces? —me llama Hugo desde la puerta.

Vuelvo a mirar hacia la casa de al lado, pero el hombre ya no está.

3

Nada más cruzar el umbral, me envuelve el olor característico de nuestro hogar, una mezcla de ambientador y productos de limpieza. Martine, la asistenta, seguramente haya pasado antes de mi regreso. Es familiar y, sin embargo, algo ha cambiado. Miro a mi alrededor como si volviera de un largo viaje. Pero en lugar de una maleta llena de recuerdos de vacaciones, solo cargo con las imágenes borrosas y dolorosas de mi estancia en el hospital.

Avanzo despacio por el salón, rozando con los dedos los muebles y los adornos. Algunos objetos han desaparecido y han sido sustituidos por otros. Una lámpara nueva preside la estantería donde antes había una escultura que me gustaba especialmente. Los estantes parecen haber sido reorganizados.

—¿Estás bien, Alice? —me pregunta Hugo con preocupación.

Me giro hacia él, con la mirada perdida. Es aquí, en el salón, donde un desconocido, tras entrar en nuestra casa, me robó cuatro meses de mi vida.

—¿Recuerdas algo? —insiste Hugo, con los ojos clavados en mí, como si intentara leerme el pensamiento.

Niego con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. No recuerdo nada, esa es la verdad. Y, para ser sincera, no quiero recordar. Solo quiero olvidar, pasar página y retomar mi vida. Pero en el fondo sé que no será tan fácil. Hugo parece dudar, pero no insiste.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo?

Hago una mueca. Cocinar nunca ha sido su fuerte.

—O podemos pedir algo, si lo prefieres.

—No, gracias, quizá más tarde. Necesito estar sola.

Lo necesito para reorientarme en este entorno que me resulta a la vez familiar y extraño.

—Voy a subir a mi estudio —añado mientras me dirijo hacia las escaleras.

Hugo se acerca, preocupado.

—¿Quieres que te acompañe?

Su solicitud me molesta, aunque me esfuerzo por no demostrarlo. Sé que quiere hacer lo correcto. Pero desde que salí del coma, se comporta como si fuera una muñeca de porcelana a punto de romperse al menor golpe.

—No, no hace falta. Creo que puedo arreglármelas.

Él asiente, visiblemente contrariado.

—Vale. Estaré en mi despacho, justo al lado. Dejaré la puerta abierta, así que si necesitas algo, llámame.

Subo despacio las escaleras que llevan a la tercera planta, con la mano rozando la barandilla de acero cepillado. Al llegar a la puerta de mi estudio, me detengo un momento, sin aliento. Es la única habitación que tiene cerradura electrónica, la única exigencia que puse cuando nos mudamos. Hugo diseñó nuestra casa como un espacio abierto y fluido, bañado por la luz natural, con un mínimo de paredes opacas. Esa sensación de libertad, esa conexión con el entorno exterior que buscaba, también se reflejaba en la ausencia de cerraduras en las puertas interiores. Un concepto arquitectónico del que se enorgullece y que destaca con gusto en las entrevistas con la prensa especializada.

Frente al teclado numérico, mi mano duda un instante antes de marcar nuestra fecha de boda. La luz roja parpadea. Acceso denegado. Quizá fui demasiado rápida. Vuelvo a intentarlo, pulsando las teclas una a una. Nuevo rechazo. Qué ironía: esa cerradura electrónica que tanto había deseado ahora me parece un nuevo obstáculo. Imposible recordar el código. Se me pasa por la cabeza que Hugo pudiera haberlo cambiado durante mi hospitalización.

Entonces, lo recuerdo. Lo había modificado poco antes del ataque, sustituyendo la fecha de nuestra boda por la de mi primer premio artístico.

Mis dedos temblorosos teclean los nuevos números. Esta vez, la luz se pone en verde, seguida del familiar clic de la cerradura. Pero mi alivio dura poco. Después de cuatro meses de ausencia, casi me da miedo lo que voy a encontrar detrás de esa puerta. Este estudio es mi santuario, el único lugar donde me siento a salvo.

¿Y si, como el resto de la casa, hubiera cambiado mientras yo no estaba?

Sacudo la cabeza y bajo el picaporte. Al empujar la puerta, me invade una oleada de emoción. Aquí no ha cambiado nada. Mis lienzos, mis pinceles, mis tubos de pintura, todo está exactamente como lo dejé, incluso los bocetos esparcidos por mi escritorio.

Me acerco despacio al caballete, donde sigue presidiendo el último lienzo en el que estaba trabajando antes del ataque. Un paisaje apenas esbozado, trazos difusos y colores inciertos. Un poco como mis recuerdos de aquella noche.

Me siento en mi taburete y contemplo el cuadro inacabado. De repente, me asalta un deseo irrefrenable de pintar. Como si, a través de mis pinceles, pudiera exorcizar mis demonios, llenar los vacíos de mi memoria y devolverle sentido a mi existencia.

Retiro el cuadro y lo sustituyo por un lienzo en blanco. Mis dedos rozan la superficie rugosa, apreciando su textura. Siempre me ha gustado este momento, este instante suspendido antes de ponerme a trabajar, cuando todo es aún posible.

Pero cuando cojo un trozo de carboncillo, lista para trazar un primer boceto, algo me detiene. Una aprensión sorda, un miedo visceral a no estar a la altura. ¿Y si la agresión me hubiera robado más que unas cuantas semanas de mi vida? ¿Y si también me hubiera arrebatado mi talento, mi inspiración?

Giro en mi taburete, apartando la mirada del lienzo en blanco que parece burlarse de mí. A través del ventanal, tengo una vista panorámica de la casa vecina, la de la señora Amauris. ¿Cuántas veces, durante mis descansos, he tomado el té mientras veía a la anciana hablar con sus rosales como si fueran sus nietos? No podía

oír lo que les decía, pero me gustaba imaginar que les contaba historias de su juventud o les confiaba sus secretos.

Hoy no es a la señora Amauris a quien sorprendo en el jardín. En su lugar está el hombre con el que me crucé al llegar. De repente, levanta la cabeza en mi dirección, como si hubiera sentido mi mirada. Nuestras miradas se cruzan por un breve instante y siento una extraña inquietud, como si mi cuerpo supiera algo que mi mente ignora.

Su expresión es difícil de interpretar, pero parece esperar algo de mí, como una señal de reconocimiento. Busco en mi memoria, tratando de recordar si lo he visto antes. Su rostro me resulta familiar, pero no consigo situarlo. ¿Es alguien a quien conocía antes de mi agresión? Imposible recordarlo.

El hombre no se mueve, así que, instintivamente, me alejo del ventanal para escapar de su mirada. De repente, siento la urgente necesidad de encontrar a Hugo.

Salgo del estudio y bajo corriendo las escaleras. En la planta baja, la puerta del despacho está entreabierta y oigo la voz apagada de Hugo. Parece estar hablando por teléfono, sin duda con un cliente.

Me quedo delante de la puerta, sin atreverme a molestarle mientras trabaja. Además, no me veo capaz de hacerle preguntas sobre nuestro vecino. Si resultara que se supone que debo conocerlo, eso no haría más que aumentar la preocupación de Hugo por mí.

De repente, me invade una sensación de soledad. Sé que mi marido tiene que trabajar, pero me hubiera gustado que se quedara a mi lado, que me ayudara a reapropiarme de nuestra casa. En cambio, me encuentro sola, deambulando por esta gran casa que, tras cuatro meses de ausencia, ya no me resulta tan familiar.

¡Basta ya de pensamientos negativos! Tengo que dejar de darle vueltas al pasado.

Sentada frente al televisor, conecto mis auriculares Bluetooth para no molestar a mi marido. Mis dedos se mueven rápidamente sobre el mando a distancia, buscando un programa que me distraiga. Una película, una serie, cualquier cosa que me haga

olvidar, aunque solo sea por un momento, los acontecimientos de los últimos meses.

Pero, a pesar de mis esfuerzos, no consigo concentrarme en la pantalla. Mi mente no deja de divagar, de volver a mi agresión y a esas preguntas sin respuesta que me atormentan. Uno de los policías encargados de la investigación me explicó que se trataba de un robo que había salido mal. Un intruso que entró en mi casa y perdió los nervios... Un eufemismo si pienso que casi me mata.

Pero ¿por qué se ensañó conmigo si seguramente no opuse resistencia? Quizá esta pregunta ni siquiera tenga sentido. Al fin y al cabo, algunos actos de violencia no necesitan justificación, son gratuitos, sin más. Y eso los hace aún más aterradores.

Cierro los ojos y respiro hondo. No, no puedo dejarme llevar por las emociones. Ahora no. Debo concentrarme en el presente, en mi recuperación. En cuanto al resto —la investigación, las respuestas—, debo aprender a dejarlo estar. No puedo controlar lo que no depende de mí.

Me obligo a volver a centrar mi atención en la pantalla gigante, tratando de perderme en las imágenes y los sonidos que desfilan ante mí. Y durante un instante, solo un instante, casi lo consigo, sumergida en una serie coreana. Es una comedia fantástica que había empezado a ver antes de mi agresión. La historia de una joven que es absorbida por un manhwa y conoce al héroe de su serie favorita.

El episodio termina y el siguiente comienza automáticamente. Pero apenas unos segundos después del final de los créditos, la imagen se vuelve borrosa de repente. Aparecen interferencias en la pantalla, como si alguien hubiera pulsado el mando a distancia para cambiar de canal.

Cuando la imagen por fin se estabiliza, las escenas románticas han dado paso a las imágenes violentas de un thriller: hombres armados persiguen a una mujer aterrorizada por un callejón oscuro.

Me incorporo de un salto, convencida de haber pulsado accidentalmente el mando a distancia. Pero este sigue sobre la mesa baja, exactamente donde lo había dejado. Perpleja, lo cojo y vuelvo

a poner la serie. La sonriente heroína vuelve a aparecer en la pantalla.

Apenas tengo tiempo de volver a sentarme cuando la imagen se distorsiona de nuevo. El thriller reaparece, aún más violento. Se oyen disparos, puntuados por gritos desgarradores. La cámara se detiene en una mujer tendida en el suelo, en su herida abierta. La sangre que brota de ella me produce náuseas.

Cambio de canal frenéticamente, tratando de encontrar mi serie, pero es inútil. La película de suspense se impone, como si una fuerza invisible hubiera tomado el control de mi televisor para obligarme a ver esas imágenes aterradoras.

Con las manos temblorosas, acabo apagándolo. El silencio se apodera de repente del salón, casi ensordecedor tras el estruendo de los disparos y los gritos.

Me quedo allí, sentada en el sofá, con la mirada clavada en la pantalla negra. Intento racionalizar lo que acaba de pasar. ¿Un problema de red? ¿Un fallo del servicio de streaming? ¿O es mi mente la que me juega una mala pasada, mezclando realidad y ficción, recuerdos traumáticos e imágenes de series?

Sacudo la cabeza, tratando de alejar este último pensamiento. No es el momento de dejar que mi imaginación se desboque. Solo es un problema técnico, nada más.

Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos por razonar, persiste una sensación de malestar, como una sombra acechando en un rincón de mi mente. ¿Y si este fallo no fuera algo fortuito? ¿Y si algo, o alguien, estuviera intentando enviarme un mensaje?

—¿Alice? ¿Estás bien?

La voz de Hugo me sobresalta. Se acerca y se coloca detrás del sofá. Me pone las manos sobre los hombros y empieza a darme un masaje, pero estoy demasiado tensa para relajarme.

—Vaya, no sabía que te gustaran este tipo de películas —me dice con sorna—. Yo que pensaba que solo te gustaban las comedias románticas.

Me quedo paralizada al ver que la televisión se ha vuelto a encender. Porque la había apagado, ¿no?

—Eh...

No sé qué decir, pero está claro que a Hugo no le interesa mi respuesta. Ya se ha alejado hacia la encimera de la cocina y abre los armarios uno tras otro.

—Le dije a Martine que hiciera la compra, pero se le habrá olvidado —dice mientras coge su móvil—. Vamos a pedir algo. ¿Qué te apetece?

—No sé. Elige tú.

Era la respuesta que parecía estar esperando, ya que se había puesto a revisar el menú de su restaurante japonés favorito en la aplicación de comida a domicilio. Da igual que no me guste especialmente el sushi: siempre pide allí cuando no quiere cocinar.

Apenas había confirmado el pedido cuando su móvil vibró dos veces. Lo vi fruncir el ceño mientras miraba la pantalla.

—Lo siento, tengo que contestar esta llamada —dice levantándose bruscamente—. No tardaré mucho.

Desaparece en su despacho, dejándome sola en el salón.

Abandono el televisor, me dirijo a la biblioteca y paso los dedos por los lomos de los libros. Mi mirada se detiene en una obra dedicada a Lucie Cousturier, una artista y escritora francesa de principios del siglo XX que marcó su época por su compromiso social y su visión humanista. Lo saco con delicadeza de la estantería y me acomodo en el sofá. Aunque me sé este libro de memoria, nunca me canso de leerlo. Las páginas desfilan ante mis ojos, transportándome al universo vibrante y luminoso de sus pinturas neoimpresionistas y a sus conmovedores relatos de sus encuentros con los tiradores senegaleses durante la Primera Guerra Mundial.

Estoy tan absorta en mi lectura que me sobresalto cuando suena el timbre. ¿El repartidor? Un vistazo a mi reloj me indica que ya han pasado veinte minutos. Vuelve a sonar el timbre. La llamada de Hugo, que no debía durar mucho, parece eternizarse.

Cierro el libro y me levanto del sofá, dispuesta a abrir la puerta, cuando de repente una voz me susurra al oído:

No vayas, Alice.

4

Esa voz... Parece tan cercana, tan real. Pero no hay nadie más que yo en el salón. ¿Será otra vez mi imaginación jugándome una mala pasada? El timbre vuelve a sonar, insistente. Dudo, con la mano en el pomo de la puerta. ¿Y si la voz tiene razón? ¿Y si no debo abrir? Pero antes de que pueda tomar una decisión, oigo que la puerta del despacho se cierra de golpe. Hugo aparece detrás de mí, todavía con el móvil en la mano. Se ha aflojado la corbata y su pelo, normalmente impecable, está revuelto.

—¿Por qué no has abierto? —pregunta al pasar por delante de mí.

Bajo la mirada, sintiéndome de repente avergonzada sin saber muy bien por qué. Hugo abre la puerta principal y sale al jardín. Lo sigo mecánicamente, pero me detengo en el umbral, sin atreverme a ir más allá. Desde allí, lo veo cruzar el sendero y abrir la verja para hablar con el repartidor. Saca la cartera, paga el pedido y recoge las bolsas. La verja empieza a cerrarse lentamente detrás de él cuando una silueta vestida con traje oscuro aprovecha para colarse en nuestro jardín.

Me quedo paralizada.

El hombre, al que nunca había visto antes, debe de rondar los cincuenta años. Elegante, avanza con paso seguro. Su mirada se

cruza con la mía mientras permanezco inmóvil en el umbral, y de repente acelera el paso.

—¡Señor Le Treuvier! —le dice a Hugo.

Mi marido se da la vuelta lentamente, con las bolsas de comida balanceándose en sus brazos.

—Ah, es usted... No le esperaba tan pronto —dice Hugo, lanzándome una breve mirada.

El hombre se acerca y mi marido, visiblemente incómodo, hace las presentaciones apresuradamente:

—Esta es mi mujer, Alice.

—Encantado.

Me observa con una curiosidad apenas disimulada y, consciente de que me incomoda, se vuelve hacia Hugo.

—Ya sabe por qué estoy aquí.

Una expresión de contrariedad cruza el rostro de mi marido antes de que la disimule con una sonrisa cortés.

—Sí, claro. Espere un momento, voy a buscar sus planos al despacho.

Hugo desaparece en la casa, dejándome a solas con el desconocido. Tras un momento de vacilación, me siento obligada a decir algo.

—¿Quiere... pasar?

—No, no hace falta —responde negando con la cabeza—. Solo he venido a recoger los planos que su marido ha preparado para mí.

Sigue mirándome de una manera extraña y, de repente, lo entiendo: debe de estar al corriente de mi agresión. Como si me leyera el pensamiento, añade:

—Me alegro de verla recuperada. Su marido estaba muy preocupado, ¿sabe?

Me tenso imperceptiblemente.

—La policía... ¿han cogido al que la agredió?

—No, todavía no —murmuro, incómoda.

Nunca sé qué decir cuando me encuentro frente a alguien que no conozco. Por suerte, Hugo regresa en ese momento con un tubo de planos bajo el brazo. Se lo entrega al hombre, que le da las gracias con un gesto de cabeza.

—Le acompaño —dice mi marido, como si temiera que se quedara.

Al llegar a la verja, intercambian unas últimas palabras mientras me miran de reojo. Por fin, el hombre se despide con un último gesto de la mano al que no tengo tiempo de responder porque Hugo ya ha cerrado la verja.

—Lo siento mucho —me dice al volver conmigo.

—Qué va, no pasa nada.

—Sin embargo, pareces alterada. ¿Qué te pasa?

Vuelvo a pensar en la voz que creí oír, pero no me atrevo a contárselo, por miedo a que se preocupe aún más por mí.

—Nada, todo va bien. Solo tengo un poco de frío.

—Deberías haberte quedado dentro.

—No quería parecer maleducada.

—¿Maleducada?

—Sí, con tu cliente.

Niega con la cabeza mientras me guía hacia el interior de la casa.

Nos sentamos a la mesa y desenvolvemos las bandejas de sushi. El olor a pescado crudo me quita definitivamente el apetito, pero Hugo ya me está sirviendo una copa de vino tinto. Sin duda, no es la elección ideal para acompañar el pescado, pero desde que su padre sufrió un infarto el año pasado y le hicieron un doble bypass coronario, solo bebe eso. A cualquiera que se atreva a criticar sus elecciones en materia de maridaje, le responde de inmediato con los beneficios de los polifenoles para la salud cardiovascular.

Esta noche ha elegido un vino italiano, un Chianti Classico que le gusta especialmente. Da la casualidad de que también es uno de mis favoritos, aunque no soy ninguna experta. Este vino rico en taninos me recuerda mi estancia en Italia, justo después de terminar Bellas Artes, cuando conseguí una residencia artística gracias al premio de la Fundación. Fue hace más de diez años, pero la punzada que siento en el corazón me hace sentir como una anciana añorando sus años de juventud.

—¡Por tu vuelta! —dice levantando su copa—. La casa estaba tan vacía sin ti. Te he echado de menos.

Brindamos, pero cuando estoy a punto de llevarme la copa a los labios, me la quita de las manos, derramando un poco de vino sobre la mesa.

—Ay, perdona —se disculpa mientras coge una servilleta de papel para secar la mancha carmesí que se acaba de formar—. Se me había olvidado por completo que, con tu medicación, no debes beber alcohol.

Me llena otra copa con agua y retoma la conversación como si nada hubiera pasado. Hugo nunca ha sido muy hablador y este torrente de palabras suena falso. Veo claramente que intenta llenar el vacío, como si temiera el silencio. Sin embargo, este acaba imponiéndose. Ahora solo resuena el ruido de los cubiertos contra los platos.

Aprovecho para hacer la pregunta que me quema en los labios.

—Dime, ¿sabes si se ha vendido la casa de la señora Amauris? Me ha parecido ver a alguien en el jardín hace un rato.

Hugo frunce el ceño, como si estuviera pensando.

—No, no creo. La última vez que hablé con su hijo, se quejaba precisamente de la falta de compradores. Creo que es por la oleada de robos que ha habido en el barrio últimamente; la gente está un poco reacia a...

Se interrumpe bruscamente, dándose cuenta de lo que acaba de decir.

—Lo siento, no quería... Ha sido una torpeza por mi parte sacar ese tema.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes, no pasa nada. Pero entonces, ¿quizás la casa está alquilada? El hombre que vi parecía vivir allí.

Esta vez es Hugo quien parece sorprendido.

—¿Un hombre?

—El vecino —aclaro señalando la ventana—. Treinta y tantos años, metro ochenta, diría yo. Pelo castaño y ojos azules, creo. Nos saludó cuando llegamos, ¿no lo viste?

Hugo niega con la cabeza, con aire perplejo.

—No, no he visto a nadie. Y, que yo sepa, la casa está vacía. ¿Estás segura de que...?

Dejo el tenedor, sintiéndome de repente incómoda. No me gusta nada cómo me mira mi marido, como si estuviera perdiendo la cabeza. ¡No es como si me hubiera imaginado a ese hombre!

—¿Ya no vas a comer más?

Cojo un maki con los palillos y me lo llevo a la boca con vacilación. Pero en cuanto el sabor del pescado crudo invade mi boca, hago una mueca y dejo los palillos bruscamente sobre la mesa.

—Tiene un sabor raro —digo con un nudo en la garganta.

Hugo me mira, perplejo. Coge un sushi de mi plato, lo moja en la salsa de soja y se lo lleva a la boca, masticando pensativo.

—Yo no noto nada —dice al cabo de un rato—. Quizá tenga que ver con la medicación que tomas. Puede alterar el sabor de los alimentos.

Asiento con la cabeza, poco convencida. Pero no tengo fuerzas para discutir.

—No pasa nada —digo, apartando mi plato—. De todos modos, no tengo mucha hambre.

Hugo insiste un poco para que coma más, pero ante mi evidente falta de apetito, acaba rindiéndose.

—Vale. Pero intenta comer un poco más mañana, ¿vale? Necesitas recuperar fuerzas.

Le prometo que lo intentaré, aunque ni yo misma estoy muy convencida. Luego, agotada por este día lleno de emociones, le anuncio que voy a acostarme.

Cuando me levanto del sofá, Hugo me detiene cogiéndome de la mano y me mira fijamente a los ojos.

—Sé que es difícil, Alice —dice suavemente—. Pero saldremos adelante. Ya lo verás.

Le sonrío débilmente.

—Tengo un poco más de trabajo —me dice antes de llevarse otro bocado a la boca.

—Ah... vale.

—Puedes ver la tele, no me molesta.

—No, no hace falta. Creo que voy a darme una ducha y acostarme, estoy cansada.

Hugo asiente, con aire un poco decepcionado, pero comprensivo.

—Claro, ve. Yo me encargo de recoger. Descansa.

Me levanto de la mesa y tengo la impresión de que se siente aliviado. Al menos, ya no tendrá que esforzarse por mantener una conversación conmigo.

Una vez en el cuarto de baño contiguo, me desnudo y me meto bajo el chorro de agua caliente, con la esperanza de que me ayude a relajarme y a alejar los pensamientos inquietantes que me asaltan. Pero incluso bajo la ducha, no puedo evitar pensar en ese hombre en el jardín de la señora Amauris. ¿Por qué Hugo no lo vio? ¿Me está jugando una mala pasada mi mente? No, estoy segura de que estaba allí.

Cierro los ojos y dejo que el agua corra por mi rostro como para llevarse consigo mis dudas y mis preguntas. Pero la inquietud persiste, como una sombra acechando en un rincón de mi mente, esperando el momento oportuno para resurgir.

Salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla suave y me dirijo a la cama. Al pasar por delante del espejo, evito cuidadosamente cruzarme con mi reflejo. Sé que he perdido peso. Mi ropa me queda demasiado holgada como para no recordármelo, y no quiero ver las ojeras bajo mis ojos ni la palidez de mi piel.

Me meto bajo las sábanas frescas, esperando que el sueño me lleve rápidamente. No quiero pensar en nada. Pero cuando cierro los ojos, la imagen de ese hombre en el jardín de la señora Amauris vuelve a imponerse ante mí. Su forma de mirarme... Como si guardara un secreto sobre mí, una verdad que yo hubiera olvidado.

5

Me revuelvo en la cama, incapaz de encontrar una postura cómoda, con la mente empeñada en no darme tregua. Hugo todavía no ha venido a acostarse. De pronto, un ruido seco me sobresalta. Como un golpe contra la ventana. Me incorporo, con el corazón desbocado y todos los sentidos alerta. El ruido se repite, esta vez más insistente. Toc. Toc. Toc. Tres golpes claros, como si alguien quisiera llamar mi atención. Me levanto y me acerco despacio a la ventana. Contengo la respiración. Uno, dos, tres, aparto la cortina de un tirón. Es de noche y llueve. No caigo en la cuenta enseguida, pero son las gotas las que golpean el cristal, empujadas por el viento que azota la casa. Toc, toc, toc. Sonrío. La lluvia arrecia y mi respiración se calma. Estoy a punto de volver a la cama cuando se enciende una luz. Un rectángulo de luz amarillenta que parece flotar en la oscuridad. Es una de las ventanas de la casa de la señora Amauris. Una ventana iluminada en el segundo piso, me parece. No... en el tercero. Me acerco hasta pegar la frente al cristal helado. Está ahí. Lo sé. Mi vecino está ahí, tras esa ventana y... ¿Me está espiando? Entorno los ojos, intentando distinguir una silueta a través de las cortinas. Se me escapa un grito ahogado y retrocedo. No es él. Es una mujer, estoy casi segura. Parece mirarme, como si ella también me hubiera visto. Una mujer de pelo largo y rubio. Parece... triste. No, no es tristeza. Es otra cosa. La veo levantar la mano hacia mí.

Sus labios se mueven, como si intentara decirme algo. Intrigada, levanto la mano yo también, pero mi gesto parece asustarla. Retrocede bruscamente y desaparece. Estoy a punto de abrir la ventana cuando, de repente, se abre la puerta de mi habitación.

—¿Alice?

Abro los ojos de golpe, con el corazón martilleándome el pecho. Una silueta se cierne sobre mí junto a la cama. Ahogo un grito, con el miedo atenazándome la garganta. Pero cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, reconozco el rostro familiar de Hugo. Me mira preocupado, con el ceño fruncido.

—Lo siento, cariño —susurra mientras se sienta en el borde de la cama—. No quería asustarte.

Me giro hacia la ventana donde estaba hace un momento. Pero lo cierto es que nunca me he levantado de la cama. ¿Entonces todo ha sido solo un sueño?

—¿Qué hora es?

—Pasada la medianoche. Todavía tengo trabajo, pero he venido a ver cómo estabas. ¿No puedes dormir?

Niego con la cabeza, todavía desorientada.

—No, yo... Estaba durmiendo. Al menos, eso creo. He tenido un sueño. O una pesadilla, no sabría decirlo.

Su mano aprieta la mía con más fuerza.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Tenía que ver con tu agresión?

—No, nada de eso. Es... nada.

—¿Nada? ¿Seguro?

Ante su mirada insistente, me siento obligada a añadir algo más.

—Era... Era sobre la casa de la señora Amauris, en realidad.

Hugo se tensa ligeramente.

—¿Otra vez ese famoso vecino que solo tú ves? —pregunta con un deje de irritación en la voz.

Abro la boca, dispuesta a explicarle que se equivoca, que esta vez era una mujer. Que la vi saludándome desde una ventana de la casa de enfrente. Pero justo cuando las palabras están a punto de salir, una voz resuena de repente en mi cabeza. ¡Cállate, Alice! No digas nada.

Me quedo paralizada, sin aliento. Esa voz... Es la misma que me advirtió antes, cuando sonó el timbre.

Hugo me mira, esperando claramente a que continúe. Pero decido hacer caso a la voz. No puedo hablarle de esa mujer. No debo hacerlo.

—Yo... No lo recuerdo muy bien —digo, evitando su mirada—. Es confuso. Solo una sensación de que alguien golpeaba el cristal.

—Estamos en el segundo piso. Te das cuenta de que es imposible, a menos que alguien tenga una escalera, y aun así...

Odio cuando me habla con ese tono condescendiente, como si fuera tonta de remate. Tiende a creer que, por ser artista, carezco de sentido práctico y lógica.

—Sí, claro que lo sé. Pero los sueños tienen esa particularidad de hacernos creer en lo imposible.

Hugo arquea las cejas y se limita a darme unas palmaditas en la mano con un suspiro. Luego se levanta, se dirige a la ventana, descorre las cortinas y escudriña la oscuridad de la noche.

—¿Lo ves? No hay nadie, Alice. Solo es la lluvia, que ha empezado a caer con más fuerza. Seguramente sean las gotas las que has oído golpear contra el cristal.

Asiento sin decir nada más.

Hugo vuelve a sentarse a mi lado, con expresión tensa.

—¿Te has tomado la medicación para dormir? —me pregunta con voz suave.

Aparto la mirada, avergonzada.

—No —admito en un susurro.

Se levanta de nuevo y se dirige al baño contiguo. Le oigo abrir el grifo y llenar un vaso de agua. Vuelve con el vaso en la mano.

—Toma, bebe esto —me dice.

Contemplo un instante la pastilla que acaba de dejar en mi palma. Pero ante la mirada insistente de Hugo, me la llevo a la boca y me la trago con un sorbo de agua. Los efectos no tardan en hacerse notar. Mi mente se adormece. Mis párpados pesan y se cierran sin que pueda evitarlo. Hugo se acuesta a mi lado y nos cubre con las mantas.

—Duerme, cariño —susurra mientras me besa en la frente—. Yo te cuido.

Y mientras me hundo poco a poco en el sueño, acunada por el calor reconfortante de los brazos de Hugo, la voz me habla por última vez:

¡Miente!

6

El sol inunda la habitación y me despierta. Parpadeo, desorientada. Hay un cuerpo cálido junto al mío: Hugo. Lo cual es de lo más extraño. Mi marido duerme plácidamente a mi lado, como en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, antes de que el trabajo lo absorbiera por completo y pasara las noches en su despacho de la planta baja. Sus párpados se mueven y un gruñido sordo rompe el silencio. Se despierta y se estira como un gato, con los músculos moviéndose bajo la camiseta con la que duerme.

—Buenos días —susurra al cruzarse nuestras miradas.

Le sonrío, sintiéndome de repente incómoda. Me digo que seguramente es porque acabo de pasar meses ingresada, tumbada sola en un colchón antiescaras. Que mi cuerpo ya no está acostumbrado a esta cercanía. Pero en el fondo, sé que es otra cosa.

—Hola.

Se gira hacia mí y me observa durante un buen rato.

—¿Has dormido bien?

Me lo pienso antes de responder. Los somníferos han sumido mi mente en una especie de niebla algodonosa de la que me cuesta salir.

—Sí, bastante bien. ¿Y tú?

Asiente con la cabeza antes de incorporarse contra el cabecero. Una sombra cruza su mirada.

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

Niego con la cabeza.

—No, ni pesadillas ni sueños. Solo me duele la cabeza. Los medicamentos del doctor Vergnan, ya sabes...

La arruga de preocupación que le surca la frente se acentúa.

—¿Cuándo tienes cita con él?

—Eh... espera... el miércoles, creo...

—¿Crees?

Hay algo en su tono que me pone la piel de gallina.

—No, estoy segura. El miércoles a las once.

Hugo me observa unos instantes más, como si esperara que añadiera algo. Luego se levanta de golpe.

—Voy a buscarte algo para el dolor de cabeza y a preparar el desayuno. Descansa un poco más.

Esto sí que es nuevo. Antes del ingreso, nunca se molestaba en prepararme el desayuno, seguramente porque no nos despertábamos en el mismo sitio: yo aquí, en esta gran cama de matrimonio, y él en el sofá de su despacho. Es raro verlo ahora tan solícito. Debería alegrarme, pero me molesta. Vale que estoy convaleciente, pero creo que se está pasando. De todos modos, seguro que no dura. Pronto se cansará de hacer de criado, estoy convencida. Mientras tanto, ni loca me quedo tumbada un minuto más.

En cuanto sale de la habitación, me levanto. Una fuerza irresistible me empuja hacia la ventana. El recuerdo de esa mujer rubia y del misterioso vecino sigue rondándome. Hugo puede decir lo que quiera, yo sé lo que vi. Descorro ligeramente la cortina para echar un vistazo fuera. La casa vecina se alza ante mí, maciza y silenciosa. No hay ni un alma. Ni en el jardín invadido por la maleza, ni detrás de las ventanas con cristales opacos. Suspiro y vuelvo a correr la cortina. Quizás Hugo tenga razón. Quizás mi cerebro me esté jugando una mala pasada. Esa idea me hiela la sangre.

Salgo de la habitación y bajo a reunirme con mi marido en la cocina.

—Iba a subirte el desayuno a la cama —dice al verme llegar.

Por un momento, creo que bromea, pero entonces veo la bandeja sobre la encimera. Un auténtico desayuno de hotel de lujo: café humeante en mi taza favorita, tostadas con mantequilla y la mermelada de fresa que tanto me gusta, manzana cortada en gajos con esmero. Solo falta un ramo de flores y podría creerme en una comedia romántica. No pega nada con Hugo.

—Es un detalle —digo, esforzándome por ocultar mi irritación—, pero prefiero desayunar aquí.

—¿Segura?

Su insistencia me pone aún más nerviosa.

—Segurísima. Ya he pasado demasiado tiempo en la cama, ¿no te parece?

Me siento a la mesa y rodeo la taza caliente con las manos. Hugo se sienta frente a mí, con la nariz pegada al móvil. Esta escena tiene algo de surrealista. No hemos desayunado juntos entre semana desde... ni me acuerdo. Normalmente, cuando me levanto, él ya se ha ido a trabajar, y los domingos se queda remoloneando hasta tarde.

Debo de mirarlo con demasiada insistencia, porque levanta la cabeza y se sorprende al encontrarse con mis ojos.

—¿En qué piensas?

Giro nerviosamente la alianza e intento sonreír.

—En nada especial.

—¿Qué planes tienes para hoy?

No me da tiempo a responder, porque continúa:

—Deberías intentar volver a pintar.

Típico de Hugo.

—Justo eso pensaba hacer. Tengo algunos cuadros sin terminar esperándome.

Mis dedos se tensan sobre la taza. Ni se me ocurre hablarle del temblor que me sacude la mano cuando intento coger un pincel. Ni de mi angustia ante la idea de no poder volver a pintar. Así que cambio de tema:

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Vuelve a sumergirse en sus correos y me responde distraídamente.

—De momento teletrabajo. He acordado con el despacho quedarme en casa mientras te recuperas. Salvo que surja alguna urgencia en una obra, no debería tener que salir mucho. Así también podré estar si la inmobiliaria organiza visitas.

La casa está en venta. Se me había olvidado ese detalle.

—Precisamente de eso quería hablarte antes de...

Su móvil vibra, interrumpiéndome.

—Tengo que llamar a mi socio. Deja todo en la mesa, que hoy viene Martine.

Me quedo sola y recojo la mesa. No tengo mucha hambre y no quiero que la asistenta encuentre la cocina patas arriba. Es superior a mí. Luego, con el café a medias en la mano, subo al ático.

Mi estudio está bañado de luz y sonrío. Me quedo un momento en el umbral, envuelta en el familiar olor a aceite de linaza y trementina. Mi refugio. El único lugar de esta casa donde siempre me he sentido realmente yo misma. Me siento frente al caballete y abro un tubo de pintura al azar. Azul ultramar. Lo acerco a la nariz y el característico aroma del aceite de linaza me invade. Entonces, sin previo aviso, se me saltan las lágrimas. Ruedan por mis mejillas sin que pueda contenerlas. Me invade una tristeza inexplicable, como si hubiera perdido algo. O más bien a alguien. La misma sensación que tuve en el hospital, ese vacío que no consigo llenar. No entiendo qué me pasa. Quizás debería hablarlo con el doctor Vergnan.

Mi mirada se posa en el móvil. Compruebo mecánicamente la fecha de nuestra cita. Miércoles a las once, tenía razón. Pero el miércoles queda lejísimos. Necesito hablar con alguien de lo que me está pasando, ya. Podría llamar a Tifenn, pero ya estará trabajando. Por cierto, qué raro, no me ha escrito esta mañana. No es propio de ella. Estoy a punto de mandarle un mensaje cuando algo me llama la atención en el ventanal. Me ha parecido ver una silueta detrás de la ventana del segundo piso. Pero cuando me levanto para asegurarme, la puerta del estudio se abre de par en par.

Hugo aparece en el umbral. Va perfectamente afeitado y el gel le da brillo al pelo bien peinado. Lleva una camisa impecable, pero sin corbata. Y ha cambiado sus eternos pantalones de pinzas por unos vaqueros gastados. El tipo de vaqueros que en la mayoría de los

hombres de su edad gritan «crisis de los cuarenta», pero que a él, con su planta de modelo, le sientan de maravilla. Está guapo, lo reconozco.

—¿Vas a salir?

—No... Va a venir Kate. Tenemos que revisar unos planos juntos.

Se interrumpe y me mira con curiosidad.

—¿Te acuerdas de Kate?

Su tono sugiere que debería saber perfectamente quién es Kate. Pero no tengo ni la menor idea.

—Claro... Kate. Es arquitecta... como tú.

No parece tragarse mi mentira. Sin embargo, no insiste.

Una vez cerrada la puerta, miro fijamente el móvil. Me entra el pánico. Esa mujer a la que se supone que conozco va a venir a mi casa y no tengo ningún recuerdo de ella. ¿Cuántas lagunas más se esconden en mi memoria? Me tiemblan los dedos mientras le escribo un mensaje a Tifenn.

«¡Socorro! Te necesito».

7

¡Ya está aquí! He oído el timbre. Hugo ha ido a abrir y se ha oído una voz femenina. Una voz segura y melodiosa, el tipo de voz que tienen las mujeres seguras de sí mismas. Todo lo contrario a mí. Hace ya cinco minutos que una desconocida está bajo mi techo. Sé que debería bajar a saludarla, pero no me atrevo. Miro el reloj. Tifenn aún no ha contestado a mi mensaje. Voy a tener que bajar. Cuanto más espero, más difícil se vuelve, así que respiro hondo y bajo las escaleras. La planta baja está vacía. Seguramente estén en el despacho, así que avanzo de puntillas hasta la puerta cerrada. Y escucho... Siempre esa voz. ¿La conozco? No, no creo haberla oído antes. Al menos, no lo recuerdo. Me acerco un poco más hasta pegar la oreja a la puerta. ¿Por qué hablan en voz baja? ¿Estarán hablando de mí?

De repente, se abre la puerta del despacho. Me sobresalto, pillada con las manos en la masa. Hugo me mira con el ceño fruncido. Debe de estar preguntándose si estaba espiando. Siento cómo se me encienden las mejillas de vergüenza. Pero no dice nada. En cambio, una sonrisa aparece en su rostro cuando Kate se une a él. Me quedo paralizada, con el móvil en la mano, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Alice, ¿estás bien? —me pregunta Hugo, preocupado.

Intento sonreír, pero me sale más bien una mueca.

—Sí, sí. Solo un mensaje del médico. Creo que ha habido un malentendido con la fecha de mi próxima cita.

Mi voz tiembla ligeramente. Espero que no se den cuenta. Kate me mira con una sonrisa cortés en los labios.

—Deberías llamarles para aclararlo —sugiere Hugo antes de volverse hacia su compañera—. ¿Te acuerdas de Kate?

—Eh... Hola —balbuceo mientras le tiendo la mano.

Hugo y Kate intercambian una mirada. Parecen muy cómplices, como si se entendieran sin necesidad de palabras. Kate da un paso hacia mí y me abraza antes de que tenga tiempo de reaccionar.

—Hola, Alice, me alegro mucho de volver a verte.

Sé que estoy un poco rígida, pero no puedo evitarlo. Es como si una desconocida me parara por la calle para abrazarme. Es desconcertante. Al mismo tiempo, su perfume me resulta familiar. Cuando por fin se aparta, me fuerzo a sonreírle.

—Iba a preparar café —dice Hugo—. ¿Te apetece?

De repente, me siento como una invitada en mi propia casa.

—No, yo... voy a esperar a Tifenn. Tiene que venir a buscarme para acompañarme a la cita.

Hugo se tensa y Kate me mira con esa mezcla de compasión y preocupación que tiene la gente desde que volví del hospital.

—Tú también deberías irte, Hugo —sugiere ella con suavidad—. Puedo seguir trabajando en el proyecto mientras te espero.

Su condescendencia me irrita. Me ve como una criatura frágil y dependiente. Ni hablar de darle esa impresión.

—No, no hace falta —me apresuro a decir—. Tifenn vendrá a buscarme. Seguid trabajando, no quiero molestaros.

Hugo parece dudar, pero insisto. No quiero parecer débil delante de Kate.

Me escabullo al dormitorio y llamo a Tifenn, rezando para que conteste. Por desgracia, salta directamente el buzón de voz. Decido dejarle un mensaje.

—Tifenn, soy yo otra vez. Por favor, te necesito de verdad. Te esperaré en nuestra cafetería de siempre. Ven, por favor. Te lo explicaré todo. Hasta ahora.

Cuelgo antes de que las emociones me desborden. Tengo que salir de aquí. No aguanto ni un minuto más las miradas cómplices entre Hugo y Kate.

—Tifenn ya me está esperando en la cafetería —digo con un tono que espero que suene convincente cuando vuelvo al salón—. Será mejor que me vaya.

Hugo frunce el ceño.

—¿Seguro que estarás bien? Puedo acompañarte si quieres.

Esbozo una sonrisa forzada.

—No, no te preocupes. Todo va bien.

Hugo parece dudar, pero finalmente asiente.

—Vale. Pero recuerda, si tienes algún problema, llámame.

Asiento con la cabeza y me dirijo hacia la puerta, deseando reunirme con Tifenn. Antes de salir, echo un último vistazo a Hugo y Kate. Están uno al lado del otro, como unos padres que ven partir a su hija por primera vez. Tengo que salir de aquí. El aire fresco me sentará bien.

Eso es lo que creo, pero en cuanto salgo a la calle, me invade una sensación de vértigo. El corazón se me acelera cuando apenas he dado unos pasos fuera de casa.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos un momento. El doctor Vergnan me había advertido. Aunque no recuerdo la agresión, mi inconsciente ha guardado la huella del trauma y cualquier situación en la que me sienta vulnerable puede desencadenar un ataque de pánico. Sin embargo, es la primera vez desde que salí del hospital que salgo sola, sin Hugo a mi lado. Ya me imagino la mirada triunfante de mi marido cuando me vea entrar y las palabras que me dirá con tono paternalista: «¿Ves? Debería haberte acompañado, no estás en condiciones», por no hablar de Kate, que verá una razón más para compadecerse de él. Ni hablar de volver. Tengo que respirar y se me pasará.

Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro. Inspiro...

Ya está, ya me siento mejor. Me atrevo a abrir un ojo. La calle está desierta. Al menos, nadie me ha visto así. Me incorporo y miro al frente. La cafetería no está muy lejos. Puedo hacerlo. ¡No, tengo que hacerlo!

Estoy llegando al final de la calle cuando el móvil vibra. Tifenn por fin se digna a responderme. Solo que no es ella.

SMS: Sra. Sterenn, le recordamos su cita de hoy a las 14:30. Por favor, llegue 15 minutos antes. Consulta del doctor Vergnan.

Vuelvo a leer el mensaje una y otra vez. No, tiene que haber un error. Mi cita es el miércoles, estoy segura. Los dedos me tiemblan ligeramente mientras marco el número de la consulta. La secretaria no parece muy contenta cuando le digo que debe de haber un error en la agenda.

—Pero fue usted quien canceló la cita del miércoles para venir hoy —dice con tono irritado—. Ahora no tengo ningún hueco hasta la semana que viene. ¿Quiere que consulte con el doctor Vergnan si puede atenderla igualmente?

¿He sido yo quien ha cancelado la cita? No recuerdo haber hecho esa llamada.

—¿Señora? ¿Está ahí?

Dudo, dividida entre la necesidad de hablar con mi psiquiatra y el miedo a lo que puedan significar estos lapsus de memoria.

—No, está bien. Yo... Iré la semana que viene.

—Pero...

Le doy las gracias y cuelgo. De repente, es como si me hubieran quitado un peso de encima. Debo admitir que no me apetecía nada sentarme en el diván de mi terapeuta. ¿Para decirle qué, además? ¿Que veo y oigo cosas que no existen? ¿Que olvido lo que he hecho o dicho? ¿O que sospecho que mi marido me engaña con su compañera de trabajo?

Me paro en seco. Este último pensamiento me ha cruzado por la cabeza, pero es como si solo ahora fuera consciente de él. ¿Y si estaban esperando precisamente eso, que me fuera de casa para quedarse solos? Kate es justo su tipo: rubia, elegante, inteligente y, encima, ¡arquitecta! Lástima que Tifenn no estuviera allí. Ella habría sabido si había algo entre esos dos. Tiene un radar para los maridos infieles.

Estoy deseando hablar con ella de mis sospechas, pero cuando llego a la cafetería, veo que aún no ha llegado. Le envío un mensaje para decirle que estoy aquí esperándola. Nuestro rincón de siempre

ya está ocupado, así que me siento en una mesa junto al ventanal. Al menos, podré distraerme mirando a los transeúntes.

Entonces lo veo. El hombre que estaba en el jardín de Madame Amauris.

Es él, estoy segura.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo y él me sonríe.

8

Parece dudar unos instantes, luego se acerca a mi mesa y se detiene.

—Buenos días —dice.

Su voz... grave y cálida. ¿Por qué me resulta tan familiar? Esa sensación me intriga e inquieta a partes iguales.

—Perdona que te pregunte esto, pero... ¿nos conocemos?

Mi pregunta queda suspendida entre nosotros. No puedo evitar observarlo detenidamente: lleva zapatillas deportivas negras, vaqueros sin lavar, ligeramente desgastados en las rodillas, y una camisa blanca arrugada. No lleva corbata. Encima se ha puesto una americana gris marengo que contrasta con el resto de su atuendo informal.

Luego levanto la vista hacia su rostro y mi corazón se acelera. Hay amabilidad en su mirada, pero también una intensidad que me hace sentir un poco incómoda. Entonces me fijo en las ojeras que tiene. Mientras me pregunto qué le habrá quitado el sueño la noche anterior, él sonríe.

—Soy tu nuevo vecino. Me llamo Adrien. Adrien... Fleury. Nos vimos ayer.

Ojalá Hugo estuviera aquí, él que dudaba de mí y de mi cordura...

—Sí, te recuerdo —le respondo, devolviéndole la sonrisa—. Soy Alice Sterenn.

—Encantado de conocerte, Alice.

La forma en que pronuncia mi nombre también me resulta familiar. Es una sensación muy extraña, como si acabara de reencontrarme con un amigo de la infancia después de años sin vernos.

Me aclaro la voz.

—¿Así que vives en casa de la señora Amauris?

Se acaricia la barbilla con una sonrisa enigmática en los labios.

—Así es. Siento si ayer te asusté, no era mi intención.

Niego con la cabeza.

—No, no, no me asustaste, solo estoy... sorprendida. Mi marido me dijo que la casa llevaba vacía desde la muerte de la propietaria.

—Bueno...

Un camarero interrumpe nuestra conversación.

—¿Desea tomar algo, señor?

Adrien duda, incómodo, y de repente me doy cuenta de lo absurda que es la situación. Al fin y al cabo, no es que tengamos una cita...

Me dispongo a aclarar las cosas y decirle que estoy esperando a alguien, cuando veo a Tifenn en la entrada de la cafetería. Su mirada pasa de mí a mi vecino, una sonrisa pícara se dibuja en sus labios y, antes de que pueda reaccionar, levanta el pulgar en señal de aprobación y desaparece.

¡Traidora!

El camarero sigue esperando, con una ceja ligeramente arqueada. Adrien me lanza una mirada avergonzada.

—Lo siento, no quería imponerme...

Se apoya en la mesa, dispuesto a levantarse.

—Voy a marcharme.

Las palabras salen de mi boca antes de que tenga tiempo de pensarlo:

—No, quédate.

La persona con la que había quedado al final no va a venir.

Adrien duda mientras el camarero se balancea de un pie a otro, esperando pacientemente su decisión.

—En ese caso... Un capuchino, por favor.

Su mirada se posa en mi taza casi vacía.

—¿Te apetece tomar algo?

No ha sido buena idea dejarle quedarse. Debería decir que no y levantarme, ya que Tifenn me ha dejado plantada. Pero la idea de prolongar este momento, por extraño que sea, es más fuerte que mi razón.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Un chocolate caliente, por favor.

El camarero se aleja y nos deja a solas. Es una sensación desconcertante. Estoy sentada frente a un hombre al que no conozco, pero no siento ninguna incomodidad. De hecho, me siento bastante a gusto y no consigo explicarme por qué. Me pregunto si él sentirá lo mismo.

Al ver que lo miro, arquea las cejas. Eso le da un aire atractivo.

¿Atractivo? ¿Qué estoy diciendo?

—¿Estás bien?

—Eh, sí...

En la mesa de al lado se oyen carcajadas, la máquina de café espresso silba y la sala resuena con las conversaciones entrecortadas por el tintineo de las tazas y los platillos. Pero en nuestra mesa, el tiempo parece haberse detenido, como si estuviéramos en una burbuja solo para nosotros, aislados del bullicio que nos rodea.

Me gustaría encontrar algo que decir para romper el silencio, pero mi cerebro se niega a funcionar.

Por suerte, el camarero vuelve con nuestras bebidas. Cojo torpemente mi taza y contengo un grito cuando la porcelana me quema. Sin dudarlo, Adrien me coge la mano.

Creo que me estoy ruborizando.

Maldita sea, ¿qué me está pasando?

La fugaz imagen de Kate junto a Hugo me viene a la mente y cualquier sentimiento de culpa se evapora.

Lo miro mientras examina la yema de mis dedos, uno por uno, con el pulgar rozando delicadamente cada falange.

—No es nada —digo, tratando de retirar mi mano, pero él la sujeta suavemente.

—Déjame asegurarme.

Le dejo hacer, consciente de la mirada de mi vecina de mesa, que seguramente se imagina que somos pareja.

—La quemadura es superficial —añado en voz baja—. No creo que necesite un injerto de piel.

Intento bromear para ocultar la confusión que me produce ese contacto inesperado. Una vez más, no siento incomodidad, sino más bien placer.

—Tienes unas manos muy bonitas —me dice entonces—. Eres artista, ¿verdad?

Retiro bruscamente la mano, de repente en guardia.

—El hijo de la señora Amauris me ha hablado de ti y también de lo que te pasó —se apresura a añadir ante mi cambio de actitud.

—¿Te ha hablado del robo?

Adrien asiente con la cabeza.

—Sí. Creo que se sintió obligado a hacerlo antes de que firmara el contrato de alquiler.

—¿Entonces no has comprado la casa?

Adrien da un sorbo a su capuchino.

—La casa ya no está en venta por el momento. La familia aún está tramitando la herencia. El hijo de la señora Amauris me la alquila mientras todos se ponen de acuerdo sobre su futuro. De todos modos, me parece demasiado grande.

Aprovecho la oportunidad para intentar averiguar más.

—¿Tú y tu mujer no queréis tener hijos?

Adrien se queda paralizado. Tiene una fina capa de espuma en el labio inferior. Estoy a punto de decírselo, pero ya se la está limpiando con una servilleta de papel. Su rostro se ha ensombrecido de repente.

—¿Mi mujer?

—Sí, la vi anoche. Estaba en la ventana de una de las habitaciones. En el segundo piso, creo.

Adrien niega lentamente con la cabeza, con sus ojos color avellana clavados en mí.

—No estoy casado. Y vivo solo.

Siento que se me encienden las mejillas. Va a pensar que estoy loca. Vaya suerte la mía.

—Lo siento, pensaba... Bueno, creía...

Me callo y bajo la cabeza hacia mi taza.

—En realidad —continúa él—, me despidieron del trabajo. Vivo en París, pero quería cambiar de aires sin arruinarme. El hijo de la señora Amauris buscaba a alguien que se ocupara de la casa y realizara algunas reformas. Era una oportunidad perfecta para mí.

Le agradezco que no insista en lo de la mujer que creí ver en su casa.

—¿Y tú? ¿Tienes hijos?

Niego con la cabeza.

—No —digo en voz baja—. Tuve un aborto espontáneo hace dos años. Hugo, mi marido, pareció más aliviado que otra cosa.

Me quedo paralizada, horrorizada por lo que acabo de revelar. ¿Por qué le confío cosas tan íntimas a un perfecto desconocido? Sobre todo porque tengo la desagradable sensación de que ya sabe demasiado sobre mí.

Miro mi reloj, incómoda. Todavía es demasiado pronto para volver a casa. No quiero tener que explicarle a Hugo que he cancelado mi cita con el doctor Vergnan. Además, Kate seguramente todavía está allí.

¿Por qué Tifenn tuvo que abandonarme? ¿Qué se habrá imaginado al verme con otro hombre que no es mi marido?

Sea como sea, es hora de poner distancia antes de hacerle más confidencias personales.

—¿Ya te vas? —me pregunta Adrien al verme guardar el móvil en el bolso.

—Eh... sí. Tengo que ir a un sitio.

Busco en mi bolso para pagar mi chocolate, pero Adrien me detiene con un gesto.

—Te invito yo, ¿recuerdas? Ya me invitarás tú la próxima vez que nos veamos.

¿La próxima vez?

Desconcertada, no sé qué responder. Me limito a sonreír y salir de la cafetería con el corazón acelerado.

Una vez fuera, me doy cuenta de que no tengo ni idea de adónde ir. Me giro y veo a Adrien levantarse, como si también se dispusiera a marcharse.

Impulsivamente, me alejo con paso decidido en dirección a los Jardines de Versalles.

Mientras camino, saco mi móvil para intentar localizar a Tifenn. Una vez más, me salta el buzón de voz. La regaño por haberme abandonado y luego, en un tono más suave, le pido que me llame en cuanto pueda.

Cuelgo con una sonrisa involuntaria.

Tifenn y sus ideas románticas... ¡Ya verás cuando te pille!

Continúo mi camino hacia los jardines, perdida en mis pensamientos. Este encuentro con mi misterioso vecino me ha conmovido más de lo que quiero admitir. ¿Por qué tengo la extraña sensación de conocerlo? Y, sobre todo, ¿por qué no consigo quitármelo de la cabeza?

No me habría disgustado continuar nuestra conversación mientras paseábamos por los jardines.

De repente, me detengo y me doy la vuelta, casi esperando encontrármelo detrás de mí.

Pero no hay nadie y me invade una sensación de decepción.

9

Con los dedos crispados sobre el ratón, voy pasando los resultados de la búsqueda en la pantalla de mi MacBook. Aparecen decenas de perfiles de Adrien Fleury en LinkedIn y Facebook. Ninguno se parece, ni de lejos, a mi nuevo vecino. Es lo primero que hice al llegar a casa, después de patearme los Jardines de Versalles. Con Kate fuera y Hugo siempre encerrado en su despacho, tuve todo el tiempo del mundo para llevar a cabo mi pequeña investigación. Pero no ha servido de nada.

—¿Estás segura de que es real? —me pregunta entonces Tifenn.

Levanto la cabeza. Mi mejor amiga está sentada en mi taburete de artista, haciéndolo girar como una niña en un tiovivo.

—Claro que es real. Tú estabas allí, en la cafetería. Lo viste.

Se queda quieta. Su rostro adopta esa expresión particular, la que siempre me revuelve el estómago porque sé que va a decir algo que no estoy preparada para oír.

—Alice... no fui a la cita.

—¡Claro que fuiste! ¡Me hiciste una señal y te marchaste!

—No fui yo. Y tú lo sabes.

Me cubro la cara con las manos.

—Estoy perdiendo la cabeza.

—No, estás convaleciente. Date tiempo. Ya verás como todo irá mejor.

Levanto mi rostro bañado en lágrimas hacia ella.

—¿De verdad? ¡No veo cómo! Esta mañana, una compañera de Hugo ha venido a trabajar con él. Se llama Kate. Según él, la conozco. Pero cuando la he visto, me he encontrado con una completa desconocida.

—Kate... sí, sé quién es —dice Tifenn, pensativa—. Una rubia vestida como en una serie americana. Como si fuera elegante, cuando en realidad parece una fulana.

Sin duda, tiene un don para describir a la gente.

—No me extraña que no te acuerdes de ella —añade.

Me incorporo en mi asiento, atenta.

—¿Ah, sí?

—Hugo dijo que la conocías.

—Conocer es mucho decir. Seguramente solo la viste en alguna fiesta.

Claro. Esas interminables comidas de negocios a las que me obligo a asistir, donde siempre me siento como pez fuera del agua mientras él hace contactos con sus clientes y promotores. Tifenn, en cambio, está en su salsa. Es normal, ya que es interiorista y colabora habitualmente con el estudio de arquitectura de Hugo. De hecho, gracias a ella nos conocimos: Tifenn y yo somos amigas desde el instituto, aunque nuestros caminos se separaron después del bachillerato artístico: ella optó por las artes decorativas y yo por bellas artes.

—Deberías andarte con ojo con esa tía —continúa Tifenn.

La miro fijamente, tratando de adivinar sus pensamientos.

—¿Sabes algo? Suéltalo.

Tifenn suspira y se sienta en el borde de mi escritorio.

—Le está tirando los tejos a Hugo —suelta por fin—. Utiliza el trabajo para acercarse a él.

No hace más que confirmar lo que, en el fondo, yo ya sabía.

—¿Crees que ellos...?

Las palabras se me atascan en la garganta. Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta, como si formularlo lo hiciera realidad.

—¿Tienen algo? —completa Tifenn en voz baja—. No lo sé. Pero es tu marido, Alice. Tienes derecho a preguntárselo.

Fácil decirlo. ¿Y si me equivoco? Hugo ya me mira como si estuviera mal de la cabeza. Si encima empiezo a acusarlo sin pruebas... No quiero confirmar sus dudas sobre mi salud mental.

Percibiendo mi confusión, Tifenn se gira hacia mi caballete, donde descansa un lienzo sin terminar.

—¿En qué estás trabajando ahora?

Me encojo de hombros.

—En nada. No, yo... desde lo que pasó, ya no tengo inspiración.

Su mirada se clava en la mía, con esa determinación que conozco tan bien. No va a dejarme escaquearme tan fácilmente.

—Es exactamente como cuando te caes del caballo: o te vuelves a subir enseguida o el miedo te paraliza y no vuelves a montarte nunca. Cuanto más esperas, más difícil se vuelve.

Sé que tiene razón. La pintura siempre ha sido mi vía de escape, mi forma de calmar mis emociones cuando amenazan con desbordarme. Pero desde la agresión, estoy paralizada por el miedo. Miedo de que la Alice Sterenn cuyas pinturas se vendían como churros en el mercado del arte haya desaparecido esa noche, junto con mis recuerdos.

Aun así, le prometo que lo intentaré.

10

Una vez se marcha Tifenn, me quedo un rato en mi estudio, contemplando el lienzo en blanco que tengo delante. Tengo ganas de pintar, pero no me sale nada.

A la hora de comer, bajo a reunirme con Hugo. Está atareado en la cocina con una concentración casi cómica, como si estuviera preparando un plato para un concurso culinario. Me siento y lo observo sin decir nada, hasta que levanta la vista hacia mí.

—¿Qué tal con el doctor Vergnan? —pregunta mientras echa el vinagre.

Su pregunta me pilla desprevenida. Esta mañana he fingido tener cita con el doctor Vergnan para evitar la visita de Kate y reunirme con Tifenn en la cafetería. Pero la secretaria me ha dicho que sí tenía cita hoy, que fui yo quien pidió cambiar la sesión prevista para el miércoles, algo que no recuerdo en absoluto. Por supuesto, Hugo no debe enterarse de nada de esto.

Me aclaro la garganta, buscando las palabras para responder sin despertar sus sospechas.

—Muy bien. Hablamos de mi rutina, del sueño, de la alimentación. Quería saber si hacía ejercicio y si salía de casa. Me aconsejó que volviera a pasear por los Jardines de Versalles.

Hablo demasiado deprisa y doy demasiados detalles. Siempre me pasa lo mismo cuando miento: me pongo nerviosa y acabo

delatándome. Hugo me mira fijamente.

—¿Y tus recuerdos? ¿Algún avance?

La improvisación nunca ha sido mi fuerte, así que tartamudeo un poco al responder.

—Eh... no. Sigue siendo un agujero negro. No recuerdo nada.

Su mirada se clava en mí como si intentara leerme el pensamiento. Me gustaría cambiar de tema, pero no me da la oportunidad.

—¿Le has hablado de tus alucinaciones?

Me tenso. ¿Mis alucinaciones? ¿Se refiere al vecino o a esa misteriosa mujer rubia en la ventana? Podría decirle que Adrien Fleury existe de verdad, aunque no haya rastro de él en Internet. Por supuesto, eso no significa nada. Que no esté en las redes sociales no quiere decir que sea una alucinación. Pero las palabras de Tifenn resuenan como una advertencia que no puedo ignorar: «¿Estás segura de que es real?». Y la respuesta, si soy totalmente sincera conmigo misma, es que, aquí y ahora, ya no estoy segura de nada.

—¿Alice?

Me sobresalto.

—¿Sí?

—Te he hecho una pregunta —insiste Hugo mientras coloca los platos sobre la mesa.

—Ah... sí. Querías saber si había hablado de mis alucinaciones.

—¿Y? ¡Espero que lo hayas hecho!

Me entran ganas de decirle que mis conversaciones con mi terapeuta no son asunto suyo. Pero lo conozco: eso solo aumentaría su preocupación. Sería capaz de llamar al doctor Vergnan para obtener las respuestas que yo me niego a darle. Por cierto, me pregunto si el secreto profesional se extiende a los cónyuges. Y aunque fuera así, Hugo sabe cómo conseguir lo que quiere. Nadie se resiste a su encanto cuando se lo propone, puedo dar fe de ello.

—Sí, claro que se lo he comentado —respondo, tratando de mantener un tono neutro—. Dice que es normal, que forma parte del proceso de recuperación.

Hugo se sienta frente a su plato, pensativo, como si analizara cada una de mis palabras.

—¿Y te ha recetado algo nuevo?

Asiento con la cabeza, esperando zanjar este interrogatorio. Pero eso es no conocer bien a mi marido.

—Puedo ir a buscarlos por ti, si quieres. A la farmacia, quiero decir.

Siento cómo me invade el pánico. Por supuesto, no tengo receta, ya que hoy no he visto al doctor Vergnan. Tengo que encontrar una solución, y rápido.

—Es muy amable por tu parte, pero ya he pasado al salir de la consulta. Tengo todo lo que necesito.

Hugo me mira fijamente durante un instante y sus ojos azules, de los que me enamoré desde el momento en que se posaron en mí, de repente me parecen fríos y calculadores. Tengo que cambiar de tema urgentemente.

—¿Y tú, cómo vas con Kate?

Mi pregunta es deliberadamente ambigua y, lo admito, siento cierta satisfacción al verlo tensarse.

—Bien. Tenemos varios proyectos en marcha. Por cierto, hablando de eso, es probable que Kate pase mañana para que ultimemos los planos de la reforma del complejo hotelero.

Se me quita el apetito de golpe.

—¿Mañana?

—Sí. Sobre las diez. ¿Algún problema?

—Bueno, ¿no podrías habérmelo dicho antes? —le digo, molesta.

Hugo levanta una ceja, visiblemente sorprendido por mi reacción.

—No pensé que te molestaría. Es solo por trabajo, Alice.

—Aun así, me hubiera gustado que me lo consultaras.

Hugo deja lentamente los cubiertos sobre la mesa.

—Tienes razón, perdóname. Parece que he cogido malas costumbres en tu ausencia.

¿Mi ausencia? Por cómo lo dice, parece que acabo de volver de vacaciones y no de una larga estancia en el hospital después de estar al borde de la muerte.

—Me aseguraré de consultarte la próxima vez. Pero para mañana ya es demasiado tarde para cancelarlo. Te vas a tener que aguantar. De verdad que necesitamos cerrar estos planos cuanto antes.

Asiento con la cabeza, resignada. De todos modos, no tengo otra opción.

—No te preocupes, no debería llevarnos mucho tiempo.

—¿No podéis hacerlo en la oficina, como siempre?

Hugo niega con la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí, contigo. No quiero dejarte sola demasiado tiempo.

Aprieto los dientes. Entiendo que esté preocupado por mí, pero me siento agobiada.

—Tendremos que volver a la normalidad en algún momento. No vas a poder estar pendiente de mí eternamente.

—No es mi intención. Pero tienes que ser razonable. Acabas de salir del hospital, así que es normal que te cuide. ¿O prefieres que contrate a alguien?

Casi me atraganto con la ensalada.

—¿Contratar a una cuidadora? ¿Estás de broma?

Esa perspectiva es aún peor y Hugo lo sabe muy bien, ya que conoce mi carácter reservado. Continúa, como si nada:

—¿No vas a comer? Se va a enfriar. Puedo calentártelo en el microondas si quieres.

No respondo, todavía conmocionada por su sugerencia. Hugo decide por mí y se lleva mi plato para calentarlo. Pero no tengo hambre. Sin apetito, aparto los cubiertos.

—Voy a intentar pintar un poco —digo mientras me levanto.

—¿Qué? ¡Pero si no has comido nada!

—Más tarde, quizá. Deja el plato en el microondas.

—Vale. Yo también tengo trabajo que hacer.

Ya me alejo, con ganas de encerrarme en mi estudio. Esta conversación me ha dejado agotada. Pero cuando pongo el pie en el primer escalón, la voz de Hugo resuena a mi espalda:

—No te olvides de tomarte las pastillas.

Me quedo paralizada, con la mano en la barandilla. Claro, las famosas medicinas que se supone que debía recoger en la farmacia.

Las que me recetó el doctor Vergnan en mi sesión imaginaria.

Me doy la vuelta lentamente, con una sonrisa forzada en los labios.

—No te preocupes, no se me olvidará.

Con esa mentira, subo las escaleras lo más rápido posible. Una vez en mi estudio, me apoyo contra la puerta cerrada y suspiro profundamente.

¿Cuánto tiempo podré mantener esta farsa? Tarde o temprano, Hugo se dará cuenta de que algo no cuadra.

Me acerco al caballete y contemplo el lienzo en blanco. Necesito pintar, sacar todas estas emociones que bullen en mi interior. Pero cuando cojo el pincel, me tiembla tanto la mano que se me cae al suelo. Lo recojo, frustrada.

¡Vamos, Alice, cálmate! ¡No vas a dejar que esa maldita agresión te robe tu carrera, además de todo lo demás!

Cierro los ojos e inspiro profundamente, intentando vaciar mi mente. Cuando vuelvo a abrirlos, mi mirada se dirige hacia el ventanal.

Y allí la veo.

La mujer rubia. Está allí, en la ventana del segundo piso de la casa de al lado.

11

Estoy plantada delante del ventanal, con los brazos cruzados sobre el pecho, intentando convencerme de que esa mujer no existe. De que mi mente me está jugando una mala pasada. Otra vez.

Pero ella sigue ahí.

Rubia. Joven. Treinta años como mucho, quizá incluso menos, más cerca de los veinticinco. Un impecable traje gris perla y una blusa blanca, el tipo de conjunto que solo se lleva con tacones. Mi mente registra todos estos detalles, como cuando elijo el próximo motivo para un cuadro. ¡Eso es! Voy a pintarla. Quizá, una vez que la haya plasmado en el lienzo, ¡consiga quitármela de la cabeza de una vez por todas!

Como si hubiera captado mis intenciones, la mujer empieza a agitarse, como si intentara hacerme entender algo.

¡Basta!

Me doy la vuelta deliberadamente. No es más que una alucinación y voy a hacer que desaparezca de una vez por todas.

Mi lienzo inacabado me espera en el caballete: una maraña de colores vivos y formas orgánicas que se entrelazan y se estiran para crear un paisaje abstracto. Es el último cuadro en el que estaba trabajando la noche en que me agredieron.

Alargo la mano hacia el lienzo. La pintura está seca y áspera bajo mis dedos. Entonces, sin darme cuenta, mi otra mano coge el pincel

y lo aplasta contra el lienzo, justo en el lugar donde estaba cuando...

Toc. Toc. Toc.

El ruido me sobresalta. Son golpes en el cristal. Cuando miro hacia allí, la mujer sigue en el mismo sitio y esta vez estoy segura de que nuestras miradas se cruzan. Levanta bruscamente el brazo y me señala con el índice. No, no me señala a mí. Señala algo detrás de mí.

Mi cuerpo se queda paralizado. Debería darme la vuelta, pero el terror me lo impide. Cuando por fin encuentro el valor para girarme, el corazón me da un vuelco. Una silueta enorme se recorta en el marco de la puerta, con una máscara que le oculta el rostro. En su mano, algo brilla débilmente en la penumbra, un objeto que no consigo identificar.

Un grito se me ahoga en la garganta. Retrocedo de golpe, chocando contra el caballete, que se desploma con estrépito. El lienzo cae al suelo, arrastrando consigo los pinceles y los tubos de pintura.

El hombre se abalanza sobre mí, sus manos me agarran los hombros como garras. El pánico estalla en mi pecho mientras me zarandea con violencia. Grito, lucho como una posesa, golpeando a ciegas con los puños.

Y de repente, la máscara desaparece, revelando unos rasgos familiares. Es Hugo, mi marido, con los ojos desorbitados por la preocupación.

—¡Alice! ¿Qué te pasa? Te he oído gritar...

Me derrumbo contra él, sacudida por un llanto incontrolable. Mis lágrimas empapan su camisa mientras la pesadilla se disipa.

12

Me despierto envuelta en una bruma algodonosa, con la cabeza embotada y las extremidades entumecidas. Las pastillas para dormir. Otra vez. La crisis de anoche me ha dejado exhausta. Clavo la mirada en el techo, intentando ignorar esa sensación tan familiar de estar atrapada en mi propio cuerpo. Por suerte, no dura mucho. Un rayo de sol se cuela por la ventana y proyecta sombras danzantes en las paredes del dormitorio. Giro la cabeza y veo a Hugo tumbado a mi lado. Parece tan distinto cuando duerme. Con las facciones relajadas, casi resulta vulnerable. Mi mirada se desliza hacia la mesilla de noche, donde reposan un vaso de agua a medio beber y las pastillas para dormir que Hugo me obligó a tomar anoche. Sé que cree que hace lo correcto, pero me siento como una niña a la que hay que vigilar constantemente. Su solicitud me asfixia.

Me levanto despacio de la cama para no despertarlo. Mis pies se hunden en la gruesa alfombra mientras me acerco a la ventana. Estoy a punto de correr las cortinas para bloquear el sol cuando lo veo. A él. Al vecino. Adrien Fleury. Está ahí, en la terraza de la planta baja, con una taza humeante entre las manos. Como si hubiera notado mi mirada, levanta la cabeza hacia mí. Cuando nuestros ojos se encuentran, me quedo paralizada, abrumada por un torbellino de emociones que todavía no me atrevo a definir. Y entonces me sonríe.

Una sonrisa cálida, casi cómplice. Como si compartiéramos un secreto.

Turbada, corro la cortina de un tirón, con el corazón desbocado. Al darme la vuelta, Hugo está sentado en la cama, observándome. ¿Cuánto tiempo lleva despierto?

—¿Qué hacías? —pregunta con voz adormilada. —Eh... nada. Quería correr las cortinas por el sol. Asiente con la cabeza. —¿Has dormido bien? —Sí... ¿y tú?

En lugar de responderme, entorna los ojos. —¿Estás bien? Te has puesto colorada... —Sí, estoy bien. Solo tengo calor. Voy... voy a preparar el desayuno.

Salgo a toda prisa de la habitación antes de que Hugo pueda detenerme. Sé que querrá que me quede en la cama, que insistirá en que descanse.

Subo los últimos peldaños de la escalera cuando mi cuerpo se paraliza de repente. Algo no cuadra. El salón... está diferente. Examino la estancia con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Han movido el sofá, la mesa de centro ya no está en el mismo sitio, hasta la alfombra ha cambiado de lugar. Se me acelera el pulso. ¿Habrá reorganizado Hugo la habitación mientras yo dormía? Anoche es borrosa en mi memoria, por culpa de las pastillas, pero ¿no me habría dado cuenta de semejante cambio?

Me siento desorientada... Con esta nueva disposición de los muebles, también ha cambiado mi percepción de toda la estancia. Lo que me resultaba familiar ya no lo es. Mi mirada se detiene especialmente en los muebles de diseño que eligió Hugo. Son tan... impersonales. Como si esta casa fuera solo un escaparate para su estudio de arquitectura. De pronto caigo en la cuenta de que nunca me he sentido en casa aquí. De verdad en casa. Normal, si me siento como una intrusa en un decorado de revista. Al final, tiene razón. Quizá vender esta casa no sea tan mala idea.

En la cocina, pongo en marcha la cafetera. Un gesto banal que me ayuda a centrarme, lejos de los pensamientos que me atormentan. Pero al abrir el armario de las tazas, descubro que falta mi favorita, la que tiene la inscripción «No estoy loca, ¡estoy

inspirada!», que Tifenn me regaló por mi cumpleaños hace años y que siempre me arrancaba una sonrisa.

¿Dónde puede estar? Miro con más atención y me doy cuenta de que han cambiado todo el juego de café. Antes, las tazas no hacían juego, eran una mezcla alegre de colores y formas dispares. En su lugar, descubro un juego de café nuevo. Todas las tazas son idénticas, solo varía el tamaño. Un modelo de diseño, por supuesto, elegante y seguramente carísimo. Cojo dos al azar y las coloco bajo la máquina de espresso. Mientras se llenan y el aroma del café impregna el ambiente, abro el armario donde normalmente guardo el azúcar y los cereales. Pero me equivoco. El azúcar ya no está ahí.

Me invade un momento de confusión. ¿He perdido mis referencias o es Hugo quien lo ha reorganizado todo en mi ausencia?

De repente, una sombra se cierne sobre la encimera. Hugo está justo detrás de mí, con los brazos levantados por encima de mi cabeza para coger algo del estante superior. Es alto y me saca mucha altura, o más bien me domina. Sí, esa es la palabra exacta. Antes me gustaba que fuera más alto que yo. Me resultaba tranquilizador, protector. Pero hoy, no sé...

La imagen de Adrien, mi nuevo vecino, se cuela en mi mente. Él y yo somos más o menos de la misma estatura, lo que me da la sensación de estar en igualdad de condiciones. Con él no siento esa necesidad de ser protegida, sino más bien una extraña complicidad. Extraña, pero agradable.

¿Estás segura de que es real?

Sacudo la cabeza para apartar a ese hombre de mis pensamientos. Por suerte, mi marido está demasiado ocupado poniendo la mesa como para darse cuenta de mi confusión.

—Siéntate, yo me encargo del resto.

No tengo fuerzas para oponerme y le dejo hacer. No puedo evitar pensar que lo que antes consideraba atenciones es en realidad una necesidad compulsiva de controlarlo todo.

—Por cierto, ¿has sido tú quien ha reorganizado el salón?

Hugo detiene el movimiento, con la taza a medio camino de los labios. —¿Reorganizado? —Los muebles. El sofá, la mesa de centro... Todo está cambiado de sitio.

Su mirada se ensombrece. —Alice, no se ha movido nada en el salón. Está exactamente igual que cuando volviste del hospital.

Un escalofrío me recorre la espalda. —No, yo... estoy segura de que antes estaba diferente. Y, por cierto, ¿dónde está mi taza? ¿La que tenía esa inscripción graciosa que me regaló Tifenn?

Hugo deja la taza sobre la mesa, con aire incómodo. —Ah, eso... Martine la rompió mientras limpiaba. Así que preferí sustituirla por esta vajilla nueva.

Pero veo que no es ese detalle lo que le preocupa. —¿Quieres que hablemos de lo que pasó anoche? —me pregunta, sentándose por fin frente a mí.

Coge una tostada, le unta mantequilla, le pone una cucharadita de mermelada de fresa y la coloca en mi plato. Si sigue así, acabará dándome de comer como a una niña.

—¿Podrías no hacer eso?

Arquea las cejas, sin entender a qué me refiero. —¿El qué?

Señalo mi plato. —Eso. Prepararme las tostadas. Puedo hacerlo sola, ¿no te parece? —Oye, ¿no será esa una forma de esquivar la pregunta que acabo de hacerte?

Aprieto los labios, molesta, pero Hugo sigue adelante, bombardeándome con preguntas en las que no me apetece pensar.

—Has vuelto a tener alucinaciones, ¿verdad? ¿O has recordado algo?

A mi pesar, las imágenes del día anterior aparecen fugazmente en mi mente, como fotogramas entrecortados y borrosos.

—¿Podríamos no hablar de eso? —No, quiero que me respondas. Es muy importante que me digas si recuerdas algo de la noche en que te agredieron. —¿Por qué? Eso no cambiará lo que pasó.

Se limpia la comisura de los labios con la servilleta de papel. —Porque la policía se ha puesto en contacto conmigo otra vez —dice —. La verdad es que me llaman con regularidad. Esperan que puedas describir a tu agresor.

Bajo la mirada. La mantequilla se ha derretido por completo y mi tostada está empapada.

—No sé lo que vi ayer. Pero no creo que fuera mi agresor. —Entonces, ¿quién era? ¿Otra vez esa mujer?

Mi silencio le basta para confirmar sus sospechas.

—Ya veo. ¿Has hablado con el doctor Vergnan? —Yo...

No tengo fuerzas para seguir mintiéndole. Tengo que confesarle la verdad. Respiro hondo y se lo cuento todo.

—Hugo —empiezo, con voz apenas audible—. Yo... tengo que decirte algo. Ayer... no fui a ver al doctor Vergnan.

Se endereza bruscamente, y la sorpresa da paso a la incomprensión.

—¿Qué? ¿Por qué me hiciste creer lo contrario?

Bajo la mirada, incapaz de sostenerle la mirada.

—Yo... no lo sé. Me sentía... de más. Cuando te vi con Kate, yo... —Espera... ¿qué? ¡No me digas que es por Kate otra vez!

Me muerdo el labio y se me llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento, yo... —¡No, Alice, basta!

Hugo se levanta bruscamente, haciendo chirriar la silla contra el suelo.

—¡Ya hemos hablado de esto un millón de veces!

¿Un millón de veces? Nunca he hablado de este tema con él, bueno, salvo la última vez, cuando me anunció que Kate iba a venir a trabajar con nosotros.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no hay nada entre Kate y yo? No confías en mí, ¿verdad?

Niego con la cabeza, perdida.

—No es eso... Es solo que... ya no entiendo nada. Hablas como si ya hubiéramos tenido esta conversación decenas de veces, pero yo no lo recuerdo. Ni siquiera recuerdo haber conocido a Kate antes de ayer...

Mi voz se quiebra. Se me llenan los ojos de lágrimas al darme cuenta de lo que eso implica.

—Alice... —continúa Hugo con voz más suave.

Su mirada. No puedo soportarla más. Me levanto de golpe.

—Necesito aire. —Espera, voy contigo. —No. Por favor. Necesito estar sola. —Al menos dime adónde vas. —Al jardín. ¿Todavía puedo ir al jardín sola o prefieres que llamemos al doctor Vergnan para que me dé permiso?

Soy consciente de que mi voz suena histérica. Si se niega, creo que sería capaz de ponerme a gritar, de lo agotada que estoy. Pero Hugo no hace nada. Se limita a asentir con la cabeza y vuelve a sentarse.

El aire fresco me golpea la cara, pero no alivia en absoluto el dolor que me oprime el pecho. De repente, una voz se alza detrás de mí.

—Oye, ¿estás bien?

Me sobresalto, sorprendida. Adrien está al otro lado del murete y me observa con preocupación.

—Sí, sí, estoy bien —respondo deprisa, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

Pero antes de que mi vecino pueda añadir nada, oigo cerrarse de golpe la puerta de la casa. Hugo aparece en el jardín con el rostro serio. Se me encoge el corazón. Nuestra discusión está lejos de haber terminado.

—¿Con quién hablabas?

Bajo la mirada, incapaz de sostenerle la mirada.

—Con nadie. No hablaba con nadie.

Se instala un silencio pesado entre nosotros. Entonces lo veo pasarse una mano cansada por la cara.

—Escucha, Alice... Siento haberme enfadado antes. Ha sido injusto por mi parte.

Su voz es suave, casi vacilante.

—Sé que no es fácil para ti en este momento —continúa—. Quizá deberíamos ir juntos a ver al doctor Vergnan, ¿qué te parece?

Levanto la vista, sorprendida por su propuesta.

—¿Quieres... venir conmigo?

Asiente y me tiende la mano para coger la mía.

—Sí. Sé que estás pasando por un momento difícil. Creo que te vendría bien tener a alguien contigo.

Hugo me atrae hacia él y me besa en la frente.

—Te quiero, Alice. No lo olvides nunca.

Me coge de la mano y me lleva hacia la casa.

Mientras cruzamos el jardín, no puedo evitar echar un vistazo furtivo hacia el murete para ver a Adrien. Pero no hay nadie.

13

Hugo está en la ducha. Le prometí que pediría cita, pero en lugar de eso, me pongo a recoger la mesa del desayuno. Aclaro las tazas tres veces en lugar de una, como si el café hubiera dejado manchas especialmente rebeldes, compruebo que todos los botes de mermelada estén bien cerrados antes de guardarlos y busco las migas que se me han escapado al pasar la bayeta. Pero cuando por fin la mesa está limpia, el lavavajillas ronronea suavemente y la encimera reluce, me quedo mirando el móvil, que descansa sobre la encimera de la cocina. Se burla de mí. Podría pasar la aspiradora o reorganizar los armarios de la cocina. Pero sé que solo estoy dando largas a lo inevitable. Ya he pospuesto bastante las cosas y hemos visto cómo ha acabado. Tengo que recuperarme. Necesito tratamiento.

Sentada en el sofá del salón, voy pasando los contactos del móvil hasta la letra V, donde tengo guardados los datos de mi psicólogo. Pulso «llamar».

—Consulta del doctor Vergnan, buenos días —responde la secretaria tras tres tonos.

—Buenos días, soy Alice Sterenn. Yo... Sé que ya he cancelado varias veces, pero... ¿sería posible concertar otra cita pronto?

Se produce un breve silencio al otro lado de la línea. Casi puedo oír el suspiro contenido de la secretaria.

—Señora Sterenn, está de suerte. Nos ha quedado un hueco libre para mañana. Puedo ofrecerle esa hora, pero —hace una pausa, como para subrayar la importancia de sus próximas palabras— sería preferible que esta vez acudiera a la cita.

Trago saliva, invadida por una mezcla de culpa y vergüenza, como una niña a la que riñe la profesora.

—Sí, claro. Allí estaré, lo prometo.

Le doy las gracias de nuevo y cuelgo, pensativa. Hugo se ha ofrecido a acompañarme, pero no estoy segura de que sea buena idea.

Me quedo sentada en el sofá, con la mirada perdida en el vacío. Mi mente es un hervidero de pensamientos contradictorios. Por un lado, sé que debo hablarle al doctor Vergnan de Adrien. Es importante para mi terapia, para comprender lo que me está pasando. Pero, por otro lado, temo la reacción de Hugo si se entera. ¿Cómo explicarle algo que yo misma no comprendo? No puedo negar el efecto que Adrien Fleury tiene sobre mí. Hay algo en él que me atrae, una especie de conexión inexplicable. Lo sentí desde el primer día que nos cruzamos. Y si resulta que este hombre no es más que una ilusión, entonces el doctor Vergnan me ayudará a comprenderlo y aceptarlo.

Los pasos de Hugo resuenan en el piso de arriba. Debe de estar preparándose para ir a trabajar. No, está claro. Si Hugo viene conmigo a la consulta, no podré hablar de Adrien Fleury.

De repente, el móvil vibra, sacándome de mis pensamientos. Solo es el mensaje de confirmación de mi cita con el psicólogo, mañana a las 14:00. Decir que me siento aliviada sería quedarse corta. Pero la idea de ir con Hugo sigue dándome vueltas. Necesito una presencia tranquilizadora, alguien que esté a mi lado sin juzgarme. Tifenn. Su nombre se impone en mi mente como algo evidente. Siempre ha estado ahí para mí, en las buenas y en las malas. Cojo el móvil y empiezo a escribirle un mensaje.

Hola, Tiff, espero que llegaras bien ayer. Mañana tengo cita con el doctor Vergnan. Hugo se ha ofrecido a acompañarme, pero... preferiría que fueras tú, si puedes. Ahora mismo necesito mucho tu apoyo. Besos.

Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla. ¿No debería hablar primero con Hugo? ¿Explicarle que necesito hacer esto con mi mejor amiga, que no es nada personal? No. Él lo entenderá. Sabe lo unidas que estamos Tifenn y yo. Además, solo es una consulta. Tengo que dejar de dramatizar. Probablemente Hugo se sentirá aliviado de que no tenga que cargar con el peso de acompañarme a una sesión de terapia. Finalmente envío el mensaje y suspiro. Luego, al ver que se está haciendo tarde, subo al piso de arriba para asearme un poco.

Mientras termino de lavarme los dientes, Hugo llama a la puerta del baño.

—Alice, ¿va todo bien?

Escupo la pasta de dientes en el lavabo.

—Sí, ya casi acabo.

—Oye, tengo que salir una hora o dos —anuncia—. Hay un problema en una obra.

Asiento con la cabeza, aunque él no puede verme a través de la puerta.

—Vale.

Parece dudar un momento antes de añadir:

—Kate estará allí. Me ayudará a resolver el problema.

Me quedo paralizada, pero cuando veo mi reflejo en el espejo, no me gusta lo que veo. Una mujer atormentada por los celos y prisionera de sus dudas. Así que decido acallar esa vocecita que me dice que mi marido me engaña.

—Vale —respondo finalmente—. Que vaya bien.

Es todo lo que se me ocurre decirle. Se queda en silencio un momento antes de murmurar un «gracias» casi inaudible. Luego se aleja y el silencio me envuelve de nuevo. En el espejo, el rostro que me mira me resulta extraño. Ojeras, palidez, expresión atormentada. Esa mujer no soy yo. Señalo con el dedo acusador a mi reflejo.

—A partir de hoy, vas a dejar de amargarme la vida, ¿entendido?

Mi reflejo me devuelve una mirada entre divertida y consternada.

—Bueno, me alegro de que estemos de acuerdo. Vamos a dejar de lamentarnos y a tomar las riendas de la situación. Y, para

empezar, se acabó pasar el día en chándal, aunque no tenga intención de salir.

14

En ausencia de Hugo, decido ponerme a ordenar el estudio. Es una tarea que llevo demasiado tiempo postergando y me sirve de excusa para no enfrentarme al lienzo sin terminar. Es la única habitación de la casa donde Martine, nuestra asistenta, no tiene permitido entrar. La única con cerradura.

Mientras coloco los tubos de pintura desperdigados en sus cajas correspondientes, los terroríficos fogonazos del día anterior se cuelan en mis pensamientos. Antes de que Hugo interviniera, vi a un hombre. Llevaba una máscara o una capucha, ya no lo tengo claro. Lo que sí sé es que no pude verle la cara.

Al principio, la posibilidad de que fuera un recuerdo de la noche de mi agresión me pareció la explicación más plausible, pero luego caí en la cuenta de que era imposible. Ese hombre no habría podido entrar en mi estudio sin que yo le abriera. A no ser que... ¿Cabe la posibilidad de que el hombre que casi me mata conociera el código de la cerradura electrónica? Aparte de mí, solo dos personas en el mundo lo conocen: Tifenn y mi marido, claro está.

Sonreí para mis adentros al darme cuenta de lo absurdo de mi razonamiento. Todo era producto de mi imaginación. Tenía que dejar de inventarme cosas y la mejor manera de despejarme era escuchar música. Me puse los auriculares y reproduje mi lista de canciones en el móvil. Los temas de jazz se suceden mientras guardo

distraídamente los tubos de pintura. Pero cuando suenan los primeros compases de *Blue in Green*, mis movimientos se ralentizan. Sonrío al reconocer la delicada y melancólica introducción de Bill Evans. Luego entra la trompeta de Miles Davis y me quedo paralizada. La melodía me envuelve por completo. Cierro los ojos, transportada por la armonía entre ambos instrumentos. Cuando las últimas notas se desvanecen en el silencio, vuelvo en mí y descubro que tengo la cara empapada.

Me paso la mano por la mejilla: son lágrimas. Parpadeo, desconcertada. Blue in Green lleva siendo una de mis canciones favoritas desde hace años, pero nunca me había conmovido tanto. Me seco rápidamente la cara y paso a la siguiente canción, prefiriendo no darle vueltas a esta extraña reacción.

Mientras me afano en mis tareas, no puedo evitar mirar con frecuencia por la ventana. Una parte de mí espera ver al vecino, Adrien. ¿Y si fuera real después de todo? Me invitó a un chocolate, lo que significa que, de haber sido todo una alucinación, el camarero me habría alcanzado para cobrarme. Sin embargo, ese día alguien pagó por mí. Y ese alguien se llama Adrien Fleury. Que Hugo no lo haya visto nunca resulta bastante raro, es cierto, pero no imposible.

Estoy sumida en mis pensamientos cuando suena el timbre. Se me cae el bote de pinceles y se hace añicos contra el suelo. Instintivamente me llevo la mano al pecho. ¿Quién será? Tifenn conoce el código, así que no puede ser ella, y yo no espero a nadie. Los timbrazos se vuelven más insistentes, como si quien llama se estuviera impacientando. Me acerco a la ventana, intentando ver quién es sin que me vean. Y entonces no doy crédito a lo que veo. Es Adrien Fleury. ¡Está saltando el murete para entrar en nuestra propiedad!

Me quedo petrificada, dividida entre el miedo y la curiosidad. ¿Dónde se habrá metido? Estiro el cuello, pero ya no lo veo. De repente, suena otro timbre. El de la puerta principal. Tengo que bajar a ver quién es. Al llegar abajo, dudo si abrir, pero justo cuando me decido, su voz atraviesa la madera. Es como si supiera que estoy ahí, escuchándole.

—¿Alice? Soy Adrien... Adrien Fleury, tu vecino. Perdona que te moleste, pero ha habido un error en el reparto. Me han entregado por equivocación un paquete a tu nombre.

Su voz es tranquila, casi relajante. Vacilo, sin saber qué hacer. Tras unos instantes de silencio, continúa:

—Lo voy a dejar en la entrada. No quería asustarte entrando así, pero prefería entregártelo en persona.

Oigo sus pasos alejarse. Se marcha. El alivio de verle partir se mezcla extrañamente con una decepción aún más intensa. Guiada por un impulso repentino, corro hacia la puerta y la abro de golpe. Adrien está allí, a punto de saltar el muro. Se gira, sorprendido. Nuestras miradas se encuentran y, por un instante, el tiempo parece detenerse. Me sonríe y se acerca hasta el porche. El paquete está ahí, entre nosotros. Se agacha para cogerlo y me lo tiende. Es entonces cuando me doy cuenta de que la caja parece haber sido abierta. Antes de que pueda decir nada, Adrien se explica:

—Ah, sí... Lo abrí pensando que era mío. No me fijé en el nombre de la etiqueta.

Asiento con la cabeza, algo desconcertada. Total, no es culpa suya que el repartidor se haya equivocado.

—No pasa nada —respondo, sin saber muy bien qué más añadir.

Nos quedamos allí, en la entrada, durante unos instantes. Se instala un silencio incómodo entre nosotros. De repente, soy muy consciente de mi aspecto desaliñado, del pelo revuelto. Me entran ganas de entrar, de poner fin a esta situación embarazosa, pero algo me retiene. Adrien parece sentir lo mismo. Se aclara la garganta y da un paso atrás.

—Siento haberte molestado. Solo pensé que querrías recibir tu pedido.

¿Mi pedido? Lo miro sin comprender. No recuerdo haber comprado nada. Vuelvo a fijarme en el paquete. No, definitivamente no tengo ni idea de lo que contiene. Pero le oculto mi confusión a Adrien. No necesita saber que su vecina anda bastante perdida.

—Gracias —digo finalmente—. Es muy amable por tu parte traérmelo.

Me quedo allí plantada, con el paquete en las manos, sin saber muy bien qué hacer. ¿Y si le invito a tomar un café? Es lo que hacen los vecinos, ¿no?

Pero antes de que me decida, Adrien vuelve a hablar:

—Bueno, te dejo. No quiero entretenerte más.

Da un paso atrás, como para marcharse, y luego se detiene. Su expresión se vuelve más seria.

—Por cierto, ¿te encuentras mejor? —pregunta.

Parpadeo, sorprendida por la pregunta. Por un momento, pienso que se refiere a lo de anoche en mi estudio, cuando creí ver a un hombre enmascarado dispuesto a atacarme. Pero ¿cómo podría saberlo? Entonces caigo en que probablemente se refiere a mi convalecencia, por simple cortesía. Sin embargo, parece sinceramente interesado en mi respuesta.

—Sí, estoy bien —respondo, intentando sonar convincente.

Adrien asiente, pero parece percibir mi vacilación.

—¿Segura? —insiste con suavidad—. Te noto... preocupada.

Me muerdo el labio, sin saber qué responder. Una parte de mí quiere confiar en él, contarle todas las cosas raras que me están pasando. Pero otra parte, más recelosa, me frena.

—Es que... —empiezo, buscando las palabras adecuadas.

Tomo aire y me lanzo.

—La verdad es que anoche tuve otro episodio —confieso, sin saber muy bien por qué se lo cuento. Total, apenas nos conocemos.

—¿Un episodio? ¿Qué pasó?

Aparto la mirada, avergonzada de repente. Pero ahora que he empezado, no puedo echarme atrás.

—Es raro, pero volví a ver a esa mujer en la ventana de tu casa. Me preguntaba si había alguien allí anoche.

Adrien niega con la cabeza.

—No, estaba solo. No había nadie más. —Hace una pausa, pensativo—. ¿Esa mujer es la misma que viste en la ventana la noche que volviste del hospital? ¿La que creíste que era mi mujer?

Asiento, notando cómo se me encienden las mejillas.

—Sí, es ella. Perdona, me siento ridícula contándote esto.

Pero Adrien no parece encontrarlo ridículo en absoluto.

—¿Sabes qué? Deberías hacerle un retrato. Podría ser una forma de exorcizar esas visiones, de darles forma tangible.

Lo miro, sorprendida por la sugerencia. Es exactamente lo que quería hacer anoche, antes de que se desatara el episodio. Pienso en el hombre enmascarado que apareció justo cuando iba a empezar a pintarla. ¿Estará mi subconsciente tratando de impedirme pintar a esa mujer? ¿Podría estar relacionada con mi agresión? Pero prefiero guardarme estas preguntas para la sesión con el doctor Vergnan. Por ahora, me limito a sonreírle educadamente a Adrien.

—Es... es una idea interesante —respondo con cautela.

Se instala otro silencio entre nosotros. Adrien retrocede unos pasos, pero antes de irse me hace prometerle que le enseñaré el retrato de esa mujer misteriosa cuando lo termine.

—Tengo mucha curiosidad por conocer a mi esposa imaginaria —bromea con un guiño.

No puedo evitar sonreír ante el comentario.

—Te lo prometo, serás el primero en verlo.

Adrien se despide con la mano y se dirige hacia el muro que separa ambas propiedades. Estoy demasiado absorta en mis pensamientos como para encontrarlo raro. Podría haber salido por la verja y luego entrar en su casa. Sin embargo, decide trepar por el muro de hormigón, que escala con una facilidad pasmosa. Durante un breve instante, lo pierdo de vista y, de repente, reaparece en el porche de la casa de la señora Amauris, que está ligeramente elevado respecto al terreno. Se vuelve hacia mí una última vez, me hace un pequeño gesto antes de girar el pomo de la puerta principal.

En el momento en que desaparece de mi vista, me invade una extraña sensación al darme cuenta de que realmente disfruto de su compañía.

Cierro la puerta y llevo el paquete al salón. Lo dejo sobre la mesa de centro y retrocedo unos pasos, como si fuera a explotar de un momento a otro. ¿De verdad hice yo este pedido? Solo hay una forma de averiguarlo y, cuando me dispongo a abrirlo del todo, veo el destinatario: no va dirigido a mí, sino a mi marido.

Siento un gran alivio. Como fue Hugo quien hizo el pedido, es normal que yo no lo recuerde. Pero cuando voy a dejarlo sobre su escritorio, una vocecita me susurra que mire qué contiene. No debería hacerlo. No soy de esas mujeres que espían a su marido y hurgan en sus cosas, y no pienso convertirme en una de ellas, pero sigo allí plantada, con la vista clavada en el misterioso paquete. Seguro que no contiene nada del otro mundo. El paquete ya está bastante machacado, si quisiera podría apretar la parte superior y ver qué hay dentro.

Incapaz de resistirme más, lo abro del todo. Al instante, me invade un malestar al ver el surtido de material de vigilancia: cámaras en miniatura, micrófonos espía, localizadores GPS... Esto me enseñará a no ser cotilla. No debería haber cedido a la curiosidad. Cierro el paquete y hasta le pongo cinta adhesiva antes de salir del despacho de mi marido para refugiarme en el piso de arriba.

Sentada en mi taburete frente al caballete, no consigo quitarme de la cabeza lo que he visto en el paquete. ¿Para qué querría Hugo material de aficionado cuando nuestra casa ya cuenta con un sofisticado sistema de videovigilancia y alarma? ¿Quizá sea para el trabajo? Sé que ha tenido problemas en el pasado con algunos promotores inmobiliarios. Sacudo la cabeza. No es asunto mío.

Con un golpe de talón, giro el taburete hacia el ventanal. La fachada de la casa de la señora Amauris está bañada por la luz matinal y distingo algunas grietas alrededor de las ventanas. Un escalofrío me recorre al posar la mirada en la hilera de ventanas del último piso. ¿Aparecerá la misteriosa mujer? Espero, pero no pasa nada. Entonces vuelvo a pensar en mi conversación con Adrien. La idea de pintar a esa mujer enigmática que me obsesiona me entusiasma.

Sobre el caballete, un lienzo en blanco sustituye al paisaje inacabado. Lo preparo cubriéndolo con imprimación y luego me tomo mi tiempo para elegir los pinceles y los colores. Después de varias pruebas en la paleta de madera, decido pintar directamente sin pasar por el boceto al carboncillo. Curiosamente, mi mano no

tiembla cuando cojo el primer pincel y lo acerco al lienzo. Una vez aplicada la primera pincelada, ya no puedo parar.

Las horas pasan sin que me dé cuenta, totalmente absorta en el retrato que poco a poco cobra vida. Estoy tan concentrada que no oigo a Hugo llegar a casa. Solo cuando me llama me percato de su presencia.

—¡Estoy en el estudio! —le respondo, sin apartar la vista del trabajo.

Oigo sus pasos en la escalera y luego aparece en el umbral.

—¿Qué haces? —pregunta.

La respuesta salta a la vista: estoy pintando. Supongo que se refiere al tema del cuadro, pero antes de que pueda responder, veo que arruga la nariz, molesto por el olor a aguarrás que flota en el ambiente. Hugo siempre ha detestado ese olor. Por no hablar de que es alérgico a casi todo, incluidos los pigmentos. Desde su punto de vista, mi estudio es como un campo minado que prefiere evitar.

—Perdona.

Se cubre la cara con la manga y retrocede hacia la puerta.

—Me alegro de que hayas encontrado algo con lo que entretenerte —dice antes de darse la vuelta.

Algo con lo que entretenerme. Sus palabras duelen. Me pregunto si es consciente. Antes de la agresión, exponía en las galerías más prestigiosas de Europa. Pero Hugo nunca ha entendido realmente mi arte. Nuestros mundos son demasiado diferentes: él, con sus líneas depuradas y sus edificios minimalistas que le han dado fama como arquitecto. De hecho, ninguno de mis cuadros ha encontrado sitio en nuestra casa. Romperían la armonía geométrica que él ha creado.

Vuelve sobre sus pasos, se pasa la mano por el pelo y cambia de tema.

—Por cierto, ¿has conseguido cita con el doctor Vergnan?

—Sí, voy mañana. Tifenn me acompañará.

—Ah... vale. Pero también puedo ir yo si quieres. Me quedaré en la sala de espera.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Como te he dicho, Tifenn estará allí.

Hugo asiente y su mirada se pierde en la distancia. ¿En qué estará pensando?

—Hoy ha llegado un paquete para ti —le digo entonces.

—¿Un paquete?

—Sí, me lo han traído esta mañana —digo, eligiendo las palabras para no revelarle el papel de nuestro nuevo vecino—. Lo he dejado en tu escritorio.

—Ah... vale.

—Era material de videovigilancia —añado sin más.

Hugo se balancea ligeramente sobre sus largas piernas.

—¿Lo has abierto?

—Creía que nuestro sistema de seguridad ya era suficiente —continúo sin justificarme—. Con la alarma y las cámaras exteriores...

Hugo asiente.

—Quería una vigilancia más discreta —admite—. Los próximos días tendré que viajar por trabajo y me quedaría más tranquilo sabiendo que estás segura cuando no estoy. Pero si no quieres que instale esas cámaras, dímelo. No lo haré. Y si lo hago, te diré exactamente dónde están.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Vale. Las devolveré.

Hay una pregunta que me quema por dentro.

—¿Me lo habrías contado si no hubiera visto lo que contenía el paquete?

—Por supuesto. De hecho, hasta me había olvidado del pedido. Lo hice antes de llamar al profesional para el sistema de seguridad. Por cierto, hablando de ausentarme, tengo una cena de negocios en París esta noche. ¿Te apetece venir? Te vendría bien cambiar de aires.

Considero su oferta un momento, pero ahora que he recuperado la inspiración, no puedo parar.

—Te lo agradezco, pero aún no me siento preparada para ver a gente. Quizá en otra ocasión.

Hugo asiente.

—Como prefieras.

Decido no preguntarle si Kate estará en la cena. No quiero provocar otra discusión.

Unas horas más tarde, Hugo está a punto de marcharse, elegante con su traje y oliendo a colonia. Se queda en la puerta, visiblemente dividido entre la curiosidad por ver lo que estoy pintando y su aversión al olor a aguarrás. Casi me alivia que no se acerque. ¿Cómo explicarle que estoy pintando una alucinación? Quizá después de mi sesión con el doctor Vergnan, pueda decir que es un ejercicio terapéutico. Pero desde luego no que fue sugerencia de nuestro misterioso vecino. Un vecino al que, por cierto, solo yo puedo ver.

—Bueno, me voy. No te olvides de cerrar bien y activar la alarma, ¿vale?

—Te lo prometo —respondo con una pequeña sonrisa.

Las horas pasan, pero estoy demasiado absorta en mi trabajo como para darme cuenta. Hace tiempo que ha anochecido y el silencio de la casa solo se ve interrumpido por el roce de los pinceles sobre el lienzo. Casi sin pensarlo, tras un último retoque, doy un paso atrás. Me encuentro sola frente al retrato. Está terminado. Y ha quedado bastante bien. Lo cual es raro, porque los retratos no son precisamente mi fuerte.

El rostro de la mujer de la ventana está ahí, frente a mí. La pintura, aún fresca, refleja la luz del techo de forma casi sobrenatural, dando la impresión de que su mirada está viva.

—¿Quién eres?

Mi pregunta resuena bajo el alto techo. Casi espero que el retrato cobre vida y que los labios carmesí empiecen a moverse. Pero no llega ninguna respuesta. Sacudo la cabeza y sonrío. ¡Ya está, lo he conseguido! Es mi primer cuadro desde que salí del hospital. Aunque creía haber perdido mi capacidad para pintar, los gestos han vuelto de forma natural, como si la conexión entre mi cerebro y mis dedos nunca se hubiera roto.

Mientras contemplo mi obra, con una mezcla de asombro y orgullo, me invade el cansancio que siempre siento al terminar un lienzo. Con ganas de irme a la cama, me limito a limpiar los pinceles antes de dejarlos en remojo en un vaso. La limpieza del estudio

puede esperar hasta mañana. Apago la luz y el retrato se desvanece, como disuelto en la oscuridad. Pero cuando estoy a punto de cerrar la puerta, la oigo. Esa voz. La misma que me advirtió aquella noche, cuando Hugo me hizo tomar esas pastillas para dormir, después de ver a la mujer rubia por primera vez. Y lo que me dice no ha cambiado:

¡Está mintiendo!

15

Me despierto sobresaltada, jadeando. Las sábanas están enredadas a mi alrededor, empapadas de sudor frío. Una vez más, una pesadilla me ha arrancado del sueño. Si el doctor Vergnan me pidiera que se la contase, sería incapaz de hacerlo. Lo único que sé es que ha sido aterradora. Giro la cabeza y veo que el lado de Hugo está vacío y frío. Aún no ha vuelto de su cena de negocios en París. Un vistazo al despertador me dice que son casi las dos de la madrugada. Me pregunto qué estará haciendo... y con quién. ¿Estará riéndose con sus compañeros? ¿Intentando impresionar a posibles clientes? ¿O coqueteando con Kate? Me revuelvo en la cama, tratando de apartar esos pensamientos. Pero es inútil. Incapaz de volver a dormirme, aparto las mantas y me levanto. Descalza sobre la moqueta, me acerco a la ventana y descorro las cortinas. La casa del vecino llama inmediatamente mi atención. A diferencia de la nuestra, sumida en la oscuridad, en la suya todas las luces parecen estar encendidas. A través de las ventanas sin cortinas, puedo distinguir siluetas moviéndose en el interior. Qué extraño... Adrien me dijo que vivía solo. ¿Y si tiene visita? Movida por la curiosidad, decido subir a mi estudio para ver mejor.

Y allí está. La mujer rubia está de nuevo allí, en la ventana del tercer piso. Pero a diferencia de otras veces, cuando parecía querer comunicarse conmigo, ahora me da la espalda. Parece que alguien

acaba de entrar en la habitación. Se me corta la respiración cuando veo a un hombre acercarse a ella. Incluso desde aquí, estoy casi segura de que es Adrien. ¿Significa eso que la conoce? ¿Que me mintió al decir lo contrario? Sea como sea, no puedo apartar la mirada de la escena que se desarrolla ante mis ojos. Están hablando, creo. Es extraño. No, no es eso. Están discutiendo. Me recuerda a una de esas viejas películas mudas, solo que no tengo subtítulos que me ayuden a entender qué está pasando. Sin embargo, su lenguaje corporal no deja lugar a dudas. Es una discusión, y se está calentando por momentos. Me invade una sensación de malestar mientras me quedo allí, mirándolos discutir. Tengo un mal presentimiento. Se enfrentan en la habitación iluminada. Ella retrocede, él avanza. Ella niega con la cabeza mientras él la señala con el dedo. Cuando ella intenta marcharse, él la agarra bruscamente del brazo. Ya no es una simple discusión. De repente, él se gira hacia un lado y coge algo que no consigo identificar desde aquí. Lo levanta por encima de su cabeza y, con un movimiento de una violencia brutal, la golpea. Un solo golpe ha bastado, justo en la coronilla. El cuerpo de la joven se tensa de golpe, como fulminado. Después se desploma en el suelo. Paralizada por el miedo, no puedo apartar la mirada de la tragedia que se desarrolla ante mí. Me siento impotente, atrapada por mi propia curiosidad morbosa.

Adrien se incorpora lentamente. Contempla el cuerpo inerte de la mujer tendida a sus pies. La realidad de lo que ha hecho parece golpearle por fin con toda su crudeza.

De repente, las luces se apagan, sumiendo la casa vecina en la oscuridad. Durante lo que me parece una eternidad, nada se mueve. La luna proyecta sobre la fachada de la casa un resplandor azulado suficiente para que distinga una silueta que se recorta como una sombra chinesca.

Una sombra que se mueve en la oscuridad. Es él, estoy segura. Contengo la respiración, escuchando el sordo latido de mi corazón retumbando en mis sienes. Una silueta corpulenta aparece en el hueco de la ventana. Es Adrien, y en sus brazos lleva el cuerpo inerte de la mujer rubia, con los brazos y las piernas colgando como

los de una muñeca rota. ¡Dios mío, acabo de presenciar un asesinato!

Quiero gritar, pedir ayuda, pero no me sale ningún sonido. Mis pensamientos se atropellan. Tengo que hacer algo. Tengo que avisar a alguien antes de que se deshaga del cuerpo.

Me alejo de la ventana y busco el móvil con la mirada. Tengo la impresión de que mis movimientos van a cámara lenta, como si estuviera drogada. Seguramente sea el shock. Mi dedo recorre torpemente la lista de contactos. Pulso llamar.

—Vamos, Hugo, cógelo... cógelo...

Suena una y otra vez, hasta que salta el buzón de voz.

«Este es el buzón de voz de Hugo Le Treuvier. En este momento no puedo atender su llamada. Deje su mensaje después de la señal. Gracias».

—¡Hugo! Dios mío... ¡He visto algo horrible! Adrien acaba de... La mujer rubia que estaba en su casa, él... ¡la ha matado! Le he visto golpearla y... su cuerpo... ¡No sé qué hacer! ¡Vuelve enseguida, por favor!

El buzón corta la llamada. Me quedo de pie, temblando. Tengo que llamar a la policía, es lo que debo hacer.

Marco el número de emergencias, con el corazón desbocado. El tono suena en mi oído. Es entonces cuando mi mirada se cruza con la del retrato. El retrato de la mujer que acaba de ser asesinada frente a mi casa.

—Perdóname...

Mi voz se quiebra al pronunciar estas palabras. El móvil se me escapa de las manos y cae al suelo. Mi cuerpo no tarda en seguir el mismo camino.

Todo se vuelve negro...

16

El familiar olor a desinfectante me invade las fosas nasales y siento la aspereza de las sábanas del hospital contra mi piel. Tengo una sensación de déjà vu. Mis párpados, pesados, luchan contra la luz cruda que me agobia. Las paredes blancas, los pitidos regulares de las máquinas, el olor a antiséptico... Abro completamente los ojos y examino la habitación. Es una habitación de hospital, pero hay algo distinto. No es la unidad de neurocirugía donde pasé tanto tiempo después de la agresión. Las paredes son de otro color, la distribución no es la misma. Entra una enfermera y su rostro se ilumina al verme despierta.

—Ah, señora Sterenn, ha vuelto en sí. ¿Cómo se encuentra?

—Yo... no lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

Me toma las constantes mientras me explica con suavidad:

—Está en urgencias. Su marido la trajo hace unas horas.

La puerta se abre de nuevo y Hugo entra en la habitación. Su rostro está marcado por el cansancio. Se acerca a mi cama y me coge la mano entre las suyas.

—Alice, cariño... ¿Cómo te encuentras? —me pregunta con dulzura.

Niego con la cabeza, todavía confusa.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

Miro fijamente a Hugo, esperando su respuesta con creciente ansiedad. Su rostro delata preocupación y presiento que algo no va bien.

—Anoche estuve en una cena de negocios, ¿te acuerdas? —empieza con suavidad.

Asiento y espero a que continúe.

—Sobre las dos de la madrugada, me llamaste. Decías cosas incoherentes. Así que salí del restaurante y volví a casa lo más rápido que pude.

Me acaricia suavemente el pelo.

—Cuando llegué —continúa—, te encontré inconsciente en el estudio. Estabas tirada en el suelo y pensé... pensé que estabas...

Su voz se quiebra y aparta la mirada.

Siento un nudo en el pecho. La noche pasada... los recuerdos me vienen a la mente como fogonazos. Adrien y la mujer rubia discutiendo. Él levanta el brazo. El objeto que sostiene en la mano se abate sobre ella. Ella se desploma. No se vuelve a levantar. Adrien reaparece con el cuerpo inerte en brazos.

—He sido testigo de algo horrible —murmuro con voz entrecortada—. El vecino... ha matado a una mujer. Lo he visto con mis propios ojos.

Pero la expresión de Hugo cambia, pasando de la preocupación a la resignación. No me cree.

—Alice, cariño —dice con cautela—, creo que has tenido una pesadilla. O tal vez... tal vez ha sido otra alucinación.

—¡No! —exclamo, sintiendo que el pánico vuelve a aflorar—. Era real, lo sé. Hay que... hay que avisar a la policía.

—La policía ya ha venido. Los llamé pensando que tal vez el ladrón había vuelto. Pero todo estaba en orden. La alarma estaba conectada cuando llegué y no había señales de que hubieran entrado, pero aun así quise que lo comprobaran, por si acaso.

Su respuesta me pilla desprevenida.

—¿La policía ha mirado en la casa de al lado? ¡Ahí es donde ocurrió el asesinato!

Hugo parece desconcertado, sin saber cómo manejar la situación. Puedo ver en sus ojos que está convencido de que todo

esto es fruto de mi imaginación.

La enfermera asiente cuando él se vuelve hacia ella, como si hubiera entendido lo que esperaba sin necesidad de palabras.

—Voy a ver con el médico de guardia si puede recetarle algo para tranquilizarla.

Habla de mí como si no estuviera allí, como si no pudiera oírla. Me indigna.

—¡No! —grito, y mi voz resuena en la pequeña habitación—. No necesito tranquilizarme. ¡Necesito que me escuchen! Ha habido un asesinato en la casa de al lado y yo lo he presenciado.

La enfermera da un paso atrás, visiblemente incómoda. Hugo se acerca y me tiende la mano, pero la rechazo.

—Alice, por favor, necesitas descansar. Has tenido una crisis, estás confundida...

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—¡No! No estoy confundida. Sé lo que he visto. ¿Por qué no me crees?

Miro fijamente a la enfermera, que parece dudar sobre qué hacer.

—No llamen al médico. No tomaré ningún medicamento. Lo que necesito es hablar con la policía. Ahora mismo.

Sin hacer caso de mis palabras, la enfermera sale de la habitación, dejándonos solos a Hugo y a mí.

—Alice, ya te lo he dicho, la policía ya ha venido. No han encontrado nada...

—¡Pues que vuelvan! Que miren otra vez. Que interroguen a Adrien. Le vi llevarse el cadáver. ¡Tiene que estar en algún sitio!

Siento que estoy perdiendo el control, que las emociones me desbordan. Pero no puedo parar. Tengo que convencerle, tengo que hacerle entender que lo que vi era real.

—Por favor, tienes que creerme —le digo, agarrando la mano de mi marido—. Sé que puede parecer una locura, pero te juro que no era un sueño. ¡El vecino mató a esa mujer, lo vi con mis propios ojos!

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor. Puedo ver la duda en sus ojos, la compasión, quizás incluso el miedo. Y de

repente, me doy cuenta de lo sola que estoy.

En ese momento, el médico entra en la habitación, seguido de la enfermera.

—Ah, señora Sterenn, ¡ya se ha despertado! ¿Cómo se encuentra?

Parece distante, casi aburrido. Mientras me examina, le cuento lo que he visto. Pero él evita mi mirada.

—¡Doctor, hay que avisar a la policía! ¡Han cometido un asesinato justo al lado de mi casa!

Es como si no me oyera. Se limita a examinar mis pupilas, tomarme la tensión y murmurar unos «ajá» que me dan ganas de gritar.

—Señora Sterenn —dice finalmente, guardando el estetoscopio en el bolsillo—, dada su prolongada pérdida de conciencia, la mantendremos en observación unas horas más.

Siento cómo el pánico me invade.

—¡No, no, no! ¡No lo entiende! ¡No puedo quedarme aquí!

Por el rabillo del ojo, veo a la enfermera acercarse discretamente a mi gotero e inyectar algo en el suero.

—¿Qué está haciendo? —grito, intentando incorporarme.

Pero Hugo me sujeta con suavidad.

—Es por tu bien, Alice —susurra—. Necesitas descansar.

Niego con la cabeza, sintiendo ya los efectos del medicamento extendiéndose por mi cuerpo. La vista se me nubla, los miembros se me vuelven pesados.

—Por favor —susurro, luchando contra el entumecimiento que me invade—. Hay que llamar a la policía para que vayan a casa del vecino... Hay que... hay que detenerle...

Pero mis palabras se pierden en un murmullo indistinto. Vuelvo a caer en la inconsciencia, atormentada por la imagen de Adrien llevándose el cuerpo de la mujer.

17

Después de interminables horas en observación en el hospital, por fin estoy de vuelta en casa. Mi mente sigue embotada por los medicamentos que me han administrado, pero no lo suficiente como para impedir que las imágenes de esa horrible noche me persigan. Dan vueltas en mi cabeza, como una película de terror que no puedo parar. Me sobresalto cuando Hugo me pone la mano en el hombro.

—¿Estás bien?

¿Cómo voy a estar bien cuando hay un asesino viviendo justo al lado? Por supuesto, este tema está zanjado. Hugo sería capaz de ingresarme si sigo insistiendo en que he presenciado un asesinato.

—Sí, estoy bien.

No sé si me cree, pero mi respuesta parece satisfacerle.

—Escucha, tengo que hacer algunas llamadas de trabajo. ¿Por qué no vas a descansar un poco? Has tenido una noche muy dura.

¿Descansar? ¿Otra vez? Si le hiciera caso, no saldría de la cama en la vida. Pero, una vez más, no me opongo. Así me resultará mucho más fácil hacer lo que tengo en mente.

En cuanto se cierra la puerta de su despacho, me apresuro hacia mi estudio. Con el corazón latiéndome con fuerza, escudriño la casa de enfrente a través del ventanal. ¿Esconde realmente su tranquila fachada el horror del que he sido testigo? La parte racional de mi cerebro busca una explicación lógica, una forma de borrarlo todo

como si fuera una pesadilla. Pero en lo más profundo de mí, una certeza tenaz se niega a desaparecer: esa escena fue muy real.

Cojo el móvil y busco entre mis contactos hasta encontrar el del inspector que vino a verme al hospital cuando salí del coma. Después de dos tonos, descuelga.

—Ah, sí, buenos días, señora Le Treuvier.

Es él, lo reconozco por su voz nasal y también porque es una de las pocas personas que me llama señora Le Treuvier.

—¿Cómo se encuentra? —continúa.

Su pregunta me pilla desprevenida. No voy a decirle que acabo de pasar varias horas en observación en urgencias después de imaginar una escena de asesinato.

—Eh... bien.

—Perfecto. Un momento, que voy a buscar algo para escribir. Ya está, la escucho.

El corazón me late con fuerza en el pecho mientras me dispongo a contarle lo que vi la noche anterior. Pero las palabras no me salen. ¿Y si no me cree?

—¿Señora? ¿Sigue ahí?

Oigo que alguien le habla. Debe de estar muy ocupado y, sin embargo, no me pide que vuelva a llamar.

—Adelante. Supongo que me llama por lo de su agresor. ¿Ha recordado algo?

Ah... Ahora lo entiendo.

—En realidad, no llamaba por eso.

—¿Ah, no?

—Anoche pasó algo. Presencié... eh... fui testigo de...

—¿Sí?

—Fui testigo de un asesinato.

—¿Un asesinato?

—Sí, una mujer fue asesinada frente a mi casa y lo vi todo.

Silencio.

—¿Quiere decir... ahora mismo?

—No. Anoche.

Vuelve a dudar.

—Anoche... pero no lo ha denunciado hasta ahora.

—No. De hecho, intenté llamar anoche, pero... en fin, mi marido llamó a la policía. Vinieron a echar un vistazo, pero no al lugar adecuado. Lo que quiero decir es que mi marido creyó que el ladrón había vuelto. Pero no es eso. Tienen que volver para registrar la casa de enfrente. Ahí es donde se produjo el asesinato.

Le oigo suspirar.

—Ya veo. Espere un momento, voy a informarme.

Se corta la comunicación y suena música de espera. Durante los siguientes minutos, contengo la respiración, esperando que alguien por fin me crea.

—¿Señora Le Treuvier?

—Sí, aquí estoy.

Se aclara la garganta.

—He llamado a mis compañeros y me han confirmado que no han visto nada raro.

—Eso es porque no han mirado donde debían. Ya se lo he dicho. El asesinato tuvo lugar en la casa de al lado. Tiene que ir a verlo. El asesino se llama Adrien Fleury. Le vi matar a una mujer. No sé quién es ella, pero he hecho un retrato robot. ¡Prométame que irá!

—Muy bien. La mantendré informada.

Cuelga sin darme más detalles. Sin embargo, unos quince minutos después, veo a dos policías uniformados entrando en la propiedad de la señora Amauris. Me invade una sensación de alivio. Por desgracia, dura poco, porque poco después salen tan tranquilos. No lo entiendo. ¿Por qué Adrien no va con ellos? Debería haberlo sacado esposado.

Tengo que bajar a hablar con esos policías. Pero cuando abro la puerta de golpe, me encuentro cara a cara con Hugo. Está ahí de pie, con el móvil en la oreja, y cuando nuestras miradas se cruzan, veo irritación en sus ojos. Me hace señas para que me calle mientras termina de hablar.

El tono es cortés, en total contraste con la dureza de sus rasgos.

—Vale, lo entiendo. No, no, no será necesario, yo me encargo. Siento mucho todo esto. Sí, vale. Muchas gracias. Adiós.

En cuanto cuelga, me mira con dureza y se me revuelve el estómago. Algo va mal, lo presiento.

—¿Quién era?

—La policía.

Entiendo que acaba de hablar con el inspector, el mismo que debía mantenerme informada.

—¿Por qué te llaman a ti?

—¿Tú qué crees?

Trago saliva.

—¿Qué te han dicho?

Duda, luego mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca un blíster de pastillas. ¿Desde cuándo lleva medicinas encima? Coge mi taza del lavabo del estudio, la enjuaga con un gesto mecánico y la llena de agua antes de plantarse frente a mí.

—Toma, primero tómate esto —me dice, tendiéndome dos pequeñas pastillas blancas.

Me pongo tensa.

—¿Qué es eso? ¿Más somníferos?

—No, son ansiolíticos suaves —dice, con la mano extendida hacia mí—. El médico de urgencias insistió en que te los tomaras, para ayudarte a sobrellevar todo esto.

—No los quiero.

—Te contaré lo que me ha dicho la policía, pero solo si te tomas las pastillas.

A regañadientes, me trago las pastillas y bebo el agua. Hugo parece satisfecho y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Y bien? —le apremio con voz temblorosa.

Respira hondo antes de responder.

—Han contactado con el hijo de la señora Amauris. Es él quien gestiona la propiedad de su madre.

Me quedo paralizada, conteniendo la respiración, esperando la continuación con creciente aprensión.

—¿Y? —murmuro para animarle a continuar.

Hugo posa suavemente su mano sobre la mía. Leo la vacilación en sus ojos y una oleada de pánico me invade.

—El propietario ha asegurado que la casa lleva varios meses vacía —dice por fin—. ¿Lo entiendes? Nadie vive allí actualmente. No hay vecinos.

Niego con la cabeza, negándome a creerlo.

—¡No, es imposible! Lo vi e incluso hablé con él... Fue él mismo quien me entregó el paquete, ya que lo habían enviado por error a su casa.

Hugo se queda sin palabras.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué paquete?

—Ese paquete.

Me doy la vuelta. La caja con los materiales de pintura ha desaparecido.

—La había dejado ahí, sin embargo...

Mi marido me coge suavemente por los hombros, obligándome a girarme hacia él.

—Alice, has sufrido un trauma. La agresión, el coma... Es normal que estés un poco... desorientada. Pero tienes que confiar en mí. No ha habido ningún asesinato.

¿Por qué no puedo creerle? Quizás porque la imagen de Adrien golpeando a esa mujer está grabada en mi memoria. ¿Cómo puedo haberlo imaginado? Sin embargo, en el fondo, la duda comienza a insinuarse. ¿Y si me hubiera equivocado? ¿Y si todo lo que vi, todo lo que creí real, no fuera más que otra alucinación, como todo el mundo parece pensar?

Hugo me saca suavemente del estudio.

—Necesitas descansar, cariño. Ven.

Me dejo guiar hasta nuestra habitación en el piso de arriba, demasiado agotada y confusa para protestar. Hugo me arropa con delicadeza, como si fuera una niña enferma. Cuando se dispone a marcharse, me invade una repentina angustia.

—Quédate conmigo —le susurro con voz suplicante—. Por favor.

Se tumba a mi lado y me abraza. El calor de su cuerpo y los efectos de los medicamentos empiezan a adormecerme. Los párpados se me vuelven pesados y poco a poco me sumerjo en un sueño profundo, acurrucada contra él.

Cuando abro los ojos, ya es de día. Hugo no está en la cama.

Echo un vistazo al móvil y me sobresalto al ver la hora: ¡casi es mediodía! No me puedo creer que haya dormido tanto. No es nada

habitual en mí. Pero supongo que, después de los acontecimientos de ayer, mi cuerpo necesitaba recuperarse.

Tengo la boca pastosa, un efecto secundario desagradable de los medicamentos. Tengo sed, pero ni se me ocurre beber del grifo del baño, que tiene un sabor extraño.

Me levanto con cuidado, todavía un poco aturdida, y me dirijo hacia la escalera. Un apetitoso aroma a café flota en el aire. Al llegar a la planta baja, oigo una voz apagada que proviene del despacho de Hugo. Seguramente está hablando por teléfono, trabajando.

Pero cuando me acerco a la puerta entreabierta, resuena otra voz. Una voz femenina que reconozco al instante. Kate.

Me quedo paralizada, con la mano suspendida sobre el pomo. Hugo me había dicho que vendría a trabajar con él hoy, pero no esperaba que ya estuviera aquí. Dudo un momento en entrar para saludarla como haría cualquier persona normal. Pero lo que oigo me hiela la sangre. Su conversación no tiene nada que ver con el trabajo.

Están hablando de mí. De mis... alucinaciones.

—No sé qué hacer —dice Hugo, con voz que delata su cansancio —. Está convencida de haber visto un asesinato en casa del vecino. ¡Un vecino que ni siquiera existe!

—Debe de ser muy duro para ti —responde Kate con una voz melosa que me pone los pelos de punta—. Quizás deberías plantearte...

Sus últimas palabras se ahogan en un susurro. ¿Qué sugiere? ¿Un ingreso psiquiátrico? ¿Un divorcio?

Me quedo petrificada detrás de la puerta, traicionada y humillada. Me muero de ganas de irrumpir en el despacho, pero la duda se insinúa astutamente en mi mente. ¿Y si tienen razón?

Retrocedo, dándome cuenta de repente de que podrían percatarse de mi presencia. Pero no puedo enfrentarme a ellos, no después de lo que acabo de oír.

¡Tengo que salir de aquí!

18

Hace apenas un cuarto de hora que salí corriendo de casa, dejando a Hugo y Kate hablando sobre mi estado mental. Estoy segura de que mi marido ni siquiera se ha dado cuenta de que me he ido. Quizás preferiría que no volviera nunca. Sentada en un banco de piedra, flanqueada por dos estatuas, observo a los transeúntes que pasean por los senderos de grava de los Jardines de Versalles. Siempre me ha gustado venir aquí para despejarme y que se me pase el mareo de la trementina. Me siento bien en este lugar. Normalmente nadie se fija en mí. Sin embargo, hoy es diferente. Las lágrimas que no he podido contener han corrido el poco rímel que me había puesto. No soy tan adicta al maquillaje como Tifenn, pero no quería estar en desventaja si por casualidad me cruzaba con Kate al salir de casa. Pero no me he encontrado con nadie, hasta ahora. Con las prisas por salir, me he dejado el bolso y el espejito que llevo dentro, un regalo de Tifenn, que me habría permitido entender por qué la gente me mira de forma extraña. Pasan delante de mí: jóvenes, mayores, solos o en pareja, con hijos o sin ellos, algunos en grupo, otros como electrones libres, yendo a donde les apetece. La mayoría son turistas. Todos me echan miradas de reojo mientras hacen comentarios en idiomas que no entiendo. Ellos también deben de pensar que estoy loca. Si no estuviera tan triste, me echaría a

reír. La loca de los Jardines de Versalles. Esa soy yo, ¿queréis haceros un selfi conmigo?

De repente, entre todos esos desconocidos, una silueta familiar llama mi atención. Es Tifenn. No estaba segura de que fuera a venir. La llamé de camino, aunque, ahora que lo pienso, mis palabras fueron bastante incoherentes. Su preocupación se nota a pesar de su impecable maquillaje.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? —exclama plantándose delante de mí—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es por Hugo?

—Sí... No, bueno, no del todo.

Se sienta a mi lado y espera a que me decida a contárselo.

—Es Adrien —digo.

—¿Adrien? ¿Tu vecino sexy y misterioso?

Las imágenes de la noche anterior me asaltan de golpe y me estremezco.

—No, el que solo existe en mi cabeza, por lo visto. Tenías razón desde el principio.

Con un nudo en la garganta, se lo cuento todo: la inverosímil visita de Adrien, sus consejos para pintar a esa mujer rubia que me persigue, esa cena a la que debería haber ido en lugar de quedarme sola y, por último, esa escena atroz cuyo simple recuerdo me da náuseas. Una escena tan violenta que mi mente prefirió refugiarse en la inconsciencia.

—¿Te desmayaste?

—Hugo me encontró en el estudio. Todo va bien —la tranquilizo —. Bueno... físicamente, al menos.

Tifenn no hace ningún comentario. Espera a que continúe, así que le cuento que la policía ha confirmado que Adrien no existe.

—El propietario les dijo que la casa estaba vacía desde la muerte de su madre.

Tifenn asiente con la cabeza, pensativa.

—Y hay algo más... Esta mañana escuché sin querer una conversación entre Kate y Hugo. Hablaban de mí y...

Tifenn se pone seria.

—¡Un momento! ¿Kate estaba en tu casa?

—Sí, ella y Hugo están trabajando en un proyecto. No sé exactamente de qué se trata. Hugo nunca me habla de su trabajo. No en detalle.

Dos niños pequeños con el pelo rubio como el trigo se plantan delante de nosotras. Uno de ellos aprieta contra su pecho un peluche informe y poco apetecible, mientras su hermano nos observa con la boca abierta y un hilo de baba cayéndole por la barbilla. Su madre, una mujer igualmente rubia y de una estatura que me hace pensar que podría ser jugadora de baloncesto, les regaña en un idioma extranjero que me recuerda al sueco o al danés. Nos lanza una mirada de disculpa y se alejan.

—Será mejor que nos vayamos nosotras también —me dice Tifenn, levantando la vista al cielo.

Las nubes negras se ciernen sobre el patio de Luis XIV y empiezan a caer gotas grandes, pesadas y heladas.

—Mierda, no he traído paraguas.

—Yo tampoco —dice Tifenn.

Propone ir a nuestra cafetería de siempre, pero cuando llegamos, nos damos cuenta de que no somos las únicas que hemos tenido esa idea. El lugar está abarrotado, sobre todo de turistas, cuyas conversaciones se entremezclan en una cacofonía internacional.

—¡Ahí! —exclama Tifenn corriendo hacia la mesa que acaba de quedar libre, como si quisiera hacerse con ella antes de que alguien nos la quite.

La sigo mecánicamente, arrepintiéndome ya de mi decisión. Y entonces los veo. La familia sueca. Los niños siguen mirándome fijamente, con los ojos muy abiertos. No entiendo qué tengo de fascinante. Empiezo a marearme. Tengo que salir de aquí. Ahora mismo.

—No... no me encuentro bien —balbuceo antes de salir corriendo.

—¡Alice, espera!

Tifenn me alcanza en la calle. Examina mi rostro pálido.

—No tienes buen aspecto. Ven, te acompaño a casa.

—¿A mi casa? Pensaba que iríamos a la tuya.

Ella niega con la cabeza.

—Lo he pensado mejor y creo que no deberías dejarlos solos. Imagínate lo que podrían hacer en tu ausencia. No, de verdad, fue una mala idea dejarle vía libre. Los hombres son débiles y, aunque Hugo te quiera, no es inmune a los encantos de una seductora como Kate.

Tifenn toca un punto sensible. Acaba de resumir en pocas palabras la sospecha que me corroe por dentro.

Cuando llegamos a mi casa, el coche de Kate sigue allí, aparcado justo detrás del de Hugo. Tifenn está aún más enfadada que yo y me veo obligada a pedirle que se calme.

—¡No! ¡No te vas a rajar ahora!

Entramos en la casa. Me sorprende el silencio que reina. No se oye ni un ruido. Tifenn me lanza una mirada y se dirige hacia el despacho. La puerta está cerrada. El corazón empieza a latirme con fuerza. Me doy cuenta de que no quiero saber lo que está pasando al otro lado.

—Ven, subamos al estudio —le digo, tratando de hacerle cambiar de opinión.

Pero Tifenn se queda plantada delante de la puerta. Va a abrirla en cualquier momento, lo veo en sus ojos.

—No lo hagas. Seguro que están trabajando. Los molestaremos.

Susurrando, la tiro del brazo. En ese momento se abre la puerta. Hugo se queda paralizado al vernos.

—¿Qué hacéis? —pregunta.

—¿No debería ser tu mujer quien te hiciera esa pregunta?

—Tifenn... por favor.

Pero mi amiga ya está lanzada. Nada ni nadie puede detenerla ahora, como cada vez que sale en mi defensa, haciendo suya mi rabia. Siempre ha sido así, desde el instituto. El agua y el fuego. Tifenn, la extrovertida que proclama a los cuatro vientos sus emociones, mientras que yo prefiero confiar las mías en silencio a mis lienzos, dejando que mi pincel hable por mí.

Por la rendija veo a Kate. Está sentada en uno de esos taburetes de arquitecto, delante de un plano desplegado sobre una de las mesas de dibujo. Sorprendida por los gritos, se vuelve hacia mí.

Efectivamente, estaban trabajando. Soy patética. ¿Cómo he podido ser tan paranoica?

—Ni siquiera te has dado cuenta de que tu mujer ya no estaba en casa —continúa Tifenn.

Hugo me mira de arriba abajo. Llevo el pelo empapado por la lluvia y la blusa, ahora medio transparente, se me pega a la piel.

—¿Has salido? ¿Sin decirme nada?

—¡Ahora tiene que pedirte permiso!

Hugo se pasa la mano por el pelo.

—Eh, os dejo solos —dice Kate mientras recoge sus cosas.

—Sí, lo siento. Es mejor así. Yo... Te llamaré más tarde.

Se escurre entre nosotros y, tras esbozar una sonrisa forzada, se apresura a salir de la casa.

—Será mejor que tú también te vayas —le digo a Tifenn.

Hugo se dirige al salón y se deja caer en el sofá. Tiene la espalda encorvada y la cabeza entre las manos. Al cabo de unos instantes, levanta la vista hacia mí.

—Alice, no puedes hacer esto.

—¿Esto? ¿Qué quieres decir?

—No puedes salir de casa sin decírmelo, no en tu estado. ¿Y si te hubiera pasado algo? De verdad que no lo entiendo.

Leí en alguna parte que la mejor defensa es el ataque, así que contraataco.

—Os he oído —digo—. A Kate y a ti, en tu despacho. Esta mañana os he oído hablar de mí.

La incomprensión se refleja en su rostro.

—¿Hablar de ti?

—Sí, de mí. Le dijiste que no sabías qué hacer porque estaba perdiendo la cabeza.

Hugo se humedece los labios. Se acerca a mí con pasos vacilantes, como si fuera un animal salvaje al que quisiera domesticar... o capturar.

—Alice, cariño... Kate nunca ha mencionado tu nombre. Bueno, quizá una vez, para preguntarme cómo estabas. Por cortesía, ¿entiendes? En cuanto a mí, espero que me conozcas un poco.

Sabes que no hablaría de cosas tan personales con una compañera de trabajo.

El peso de sus manos sobre mis hombros me hace sentir más pequeña.

—¿Te ha pasado antes? —me pregunta entonces—. ¿Oír voces?

Trago saliva. En el hospital me dijeron que veía cosas que no existían. Mis alucinaciones eran visuales, consecuencia del traumatismo craneal, por lo visto. Pero sería incapaz de decir cuándo empezaron las voces. Hugo, que interpreta mi silencio como una confesión, quiere saber qué me dicen.

—¿Qué te dicen?

—Sí, ¿te animan a hacerte daño? ¿O a hacer daño a otras personas?

Esas palabras son tan ridículas que no puedo evitar reírme. Ahora sí que parezco una loca.

—¿Me tienes miedo?

Hugo niega lentamente con la cabeza y sus ojos azules como el océano se oscurecen.

—No, cariño. Tengo miedo por ti.

¡Está mintiendo!

19

Miro fijamente el reloj de pared. Son las cuatro y cinco. Sin Hugo, nunca habría llegado a tiempo a la consulta del doctor Vergnan. Después de la noche en urgencias y mi escapada a los Jardines de Versalles, se me había olvidado por completo la cita. La secretaria seguramente me habría tachado definitivamente de su lista si hubiera faltado. Es solo mi segunda sesión desde que salí del hospital y se presenta larga. Sentada en el sillón de cuero que cruje bajo mi peso mientras me remuevo nerviosa, espero a que mi terapeuta me haga la primera pregunta. Pero no parece tener prisa por empezar. Con unas gafitas en la punta de la nariz que sujeta con una mano como si temiera que se le cayeran, se inclina sobre los resultados de mis análisis, ofreciéndome la visión de su calva de monje franciscano. Son los análisis de mi reciente paso por urgencias tras la escena del asesinato, esa que evidentemente imaginé o, más bien, aluciné. Mientras toma notas, dejo vagar la mirada por las paredes. Blancas. Ni un solo cuadro, salvo el marco de cristal que protege su título del polvo. Como cada vez que me enfrento a una superficie inmaculada, me entran unas ganas irresistibles de pintar. Me sorprendo proyectando mentalmente un fresco de colores en la pared que tiene detrás, con los dedos temblándome de ganas de dar vida a esa visión. De hecho, no hay nada en esta consulta que pueda distraer mi atención de mis

pensamientos y me digo que ese es precisamente el objetivo: evitar que los pacientes se distraigan con estímulos externos para que puedan concentrarse en su mundo interior, un mundo en el que el doctor Vergnan quiere entrar para poner orden. Es entonces cuando noto un olor, un aroma a lavanda que flota en el ambiente cerrado de la habitación. Mis ojos buscan por todos los rincones un difusor de aceites esenciales. Es justo el tipo de cosas que le gustan a Tifenn. Como decoradora de interiores, siempre ha dicho que hay que dar tanta importancia a los materiales como a los olores y, precisamente, la lavanda es uno de sus favoritos.

—¿Qué le hace sonreír? —me pregunta el doctor Vergnan, sin levantar la vista de mi expediente.

—Ah, nada. Estaba pensando en mi mejor amiga. Le encanta la lavanda.

Esta vez levanta la cabeza hacia mí. El reflejo de sus gafas me impide distinguir el color de sus ojos. Nunca se las quita, excepto para dormir, supongo. Una vez más, sonrío.

—¿Cómo se llama su amiga?

—Tifenn. Es ella quien debería haber venido conmigo hoy.

—¿Por qué cree que no ha venido?

Su pregunta me desconcierta. Le había pedido a Tifenn que me acompañara, pero desde su discusión con Hugo no ha dado señales de vida. A no ser que... ¿será que nunca se lo pedí?

—Estaba ocupada.

El doctor Vergnan asiente. Esta vez se ha incorporado del todo en su sillón y se apoya contra el respaldo.

—¿Lamenta su ausencia?

Si la pregunta es: ¿hubiera preferido que fuera su amiga quien la acompañara en lugar de su marido?, entonces la respuesta es sí. Cien veces sí. Por supuesto, no puedo decir eso. ¿Quién sabe qué otras preguntas provocaría? No quiero que esta sesión se centre en mi pareja y sus problemas.

—¿Significa eso que nuestra sesión ha comenzado?

Cierra el expediente sin responder y espera a que yo vuelva a hablar. Así es como funciona. Al menos, eso es lo que observé durante nuestra primera sesión, cuando salí del hospital. Deja que el

paciente se exprese primero y luego se limita a tirar del hilo, como si desenredara una madeja.

—En cualquier caso, ese difusor de lavanda es una buena idea. Tiene un efecto relajante.

—Relajante... —repite con suavidad, como sopesando la palabra —. ¿Significa eso que normalmente se siente tensa? ¿Nerviosa?

Este jueguecito empieza a cansarme.

—¿Y si dejamos de dar vueltas, doctor?

—Muy bien, ¿de qué quiere hablar?

—Debería saberlo, ya que acaba de leer el informe de mi ingreso en urgencias de anoche.

—Prefiero oírlo de su boca, con sus propias palabras.

Entonces repito lo que vi, o más bien lo que creí ver en casa del vecino. Un asesinato.

—Por supuesto, nada de eso es cierto —añado como una buena alumna que quiere demostrar a su profesor que ha aprendido la lección.

—¿Eso es lo que piensa?

—¿Perdón?

—Olvídese por un momento de lo que dice la policía, de lo que piensa su marido. Quiero saber lo que usted siente, Alice. En lo más profundo de su ser, ¿sigue convencida de haber presenciado esa escena?

Aparto la mirada, incómoda. Una parte de mí querría gritarle que sí, ¡por supuesto que esa escena fue real! ¡Que no es una alucinación, que no estoy loca! Pero otra parte de mí, más racional, me susurra que eso no es posible. Que la policía le ha confirmado a Hugo que la casa de al lado está vacía y que nadie ha vivido allí desde la muerte de la propietaria, la señora Amauris.

—Sinceramente, ya no sé qué pensar.

El doctor Vergnan no hace ningún comentario. No intenta razonar conmigo ni convencerme de que todo está en mi cabeza, como haría Hugo. Se limita a escribir unas líneas en su cuaderno, lo que, lo reconozco, me pone nerviosa.

—Y esa mujer rubia, ¿puede decirme algo más sobre ella?

Parpadeo, pillada por sorpresa.

—No... No sé qué más decirle —murmuro, confundida—. La primera vez que la vi fue justo después de volver del hospital. Estaba de pie junto a una de las ventanas de la casa de al lado.

—¿Se trata de la misma mujer cuyo asesinato presenció anoche?

De inmediato, imágenes terribles cruzan mi mente. Sin embargo, intento mantener la calma, consciente de que mis reacciones están siendo analizadas minuciosamente.

—Sí. Es ella.

El doctor Vergnan asiente, pensativo. Anota algo en su libreta, como si acabara de obtener una información crucial.

—Alice, voy a hacerle una pregunta que puede parecer trivial, pero le pido que lo piense bien. ¿Hay alguna mujer rubia en su círculo de amistades o en su entorno profesional?

Me tomo unos instantes para pensarlo.

—Bueno, está Tifenn. Aunque no sé si cuenta.

—¿Ah? ¿Y por qué no?

Sonrío.

—Porque es rubia de bote. A menudo le tomo el pelo por eso.

El doctor Vergnan asiente antes de volver a garabatear en su cuaderno. Me pregunto si me dejaría leerlo si se lo pidiera.

—¿Nadie más?

—A ver, no... Ah, sí, hay alguien más. Kate. Es una compañera de trabajo de mi marido. ¡Pero la mujer que vi en la ventana de la casa de la señora Amauris no se parece en nada a ella!

—¿Alguien más?

Me siento como si estuviera haciendo un examen. Evidentemente, ninguna de las respuestas que le he dado hasta ahora parece ser la correcta.

—Mi galerista es morena y...

Por una vez, mi terapeuta me interrumpe.

—Sin embargo, creo que se olvida de alguien importante.

—¿De quién?

—De usted misma.

—¿De mí?

—Sí, Alice, de usted. Quizá lo que creyó ver —continúa con suavidad— era en realidad una representación de su propia

agresión. Una forma que tiene su inconsciente de protegerla del recuerdo de ese trauma.

¿Qué? Intento considerar esa posibilidad, pero la descarto de inmediato.

—No, no es eso. Esa mujer no se parece a mí.

—Por supuesto que no, pero ¿diría que se parece un poco a usted? ¿Como una hermana o una prima?

Aprieto los labios. El corazón se me acelera mientras evoco su rostro a través del retrato que hice de ella.

—No. Ella y yo no nos parecemos en absoluto.

Si está decepcionado con mi respuesta, no lo demuestra. Sin embargo, de repente, esta explicación me parece la única plausible y, al menos, tiene el mérito de ser racional.

—Muy bien. Ahora hablemos un poco de las voces que oye.

Me quedo paralizada como una estatua de sal. ¿Cómo puede saber que oigo voces o, mejor dicho, una voz? Como no se lo he contado yo, solo hay una explicación posible: Hugo. Lo que significa que mi marido y mi terapeuta mantienen conversaciones privadas sobre mí. No estoy segura de que sea ético. Decido ir al grano.

—¿Se lo ha contado Hugo?

El doctor Vergnan responde a mi pregunta con otra pregunta.

—¿Le molestaría si fuera así?

—No lo sé. Pensaba que nuestras sesiones debían ser confidenciales.

—Por supuesto. Nada de lo que me diga saldrá de aquí. Pero eso no impide que su marido pueda hablar conmigo libremente. Y, sinceramente, debería alegrarse: pocos pacientes tienen la suerte de contar con una pareja tan implicada en su terapia.

Me remuevo en el sillón, cada vez más incómoda.

—¿Y suele ponerse en contacto con usted para hablarle de mí?

—No responde a la pregunta principal, y es la única que importa. ¿Oye o no oye voces?

Mi cuerpo se relaja de golpe, como si ya no quisiera luchar contra lo inevitable.

—Sí.

—¡Bien! Por fin avanzamos. Me gustaría saber más sobre esas voces. ¿Cuántas hay?

—¿Cuántas? No lo sé.

—Tómese su tiempo.

Intento concentrarme. Están los murmullos que oigo en casa; es difícil decir si pertenecen a una sola voz o si hay varias. Tengo la intuición de que se trata de la misma. Luego está la mujer rubia, aunque no estoy segura de haberla oído. En cualquier caso, hay una voz femenina, de eso estoy segura. Estoy a punto de responder dos, cuando me doy cuenta de que me he olvidado de Adrien. Es mi alucinación más lograda, la que más me perturba y me hace perder el contacto con la realidad. Cuando estoy en su presencia, soy simplemente incapaz de distinguir entre lo que es real y lo que no lo es. Tenía la intención de hablar de él con el doctor Vergnan durante nuestra sesión. Pero el temor de que mi marido se enterara me hizo cambiar de opinión. Mi marido no lo entendería. ¿Cómo explicarle que esta alucinación despierta en mí sensaciones que no debería sentir? No, una pequeña mentira por omisión es mejor que una verdad que suscitaría demasiadas preguntas incómodas.

—Solo una, creo. La voz de una mujer.

—¿Es la mujer rubia?

Niego con la cabeza.

—No, es una voz que me resulta familiar.

Asiente, toma nota en su cuaderno y me vuelve a mirar interrogativamente.

—Eso es todo —digo, esperando que hayamos terminado con este tema.

—¿Entiende lo que dice esa voz?

Dudo en confesarle que siempre me repite lo mismo: «¡Miente!». Pero, en este caso, soy yo quien miente. Quiero dormir en mi cama esta noche, no en una habitación acolchada de un psiquiátrico.

—No realmente. La mayoría de las veces son murmullos indistintos.

Vuelve a asentir.

—Entonces, doctor, ¿cuál es su veredicto?

Arquea las cejas.

—Esa elección de palabras es reveladora. No estoy aquí para emitir un veredicto, sino para hacer un diagnóstico. En otras palabras, mi objetivo es ayudarla, no juzgarla. Y mi diagnóstico es el siguiente...

—Estoy loca.

—Una vez más, su elección de palabras es inapropiada, pero sigamos adelante. Debemos proceder por eliminación, explorar todas las posibilidades que podrían explicar estas alucinaciones auditivas.

Me gusta cómo me incluye en su razonamiento, como si fuera su igual y tuviera voz y voto.

—Lo que intento hacerle comprender es que esa voz que oye no es necesariamente un signo de trastorno psicológico.

—¿Ah, no?

—No, no necesariamente —responde con cautela—. Dada su lesión en la cabeza, es posible que esos susurros sean en realidad acúfenos.

—¿Acúfenos? —repito, perpleja.

El doctor Vergnan asiente.

—Sí, ruidos que no provienen de una fuente externa, pero que usted oye en sus oídos o en su cabeza —me explica pacientemente —. Voy a derivarla a un colega otorrino para que la examine más detenidamente.

Durante un instante, dudo en confesarle que no le he contado todo sobre esas voces. Estoy segura de que cambiaría de opinión si supiera que me hablan con claridad.

—Mientras tanto —continúa el doctor Vergnan, que no sospecha nada—, le aconsejo que escuche ruidos blancos o rosas con auriculares. Sus frecuencias tienen la particularidad de reducir, o incluso hacer desaparecer, esos ruidos parásitos. Existen aplicaciones para el móvil que ofrecen este tipo de sonidos.

—Vale, lo probaré —murmuro con una leve sonrisa—. Gracias, doctor.

El doctor Vergnan me sonríe con calidez.

—Para eso estoy aquí, Alice.

Echa un vistazo a su reloj y añade:

—Vamos a dejarlo aquí por hoy. Mi secretaria se pondrá en contacto con usted para darle los datos del otorrino. Cuento con usted para que pida cita lo antes posible.

Asiento y me levanto despacio, con las piernas un poco entumecidas. El doctor Vergnan ya no me presta atención. Aún no he salido de la habitación y él ya está revisando el expediente de su próximo paciente, como si necesitara refrescarse la memoria.

—¿Doctor? Tengo otra pequeña pregunta, si me lo permite.

Se sobresalta, como si creyera que ya me había ido.

—¿Sí?

—Si resultara que no se trata de acúfenos, sino de alucinaciones auditivas, ¿qué consecuencias tendría eso para mí? Quiero decir, ¿hay algún tratamiento?

Sus rasgos se relajan y vuelve a sonreírme.

—Por supuesto. No se preocupe. Gracias a Dios, ya no estamos en el siglo XIX. Ya no se encierra a la gente por este tipo de cosas.

20

Salgo de la consulta del doctor Vergnan con sus palabras resonando aún en mi cabeza. Ya no internan a la gente por estas cosas. Eso debería tranquilizarme. Encuentro a Hugo desplomado en una de las sillas de plástico de la sala de espera, fingiendo interés por un número atrasado de Paris Match para disimular su impaciencia. Cuando me ve, parece dudar. Quizá, a diferencia de mi terapeuta, esperaba verme salir con camisa de fuerza y escoltada por dos enfermeros corpulentos.

—¿Y bien? —pregunta por fin cuando me paro delante de él.

Estamos solos en la sala, así que puedo hablar sin miedo a que nos oigan. A menudo olvido que, sin ser Picasso ni Dalí, han publicado fotos mías en numerosos artículos. Por desgracia, ya no hablan de mí solo por mis obras. Desde la agresión, a los periódicos les interesa un aspecto completamente distinto de mi vida.

—El doctor Vergnan cree que las voces que oigo podrían ser acúfenos. Me ha recomendado que vaya al otorrino para salir de dudas.

Hugo asiente, con la mirada perdida. Me abraza brevemente y me da unas palmaditas en la espalda.

—¿Tienes que pasar por la farmacia?

Niego con la cabeza. Esta vez no hay recetas de ansiolíticos ni somníferos. Total, ya no cabe ni una caja más en el botiquín.

Durante todo el trayecto de vuelta, Hugo no menciona mi sesión con el doctor Vergnan. Es raro... Normalmente me habría bombardeado a preguntas, querría saber si había hablado del episodio del asesinato y del vecino imaginario, de los frecuentes olvidos que a veces me hacen temer que padezco alguna forma precoz de alzhéimer o cualquier otra demencia, cuando solo tengo treinta y dos años. Ahora es distinto. El único ruido en el coche viene de la radio, que escupe canciones que no reconozco. Una prueba más de que el mundo no me esperó para salir del coma y seguir girando.

Cuando llegamos a casa, me sorprende verlo aparcar delante de la puerta sin apagar el motor. Se vuelve hacia mí con cara de fastidio.

—Escucha, Alice —dice evitando mi mirada—. Lo siento, pero tengo que volver a la obra. Ha surgido un problema urgente.

—Ah... vale.

Hugo se pasa la mano por el pelo, visiblemente indeciso.

—Puedo cancelarlo si prefieres —propone, cogiéndome la mano —. Es solo que podría retrasar las obras, pero...

—No te preocupes por mí, me las apañaré. Si te quedas más tranquilo, puedo llamar a Tifenn para que venga a hacerme compañía.

Hugo frunce el ceño, duda un momento y luego vuelve a ponerse el cinturón.

Casi siento alivio al pensar que tiene que volver al trabajo. Antes de la agresión, nuestras vidas eran muy distintas. Solo nos veíamos un momento por la mañana o por la noche, y aprovechábamos los fines de semana y los escasos días libres que nos tomábamos para estar juntos. La verdad es que ese arreglo me iba de maravilla. Siempre he necesitado espacio para crear, para dar rienda suelta a mi imaginación. Estar casada no significa estar constantemente pegados, ¿no? A veces me pregunto si ese no será el secreto de un matrimonio, si no feliz, al menos duradero: saber darle espacio al otro.

Mientras Hugo se aleja con el coche, me quedo un momento en la entrada, saboreando la calma que me rodea. Es como si

redescubriera la sensación de estar sola en casa, libre en mis movimientos y pensamientos. Voy a entrar cuando la voz, ya familiar, me llama:

—¡Alice!

Me quedo paralizada, sin atreverme a darme la vuelta. Es la voz de mi vecino. No, no puede ser. Adrien no existe, lo sé. Es solo mi cerebro jugándome una mala pasada, otra vez. Cierro los ojos un instante, esperando que haya desaparecido cuando vuelva a abrirlos.

—¿Alice? ¿Estás bien?

Respiro hondo, intentando mantener la calma. No es real, no es real, no es real. Repito estas palabras como un mantra. Si lo ignoro, acabará por irse.

Al cabo de unos segundos, por fin me doy la vuelta. Mala idea. La figura esbelta y atlética de mi vecino salta el murete y ya está en mi jardín. Se encuentra a solo unos metros de mí. Tras un momento de vacilación, avanza hacia mí. Despacio, pero con paso decidido. Mi cuerpo no responde. ¡No, no, no! Esto no está pasando. Vuelvo a cerrar los ojos con fuerza, como si eso fuera a cambiar algo. Adrien es solo una alucinación, nada más. Una alucinación muy realista, eso sí, pero una alucinación al fin y al cabo.

—Alice, ¿puedo hablar contigo un momento? —pregunta mi alucinación, ya muy cerca.

Mantengo los párpados obstinadamente cerrados, negándome a mirarlo. Pero de repente percibo su perfume. Una mezcla de notas amaderadas y cítricas, fresca y cautivadora a la vez. Abro los ojos. Con Adrien ahí delante, mirándome fijamente, mis certezas se tambalean peligrosamente.

—No existes —murmuro con voz temblorosa.

Me mira desconcertado.

—¿Perdona?

—No eres más que una alucinación. Un producto de mi mente.

Con un gesto fluido, acorta la distancia entre nosotros y sus dedos rozan mi brazo. Me quedo sin palabras, con los ojos clavados en el punto de contacto. El calor de su mano sobre mi piel es demasiado real.

—Soy real, Alice. No me has imaginado.

Sonríe cuando alargo la mano para tocarlo yo también. Y de repente caigo en la cuenta: si Adrien es real, entonces el asesinato del que fui testigo también lo es.

—¿Qué pasa? Pareces alterada.

Retrocedo horrorizada.

—No te acerques o grito.

Obedece e incluso da unos pasos atrás.

—Es precisamente de eso de lo que quería hablarte —dice entonces, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Has venido por el asesinato que cometiste.

—¿Qué? ¡Claro que no! Bueno, sí, en cierto modo... He venido a hablar de lo que viste la otra noche.

—Lo que vi fue un asesinato.

—Lo sé. El hijo de la señora Amauris se puso en contacto conmigo después de que la policía lo interrogara. Pero te aseguro que te equivocas, no era yo a quien viste esa noche.

—¡Ah! Así que ahora me vas a decir que fue una alucinación. Qué oportuno.

—No, te creo.

—¿Me crees?

Asiente.

—Sí, creo que ha pasado algo en esa casa. Y tengo pruebas.

21

Estamos sentados uno frente al otro, a ambos lados de la mesita del café. El camarero se acerca con nuestros pedidos: un capuchino para Adrien y un chocolate caliente para mí. La escena me recuerda extrañamente a nuestro primer encuentro aquí. Observo un momento las tazas humeantes y después al camarero, que se dirige hacia la cocina.

—Perdona, voy un momento al baño —le digo a Adrien antes de levantarme.

En el pasillo que lleva a la cocina, intercepto al camarero. —Disculpe...

Se detiene con la bandeja vacía apoyada en la cadera, esperando. Busco las palabras adecuadas, consciente de lo raro que va a sonar mi petición.

—El hombre que está en mi mesa... Sé que puede parecer extraño, pero... ¿podría describirlo?

Echa un vistazo al comedor y se le ilumina la cara. —¿El morenazo de la camisa azul? —¿Entonces lo ve?

Una sonrisa cómplice se dibuja en sus labios. —Difícil no verlo.

Me ruborizo, entre divertida y aliviada por su entusiasmo.

—Viene mucho por aquí —continúa bajando la voz—. Siempre pide capuchino. Y nunca viene acompañado, hasta hoy. Sinceramente, yo en tu lugar no dejaría escapar a ese.

Me guiña un ojo y se marcha hacia la cocina.

Vuelvo a mi sitio, aliviada. Adrien es real. A menos, claro, que el camarero también sea una alucinación, pero no estoy tan mal... ¿o sí?

Adrien me mira con curiosidad. —¿Qué te hace sonreír así?

Dudo un momento antes de confesar: —Le he preguntado al camarero si él también te veía.

Adrien se echa a reír. Durante un instante lo observo antes de sonreír yo también. Entonces me asalta un pensamiento fugaz: nunca he visto a Hugo reírse así. Ni una sola vez.

—¿Y bien? —pregunta al fin, con los ojos aún brillantes—. ¿Cuál es el veredicto? —Eres real. Y bastante atractivo. Bueno, eso es lo que ha dicho él —me apresuro a añadir—, no vaya a ser que se equivoque.

Arquea las cejas, visiblemente divertido. —¿De verdad ha dicho eso? ¿Y tú qué opinas?

Noto que me arden las mejillas y aparto la mirada. —Perdona, te estoy tomando el pelo.

Por desgracia, ese momento de ligereza no dura. Se me congela la sonrisa al recordar por qué estamos aquí.

—Ese descubrimiento del que hablabas... —empiezo, pero me interrumpe. —Primero tengo que aclarar algo —dice inclinándose hacia mí—. Yo no estaba en esa casa anoche. Es absolutamente imposible que me vieras, porque estaba en el hospital. —Hace una pausa y su mirada se pierde un instante—. Mi padre... está en una residencia. Me llamaron porque lo habían ingresado de urgencia con neumonía. No sabían si pasaría de esa noche, así que me quedé con él.

—¿Cómo está ahora? —pregunto en voz baja. —Mejor. Los antibióticos están haciendo efecto —responde con una leve sonrisa —. Por ahora, está fuera de peligro.

Me invade la culpabilidad al darme cuenta de que, mientras yo lo convertía en un asesino en mi mente, él pasaba por ese trance terrible.

—Lo siento muchísimo.

Niega con la cabeza y, con un gesto rápido, saca de la chaqueta un pequeño objeto brillante que deja sobre la mesa. Una joya.

—¿Reconoces este pendiente?

De repente lo entiendo todo. —¿Crees que es de la mujer rubia? —susurro con voz temblorosa—. ¿La mujer a la que vi... asesinar?

Adrien asiente con gravedad, el rostro sombrío. —Lo encontré en la casa esta mañana, encajado entre dos tablillas del parqué. Justo donde... donde dices que viste la escena. En la segunda planta, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

Me inclino para observarlo mejor. No me atrevo a tocarlo, como si fuera una prueba del crimen. Sin embargo, aparte de su delicada factura que seguramente lo convierte en una pieza valiosa, no tiene nada especial: no hay rastros de sangre, por ejemplo. Levanto la vista hacia Adrien y niego suavemente con la cabeza.

—Lo siento, pero no lo reconozco. Nunca había visto este pendiente.

Adrien parece decepcionado, pero no sorprendido. Recoge la joya y la hace girar entre los dedos, pensativo.

—Me lo imaginaba. Pero quería asegurarme. —¿Por qué piensas que este pendiente tiene que ver con el asesinato? Y ya que pareces convencido de que es una prueba, ¿por qué no se lo llevas directamente a la policía? —No creo que les interese demasiado. No es como si hubiera encontrado restos de sangre o el arma del crimen. Un simple pendiente no les vale como prueba.

Reflexiono un momento, tratando de recordar si he visto esa joya antes.

—Espera —digo incorporándome—. Podría ser de la señora Amauris.

Adrien asiente. —Yo también lo pensé. Contacté con su hijo para enseñárselo, pero según él, su madre nunca tuvo uno así.

Me viene un detalle a la cabeza. —Un momento... La casa todavía estaba en venta antes de mi agresión. ¿Y si el pendiente es de alguien que vino a verla entonces?

Adrien me mira y asiente. —Tienes razón. Es muy posible que lo perdiera alguna compradora potencial. Aunque no es el tipo de joya

que...

En ese momento, se oye un golpe sordo contra el cristal de la cafetería. Giro la cabeza y veo que ha empezado a diluviar. Un auténtico chaparrón que, en cuestión de segundos, convierte la acera en una carrera de obstáculos mientras los transeúntes buscan refugio precipitadamente. Enseguida, las mesas de alrededor se llenan de turistas calados hasta los huesos que se refugian en el local.

Adrien me sonríe. —Parece que vamos a tener que esperar un poco antes de salir —dice con fingido aburrimiento—. ¿Qué tal si tomamos otro chocolate mientras escampa?

Dudo un momento y miro el reloj. Seguramente Hugo aún no haya vuelto a casa y no me apetece quedarme sola con mis pensamientos. Además, siendo sincera conmigo misma, no puedo negar que me gusta la compañía de Adrien. A pesar de las inquietantes circunstancias que nos han reunido, me siento bien con él.

—Vale —respondo al fin. —¿Qué te hace sonreír así?

Niego con la cabeza, algo avergonzada. —Es que... me resulta un momento agradable. Es bastante irónico, considerando que hace poco estaba convencida de que eras el nuevo Hannibal Lecter y suplicaba a la policía que viniera a detenerte. Por no hablar de Hugo, que cree que eres un producto de mi imaginación. Al igual que Tifenn.

—¿Tifenn? —Mi mejor amiga. Te vio aquí mismo el otro día. Y ya que estamos, esta vez invito yo.

Adrien me sonríe, pero parece preocupado. —¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

Remueve distraídamente el capuchino. —Me gustaría pedirte un favor. —¿Un favor? —Sí, preferiría que esta conversación quedara entre nosotros. —O sea, me pides que no le cuente nada a mi marido ni a mi mejor amiga.

Duda. —En realidad, pensaba sobre todo en tu marido. —En ese caso, no te preocupes. No pensaba contárselo. Y aunque lo hiciera, no me creería. Como no te ha visto nunca, piensa que no existes, que eres una de mis alucinaciones, como la mujer rubia.

—Ya veo... Por cierto, ¿has hecho un retrato de ella? —Sí. Lo terminé la misma noche en que creí verla ser asesinada.

Adrien entorna los ojos. —¿En serio? Interesante. Eso podría significar que...

Mi móvil empieza a vibrar sobre la mesa. La pantalla muestra el nombre de mi marido, y se me encoge el estómago al instante.

—Perdona, tengo que contestar.

Me alejo un poco, buscando un sitio más tranquilo, y descuelgo intentando mantener la voz neutra.

—¿Diga? —¿Dónde estás? —pregunta Hugo de inmediato—. He llegado antes y no estás en casa.

Me muerdo el labio, dudando qué decirle. Echo un vistazo a Adrien, que sigue sentado en nuestra mesa, bebiendo su capuchino.

—He salido a tomar un café —respondo al fin, optando por una verdad a medias—. Necesitaba que me diera el aire. —¿Estás sola?

Se me acelera el pulso mientras me preparo para mentirle como si le estuviera ocultando una aventura.

—No, estoy con Tifenn. Hemos quedado en el sitio de siempre.

Hay un silencio al otro lado, como si Hugo estuviera decidiendo si creerme o no.

—Vale. Pero no tardes mucho, por favor. He terminado antes el trabajo para estar contigo esta noche.

Puedo oír la decepción en su voz, mezclada con un toque de reproche. Me siento aún más culpable por ocultarle la verdad.

—Lo siento. Debería habértelo dicho. No tardo, lo prometo.

Cuando vuelvo a nuestra mesa, Adrien me mira con curiosidad.

—Perdona, pero tengo que irme. Mi marido ha vuelto antes y me está esperando.

Adrien asiente y se levanta también. —¿Qué haces? —Bueno, si te vas, no tiene sentido que me quede. Además, hay gente esperando mesa, así que es bueno para mi karma.

Esbozo una sonrisa al ver cómo una pareja de turistas se apresura a ocupar nuestro sitio. Fuera sigue lloviendo, pero ya no diluvia.

—Ven —dice Adrien mientras despliega su chaqueta sobre nuestras cabezas.

Corremos por las aceras desiertas, esquivando los charcos que salpican nuestro camino. Estamos tan cerca que puedo oler su perfume y sentir el calor que irradia su cuerpo. Sin embargo, su camisa de algodón es demasiado fina para protegernos del aire gélido. Intento apartarme, pero su mano me sujeta suavemente del brazo.

—¿Qué haces? Te vas a calar. —No tanto como tú. Mejor ponte la chaqueta. —No te preocupes. Soy del norte. No me asusta un poco de lluvia. —Deberías cubrirte...

Me vuelve a alcanzar cuando intento alejarme de nuevo. —Mira, ya casi hemos llegado.

Efectivamente, mi casa aparece al final de la calle como una caja de cristal empañada por la lluvia, con sus fachadas acristaladas reflejando la luz gris del cielo. Destaca tanto entre las elegantes casas burguesas que la rodean... Recuerdo las caras adustas de los vecinos en las reuniones del barrio, sus airadas protestas contra lo que llamaban «contaminación visual». Hugo estaba orgullosísimo de haber roto los moldes y yo también, lo admito. Ahora ya no estoy tan segura.

—Mi marido debe de estar esperándome —digo mientras aminoro el paso.

Al final nos detenemos. De repente, ninguno de los dos sabe cómo despedirse. Parecemos dos amantes retrasando el momento de la separación. Este pensamiento me hace sonrojar y Adrien, que no me ha quitado los ojos de encima, se da cuenta.

—¿Estás bien?

Asiento, haciendo todo lo posible por disimular mi turbación. La idea de engañar a Hugo con otro hombre nunca se me había pasado por la cabeza... hasta hoy.

22

Adrien me deja pasar delante, seguramente por miedo a que Hugo nos vea juntos, aunque sus razones para ser discreto son distintas a las mías. Una parte de mí casi lamenta esta prudencia. Me habría gustado que Hugo nos viera, que por fin se diera cuenta de que tenía razón desde el principio sobre ese misterioso vecino. Pero Adrien tendría problemas si se supiera que vive en la casa de la señora Amauris sin autorización oficial ni contrato de alquiler en regla. Al llegar a la verja, no puedo resistirme a echar un último vistazo hacia atrás. La calle está desierta. Adrien ha desaparecido. Sin la confirmación del camarero sobre su existencia, casi podría creer que me había imaginado este encuentro. Empujo la verja y entro en casa, con la ropa calada y el pelo chorreando.

Me sorprende el silencio que reina en la casa. Esperaba que Hugo estuviera esperándome, impaciente por pedirme explicaciones por haberme ido sin avisar. Pero no hay ni un ruido, ni un movimiento.

—¿Hugo?

Mi voz resuena extrañamente en el salón. Espero. No hay respuesta. ¿Habrá vuelto al trabajo? Me dispongo a subir las escaleras cuando veo un hilo de luz bajo la puerta de su despacho, en la planta baja. Seguro que está ocupado, pero tengo que hacerle saber que estoy aquí. Me acerco despacio a la puerta y voy a llamar.

Mi mano se detiene en el aire cuando le oigo hablar en voz baja. Parece estar hablando por teléfono. Está claro que no es una llamada de trabajo. Su voz es baja, tranquilizadora, como si estuviera consolando a alguien. ¿Con quién estará hablando? Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me encuentro con la oreja pegada a la puerta, conteniendo la respiración para oír mejor. Los latidos de mi corazón resuenan tan fuerte en mis sienes que temo que ahoguen la voz de Hugo.

«No... ya lo hemos hablado, sabes que todavía no puedo dejarla... porque aún está convaleciente... Pero no... sí... claro, ya te lo he dicho... Pronto, te lo prometo... Sí, lo sé. Yo también...».

Me quedo paralizada, en shock. Está hablando de mí, no hay duda. Pero ¿con quién? La imagen de Kate se me viene inmediatamente a la cabeza. Así que Tifenn tenía razón desde el principio: mi marido tiene una relación con esa mujer. Y, al parecer, es mucho más seria de lo que pensaba, ya que está pensando en dejarme por ella. Siento como si el suelo se hundiera bajo mis pies, como si todo mi mundo se desmoronara. Y, sin embargo, no puedo decir que me sorprenda. Sabía que estaba con otra. En el fondo, lo sabía... Simplemente no quería afrontar la verdad. Era más cómodo así. Fingir que... Al parecer, se me da muy bien ese juego. Pero nunca pensé que llegaría tan lejos. ¿Va a pedir el divorcio?

De repente, se abre la puerta y me encuentro cara a cara con mi marido. Parece sorprendido de encontrarme ahí, plantada delante de su despacho.

—¿Por qué no me has dicho que habías vuelto?

Su aplomo me desconcierta. No reacciona como un marido infiel al que acaban de pillar con las manos en la masa. Así que le dejo claro que lo sé todo.

—No quería molestarte. Estabas hablando por teléfono.

Lo miro fijamente, escrutando su reacción. Y sí, Hugo, ¡lo he oído todo!

Frunce ligeramente el ceño, con aire más perplejo que culpable.

—¿Por teléfono? ¿Qué te hace pensar eso?

Así que va a negarlo todo. ¡Típico! Pero me niego a dejarme intimidar.

—He oído perfectamente lo que decías.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crees que has oído?

—¿De verdad quieres que te lo repita?

—Por supuesto.

¡Él se lo ha buscado!

—Dijiste que aún no podías dejarme porque estaba convaleciente.

Contra todo pronóstico, Hugo se acerca a mí. Sus manos se posan sobre mis hombros.

—Alice, ¿estás segura de que te encuentras bien?

Su voz es tranquila, pero el tono es muy diferente al que usaba con su amante por teléfono. Ahora adopta el mismo tono que el doctor Vergnan durante nuestras sesiones. Hace un gesto hacia su escritorio, donde se amontonan planos arquitectónicos y papeles.

—Mira tú misma. Estaba trabajando en estos planos cuando llegaste. ¿Ves mi móvil por algún lado?

Recorro el escritorio con la mirada. Hugo me anima a entrar y mirar debajo de los planos, pero de repente me siento ridícula.

—Vale. Debo de haberme equivocado.

Se acerca a mí y me obliga a mirarlo.

—¿Puedes repetirlo? No lo he entendido bien.

Mis uñas se clavan ligeramente en mis palmas mientras articulo las palabras.

—He dicho que me he equivocado.

—Di más bien que te lo has imaginado. Pero bueno... Ven, ven a ver.

Me lleva hacia la entrada y se detiene delante del perchero, donde mi chaqueta empapada sigue goteando sobre el suelo. Palpa los bolsillos de su abrigo y luego mete una mano en uno de ellos. Cuando la saca, veo que sostiene su móvil. Me lo acerca con un gesto brusco que me hace dar un respingo.

—¡Mira! ¿Ves esto?

Su pantalla está llena de notificaciones de llamadas perdidas. El nombre de Kate aparece en la mayoría, pero me abstengo de hacer ningún comentario.

—¡Esto se está poniendo serio! —dice entonces, más para sí mismo que para mí—. Muy serio... Me pregunto si no deberíamos cambiar de terapeuta, porque está claro que este Vergnan es un incompetente.

—¿Quieres decir que quizá yo debería cambiar...?

Se vuelve hacia mí con una mirada un poco desquiciada.

—¿Qué?

Respiro hondo para intentar calmarme.

—Has dicho «deberíamos cambiar de terapeuta», pero soy yo quien está en terapia, no tú. Además, te recuerdo que fuiste tú quien lo eligió. En el hospital me recomendaron a otra persona.

Me alejo hacia el salón y me dejo caer en el sofá. De repente, me siento agotada.

—Alice, dejemos de discutir, ¿vale?

Se acerca a mí, pero en lugar de sentarse a mi lado, se agacha delante de mí y me pone las manos sobre las rodillas.

—No debería haberme enfadado contigo. Lo siento mucho. Es el trabajo... Estoy con esa obra y las cosas no van como me gustaría. Y en cuanto al doctor Vergnan, no pensaba lo que dije. Lo elegí porque me lo recomendaron. Por cierto, ¿cuándo tienes cita con el otorrino?

No hace falta decirle que un otorrino probablemente no encontrará nada. La conversación telefónica que creí oír no se ajusta a la definición de acúfenos. Se trata claramente de alucinaciones auditivas. Me limito a encogerme de hombros.

—La secretaria tenía que enviarme sus datos, pero aún no los he recibido.

—Deberías llamar directamente a Vergnan para que te los dé. De hecho, debería habértelos dado él directamente. En fin, no lo dejes pasar. Cuanto antes te vean, mejor.

—Tienes razón. Lo haré mañana mismo.

Se instala un silencio incómodo entre nosotros. No quiero que me haga más preguntas. Así que me levanto, fingiendo un entusiasmo que no siento.

—Voy a subir a cambiarme y luego me voy a pintar un rato al estudio.

Hugo asiente con la cabeza.

—De todos modos, tengo que trabajar un poco más en el despacho. ¿Qué te parece si pedimos algo a domicilio?

Al mencionar la comida, se me revuelve el estómago.

—No tengo mucha hambre, pero pide tú si quieres.

Hugo me mira fijamente.

—Tienes que coger peso, Alice. Has perdido mucho desde la operación.

Sé que tiene razón, pero la idea de sentarme a la mesa con él e intentar mantener una conversación me supera. Sin embargo, para complacerle, esbozo una sonrisa.

—Vale, pediremos algo a domicilio. Te dejo que pidas algo ligero para mí.

Subo arriba, todavía bajo el impacto de la emoción que me embargó al escuchar esa conversación imaginaria. Sé que no ha tenido lugar, o al menos mi cabeza lo sabe. Pero mi corazón se comporta como si la traición de Hugo fuera real. El agua caliente corre por mi cuerpo, relajando mis músculos tensos. Pero cuando cierro los ojos, saboreando este momento de respiro, la voz vuelve a resonar en mi cabeza.

«Miente», susurra, más insidiosa que nunca.

23

La luz del día se filtra a través de las cortinas y el sol me da en la cara como para reprenderme: *¡Arriba, holgazana!* Tengo la cabeza embotada, como después de una noche de juerga. No sé a qué hora me acosté. Por mi estado, debió de ser tarde. Menos mal que Hugo ya se ha levantado y no puede verme así. Intento recordar si me dijo que hoy trabajaría desde casa o que iría a la obra, pero todavía tengo la mente demasiado confusa. Me incorporo con dificultad y coloco la almohada entre la espalda y el cabecero. Al bajar la mirada, descubro con horror que aún llevo puesto el chándal manchado de pintura. El sol se hace cada vez más insistente y sus rayos atraviesan ahora por completo la ventana. Levanto la mano para protegerme los ojos de esa luz cegadora. Es entonces cuando noto algo en las sábanas. Manchas rojas, como sangre seca, esparcidas por la tela blanca como si me hubiera limpiado las manos en ellas. Me invade el pánico mientras me examino los brazos, me palpo la cara y me miro las manos en busca de alguna herida. Nada. Me obligo a respirar con calma. Piensa, Alice. Anoche... Sí, recuerdo vagamente haber pintado. ¿Pero rojo? No creo haberlo usado. Cuando acerco la nariz a la tela manchada, el olor característico del óleo es inconfundible. Me invade el alivio: al menos no he asesinado a mi marido sonámbula. Me vienen a la mente fragmentos de recuerdos del día anterior. Estaba en mi estudio, absorta en mi

lienzo. Esos momentos en los que pierdo la noción del tiempo, en los que entro como en trance... Hacía mucho que no me pasaba. Demasiado. Recuerdo vagamente haberme ido a la cama, agotada. Vuelvo a fijarme en esas marcas escarlatas en la sábana, perpleja. ¿Qué podía estar pintando con tanto fervor? Repaso mentalmente el día de ayer, tratando de concentrarme. Mi cita secreta con Adrien en la cafetería, mi vuelta a casa, Hugo al teléfono hablando de dejarme en cuanto me recuperara. Nuestra discusión sobre la conversación telefónica que creí oír en la que Hugo hablaba de dejarme y mi humillación cuando me demostró que, una vez más, me lo había imaginado todo. Una vez calmada, subí a ducharme, mientras él volvía a trabajar a su despacho, en la planta baja. El repartidor pasó a traernos la comida. Comimos delante del televisor, lo que nos ahorró el esfuerzo de tener que llenar el silencio. Después, como de costumbre, Hugo se retiró a su despacho, con la excusa del trabajo atrasado. Volví a mi estudio, decidida a retomar el lienzo que había empezado ese mismo día. Ahí es donde las cosas se vuelven confusas... Por más que rebusco en mi memoria, no recuerdo el cuadro que estaba pintando. ¿Cómo es posible? La colcha se desliza al suelo mientras me levanto de un salto. La cabeza empieza a darme vueltas al instante y tengo que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio. Es entonces cuando veo el vaso medio vacío sobre la mesilla de noche. No hay rastro de ninguna caja de medicamentos ni blíster, pero sé que he encontrado la causa de mi aturdimiento. Somníferos. Hugo debió de dármelos anoche, cuando me fui a la cama, o tal vez... tal vez fue él quien vino a buscarme al estudio al ver que aún no me había acostado. ¿Qué vio para decidir darme somníferos? El doctor Vergnan dejó claro que solo debía tomarlos en caso de necesidad. ¿Es posible que haya tenido otra crisis? La respuesta está en mi estudio. Pero cuando salgo del dormitorio para dirigirme a la escalera, un ruido me detiene. Alguien está pasando la aspiradora en la planta baja. ¿Martine, nuestra asistenta? Pero hoy no es su día. Solo viene los martes y los viernes, y hoy es miércoles. ¿Hugo, entonces? Descarto inmediatamente esa hipótesis. Además, no puedo ni imaginar a mi marido moviendo un dedo para la más mínima tarea doméstica. Sacar la basura es la

única excepción a esta regla, y aun así, lo hace a regañadientes. Me adentro en la escalera, intrigada por ese ruido sordo que sube desde la planta baja. El zumbido de la aspiradora se intensifica a medida que bajo los escalones. En los últimos, mi mirada se ve atraída por el cable que serpentea sobre el suelo de mármol. Lo sigo, como un hilo de Ariadna, hasta llegar a la silueta familiar que me da la espalda. Fin del misterio. Es Martine. Lleva unos cascos Bluetooth y no puedo evitar sonreír al verla mover el esqueleto al ritmo de la música mientras maneja la aspiradora. Le llamo la atención dándole un toquecito en el hombro. Da un respingo y se quita los cascos.

—¡Ay, señora! ¡Me ha dado un susto de muerte! —Lo siento. Es que no esperaba verte hoy... Martine parece sorprendida a su vez. —Bueno... ¿No se lo ha dicho el señor? Me pidió que viniera esta mañana para preparar la casa. Dijo que vendría gente. Me quedo boquiabierta. ¿De qué está hablando? —¿Gente? ¿Qué gente? Al ver mi cara de desconcierto, rebusca en el bolsillo de su delantal y saca una nota que me tiende. —Tome, el señor dejó esto para usted junto a la cafetera. Cojo el post-it y reconozco la letra de Hugo.

Alice, me he ido temprano esta mañana a una reunión de obra imprevista. Le he pedido a Martine que venga a limpiar, porque la inmobiliaria vendrá a última hora de la mañana con unos posibles compradores. Intentaré llegar a tiempo para la visita. Hasta luego, Hugo

El reloj de pared del salón marca más de las diez. ¡Ya! Para mí, que estoy acostumbrada a levantarme al amanecer, incluso los fines de semana, es como si fuera mediodía. Siento cómo me invade el pánico al pensar que Hugo podría no estar cuando lleguen los clientes de la agencia. Entonces tendría que recibirlos yo, fingir que todo va bien. Solo de pensarlo, me ahogo. No, eso supera mis fuerzas. No me siento capaz. Y no quiero hacerlo. Miro fijamente la pared blanca frente a mí, con un nudo en la garganta. Mi marido ha vuelto a actuar sin consultarme. Yo también vivo aquí, sigue siendo mi casa hasta que se demuestre lo contrario. Sin embargo, él sabe que no me gusta recibir a desconocidos en casa y ahora más aún, después de lo que me ha pasado... Pero no, ni siquiera se ha molestado en hablarlo conmigo primero. Así es él: pragmático,

distante. Todo lo contrario que yo, que lo siento todo con intensidad. Somos tan diferentes como el fuego y el hielo. Eso es precisamente lo que me atrajo de él, esa frialdad que creía ser la única capaz de derretir. Creía ser especial para él. Patético. Martine sigue mirándome y me doy cuenta de mi aspecto descuidado. Descalza, con un chándal que me queda dos tallas grande, salpicado de manchas de pintura multicolor como un cuadro de Jackson Pollock, con ojeras y el pelo tan enredado que ni una urraca querría cogerlo para su nido. De repente, se me ocurre una idea. ¿Y si me voy de casa antes de que llegue la agencia? Así no tendré que verlos, hablar con ellos, fingir. Sí, es la mejor solución.

—Señora, ¿va todo bien? —me pregunta Martine, con aire preocupado. Me obligo a sonreírle. —Sí, sí, no te preocupes. Acabo de recordar que tengo cita con el otorrino esta mañana. Será mejor que me vaya si no quiero llegar tarde. Esta vez es Martine la que se alarma. —Pero... ¿y la visita? —Ya les harás pasar cuando lleguen. —Pero tengo otros clientes. No puedo quedarme hasta que lleguen. —Claro que no. Escucha, haz lo que puedas. O llama a mi marido, al fin y al cabo, en parte es culpa suya. —Pero... No le dejo terminar la frase y subo corriendo. En un santiamén, cambio mi infame chándal por unos vaqueros, mi vieja sudadera por el primer jersey que encuentro y me recojo el pelo, todavía bastante enredado, con una goma. Hago una parada rápida en el baño. No hay tiempo para maquillarme, así que qué le vamos a hacer con las ojeras. Unas gafas de sol bastarán. Vuelvo a bajar y, mientras Martine se reúne conmigo en la entrada, solo pienso en una cosa: largarme antes de que llegue la agencia.

—Le he dejado un mensaje a su marido —me dice mientras me pongo las deportivas. —Vale, vale. Mi bolso, ¿dónde he puesto mi bolso? —¿Seguro que no puede esperar un poco? Cojo mi gabardina y bajo el picaporte de la puerta. —Lo siento, ya llego tarde. Bueno, gracias por todo. ¡Adiós!

Martine vuelve al salón meneando suavemente la cabeza. Justo cuando pongo un pie fuera, oigo portazos en el exterior, seguidos de voces. El corazón se me acelera cuando reconozco la de Hugo. Ha vuelto antes de lo previsto y no está solo. La agencia y los

compradores deben de estar con él. Echo a correr sin pensarlo. El jardín minimalista que quería Hugo, con sus pocas hierbas y su solitario arce, no me ofrece ningún refugio. Por suerte, el seto de laureles que bordea el muro que separa la casa de la señora Amauris sigue ahí. Me escabullo tras él justo a tiempo. La puerta se abre y aparece Hugo, vestido con su impecable traje azul marino. Le sigue la agente inmobiliaria, una mujer distinguida de unos cincuenta años cuyos tacones resuenan sobre las losas. Detrás de ellos, una pareja y dos niños pequeños que se pelean sin alejarse del regazo de sus padres. Ya sé que no harán ninguna oferta. Estas personas nunca vivirán aquí: esta casa de cristal y acero no está hecha para las risas de los niños y las huellas de sus dedos en los cristales. Me pego a la pared, tiesa como un palo, mientras pasan delante de mí. Por un instante, me doy cuenta de que podrían verme, pero no cuentan con el entusiasmo de mi marido. Hugo, en su elemento, les habla con entusiasmo de su concepto arquitectónico. Ansioso por comenzar la visita, les invita a entrar con un gesto teatral. Vuelve el silencio y me siento ridícula, escondida allí, como una ladrona. ¿Qué me ha llevado a reaccionar así? Entonces, una voz familiar me hace sobresaltar.

—¿Alice? ¿Qué haces?

Levanto la vista y veo a Adrien asomado por encima del murete que separa nuestros dos jardines. Me mira con curiosidad, con una media sonrisa en los labios. Siento cómo se me suben los colores al pensar que me han pillado en esa ridícula postura. Pero, al mismo tiempo, me siento aliviada de que haya sido él y no Hugo quien me haya descubierto así.

—Hugo está enseñando la casa —respondo en voz baja. Adrien asiente con la cabeza, como si lo entendiera. —Ya veo. ¿Y decidiste esconderte entre los arbustos mientras tanto? Hago una mueca, consciente de lo ridícula que es la situación. —No sabía qué otra cosa hacer. —¿Y piensas quedarte ahí toda la mañana? —Por supuesto que no.

Justo en ese momento, empiezan a caer gotas de lluvia.

—Genial... Solo faltaba esto.

Adrien parece reflexionar un momento y luego se le ilumina el rostro.

—Escucha, quizá tenga una solución mejor. ¿Qué tal si te refugias en mi casa mientras dura la visita?

Lo miro, sorprendida por su propuesta. ¿Refugiarme en su casa? La idea me produce una extraña mezcla de emoción y aprensión. La prudencia me dicta que debería rechazar la oferta, sobre todo después de la inquietante escena de la otra noche. Pero es precisamente por lo que vi por lo que acepto. Eso, y también porque me gusta su compañía. Miro hacia la puerta. Demasiado arriesgado. Hugo, la agente inmobiliaria o alguno de los clientes podrían salir en cualquier momento. No me queda más remedio que saltar el murete.

—No he hecho algo así desde que era adolescente —digo mientras me encaramo como puedo.

De repente, el murete me parece mucho más alto de lo que había imaginado. Siento que pierdo el equilibrio, pero antes de caer, dos manos firmes me agarran por la cintura y me estabilizan. Levanto la vista y me encuentro con la intensa mirada de Adrien, que está justo delante de mí. Con una facilidad desconcertante, me levanta y me deposita suavemente en el suelo a su lado del murete, como si no pesara más que una pluma. Estoy tan cerca de él que puedo sentir su aliento cálido en la cara. El tiempo parece detenerse mientras permanecemos así, mirándonos a los ojos, casi abrazados. El corazón me late con tanta fuerza contra las costillas que me pregunto si él lo oye. Entonces, lentamente, Adrien levanta un dedo y se lo lleva a los labios, pidiéndome que guarde silencio. Sin apartar los ojos de mí, gira la cabeza hacia la casa, comprobando que nadie nos ha visto.

24

El salón de la casa de madame Amauris es mucho más pequeño de lo que había imaginado. Probablemente porque cada centímetro cuadrado está ocupado por muebles y antigüedades. Parece más la tienda de un anticuario que un cuarto de estar.

—¿Habías venido antes? —me pregunta Adrien mientras cierra la puerta tras de mí—. Perdona, ¿te importa si nos tuteamos? Apenas nos conocemos, pero me parece más natural, tengo la sensación de que te conozco desde hace tiempo.

—No, claro que no. Y para responder a tu primera pregunta: no, nunca había venido.

Adrien arquea las cejas, sorprendido.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué te extraña tanto? ¿Tú conocías a tus vecinos cuando vivías en París?

Adrien sonríe con picardía.

—Pues sí, bastante bien. Hay que decir que nunca me perdía el Día de los Vecinos.

Se echa a reír al ver mi cara de espanto.

—Soy una antisocial, lo sé —digo sin poder evitar sonreír también.

Mis relaciones con los vecinos se limitan normalmente a saludos de cortesía. Un «buenos días» por aquí, un «buenas tardes» por allá. Y eso solo con los que me caen bien. La casa que diseñó Hugo no es del agrado de todos. La señora Amauris incluso presentó una denuncia por atentar contra el buen gusto o algo así.

Su mirada se vuelve más intensa.

—Entonces, si lo he entendido bien, nuestra relación es un poco especial para ser simples vecinos —comenta con una media sonrisa.

Me ruborizo ligeramente.

—Sí, supongo que sí —respondo escuetamente, sin saber qué más añadir.

Por suerte, Adrien cambia enseguida a un tema más neutro: la casa.

—Todos estos muebles pertenecían a la señora Amauris. Muebles de familia, seguramente de gran valor, ya que su marido era notario.

Mi mirada recorre los muebles antiguos, admirando las delicadas molduras de madera y las valiosas telas.

—Por ahora, todo se queda aquí. La propiedad está en proindiviso y los herederos todavía no se han puesto de acuerdo sobre qué hacer con ella. La verdad es que apenas piso esta habitación. Ocupo un dormitorio en el primer piso.

Por un instante, me da la impresión de que va a proponer que subamos, pero se hace el silencio y nos miramos, incómodos.

—Eh... ¿quieres tomar algo? Tengo agua, zumo... o algo con alcohol, si prefieres. Creo que tengo una botella de vino por algún sitio.

Niego con la cabeza, un poco cohibida.

—No, gracias. Con la medicación es mejor que no beba alcohol.

En cuanto suelto esas palabras, me arrepiento de haber mencionado mi estado de salud. Adrien no se da por aludido y simplemente me sonríe.

—Vale, sin problema. ¿Te apetece un café?

—Sí, perfecto.

Adrien desaparece en la cocina. Mientras el familiar ruido de la cafetera resuena en la casa, me quedo allí de pie, sin saber muy bien qué hacer. Es como si el espacio aún estuviera impregnado de

la presencia de madame Amauris. Si la anciana apareciera de repente ante mí para echarme de su casa, no me sorprendería lo más mínimo.

Movida por la curiosidad, me adentro en el salón, caminando sobre la gruesa alfombra persa que amortigua el crujir del parqué bajo mis pies. Las paredes están cubiertas de cuadros, todos firmados con el mismo nombre: Colette. Es el nombre de pila de madame Amauris. Lo había oído una vez, cuando un vecino la saludó mientras ella podaba sus rosales: «¡Buenos días, Colette!».

Son obras de aficionada, bodegones que representan ramos de flores. Un cuadro se inspira en el estilo de Van Gogh, otro en el de Monet, pero en lugar de girasoles y nenúfares, Colette ha pintado rosas. Sus rosas. Las de su jardín.

De repente, me invade la tristeza. Caigo en la cuenta de que podríamos haber sido amigas, unidas por nuestro amor a la pintura. ¿Sabía quién era yo? ¿Había visto alguna vez alguna de mis obras expuestas? Nunca lo sabré.

—El café está listo —anuncia Adrien al volver, con dos tazas humeantes en las manos.

Las deja sobre la mesita delante de mí y se sienta en el sillón de enfrente.

—Gracias —digo mientras saboreo el primer sorbo—. Y no solo por esto. Es muy amable por tu parte recibirme así, sin avisar.

Se encoge de hombros.

—¡Es lo normal entre vecinos! Además, se veía que necesitabas ayuda.

Me sonrojo al recordar la escena: yo, atrapada entre el murete y el seto de laureles, y él, inclinado hacia delante, observándome con curiosidad. Debe de pensar que estoy como una cabra. Sin embargo, Adrien no parece darle importancia. Se lleva la taza a los labios, da un sorbo de café y la vuelve a dejar sobre la mesa.

—¿Así que habéis puesto la casa en venta?

Su pregunta directa me coge desprevenida.

—Sí. Hugo piensa que, después de lo que ha pasado... nos ayudaría a pasar página.

—¿Y tú qué opinas?

—¿Perdón?

—Tú, ¿estás de acuerdo con mudaros? Al fin y al cabo, no es como si recordaras la agresión. A menos que...

Niego con la cabeza enérgicamente.

—No, esa noche es un agujero negro total para mí. Y lo más aterrador es que sigo perdiendo trozos de mi vida.

—¿A qué te refieres?

—A que a veces hago cosas que no recuerdo.

—¿Qué tipo de cosas?

—Pues tonterías, como cancelar mi cita con el psicólogo o... vete a saber qué más.

La mirada atenta de Adrien no se aparta de mí. Me lanzo, vacilante:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Bueno, te va a parecer raro, pero tengo la sensación de que nos conocemos. O, al menos, yo siento que te conozco. Como si ya nos hubiéramos visto antes.

Lo observo, perpleja. Parece a la vez contento y asustado. Una extraña mezcla que no sé cómo interpretar.

—Pues sí, es verdad. Nos hemos visto antes —acaba confesando.

—¿En serio?

—Sí, en cierto modo. Ya nos habíamos visto, pero no creía que lo recordaras.

—La verdad es que no lo recuerdo. Es más bien una sensación de déjà vu. ¿Me entiendes?

Me pregunto si él siente lo mismo, aunque Adrien parece saber mucho más sobre nuestro encuentro de lo que quiere admitir. Me inclino ligeramente hacia delante:

—Cuéntame. ¿Dónde y cuándo nos conocimos?

Cierra los ojos un momento y luego los vuelve a abrir.

—Fue... en el hospital de la Pitié-Salpêtrière —acaba diciendo—. Estabas pintando un mural en la unidad de geriatría. Mi padre estaba ingresado allí por entonces y yo iba a verlo todos los días. De eso hace ya varios años.

Ahora entiendo mejor por qué mis recuerdos de ese encuentro son tan borrosos.

—¿Y hablamos?

Duda un instante y luego asiente.

—Una conversación muy breve —añade—. Pero me causó una gran impresión.

—Ya veo...

Mi café está templado, pero eso no me impide tomar otro sorbo, solo para mantener la compostura.

—La noticia de tu agresión me impactó mucho —continúa—. Me imagino que fue muy duro para tu marido.

—Sí, supongo.

—¿Supones?

—Hugo nunca habla del tema conmigo, salvo para preguntarme si mejoran mis problemas de memoria.

—Creo que fue él quien te encontró inconsciente. Lo leí en un artículo —se apresura a aclarar.

Esta última revelación me deja pensativa. Por supuesto que los medios debieron de hablar de ello, pero nunca busqué leer ni ver nada al respecto. Algo en mí, una especie de instinto, me impide indagar más sobre mi propia agresión. El doctor Vergnan me lo ha desaconsejado tajantemente, insistiendo en que es importante concentrarme en mi recuperación en lugar de remover el pasado.

—Efectivamente. Fue Hugo quien me encontró —repito.

No dice nada, pero no aparta la mirada. A medida que el silencio se alarga entre nosotros, empiezo a sentirme incómoda. Adrien parece darse cuenta, porque se levanta de repente y me tiende la mano.

—Ven, te voy a enseñar dónde encontré el pendiente.

25

Adrien va delante por las escaleras. Primera planta, segunda planta... El corazón me late desbocado al compás de los siniestros crujidos del parqué. En el pasillo, lo sigo hasta que se para en seco ante una puerta. Gira el pomo. Al otro lado aparece un dormitorio. Una cama individual ocupa el espacio y varios cuadros decoran las paredes blancas. Me acerco para verlos mejor. Son pinturas de rosales, parecidas a las que vi en el salón. Todas llevan la firma de Colette.

—Colette —susurro—. Era el nombre de madame Amauris.

Casi puedo imaginarme a la anciana durmiendo en esta habitación, rodeada de sus pinturas. Es una imagen dulce y melancólica que contrasta brutalmente con los violentos recuerdos que me han traído hasta aquí.

Me acerco a la ventana y aparto un poco la cortina. El jardín parece una selva en miniatura donde las rosas, antes tan orgullosas, luchan por sobrevivir entre las malas hierbas. Adrien hace lo que puede con la casa, pero estas plantas necesitan cuidados expertos que él no puede darles. No puedo reprochárselo, yo misma me cargo sistemáticamente todas mis plantas de interior. Pero se me encoge el corazón al ver esos rosales abandonados, esos rosales que madame Amauris mimaba con tanto cariño. Sus hijos podrían haber

contratado a un jardinero profesional, tienen medios de sobra para ello.

De repente, siento una mano sobre mi hombro. Pego un brinco. Adrien me mira preocupado.

—¿Estás bien?

Me limito a asentir con la cabeza.

—¿Así que aquí es donde encontraste el pendiente?

De pronto, Adrien parece recordar por qué me ha traído aquí. Se aleja hacia la puerta y la cierra de un empujón, encerrándonos en la habitación. El corazón empieza a desbocárseme.

—Por favor, ¿puedes dejarla abierta? No me encuentro bien.

Se gira rápidamente. Debo de tener muy mala cara, porque palidece ligeramente y vuelve a abrir la puerta de inmediato.

—Lo siento, solo quería enseñarte dónde encontré el pendiente. ¿Estás bien? ¿Quieres que bajemos al salón?

—No, pero... Dame un momento.

Me gustaría poder controlar mi cuerpo, pero no puedo. Cuanto más intento calmarme, más se me acelera el corazón.

—¡Eh! ¡Respira despacio!

Adrien me rodea con los brazos.

—Estás teniendo un ataque de ansiedad, así que haz lo que te digo. Respira hondo y luego suelta el aire abriendo la boca, como si estuvieras suspirando profundamente.

Me esfuerzo por seguir sus instrucciones.

—Eso es, muy bien. Otra vez... sí, vuelve a hacerlo.

Una vez calmada, me incorporo.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—¡Es increíble! ¿Dónde has aprendido esa técnica?

Mi pregunta parece pillarlo desprevenido.

—Ah, no lo recuerdo. Seguramente en un vídeo de YouTube.

Su respuesta no me convence del todo, pero no tengo tiempo para insistir.

—El pendiente estaba ahí, en el suelo —dice mientras empuja la puerta sin cerrarla del todo esta vez.

Señala con el dedo el rincón, entre el parqué y la pared. Intento imaginarme la joya ahí tirada. Luego me vuelvo hacia Adrien, desconcertada.

—Es raro, ¿no? ¿Qué hacía ese pendiente aquí?

Adrien aprieta los labios como si se estuviera mordiendo la lengua para no decir lo que piensa. Sin embargo, estoy segura de que pensamos lo mismo.

—¿Y si tuviera algo que ver con el robo? A lo mejor el hombre que me agredió vino primero a registrar aquí. Se le cayó el pendiente sin darse cuenta y luego fue a mi casa.

Mi hipótesis no parece sorprenderlo.

—¿Nunca se te ha ocurrido que esa mujer rubia que ves constantemente desde que volviste no es una alucinación, sino un recuerdo?

—¿Un recuerdo? ¿Relacionado con mi agresión?

Esta sugerencia hace tambalear mis certezas por unos segundos.

—Pero si fuera así, la policía habría sabido de su existencia, ¿no?

Mi comentario parece hacerle dudar.

—¿De verdad no recuerdas nada de esa noche?

Cierro los ojos, esforzándome por reunir los pocos recuerdos que me quedan.

—En realidad, no hay mucho que contar. Esa noche estaba sola en casa. Hugo trabajaba hasta tarde, como siempre. Estaba pintando en mi estudio y luego... todo se vuelve negro. Me invade una sensación de frustración que conozco bien, como cuando quieres decir algo pero no encuentras la palabra exacta. Lo mismo me pasa con mis recuerdos: siento que están ahí, pero no puedo alcanzarlos.

—Ni siquiera sé si alguien llamó a la puerta o entró por la fuerza. Lo único que recuerdo después es haber abierto los ojos en una cama de hospital y descubrir que había pasado un mes desde mi operación de cerebro. Como si hubiera dado un salto en el tiempo y el espacio, sin transición.

Adrien me escucha con expresión seria. Tras un largo silencio, me pregunta:

—Me gustaría que me enseñaras la habitación donde viste la escena del asesinato. Aquella en la que crees haberme visto... matar a esa mujer.

Me invade la vergüenza. ¿Cómo he podido acusarle de algo tan horrible?

—Si supieras cuánto lo siento. Podrías haber tenido problemas gordos por mi culpa.

Él niega suavemente con la cabeza.

—No tienes por qué sentirte culpable. Tu cerebro simplemente está intentando rellenar los huecos de tu memoria, ya sea inventando recuerdos o intentando hacerte revivir algo que realmente viste. Personalmente, me inclino por la segunda opción.

—¿Entonces crees que realmente presencié un asesinato?

—Creo que no hay que descartarlo.

Se me hace un nudo en la garganta. La idea de entrar en esa habitación me aterra. Pero Adrien me mira con tanta intensidad que me siento obligada a responder.

—Fue en la última planta —digo finalmente.

Adrien me tiende la mano. Subimos los últimos escalones, que crujen bajo nuestros pies, y llegamos al tercer y último piso. Esta vez soy yo quien va delante. El pasillo solo lleva a una puerta, así que no hay pérdida. Pongo la mano en el pomo y miro a Adrien. Parece tan tenso como yo ante la idea de entrar en lo que podría ser la escena de un crimen. Bajo el pomo y la puerta se abre con un chirrido. A pesar de la oscuridad que reina dentro, intuyo que se trata de una habitación amplia. Los postigos cerrados solo dejan pasar un tenue hilo de luz, insuficiente para distinguir nada.

—¿Los has cerrado tú? —pregunto, incapaz de cruzar el umbral.

Adrien niega con la cabeza. En unos pocos pasos, llega a la ventana, abre los postigos y deja entrar la luz del día, que se derrama por la habitación, revelando cada detalle. Al otro lado aparece una estancia espaciosa, aunque el techo abuhardillado da la impresión de que nos va a caer encima. Es un despacho y, a juzgar por el mobiliario oscuro y austero, debe de ser el de monsieur Amauris. Aunque el notario falleció unos diez años antes que su esposa, esta habitación parece intacta.

Me acerco a la ventana. Desde aquí se ve perfectamente mi estudio. Es extraño verlo desde esta perspectiva. Cuando me aproximo, un escalofrío me recorre de pies a cabeza, como si acabara de pisar un cable pelado en medio de un charco.

—Ahora estoy segura. Aquí es donde asesinaron a la mujer rubia.

Él también mira por la ventana.

—¿Estás segura de que fue en esta habitación?

Cierro los ojos, intentando situarme mentalmente en mi estudio, volver a ver la escena a través de mi ventana. Es un ejercicio difícil y siento que me está viniendo una migraña.

—Sí, estoy segura. Bueno... Todo lo segura que se puede estar después de haber sufrido una hemorragia cerebral, una operación de cerebro y un mes en coma.

Mi risa forzada no consigue aliviar la tensión. Adrien no parece encontrarlo gracioso. Su mirada expresa compasión y algo más. ¿Culpa? Pero ¿por qué se sentiría culpable? ¿Arrepentimiento? Tampoco veo el motivo. ¿O simplemente tristeza por lo que me ha pasado? Es más probable, pero no consigo descifrarlo. Como si se hubiera dado cuenta de que lo estoy observando, aparta la mirada y se aleja hacia la puerta.

—Venga, no nos quedemos aquí. Si realmente ha pasado algo aquí, corremos el riesgo de contaminar la escena.

—Espera un momento.

Recorro la habitación con la mirada, buscando pistas, pruebas de lo que he visto. En el centro hay un gran escritorio de caoba. Las paredes están forradas hasta el techo con estanterías de madera oscura. No hay nada, ni el más mínimo desorden en los archivadores cuidadosamente apilados, ni un solo libro fuera de sitio. Solo el sillón de cuero desgastado está ligeramente girado hacia un lado, como si su dueño acabara de levantarse. Por lo demás, todo parece inmóvil. Nada delata la violencia de la que he sido testigo.

Sin embargo, hay algo que no encaja. Un olor extraño flota en el aire, una mezcla de humedad y polvo. Pero hay algo más, un aroma que no consigo identificar. Arrugo la nariz, intentando reconocer ese olor familiar y, sin embargo, esquivo.

—¿Lo hueles? —le pregunto a Adrien.

Él asiente con la cabeza, con cara de asco.

—Sí, lo noto... viene de las tuberías. Le he dicho al propietario que me encargaré de ello. Pero no se me da muy bien la fontanería. Que quede entre nosotros.

No puedo evitar sonreír a pesar del hedor que me dan ganas de aguantarme la respiración.

—La jardinería tampoco es lo tuyo, por lo que veo.

Se pasa la mano por la nuca con una media sonrisa desarmante.

—¡Me declaro culpable! Lo único que sé manejar bien es una brocha.

Mi sonrisa se desvanece rápidamente. El recuerdo de lo que vi, o creí ver, todavía me persigue. Vuelvo a examinar la habitación, buscando indicios que puedan confirmar o desmentir mis recuerdos. Aquí reina una atmósfera asfixiante, algo que me dan ganas de salir corriendo. Adrien no parece compartir mi sensación. Avanza con cautela por el despacho mientras yo lo sigo con la mirada, con el corazón martilleándome en el pecho. Se detiene en medio de la habitación y gira lentamente sobre sí mismo para inspeccionar el lugar. Luego se vuelve hacia mí con expresión grave.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. Pero no sé si estarás de acuerdo.

—Dime.

—Bueno... ¿Qué te parecería hacer una reconstrucción?

—¿Una reconstrucción?

—Sí, ya sabes, como en las pelis de policías, cuando los investigadores vuelven al lugar del crimen con el criminal y le piden que repita paso a paso lo que hizo. Podrías mostrarme exactamente dónde viste que pasaban las cosas. Podría ayudarte a aclararte.

La idea es interesante, pero no sabría por dónde empezar.

—No sé si seré capaz.

—Yo puedo hacer de agresor y tú... No, pensándolo mejor no era tan buena idea. Vamos, salgamos de aquí antes de que este olor se nos meta en la ropa.

Me faltan fuerzas para protestar y lo sigo fuera de la habitación, aliviada. Mientras Adrien ya baja las escaleras, me fijo en otra habitación cuya puerta ha quedado entornada. No le había prestado

atención antes porque está justo a la derecha de la escalera. Me acerco, movida por la curiosidad, y lo que veo me deja helada.

Adrien me ha mentido.

26

Adrien no entendió nada cuando le dije que tenía que volver a casa inmediatamente. Mi marcha precipitada debió de hacerle sospechar. Ahora seguro que sabe que he descubierto que vive a escondidas en la casa. La imagen de esa habitación en casa de Madame Amauris me obsesiona. Un saco de dormir, un portátil, una maleta con ropa desperdigada... Todo ello prueba que Adrien me ha mentido. No viene solo a hacer chapuzas durante el día: vive allí. Por supuesto, tendrá sus razones para no habérmelo dicho, pero me decepciona que no haya sido sincero conmigo. Y ni siquiera fue una mentira por omisión. Si Adrien es capaz de mentir sobre algo tan simple, ¿de qué más será capaz? No puedo quitarme de la cabeza que podría ser el asesino que creí ver. ¿Y si no me equivocaba? ¿Y si era él a quien vi aquella noche?

Un escalofrío me recorre al darme cuenta de lo imprudente que he sido. ¿Qué me llevó a confiar en él tan fácilmente? No es propio de mí y, sin embargo, no puedo evitar sentir algo por él. Es algo indefinible, una mezcla de cariño y ternura. Un vínculo tan fuerte como la amistad, quizá incluso como el amor. No lo entiendo. Apenas nos conocemos... Sacudo la cabeza, intentando alejar esos pensamientos. Seguramente sea solo una secuela del traumatismo craneal, nada más.

Mientras subo por el sendero hacia mi casa, la puerta se abre. El corazón me da un vuelco. Me había olvidado por completo de la visita con el agente inmobiliario. Demasiado tarde para dar marcha atrás, así que intento mantener la compostura. Pero cuando espero ver aparecer al agente o a sus clientes, es Hugo quien aparece en el umbral.

Inmediatamente me siento culpable. Seguro que me preguntará qué hacía en casa del vecino y, aunque no hemos hecho nada malo, no puedo evitar sentirme fatal con mi marido. Porque, aunque nunca le he sido infiel, por primera vez desde que nos casamos me sorprendo pensando en otro hombre.

—Hugo —empiezo, con un nudo en la garganta—. Puedo explicarlo...

Pero mientras busco desesperadamente una excusa creíble, Hugo me interrumpe.

—Martine ya me lo ha contado todo.

¿Martine? ¿Nuestra asistenta? Me muero de vergüenza. ¿Me habrá visto saltar el muro para encontrarme con Adrien?

Escudriño su rostro, buscando algún indicio de enfado o decepción. Pero no veo nada de eso. Opto por ir al grano.

—¿Qué te ha dicho Martine exactamente?

—Pues que hoy tenías cita con el otorrino. De haberlo sabido, habría pospuesto la visita a la casa.

¿El otorrino? Mi mente confusa tarda unos segundos en atar cabos. De repente, recuerdo la mentira que le conté a Martine esta mañana para justificar mi salida precipitada antes de que llegara la inmobiliaria.

—Ah... sí, el otorrino. Perdona... se me olvidó decírtelo.

Sin apartar los ojos de mí, se aparta para dejarme pasar.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunta mientras cierra la puerta.

Me quedo callada un momento, buscando las palabras adecuadas. La preocupación en sus ojos me hace dudar. Sin embargo, no puedo contarle la verdad sobre mi visita a Adrien. Dios sabe cómo reaccionaría si se enterase. Sé que tengo que mentir, pero lo odio. Así que opto por una media verdad, recordando lo que me explicó el doctor Vergnan en la última consulta.

—El otorrino ha confirmado que tengo acúfenos —digo en voz baja, evitando su mirada—. Me ha recetado un tratamiento... bueno, en realidad no es un tratamiento médico. Me ha recomendado que escuche ruidos rosas o blancos en una app del móvil. Son como chirridos que se supone que ayudan a atenuarlos.

Hugo asiente, pareciendo aceptar mi explicación. De repente, su cara se ilumina.

—Ah, por cierto —dice con entusiasmo—. La gente que ha venido a ver la casa hoy está muy interesada. Deberíamos recibir una oferta muy pronto.

Me limito a asentir, sin saber qué decir.

—Oye, ¿has visto mi crema de cortisona? —pregunta, enseñándome las palmas enrojecidas de tanto rascarse.

—No, lo siento. ¿Has mirado en el baño?

—Sí, ya he buscado por todas partes. Pasaré por la farmacia luego. Por cierto, ¿has comido?

No tengo nada de hambre, pero sé que si le digo que no he comido, insistirá en que coma algo. Así que añado otra mentira a la lista.

—Sí, me he tomado un bocadillo al salir del otorrino.

Mi respuesta no parece convencerle del todo, pero no insiste.

—Bueno, ya que has comido, debería volver a la oficina —dice levantándose del sofá—. A menos que prefieras que me quede. Puedo arreglármelas si quieres.

Siento una oleada de alivio al pensar que se va. Necesito espacio para pensar, para desenredar lo verdadero de lo falso en todo lo que ha pasado hoy. La presencia de Hugo, por muy reconfortante que sea, me nubla los pensamientos.

—No, no, tranquilo —respondo con demasiada vivacidad—. Pensaba seguir pintando mi cuadro esta tarde. Puedes irte.

Hugo asiente, pero veo un destello de preocupación en sus ojos. Se acerca y me pone una mano en el hombro.

—Vale, pero prométeme que me llamarás si pasa algo, ¿vale?

Esbozo una sonrisa forzada.

—Te lo prometo.

Se inclina para darme un beso en la frente antes de dirigirse a la entrada. Lo veo coger el abrigo y las llaves. En cuanto se cierra la puerta, siento cómo la tensión abandona mis hombros.

Todas estas mentiras me pesan, pero me consuelo pensando que al menos no he mentido del todo. Tengo intención de pintar, aunque todavía no tengo claro el tema. Subo lentamente las escaleras hacia mi estudio, pero al llegar a la puerta me paro en seco. Está entreabierta. Sin embargo, estoy segura de haberla cerrado anoche antes de acostarme y no la he vuelto a abrir.

El corazón se me acelera. Tengo que razonar antes de dejar que me invada el pánico. Entonces se me ocurre una explicación muy sencilla: seguramente Hugo ha abierto el estudio mientras yo no estaba para que el agente inmobiliario y sus clientes pudieran visitarlo. Me fastidia, pero ya está hecho.

Respiro hondo y abro la puerta con cuidado. Mis ojos recorren rápidamente la habitación, buscando el menor signo de desorden. Casi espero ver huellas en mis lienzos o pinceles tirados por el suelo. Me imagino a los hijos de la pareja que vino a visitar la casa tocándolo todo. Pero, para mi sorpresa y alivio, todo parece estar exactamente como lo dejé.

El familiar olor a aguarrás y aceite de linaza me envuelve, calmando un poco mis nervios. Mis pasos me llevan hasta el ventanal que da a la casa de Madame Amauris. Mirar la fachada de ese viejo edificio se ha convertido en una costumbre, como si esperara encontrar allí las respuestas a todas mis preguntas.

De repente, un movimiento llama mi atención. Una silueta se perfila tras una de las ventanas. El pánico empieza a apoderarse de mí, la respiración se me acelera. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, esperando que la imagen desaparezca. Pero la silueta sigue ahí. Al contrario, se vuelve más nítida. Es Adrien. Me saluda con la mano.

Aliviada, le devuelvo el saludo y me dirijo hacia mi caballete. El cuadro que pinté ayer sigue allí, cubierto con una tela blanca. Ese mismo cuadro que me dejó restos de pintura roja bajo las uñas, aunque no recuerdo haber pintado nada anoche. Sin duda, otro paisaje abstracto más, de esos que se han convertido en mi seña de identidad.

Agarro la tela y tiro de ella...

Un grito de horror se me escapa cuando descubro lo que hay debajo. Las piernas me fallan y me desplomo, golpeándome las rodillas contra el suelo manchado de pintura roja.

27

Mi grito todavía resuena en el estudio y, por un momento, casi espero oír los pasos apresurados de Hugo en la escalera. Pero la casa permanece en silencio, lo cual me alivia enormemente. Porque sería incapaz de dar la menor explicación sobre lo que tengo delante.

Me levanto despacio, con las piernas temblándome, y me acerco al caballete. El retrato de la mujer misteriosa, al que he dedicado tantas horas, está irreconocible. El lienzo está hecho jirones, como si alguien lo hubiera atacado con saña. Hay brochazos de pintura roja que lo atraviesan de lado a lado, formando surcos que parecen heridas sangrantes. Hay gotas escarlata salpicadas por el suelo. Es como si alguien hubiera usado un pincel a modo de cuchillo para destrozarle la cara.

Alargo una mano temblorosa hacia el lienzo desgarrado y rozo con los dedos los bordes deshilachados. Es entonces cuando me fijo en las manchas de pintura roja bajo mis uñas. Ya las tenía esta mañana, al despertarme. ¿He sido yo quien ha hecho esto? No recuerdo haber destrozado mi propia obra. Y, sin embargo, es la única explicación lógica. ¡Dios mío, me estoy volviendo loca!

Respiro hondo, intentando calmarme. Tengo que pensar con lógica, como un investigador ante la escena de un crimen. Me acerco más al cuadro y lo examino con detenimiento.

El lienzo está atravesado por brochazos rojos, como laceraciones sangrantes en una piel amoratada. En algunos sitios, la superficie está hundida, formando huecos irregulares. Es como si alguien lo hubiera golpeado con los puños, ensañándose especialmente con la cara de la mujer misteriosa. Si soy yo la culpable, ¿qué motivo habría tenido para hacerlo? Aunque se me aparece constantemente, no conozco a esa mujer. No siento nada por ella, ni simpatía ni odio, solo curiosidad. Y si no he sido yo, ¿quién entonces? ¿Y por qué?

De repente, suena el timbre de la puerta, haciéndome dar un respingo. El corazón se me acelera de nuevo. ¿Será Hugo, que se ha olvidado las llaves? No sería la primera vez.

Bajo las escaleras con el corazón todavía desbocado tras el macabro descubrimiento en mi estudio. El timbre vuelve a sonar, insistente. Por una vez, deseo con todas mis fuerzas que sea Hugo. Necesito su mirada racional sobre esta situación que me supera.

Cuando llego a la puerta, me tomo unos segundos para recomponerme y luego agarro el pomo. Abro.

No es Hugo quien está en el umbral, sino Adrien. Me coge por los hombros y me mira con preocupación.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Me pone una mano en la mejilla y se acerca como buscando la respuesta en mis ojos. Desconcertada, me aparto con demasiada brusquedad.

—Yo... ¿Cómo lo has sabido?

—Te hice señas con la mano desde la ventana. ¿Te acuerdas? Y luego... vi claramente que algo iba mal. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —balbuceo, sin saber por dónde empezar—. Yo... Ha pasado algo extraño.

—¿Extraño?

Hago una pausa.

—Sí, es... el retrato que estaba pintando.

—¿El de la mujer que ves en la ventana de enfrente?

Asiento con la cabeza. Adrien parece esperar que le cuente más, pero me faltan las palabras. ¿Cómo explicarle lo que he visto en mi estudio sin parecer completamente loca?

—¿Puedo verlo? —pregunta en voz baja.

Su pregunta me pilla desprevenida. Mi corazón quiere decir que sí, pero mi cabeza me recuerda que apenas lo conozco.

Adrien parece notar mi vacilación. Da un paso atrás y se queda en el rellano, como para darme espacio.

—¿Qué pasa? ¿Te doy miedo?

Respiro hondo y me armo de valor.

—¿Por qué me has mentido?

De repente, palidece y abre ligeramente los ojos.

—Me dijiste que solo venías a trabajar —continúo, con voz cada vez más firme—. Pero está claro que vives en la casa. He visto un saco de dormir y tu maleta en una de las habitaciones de arriba. No tiene sentido negarlo.

Para mi sorpresa, Adrien parece aliviado de repente. Sus hombros se relajan visiblemente.

—Tienes razón —admite con un suspiro—. Tuve que dejar mi piso en París. No tenía malas intenciones, de verdad. Nadie vive en la casa ahora mismo, así que... lo siento, Alice. No pretendía mentirte.

Me quedo callada un momento, mirándolo fijamente. Su explicación parece creíble, pero una parte de mí sigue desconfiando. Sin embargo, siento que es sincero y que, a pesar de sus mentiras, no pretende hacerme daño. Sé que no debería, que probablemente sea un error, pero me siento tan unida a él que olvido toda precaución.

Decido hacer caso al corazón en lugar de a la razón.

—Vale —digo por fin—. Ven, te lo enseñaré.

Adrien avanza con la cautela de un gato en territorio desconocido, mirando a su alrededor con recelo. Mientras subimos las escaleras, no puedo evitar preguntarme si hago bien enseñándole lo que ha pasado en mi estudio. Pero necesito una opinión externa y, a diferencia de Hugo, sé que Adrien no me juzgará.

Al llegar a la puerta del estudio, me detengo y me vuelvo hacia él.

—Tengo que avisarte. Lo que vas a ver es... perturbador. No sé cómo explicarlo.

Adrien asiente con expresión seria. Abro la puerta y entro primero, dirigiéndome directamente al caballete.

—Aquí está —digo, y me aparto para que pueda verlo.

28

Adrien se acerca al caballete con los ojos desorbitados de sorpresa y horror.

—Pero ¿qué ha pasado aquí?

Se aproxima al lienzo y extiende la mano sin atreverse a tocarlo.

—No tengo ni idea. Cuando me marché esta mañana, justo antes de que llegara la de la inmobiliaria, el retrato estaba intacto. Hasta lo había tapado con una sábana para protegerlo.

Se vuelve hacia mí y veo la confusión y la preocupación mezcladas en su mirada.

—Los clientes de la agencia vinieron con sus hijos, si no recuerdo mal... —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—No, no fueron ellos. Yo... sé quién lo ha hecho.

Me acerco a él.

—Solo hay una persona que ha podido hacer esto —digo con voz apagada—. Yo.

Le tiendo las manos. Adrien las coge entre las suyas. Están calientes. Las mías, heladas.

—Mira debajo de mis uñas —le digo en voz baja.

Entorna los ojos y observa con atención la pintura roja que aún se ve incrustada bajo ellas. Casi puedo oír los engranajes de su mente girando, buscando una explicación lógica a esta situación absurda.

—¿De verdad no tienes ni idea de qué pudo llevarte a hacer esto? —insiste en voz baja.

Cierro los ojos e intento rebuscar en los rincones más oscuros de mi memoria. Pero no me viene nada. Solo un gran vacío, un agujero negro donde deberían estar mis recuerdos de anoche.

—No. No sé cómo ni por qué... Pero sin duda fui yo quien destrozó el retrato.

Adrien guarda silencio un momento, con los dedos aún entrelazados con los míos. Luego me aprieta suavemente las manos, como para tranquilizarme.

—Si eres tú la responsable de esta...

—¿Masacre?

Sonríe.

—Estoy seguro de que algunos críticos de arte lo calificarían de vanguardista.

Yo también sonrío. Tiene razón.

—Prefiero que esto quede entre nosotros.

—Por supuesto. Aunque...

—¿Aunque?

—Bueno, tiene que haber una razón. Solo que tú no eres consciente de ella.

—Cuidado, empiezas a hablar como mi psicóloga.

—Lo digo en serio. Hay estudios sobre la creatividad y es posible que, al estar en trance mientras pintabas el cuadro, hayas sacado algo a la superficie. Algo relacionado con esa mujer. ¿Estás segura de que no la conoces?

Niego lentamente con la cabeza.

—Segurísima.

Me aprieta las manos una última vez antes de soltarlas. Y entonces una sensación cercana a la desesperación se apodera de mí. Es como si, al soltarme, me abandonara. Como si se hubiera roto un cabo y nada pudiera impedir que me fuera a la deriva. Como si él fuera el único capaz de devolverme a la orilla...

—¿Alice? ¿Estás bien?

Miro mis manos y luego las suyas. ¿Por qué me afecta tanto?

—Sí... perdona... estoy bien.

—No lo parece.

—Sí, te lo aseguro. Solo estaba pensando en lo que acabas de decir. Sobre la mujer y que quizá la conozca. Y acabo de recordar que puede que haya una forma de averiguar quién es.

—¿Quieres hacer un nuevo retrato?

—No hará falta. Solo necesito mi móvil y tu portátil.

—¿Mi portátil?

—Sí, vi uno en la habitación que ocupas en casa de la señora Amauris.

—Pero tú también tienes ordenador.

—Lo sé, pero mi marido podría volver en cualquier momento y no quiero que nos encuentre juntos.

Espero que proteste diciendo que no pasa nada entre nosotros y que no estamos haciendo nada malo, pero al mencionar a Hugo palidece. Está claro que Adrien tampoco quiere eso.

—Vale. Vamos.

Cuando entramos en casa de la señora Amauris, Adrien me pide que lo espere en el salón mientras va a buscar su ordenador. Lo veo desaparecer escaleras arriba y entonces me doy cuenta de mi error. Probablemente Adrien no tiene conexión a internet. No es como si alquilara la casa, y no me imagino a la señora Amauris con un router, aunque puedo estar equivocada.

Cuando vuelve lleva un MacBook Air bajo el brazo, que deja sobre la mesa baja antes de abrirlo. La pantalla se ilumina y por fin le hago la pregunta:

—Sé que debería habértelo preguntado antes, pero ¿tienes internet aquí?

—No.

—Entonces volvamos a mi casa —digo levantándome.

—¿Me puedes explicar qué pensabas hacer? —me pregunta sin moverse del sofá.

Vuelvo a sentarme y le explico la idea que se me ha metido en la cabeza.

—Suelo hacer fotos de todos mis cuadros terminados. Es una manía que me inculcó mi representante. Ella suele estar entre dos continentes y le gusta estar al tanto de la producción de los artistas

a los que representa para encontrar compradores o galerías interesadas en exponerlos.

Adrien asiente, interesado.

—¿Me estás diciendo que tienes una foto del retrato en tu móvil?

Le tiendo mi móvil con la aplicación de fotos abierta. El retrato aparece en la pantalla y no puedo evitar estremecerme al ver el impactante contraste con la obra vandalizada en mi estudio.

—Pensaba subir esta foto a Google Imágenes —le explico—. A ver si sale algo.

Adrien coge el móvil y examina con atención la foto, con los ojos fijos en cada detalle del rostro de la misteriosa mujer.

—Es buena idea. Aunque no sea tan nítido como una fotografía, el retrato es bastante realista. Merece la pena intentarlo. En el peor de los casos no saldrá nada, pero al menos lo habremos intentado. Además, ni siquiera necesitas ordenador para eso. Puedes hacerlo directamente desde tu móvil con datos, aunque no sé qué cobertura hay aquí.

Aprieto los labios intentando ocultar mi vergüenza como puedo.

—Eh... ¿Te importaría encargarte tú? No se me da bien la tecnología.

Adrien sonríe.

—Sin problema.

Sus dedos se deslizan por la pantalla y en cuestión de segundos la foto del retrato se carga en el buscador.

Adrien y yo estamos sentados en el sofá, tan cerca que nuestros hombros se rozan. Con los ojos fijos en la pantalla de mi móvil, vemos cómo aparecen los resultados. En unos segundos se materializan varias fotografías formando un mosaico de rostros sonrientes. Mujeres. Todas rubias. Todas diferentes, aunque con rasgos parecidos.

Mientras él va bajando lentamente por la pantalla, aparecen otras caras y de repente la veo.

—¡Es ella!

Se queda paralizado.

—¿Estás segura?

Trago saliva sin apartar la mirada de la mujer, por miedo a que vuelva a desaparecer.

—¿Puedes ampliarla?

Adrien lo hace y los rostros desaparecen hasta quedar solo uno. El de la mujer que me persigue desde que volví del hospital. La que retraté. Existe, de carne y hueso. No es una ilusión ni fruto de mi imaginación. Es real.

—Es ella —digo—. Es la mujer que asesinaron en casa de la señora Amauris.

29

Mis ojos siguen clavados en la fotografía, incapaces de apartarse. Esta mujer existe de verdad. Eso me tranquiliza un poco sobre mi cordura. Pero si ella es real, entonces su asesinato probablemente también lo sea. Adrien abre el enlace bajo la foto y aparece un perfil de LinkedIn en la pantalla. Nos acercamos para leerlo.

—Marian Moreau, veintiocho años, agente inmobiliaria —lee Adrien—. ¿Te suena de algo?

Niego despacio con la cabeza mientras sigue bajando por el currículum de la joven.

—Trabaja para la agencia Versailles Prestige —digo.

—Eso podría explicar su presencia aquí, en la casa. Quizás tenía que enseñársela a alguien la noche en que viste cómo la asesinaban.

Trago saliva con dificultad, conteniendo como puedo las imágenes que me asaltan. Pero acaban imponiéndose, dejándome con una sensación de impotencia y terror: una luz que se enciende en el último piso, la mujer rubia... Marian, que aparece en la ventana. El rímel corrido por las lágrimas le da un aspecto grotesco... Una sombra oscura surge detrás de ella... Un hombre... Extiende las manos hacia delante en un gesto conciliador, como para calmarla o tranquilizarla... Al instante siguiente, ella grita y le golpea. Intenta salir de la habitación, pero él la agarra del pelo. Se agacha, recoge algo del suelo y le golpea en la cabeza... El golpe resuena en

mi cabeza como un eco doloroso de mi propia agresión. Marian se desploma en el suelo, inerte. ¿Y yo? Estoy paralizada. Es como si todo se mezclara: los delirios de mi mente fracturada desde la agresión y los recuerdos reales.

—¿Alice?

La voz de Adrien me devuelve al presente. Su mano se posa en mi brazo. No tengo palabras para describir el horror que siento. Cada detalle es tan preciso, tan nítido, que me cuesta creer que sea una simple alucinación.

—Lloraba... Intentaba huir... Estaba... aterrorizada. Creo que sabía que iba a matarla.

Mi voz se quiebra mientras los recuerdos afloran con una violencia inusitada. Adrien no dice nada, dejándome tomar la iniciativa de romper el silencio.

—Mi terapeuta cree que quizá reviví mi propia agresión como un flash. Que mi mente sustituyó a la víctima, es decir, a mí, por esa mujer rubia. Una forma de distanciarme de lo que me pasó, en cierto modo.

—Salvo que la mujer rubia es real.

—Sí. Pero no hay pruebas de que la escena del crimen lo sea. Quiero decir... la policía habría relacionado mi agresión con un asesinato en la casa de al lado, ¿no crees? Y además, si han asesinado a Marian Moreau, ¿dónde está su cuerpo?

—Quizás su asesino lo hizo desaparecer. Quizás nadie sabe que la han asesinado...

Se interrumpe, así que termino la frase por él.

—Nadie excepto yo.

Adrien se levanta de golpe y empieza a dar vueltas por el salón.

—¡Joder! Eso significaría que eres la única que puede identificar al asesino.

Respiro hondo.

—Pero es que precisamente no puedo. Mi mente me juega malas pasadas y no puedo fiarme de ella. Olvidas que, la noche en que tuve mi primer flashback, te vi a ti matando a esa mujer. Sin embargo, el asesinato tuvo que ocurrir antes de mi agresión. Si es que hubo asesinato... Todo esto me está mareando.

—¿Te encuentras mal?

Niego con la cabeza.

—No, estoy bien. Pero creo que ya he tenido bastante por hoy. Estoy... Estoy agotada, necesito irme a casa.

—Entonces déjame acompañarte.

Pero lo rechazo con un gesto de la mano. Necesito estar sola, alejarme de toda esta locura. Apenas doy unos pasos cuando el mundo empieza a dar vueltas a mi alrededor. Me tambaleo, me invade el vértigo. En dos zancadas, Adrien está a mi lado. Me sienta en el sofá, con las manos firmemente apoyadas en mis hombros.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

Niego con la cabeza, con los ojos cerrados, tratando de no vomitar.

—No, no es nada. Solo... un pequeño mareo. Ya se me pasará.

Adrien duda, pero no insiste.

—Voy a traerte un vaso de agua. No te muevas.

Desaparece en la cocina, dejándome sola en el salón. Al dejarme caer en el sofá, golpeo sin querer la mesa de centro con la punta del pie. El portátil resbala y se estrella contra el suelo con un ruido sordo. Por suerte, la alfombra amortigua el golpe. Lo recojo deprisa y lo examino para asegurarme de que no está dañado. En la pantalla, los motivos geométricos continúan su danza hipnótica. Voy a volver a dejarlo sobre la mesa cuando mis dedos rozan el trackpad. El salvapantallas da paso inmediatamente a un pase de diapositivas: las fotos de Adrien desfilan ante mí. No debería mirarlas, pero no puedo evitarlo. Adrien aparece solo en la mayoría: paisajes urbanos, selfis delante de monumentos famosos. Entonces, una foto me llama la atención: Adrien y un anciano en silla de ruedas, sin duda su padre. El personal sanitario se agrupa a su alrededor, sonriendo. En primer plano hay una tarta de cumpleaños. Otra foto lo muestra con amigos en un restaurante, riendo y brindando ante la cámara.

Me digo que ya he sido bastante indiscreta y voy a cerrar el ordenador cuando una nueva foto invade la pantalla: Adrien de pie en lo que parece un laboratorio. Lleva una bata blanca y está junto a otras dos personas, un hombre y una mujer, también con batas

blancas. Entrecierro los ojos para intentar ver el logotipo de las batas, pero antes de que pueda descifrarlo, aparece la siguiente foto: una mujer tumbada en una cama de hospital. Tiene los ojos cerrados y su rostro pálido está parcialmente oculto por un tubo respiratorio. Su cabeza está casi completamente cubierta de vendajes, dejando ver solo algunos mechones de pelo rubio. Hay cables y tubos serpenteando a su alrededor, algunos conectados a máquinas que monitorizan sus constantes vitales. Un gotero cuelga de un soporte metálico junto a la cama. Todo está bañado en una luz azulada.

Esa mujer soy yo.

—Alice... Tenemos que hablar.

Adrien está detrás de mí, con un vaso de agua en la mano. Tengo la impresión de que lleva ahí un rato, como si hubiera querido que encontrara esta foto.

—¿Quién eres?

Es la única pregunta que consigo formular. Se sienta y deja el vaso sobre la mesa. Luego suspira profundamente.

—Trabajo en el ICM.

—¿El ICM?

—El Instituto del Cerebro. Es un centro de investigación situado en el recinto del hospital de la Pitié-Salpêtrière. Trabajo allí como investigador en neurociencias. O al menos... trabajaba. Mi especialidad... son los estados alterados de conciencia.

PARTE II

Adrien

30

El repiqueteo de mis zapatos nuevos resuena en el vestíbulo del Instituto del Cerebro. Llego tarde, pero me contengo para no echar a correr. Primero, porque los mocasines de cuero negro que me he comprado para la ocasión me están destrozando los pies, y segundo, porque no quiero llegar jadeando y sudando a la reunión que podría cambiar el rumbo de mi carrera. Al llegar a la puerta del anfiteatro, me tomo unos segundos para revisar mi bata, impecablemente planchada por una vez. Me paso la mano por el pelo para asegurarme de que va bien peinado y entro. El comité de investigación está reunido al completo. Profesores e investigadores de renombre se giran hacia mí mientras bajo los escalones lo más discretamente posible para sentarme en primera fila. Mis competidores están todos allí, puntuales, esperando su turno para presentar sus proyectos de investigación. Yo soy el siguiente.

Cuando queda libre el estrado, me levanto. Me toca. Sé que puedo convencerlos. Tengo que hacerlo.

La imagen de mi padre, que fue un brillante profesor de genética, me acompaña mientras me presento ante el comité. Víctima de un derrame cerebral cuando yo aún era adolescente, nunca volvió a ser el mismo. Ese accidente, tan trágico como inesperado, cambió nuestras vidas para siempre. Gracias a él, o más bien por su culpa, encontré mi vocación. Cuando me siento tras el

atril, el profesor Girard, presidente del comité, frunce el ceño de inmediato. Su expresión severa no presagia nada bueno. A su lado, el doctor Zahoui tamborilea nervioso con el bolígrafo sobre la mesa. Los demás miembros del comité, con rostros impasibles, esperan.

—Doctor Cleiry, le estábamos esperando —dice Girard, con una voz que corta el silencio como un bisturí.

Me aclaro la garganta, intentando controlar el temblor de mi voz.

—Eh... Sí, lo siento. Les pido disculpas por el retraso. Y también quería darles las gracias por concederme esta oportunidad de presentarles mi nuevo proyecto de investigación.

El profesor Girard asiente y, con un gesto impaciente, me indica que empiece. Bajo las miradas cansadas de los miembros del comité, coloco mis notas sobre el atril. En realidad, no las necesito. Llevo semanas preparándome. Cada detalle está grabado en mi memoria, pero sé que presentarme con las manos en los bolsillos quedaría fatal, sobre todo después del fiasco de mi último proyecto. Cometí un error de novato al publicar mis conclusiones basándome en datos incompletos.

Un error que, si bien no acabó con mi carrera, sí manchó considerablemente mi reputación. Los miembros del comité están deseando hundirme a la mínima. Si fracaso esta vez, me echan definitivamente.

Apoyo las manos firmemente a ambos lados del atril, intentando mantener la compostura. Tengo que olvidar que mi carrera está en juego. Solo importa mi proyecto. Y no es que haya elegido precisamente el camino fácil.

—Nuestro proyecto se centra en el uso de psicodélicos como tratamiento innovador para pacientes en coma.

El doctor Zahoui deja de tamborilea con el bolígrafo. Y no es el único que muestra interés. Pero aún es demasiado pronto para cantar victoria.

—En los últimos años, la comunidad científica ha mostrado un renovado interés por estas sustancias. Varios equipos de investigadores han demostrado sus efectos positivos en el tratamiento de la depresión, el estrés postraumático y también las adicciones. Otras investigaciones recientes han demostrado que los

psicodélicos aumentan la complejidad cerebral, especialmente en personas en estado vegetativo. Mi objetivo es probar estos efectos en pacientes en coma profundo.

Interviene el profesor Girard.

—¿Qué efectos espera obtener exactamente?

—Bueno, al aumentar la actividad cerebral de los pacientes en coma profundo, espero conseguir que despierten. Como saben, las posibilidades de recuperación son inversamente proporcionales a la duración del coma. Cuanto antes despierten, mayores serán las posibilidades de que estos pacientes puedan retomar una vida normal.

Los miembros del comité intercambian miradas. Varios se inclinan hacia su vecino para intercambiar unas palabras en voz baja. Esta vez, es el doctor Zahoui quien toma la palabra.

—¿Y el aspecto ético? Sin duda sabe que los psicodélicos están prohibidos en Francia.

—Efectivamente, doctor. Es una consideración muy importante. Sin embargo, deben saber que varios países, como Canadá, Australia y algunos estados de Estados Unidos, ya han establecido marcos normativos que autorizan el uso controlado de psicodélicos en terapia, bajo supervisión médica. Suiza también acaba de autorizar un programa piloto. Nuestro equipo se ha inspirado en gran medida en los protocolos que ya han demostrado su eficacia en los principales centros de investigación internacionales. El proyecto que les presento hoy se enmarca en un contexto estrictamente médico y científico, con un seguimiento riguroso de los pacientes. Todo está detallado en el expediente que les he entregado.

Todos han recibido una copia, pero ninguno se ha molestado en leerla.

—¿Cómo piensa convencer a las familias? —pregunta otro miembro del comité.

—Se informará a las familias del carácter experimental del tratamiento y de los posibles efectos secundarios. Solo se seleccionará para el proyecto a los pacientes cuyos familiares hayan firmado un consentimiento informado.

—¿Y cómo puede garantizar que las dosis de ketamina que piensa utilizar serán seguras para los pacientes?

Bajo la mirada hacia mis notas para ganar un poco de tiempo y formular mi respuesta.

—No puedo ofrecerles una garantía absoluta, como ocurre con cualquier tratamiento nuevo. Sin embargo, nuestro protocolo prevé comenzar con dosis muy pequeñas que iremos aumentando gradualmente, bajo supervisión constante. Primero queremos ver si podemos despertar zonas del cerebro, hacer que aparezcan pequeños signos de conciencia. Y quién sabe, tal vez incluso lograr un despertar completo. La dosis se adaptará en función de lo que observemos en cada paciente.

Todo está detallado por escrito en el expediente que les he entregado. Pero mi interlocutor no tiene ninguna intención de leer ni una sola línea del dossier que tiene delante.

—Ya veo. En resumen, su proyecto de investigación consiste en administrar drogas recreativas a personas en coma con la esperanza de que despierten.

Se oyen risas en el anfiteatro y siento que voy a perder los papeles. No se me da bien calmar este tipo de situaciones con humor, como harían algunos colegas. Soy investigador, no un diplomático experto en el arte de la adulación para conseguir sus fines. Está claro: si rechazan mi proyecto de investigación, dimito. Seguro que habrá otros laboratorios interesados... o no. Y ahí es donde la duda vuelve a asaltarme.

El profesor Girard retoma la palabra, elevando la voz por encima del barullo.

—Gracias, doctor Cleiry. Creo que necesitamos tiempo para reflexionar sobre las implicaciones de este proyecto.

Respiro hondo.

—¿Puedo añadir una última cosa?

El profesor Girard finge consultar a los demás miembros del comité.

—Adelante, pero sea breve.

—Sé que he cometido errores. Pero he aprendido la lección y puedo asegurarles que no volveré a cometerlos. El verdadero error

hoy sería no dar una oportunidad a este proyecto que podría ayudar a tantos pacientes. Gracias por escucharme.

—Muy bien. El comité va a deliberar ahora.

Recojo mis notas y salgo del anfiteatro sin mirar atrás. Mientras cruzo los pasillos mirando al suelo y pegado a las paredes, siento por dentro que está todo perdido. Soufiane tenía razón. Aunque la idea de este proyecto era mía, yo no era la persona adecuada para defenderla.

31

Soufiane y Cléo me siguen con la mirada mientras cruzo el laboratorio a grandes zancadas para encerrarme en mi despacho. Me desplomo en el sillón y me contengo para no llorar. *«¡Eres un hombre, Adrien! ¡Y los hombres no lloran!»*. Como siempre que me siento vulnerable, la voz de mi padre retumba en mis oídos machacándome con ideas trasnochadas. Él pertenece, o pertenecía, a esa generación en la que la medicina la controlaban los catedráticos todopoderosos. Todos hombres, claro está. Aún recuerdo la decepción y después el desprecio que vi en sus ojos cuando le conté que me había mareado en clase de anatomía, que no aguantaba ver sangre y que iba a dejar medicina. *«¡Eres igual que tu madre! ¡Te ha mimado demasiado y este es el resultado!»* o *«Un hombre no se rinde»*. Poco después le dio un ictus y, por supuesto, se me pasó por la cabeza que mi abandono de la carrera pudiera haber influido. Nunca supo que había decidido especializarme en neurociencia por él, ni que le había dedicado mi tesis sobre los cambios de personalidad, tesis con la que conseguí matrícula de honor. Siempre me he preguntado si mi padre, el eminente catedrático de genética que fue antes del ictus, habría estado orgulloso de mí. El otro, en quien se convirtió después del daño cerebral, sí lo estaba, pero era como tener dos padres distintos. Cuando le diagnosticaron alzhéimer hace tres años, recién

cumplidos los 73, me asusté: ¿iba a perder también a esta nueva versión de mi padre a la que había aprendido a querer? Pero, paradójicamente, la enfermedad lo volvió aún más entrañable. Y tengo que reconocer que lo prefiero así, más dulce, más cariñoso, aunque esté mermado. ¿Me convierte eso en un mal hijo?

Un discreto golpe en la puerta me saca de mis cavilaciones. Cleo entra sin esperar respuesta y se planta delante de mí. Lleva uno de sus elegantes trajes que la hacen parecer más ejecutiva que científica. Investigadora en neuropsicología, fue la primera en hablarme de los efectos prometedores de los psicodélicos en salud mental. Con un gesto automático, se ajusta la montura fina de las gafas, que le dan un aire serio incluso cuando sonríe, y me suelta LA pregunta:

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

Al oír su voz, Soufiane aparece de repente en el umbral. Con el pelo alborotado, las mangas de la camisa arremangadas y un reloj inteligente en la muñeca, es el matemático del equipo. Pese a su pinta de eterno adolescente, es probablemente el más meticuloso de los tres analizando datos complejos. No dice nada, pero leo la misma pregunta en sus ojos.

—Fatal, me temo.

Cleo se tensa, pero mantiene la compostura.

—¿Qué ha pasado?

—La presentación ha sido un desastre. El doctor Zahoui ha cuestionado la seguridad del protocolo. Después de su intervención, los miembros del comité parecían aún más recelosos.

—Pero nos hemos pasado semanas puliendo ese protocolo. Es impecable —protesta Soufiane, pasándose la mano por el pelo y despeinándose aún más.

Me da vergüenza pensar en las noches en vela que han pasado preparándolo todo. ¿Y yo? No he necesitado ni una hora para mandarlo todo al garete.

—Lo sé. Pero ya no se fían de mí.

Como era de esperar, Cléo explota.

—¡Joder! ¿Por qué nunca me haces caso? ¡Tendría que haber presentado yo!

—Yo...

—Tú y tu manía de querer estar siempre a la altura. Sigues intentando complacer a tu padre. ¡Espabila de una vez!

—¡Vaya, menuda psicóloga estás hecha! Te confío un secreto y ahora lo usas contra mí, qué rastrero.

—¡Soy NEUROpsicóloga, no psicóloga! Pero conozco a uno muy bueno, por si te interesa.

—¡Ya está bien, parad los dos!

Soufiane se mete en medio con las manos levantadas en son de paz, aunque nuestras discusiones nunca pasan de simples rifirrafes.

—Lo hecho, hecho está —continúa cuando se asegura de que le prestamos atención.

Cléo se recoloca las gafas con nerviosismo y cruza los brazos. Sus ojos verdes echan chispas. Casi espero que me fulminen con la mirada.

—¿Qué te han dicho exactamente? —pregunta al fin, con los dientes apretados.

—Que iban a deliberar.

—¡Pues eso es buena señal! —comenta Soufiane.

Cléo le lanza una mirada asesina. Pero cuando abre la boca para soltarle uno de sus comentarios sarcásticos sobre su eterno optimismo, mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo.

—Es el presidente del Comité de Investigación —digo al ver el nombre en la pantalla.

—¡Venga, cógelo!

Cleo intenta quitarme el móvil, pero Soufiane se le adelanta.

—¿Diga? Sí, está aquí. Se lo paso.

Soufiane me anima con un gesto, como el hermano mayor que siempre quise tener. Respiro hondo y contesto.

—¿Sí? ... Sí, señor... Por supuesto... Entiendo... No, me lo imaginaba... Vale… Muy bien... Muchas gracias. Adiós.

Dejo el móvil sobre la mesa.

Las voces de Cléo y Soufiane se solapan.

—¿Y bien?

—Pues... ¡Tenemos luz verde del Comité!

Soufiane se arranca con ese baile tan suyo que nadie más sabe hacer. Cleo se resiste un momento cuando él le coge la mano, pero al final se deja contagiar por la alegría.

Los miro con una sonrisa, pero el peso sobre mis hombros no ha desaparecido. Lo que no les cuento es que no podemos permitirnos ni un fallo. El profesor Girard me dejó muy claro que había inclinado la balanza a mi favor cuando los demás miembros estaban empeñados en tumbar el proyecto. «Todo el mundo merece una segunda oportunidad», me dijo, pero al menor tropiezo, no podría hacer nada para salvarme a mí ni a mi carrera. Por supuesto, el futuro profesional de Cléo y Soufiane en el Instituto también peligraría. Son los únicos que han aceptado trabajar conmigo, y no sé si merezco esa confianza.

32

Los días siguientes son tan intensos que ni siquiera me paso por casa. La advertencia del profesor Girard ha despertado en mí una sensación de urgencia. El miedo a que los del comité de investigación se echen atrás me empuja a acelerar las cosas. Cuanto antes empecemos, mejor.

Hay una pila de historiales sobre mi mesa. Son los de los pacientes que ahora mismo están en coma. Debo elegir los que mejor encajen con nuestros criterios, aunque sospecho que Cleo ya ha hecho la selección. Aun así, los repaso con atención. Causa del coma, intervenciones quirúrgicas, tratamientos en curso, antecedentes médicos... Tengo que revisarlo todo. Lo único que desconozco es su identidad. Por razones de confidencialidad, el servicio de neurología ha aceptado enviarnos los historiales siempre que se mantenga el anonimato. Sin embargo, la mayoría de las familias ya han dado su consentimiento, como demuestran los formularios firmados que hay en casi todos los historiales.

La mañana pasa volando hasta que me topo con EL historial. El paciente, o más bien la paciente, ya que se indica que es mujer, cumple todos los requisitos. Es muy sencillo: si tuviera que elegir a una sola persona para el protocolo, sería ella. En coma tras una hemorragia cerebral causada por un traumatismo craneal, le hicieron un drenaje para evacuar el hematoma que se había formado entre el

cerebro y el hueso del cráneo. No ha recuperado la consciencia desde entonces, sumida en un estado 3 desde la intervención. Es joven, tiene treinta y dos años, su peso y su altura indican que está en buena forma física, lo que confirman los distintos resultados de los análisis de sangre. No padece ninguna enfermedad crónica, ni epilepsia, y la operaron de apendicitis a los ocho años. Está casada y no tiene hijos.

Sigo hojeando, pero no encuentro el formulario de consentimiento. No me cabe en la cabeza que su marido se haya negado. Si fuera mi mujer, lo firmaría sin pensarlo, pero no lo encuentro.

—¿Cleo? ¿Sabes dónde está el formulario de consentimiento de esta paciente? No lo veo por ningún lado.

Cuando se acerca, espero que me suelte uno de sus comentarios sobre la incapacidad de los hombres para encontrar nada. Pero cuando ve el historial, Cleo se cabrea consigo misma.

—¡Qué tonta soy! En serio, a veces no sé dónde tengo la cabeza.

Coge el historial para llevárselo, pero yo la freno.

—Espera un momento. ¿Hay algún problema con esta paciente?

—Con ella, ninguno. Con su marido es otra historia.

Entiendo a qué se refiere, pero no puedo resignarme. Espero con aprensión lo que viene después.

—Se ha negado a firmar el consentimiento —continúa, confirmando mis temores.

—¡Joder!

—Ya ves. Y encima, era nuestra mejor candidata.

—¿Le explicaste bien de qué iba el protocolo?

—Por supuesto —responde secamente—. Le di la misma explicación que a las demás familias, pero no quiso ni oír hablar del tema.

—¿A lo mejor no lo pilló del todo?

Cleo pone los ojos en blanco.

—¡Vamos, échame la culpa de una vez!

—¡A lo mejor es así! Eres brillante, de eso no hay duda, pero te olvidas de que no todo el mundo tiene tu nivel de estudios. Tienes que aprender a aparcar tu ego y hablar con sencillez.

Cleo se levanta de un salto, con las mejillas encendidas.

—¡Mira quién habla! En cuanto al ego, ¡más te valdría mirarte al espejo!

Nuestros gritos hacen aparecer a Soufiane en el umbral de la puerta.

—Tranquilos, chicos. Como sigáis así, os quedáis sin postre.

—Ya que eres tan listo, ve tú mismo a verlo —me dice Cleo antes de estampar el historial sobre mi mesa—. Ya veremos si lo haces mejor que yo.

Sale del despacho empujando a Soufiane al pasar.

—¿Todo bien? —me pregunta él por decir algo.

—Sí, solo un pequeño contratiempo.

Asiente y, sin preguntar más, vuelve a su ordenador.

El historial sigue sobre mi mesa. Mientras pienso qué hacer, vuelvo a hojearlo. Sobre el papel, ella es la candidata perfecta. La que tiene más posibilidades de responder bien a nuestro protocolo. Tengo que hablar con su marido, pero su teléfono no aparece por ninguna parte.

Cuando entro en su despacho, Cleo me da la espalda. Absorta en la lectura de un historial, o no me ha oído entrar o ha decidido ignorarme. Carraspeo:

—¿Qué quieres? —pregunta sin ni siquiera girarse.

—Eh... no encuentro el teléfono del marido de la paciente.

—No lo tenemos. Te recuerdo que se negó a participar en el protocolo.

—Ah, entonces, ¿cómo...?

Me corta con un suspiro.

—Llama directamente a la UCI. A ver si consigues que te den sus datos.

Balbuceo un agradecimiento y me dispongo a volver a mi despacho cuando la voz de Cleo resuena a mi espalda:

—Buena suerte.

Con el móvil en la mano, busco los números internos de los servicios del hospital. La paciente está ingresada en la unidad de Cuidados Intensivos. Es tarde, pero mientras marco el número,

espero pillar a alguien al otro lado. Cinco tonos más tarde, por fin alguien descuelga:

—UCI, buenas noches —responde una voz femenina en la que detecto cierto cansancio.

—Eh... Buenas noches. Soy el doctor Cleiry, del Instituto del Cerebro. Llamo por una de sus pacientes.

—¿Su nombre?

Repaso el historial buscando datos que me permitan identificarla.

—No lo tengo. Su historial me fue enviado de forma anónima para nuestro proyecto de investigación.

—Sin apellido, no sé qué puedo hacer por usted.

—¡Espere! No cuelgue, por favor. Ha sido sometida a una intervención neuroquirúrgica. ¿Y si le doy el nombre de su cirujano y la fecha de la intervención? No tiene por qué revelarme su identidad. Solo quiero hablar con algún familiar.

Noto que duda al otro lado del teléfono.

—La operaron el 20 de julio, el profesor Desrosières. Tenía un traumatismo craneal con hemorragia subdural tras una agresión.

—Ah, sí, ya sé quién es.

Siento un alivio inmenso.

—¿Podría darme el teléfono de su marido? Se ha negado a firmar el consentimiento, pero creo que su mujer se beneficiaría muchísimo de nuestro protocolo. Solo necesito hablar con él.

—Yo no llevo a esta paciente.

—Por favor, ayúdeme, es muy importante.

—Vale, no cuelgue, voy a ver si encuentro a Sophie. Es su enfermera de referencia.

Los segundos se convierten en minutos y me doy cuenta de que nadie va a responderme. Cuando me levanto, pillo a Cleo y Soufiane en el umbral de la puerta. Seguramente llevan ahí desde el principio de mi conversación telefónica.

—Deberíais iros a casa —les digo antes de darme cuenta de que soy el único que aún lleva bata de laboratorio.

Cleo se encoge de hombros y se da la vuelta murmurando. Soufiane, por su parte, duda.

—Tú también deberías irte —le digo.

—¿Y tú?

—No tardo, no te preocupes. ¡Venga, vete! Ve con tu mujer y tus hijos.

Soufiane me mira de reojo y finalmente se decide a marcharse.

No tardo en hacer lo mismo, pero en lugar de dirigirme a la salida del hospital, voy hacia el Instituto de Neurología. Son casi las ocho de la tarde, pero en este comienzo de verano, el sol aún aguanta en el cielo, bañando el hospital con una luz dorada. Aunque aún me queda tiempo antes de que termine el turno de la enfermera, no puedo evitar echar a correr. Al llegar a la UCI, me obligo a aflojar el paso. Atravieso el pasillo con paso decidido, mirando a ambos lados hasta que veo una camilla delante de una de las habitaciones. Echo un vistazo al interior: hay un hombre tumbado en una cama, con una mascarilla en la cara y el cuerpo conectado a los monitores por un lío de cables. Aparto la mirada, incómodo al ver a una enfermera con bata desechable y gorro, atareada junto a un gotero.

—¿Sophie? —la llamo al entrar en la habitación.

La enfermera se sobresalta al oír su nombre y se gira rápidamente hacia mí. Está sorprendida, pero no asustada, ya que he tenido la precaución de mantener mi bata blanca. Me presento.

—Soy el doctor Cleiry, del Instituto del Cerebro.

Su cara se ilumina.

—Ah, sí, mi compañera me ha dicho que quería hablar conmigo. Puede esperar en el pasillo. Acabo en cinco minutos.

A pesar de mi impaciencia, obedezco. Con la espalda apoyada contra la pared de la habitación, no puedo evitar dar golpecitos con el pie, como si eso pudiera hacer que el tiempo pasara más rápido. Cuando por fin se reúne conmigo, me lanzo sin esperar:

—Tengo que contactar con su marido, de verdad creo que...

—¡Shhh! —me interrumpe, llevándose un dedo a los labios—. Baja la voz, ¿vale?

La miro sin comprender. ¿Bajar la voz? No me parecía que estuviera hablando tan alto y, además, ¿por qué susurra? Solo estamos ella, yo y el paciente en la habitación.

—Está en coma, no creo que le vayamos a molestar hablando normal.

—¡Shhh! —repite antes de tirarme de la manga para alejarme.

Empuja una puerta que da a una sala llena de material médico. Si no pareciera tan molesta, podría malinterpretar sus intenciones.

—Doctor Cleiry, ¿es mucho pedir un poco de respeto y consideración hacia estos pacientes?

Me pongo tenso.

—Seguramente piensa que, como están en coma, no sienten nada. Pero se equivoca. Le puedo asegurar que están presentes, quizá no como usted y yo, de forma consciente, pero de alguna manera están ahí. Si pasara más tiempo fuera de su laboratorio, se daría cuenta de que estos pacientes no son simples cobayas insensibles.

Abro la boca, pero no encuentro nada que decir en mi defensa.

—Lo siento. Le prometo que tendré más cuidado en el futuro. Ahora bien, ¿podríamos hablar tranquilamente del caso de nuestra paciente? Me gustaría mucho entender por qué se niega su marido y ver si hay alguna forma de hacerle cambiar de opinión. Sinceramente, creo que nuestro protocolo podría ayudarla.

El rostro de la enfermera se suaviza un poco.

—¿De verdad cree que puede ayudarla a salir del coma?

—Estoy convencido. Y usted sabe tan bien como yo que el tiempo corre en nuestra contra. Cada día que pasa disminuyen sus posibilidades de recuperarse física y cognitivamente. ¿Me ayudará?

—Por supuesto. Pero no veo cómo. Hugo Le Treuvier ha dejado muy claro que se niega a que se aplique cualquier tratamiento agresivo a su mujer.

Hugo Le Treuvier... Ese nombre me suena de algo.

—Y yo estoy convencido de que puedo convencerlo. Pero para eso, tengo que hablar con él. Solo necesito su teléfono.

Por primera vez, Sophie aparta la mirada.

—Lo siento, pero no estoy autorizada a dar ese tipo de información confidencial.

Me lo esperaba. De repente, se me ocurre una idea mucho mejor.

—¿Sabe cuándo viene el señor Le Treuvier a ver a su mujer?

Sophie suspira.

—Viene todos los días, a horas distintas. Sus visitas son breves. (Hace una pausa, midiendo sus palabras). A veces tengo la sensación de que solo viene a comprobar que sigue respirando.

Asiento, pensativo.

—¿Me haría un favor? ¿Podría llamarme en cuanto llegue? No importa la hora que sea.

—Por supuesto, pero espero que corra rápido. Para cuando llegue aquí, puede que ya se haya ido.

Esbozo una sonrisa y le pido un bolígrafo para anotar mi número. Le doy las gracias otra vez por su ayuda, pero cuando me dispongo a marcharme, Sophie me detiene:

—¿No quiere conocer a Alice? —me pregunta.

¿Alice? Por un momento, me pregunto a quién se refiere.

—Si va a hacer experimentos con ella, lo mínimo es que se la presente, ¿no cree?

33

Sophie se aleja por el pasillo mientras yo me quedo clavado en el sitio, sin saber muy bien qué hacer. A esta enfermera le han bastado unos segundos para calarme. La idea de conocer a uno de mis sujetos de estudio me descoloca. Normalmente, es Cleo quien se ocupa de las relaciones con la gente. A mí no se me da bien el trato personal. Me encuentro más cómodo con los ratones que con las personas. Ahora que lo pienso, no es casualidad que haya elegido este campo de investigación. Trabajar con pacientes en coma es una forma perfecta de evitar cualquier interacción social.

La voz de Sophie me devuelve a la realidad.

—¿Te vas a quedar ahí parado?

Me sobresalto como un crío al que pillan con las manos en la masa.

—Eh, no, ya voy.

El corazón se me acelera cuando nos paramos delante de la habitación. Aunque sé lo que me espera, la idea de ver a Alice Sterenn en persona me inquieta. Pero antes de que pueda echarme atrás, Sophie abre la puerta y me hace pasar. Me quedo petrificado en el umbral.

La habitación está en penumbra. Las máquinas parpadean con sus luces de colores y emiten pitidos intermitentes, marcando el silencio como un metrónomo. Allí, tumbada en una cama

antiescaras, está Alice. Me acerco despacio, como hipnotizado, olvidándome de la enfermera que tengo al lado. No puedo apartar los ojos de esta mujer a la que, hasta ahora, solo conocía por los datos clínicos. A pesar de los tubos y los monitores que la rodean, a pesar de su palidez y su inmovilidad, me sorprende su belleza. Su pelo rubio enmarca un rostro de rasgos finos y delicados. Un mechón rebelde le cae sobre la frente. Alargo la mano para apartárselo. En el momento en que mis dedos rozan su mejilla, me quedo inmóvil, casi esperando que abra los ojos y me mire.

—Parece que vaya a abrir los ojos en cualquier momento, ¿verdad? —susurra Sophie, como si me leyera el pensamiento.

Asiento sin decir nada, incapaz de articular palabra. Me invade una extraña emoción, una mezcla de fascinación, tristeza y una repentina necesidad de protegerla. Parece tan frágil y... tan sola.

34

Al día siguiente, no consigo estar quieto esperando a que Sophie me avise de la llegada del marido de Alice Sterenn. Desde que empiezan las horas de visita, no paro de mirar el móvil para asegurarme de que no me he perdido su llamada. Pero justo cuando menos lo espero, la enfermera me avisa con un simple mensaje. Acaba de llegar. Salgo corriendo, recorro las pocas decenas de metros que me separan del Instituto de Neurología bajo la mirada atónita de los visitantes que han venido a ver a sus familiares. Al llegar a la unidad de cuidados intensivos, me dirijo a toda prisa hacia la sala de enfermería. Sophie está allí, charlando con sus compañeras mientras toma un café con galletas.

—¿Todavía... está? —pregunto, sin aliento.

Sophie da un respingo antes de mirarme fijamente, seguramente sorprendida por lo rápido que he llegado. No es por presumir, pero estoy en excelente forma gracias a mis carreras matutinas, y nada ni nadie podría hacérmela perder. Asiente rápidamente.

—Sí, está...

La frase de Sophie queda en el aire. Un movimiento llama mi atención: un hombre pasa por delante de nosotros con paso rápido, la mirada clavada al frente. Sin decir palabra, sin mirar a nadie, se dirige hacia los ascensores.

—Es él —susurra, como si todavía pudiera oírnos.

Hugo Le Treuvier ya ha desaparecido al fondo del pasillo. Tengo que alcanzarlo antes de que coja el ascensor, pero es demasiado tarde: las puertas se cierran en mis narices. Una vez más, se me escapa.

Convencido de que aún tengo una oportunidad, me lanzo por las escaleras, bajando los peldaños tan rápido como puedo sin partirme la crisma. Cuando llego a la planta baja, jadeando y empapado en sudor, espero verlo, pero parece haberse esfumado. Sin perder un segundo, salgo a la explanada. Ni rastro de Hugo Le Treuvier. Seguramente se ha dirigido a una de las salidas del hospital, pero ¿a cuál? Elijo una dirección al azar, rezando para acertar. Entonces reconozco su silueta caminando a paso ligero.

—¡Señor Le Treuvier!

Por fin se gira y me mira mientras me acerco a grandes zancadas. Lleva el móvil en la mano y su cara refleja sorpresa.

—Soy el doctor Cleiry, investigador del Instituto del Cerebro. Me gustaría hablar con usted sobre su esposa y explicarle con más detalle nuestro protocolo y los posibles beneficios que...

Me corta con un gesto brusco.

—Mi mujer no va a ser su conejillo de Indias.

Su expresión se endurece, pero me esfuerzo por mantener la calma.

—Señor Le Treuvier, entiendo su postura, pero le aseguro que su esposa podría beneficiarse enormemente de nuestro tratamiento experimental. Concédame cinco minutos para explicarle en qué consiste. Solo cinco minutos, es todo lo que le pido.

—Creo que he sido muy claro. ¡No!

Esta vez no me contengo.

—¿Se puede saber qué problema tiene?

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído. Le estoy ofreciendo un tratamiento seguro que podría sacar a su mujer del coma y minimizar las secuelas, y usted lo rechaza sin pensárselo dos veces. ¿Por qué? Acaba de verla y, sin embargo, rechaza la única oportunidad que podría tener de despertar. ¿Qué clase de marido hace algo así?

Aprieta la mandíbula mientras me fulmina con la mirada.

—¡No le consiento que hable así! No sabe nada de mí ni de mi matrimonio.

—Sé que si yo estuviera en su lugar, haría todo lo posible por ayudar a mi mujer. Pero parece que usted ya la ha dado por perdida.

Hugo Le Treuvier se inclina hacia mí, con la cara a escasos centímetros de la mía, como un boxeador antes del combate por el título. No aparto la mirada. Ese cabrón no me intimida. Aunque, viendo su complexión atlética, me tumbaría de un puñetazo sin problemas.

—Se está pasando de la raya, doctor —sisea entre dientes—. ¡Todos ustedes, los médicos, son iguales! Mi mujer está así por su culpa. Si la hubieran operado como es debido, no estaría en coma.

Repaso mentalmente el informe quirúrgico. ¿A qué se refiere? ¿Acaso es porque la operó Desrosières y no Johan Valmeur, la estrella del servicio de neurocirugía? Sin embargo, aunque Desrosières no tenga la misma fama mediática, es un cirujano excelente con más de veinte años de experiencia. El informe lo demuestra: la intervención se desarrolló exactamente según lo previsto. No hubo ninguna complicación durante la operación.

—Tiene razón —respondo—. Probablemente habría muerto. ¿Es eso lo que hubiera preferido?

Mis palabras le impactan de lleno y Hugo Le Treuvier retrocede bruscamente como si acabara de recibir un gancho. Pero aunque parece aturdido por lo que acabo de decir, se recupera enseguida.

—Esta conversación se ha acabado. Si sigue acosándome, presentaré una queja a la dirección del hospital.

Solo de pensar en ese escenario catastrófico, mi rabia se desvanece de golpe. Si cumple su amenaza, y algo me dice que Hugo Le Treuvier no es de los que se andan con faroleos, mi proyecto de investigación y mi carrera se irán al traste. Tragándome el orgullo, le pido disculpas, pero se da media vuelta sin decir palabra.

Me quedo allí plantado, viendo cómo se aleja. Esta vez sí que la he cagado. Por primera vez desde que ejerzo, he dejado que las emociones me puedan y ahora podría pagarlo muy caro.

35

Cruzo el laboratorio a toda prisa, con la esperanza de llegar a mi despacho antes de que Cléo y Soufiane me bombardeen a preguntas sobre mi entrevista con Hugo Le Treuvier. Pero es inútil. Dejan lo que están haciendo en cuanto me ven y me miran con curiosidad.

—Ahora no —les digo sin detenerme.

Pero cuando estoy a punto de entrar en mi despacho, la voz de Cléo resuena a mi espalda:

—¡Te lo había dicho! Sabía que no conseguirías convencerlo.

Me giro y descubro su sonrisita de satisfacción, mientras Soufiane, avergonzado, le entrega un billete de veinte euros. No puedo creer lo que estoy viendo.

—¿En serio? ¿Habéis apostado?

Cléo se encoge de hombros, sin mostrar el menor remordimiento.

—Es culpa de Soufiane. Fue idea suya.

Soufiane se rasca la nuca y me lanza una mirada tímida.

—Lo siento.

—No quiero ofenderte, pero con tu legendaria falta de tacto, no tenías ninguna posibilidad de hacerle cambiar de opinión —añade Cléo con aire satisfecho.

Por desgracia, Hugo Le Treuvier no diría lo contrario. Solo de pensar en lo que me atreví a decirle hace un rato me dan ganas de

que me trague la tierra. La voz de Soufiane me saca de mis pensamientos.

—Oye, ¿estás bien? Tienes mala cara. Solo estábamos bromeando.

—Sí, estoy bien. Es que no me hace ninguna gracia.

Y con estas palabras, me encierro en mi despacho. Con la cabeza entre las manos, intento despejarme, pero nada más cerrar los ojos, la imagen de Alice Sterenn se impone ante mí. Inmóvil bajo las sábanas que cubren su cuerpo inerte, parece esperar a que alguien venga a despertarla. Como la Bella Durmiente. Ojalá fuera tan sencillo. Bastaría con darle un beso en los labios y ella abriría los ojos. Me dedicaría una sonrisa y...

Sacudo la cabeza, apartando ese pensamiento de mi mente. ¿Qué me pasa?

Me enderezo en la silla y enciendo el ordenador. Alice Sterenn no formará parte del protocolo. Las cosas son así y tengo que aceptarlo. Las amenazas nada veladas de su marido deberían bastar para que lo dejara estar, pero es mucho más difícil de lo que pensaba. Es tan injusto privar a esta mujer de un tratamiento que no solo podría salvarle la vida, sino también garantizarle una recuperación con las mínimas secuelas. Pero no me corresponde a mí decidirlo. No soy ni su médico ni su marido. En cambio, otros pacientes esperan mi visto bueno para recibir el tratamiento experimental. El caso de Alice Sterenn ya me ha hecho perder demasiado tiempo. Así que, con la esperanza de quitármela de la cabeza, hago clic en el archivo que contiene los demás historiales médicos y reviso por última vez a nuestros candidatos.

Primer expediente: una mujer de 28 años, en coma desde hace tres meses tras un violento accidente de coche. Sin antecedentes médicos significativos, pero presenta episodios recurrentes de infección pulmonar que complican su tratamiento. Su familia, muy implicada, está dispuesta a todo con tal de que despierte.

El siguiente expediente es el de un hombre de 45 años, víctima de un ictus masivo hace seis semanas. En coma. Ha desarrollado una neumonía intrahospitalaria. Antecedentes de hipertensión

arterial controlada. Su esposa ha firmado el consentimiento sin dudarlo.

El tercer caso me parte el alma: una joven de 19 años, en coma desde hace dos meses tras una sobredosis de somníferos. Inestabilidad hemodinámica persistente. Su expediente menciona un episodio depresivo tratado el año anterior. Las notas de Cléo indican que sus padres tienen un restaurante, están desesperados y dispuestos a intentarlo todo.

Llega el turno de un hombre de 62 años, en coma postoperatorio desde hace cinco semanas tras una compleja cirugía cardíaca. Incertidumbre sobre el alcance del daño neurológico. Función renal alterada. Su hijo, farmacéutico, aparentemente ha desempeñado un papel clave en la decisión de participar en nuestro estudio.

Paso al siguiente expediente: una mujer de 36 años que lleva cuatro meses luchando contra las secuelas de una encefalitis viral. Inflamación cerebral residual en vías de resolución. Sin antecedentes médicos destacables y su expediente menciona que su marido es ingeniero y está especialmente interesado en nuestro enfoque innovador.

Por último, releo el expediente de un hombre de 52 años, en coma de origen desconocido desde hace dos meses. Sin lesiones cerebrales visibles, pero sí signos de inflamación del sistema nervioso. Tiene antecedentes de epilepsia bien controlada. Una nota de Cléo indica que su hermana, la única persona cercana que figura en el expediente, cree firmemente en nuestro protocolo.

Solo queda un expediente. El de Alice Sterenn. Acerco lentamente el cursor al archivo con la intención de borrarlo. Pero en cuanto lo hago, no puedo evitar ir a rescatarlo de la papelera. Lo vuelvo a abrir: una mujer de 32 años, en coma desde que sufrió una violenta agresión en su domicilio. Como los demás, se encuentra en coma profundo. Sin embargo, se ha observado en dos ocasiones un ligero reflejo de retirada ante estimulación dolorosa. Ha sufrido un traumatismo craneoencefálico grave que ha requerido una intervención quirúrgica de urgencia, pero la hemorragia se controló rápidamente y no hay signos de infección. Su historial médico no revela nada significativo. Nota de Cléo: el marido se niega a firmar el

formulario de consentimiento, alegando su desconfianza hacia los médicos, a quienes considera en parte responsables del estado de su mujer.

Me recuesto en el respaldo de la silla y suspiro. Por más que intento comprender a Hugo Le Treuvier, no lo consigo. Su mujer se encuentra en coma estable desde la intervención neuroquirúrgica, sus constantes son excelentes y su actividad cerebral residual es notablemente elevada. Con un perfil de salud óptimo antes del accidente, su corta edad y la ausencia total de antecedentes psiquiátricos o adicciones, es la candidata ideal para nuestro protocolo. ¿Por qué su marido se empeña en rechazar la oportunidad única que le ofrecemos de ver a su mujer recuperarse?

Sin darme cuenta, me encuentro buscando respuestas en internet. Tecleo el nombre «Alice Sterenn» en la barra de búsqueda y pulso intro. Los resultados aparecen en una fracción de segundo: una impresionante lista de artículos, imágenes y fotografías. Una de ellas muestra a Alice como nunca la había visto: consciente. Sonríe a la cámara, con sus ojos verdes brillando con una alegría contagiosa. En sus manos sostiene con orgullo un diploma con el sello de la Academia de Bellas Artes. Lleva el pelo corto, a lo garçon. Parece unos años más joven y, de hecho, el pie de foto dice: Alice Sterenn, ganadora del Premio Pierre Cardin 2016 de pintura, dotado con una beca de 7625 euros para fomentar a los jóvenes artistas.

Otra foto la muestra trabajando, subida a una escalera, con un pincel en la mano, mientras da los últimos retoques a un mural que reconozco inmediatamente. Esta obra decora una de las paredes de la entrada del servicio de geriatría de la Pitié-Salpêtrière, donde acompañaba regularmente a mi padre para sus revisiones de memoria. Eso fue antes de que lo trasladaran a un centro especializado para personas con alzhéimer. Recuerdo haberla observado, encaramada en su escalera, tan absorta en su trabajo que ni siquiera se daba cuenta de que la gente se paraba a mirarla pintar. Su fresco contaba una historia que yo conocía demasiado bien: la de la progresiva disolución de los recuerdos, simbolizada por formas geométricas que se desintegraban poco a poco hasta

fundirse en la blancura aséptica de las paredes. Un cruel reflejo de lo que le estaba pasando a mi padre.

Contemplo la fotografía durante un buen rato, perturbado por esta coincidencia: nuestros caminos ya se habían cruzado sin saberlo, lo que quizá explique esta extraña conexión que siento hoy con Alice Sterenn.

Movido por una curiosidad cada vez mayor, continúo mi investigación. Otros artículos, otras fotos. No puedo dejar de hacer clic y leer todo lo relacionado con Alice Sterenn. Se describe su talento único para capturar la luz y las sombras, su capacidad para evocar emociones profundas a través de sus lienzos. Exposiciones en París, Londres, Nueva York, y también en Tokio y Dubái. La revista Beaux-Arts le ha dedicado un reportaje completo que leo con atención. Cuando termino, dudo un momento antes de ampliar una de las fotos que acompañan la entrevista. Un retrato en blanco y negro que ahora ocupa toda mi pantalla. Alice me mira sin verme y se me encoge el corazón sin que pueda explicar por qué.

—Ejem... Perdona que te moleste.

Me sobresalto. Cléo está de pie en el umbral de la puerta, con una ceja levantada. Su mirada va de mi pantalla a mi rostro sonrojado. Cojo el ratón y hago desaparecer el retrato, tan avergonzado como si me hubiera pillado viendo porno.

—¿Qué estabas haciendo? —me pregunta, sin ningún tacto.

—Eh... Estaba investigando.

—Investigando... Ya.

Ignoro su tono sarcástico y de repente recuerdo que soy yo quien dirige el equipo. Si alguien tiene que rendir cuentas, no soy yo.

—¿Querías algo?

Ella niega con la cabeza sin perder su aire burlón.

—Solo quería avisarte de que Soufiane se ha ido y que yo también me voy.

—Vale. Hasta mañana, entonces.

Pero Cléo se queda en la puerta.

—¿Te vas a quedar hasta tarde?

—Aún no lo sé. Vete a casa. Nos vemos mañana.

Asiente y se aleja, pero cuando creo que por fin me he librado de ella, se lo piensa mejor. La conozco lo suficientemente bien como para saber que está a punto de soltarme un sermón.

—Por favor, Cléo, esta noche no.

Pero no puede contenerse.

—No sé qué te pasa, pero si no puedes mantener tu objetividad con respecto a esta paciente, entonces menos mal que su marido se ha negado a firmar el consentimiento.

—¿Menos mal?

—Sí, así evitarás fastidiarlo todo dejando que tus emociones guíen tus decisiones. No sería la primera vez.

Cléo se refiere claramente a mi último proyecto, el que casi acaba con mi carrera.

—No es lo mismo en absoluto.

—¿Estás seguro?

Suspiro, molesto.

—Sí. Y ahora déjame, tengo trabajo que hacer.

Se encoge de hombros.

—Como quieras.

Y con esas palabras, por fin sale del laboratorio. Espero unos instantes más y, cuando estoy seguro de que estoy solo, me desplomo en la silla. Cléo tiene razón, como siempre, y una pequeña parte de mí la odia por ello. Sin embargo, tengo que sacarme a Alice Sterenn de la cabeza, así que más vale empezar ya. Vuelvo a coger el ratón del ordenador, decidido a borrar todo rastro de esa mujer de mi historial de navegación, cuando el título de un artículo me llama la atención: Del ascenso a la caída: el trágico destino de Alice Sterenn.

Sé que debería cerrar esta página, pero mi mano se niega a obedecer y hago clic en el enlace. El artículo, publicado en la revista Arts Actuels hace apenas tres semanas, traza un retrato despiadado del último año de Alice Sterenn. El periodista describe su reciente exposición Reflets Intérieurs en la Galerie Haussmann como «el estrepitoso fracaso de una artista en decadencia». Las críticas, aunque positivas, no bastaron para atraer a los coleccionistas. El tono cambia bruscamente en el último párrafo, que hace referencia

a su agresión: «Un drama que corona un año negro para la artista». El artículo termina con una nota cínica: «Algunos lo verán quizá como una señal del destino para quien exploraba en sus últimas obras los temas de la violencia y la vulnerabilidad».

Perturbado, abro una nueva pestaña para saber más sobre su agresión. En los resultados de la búsqueda, un artículo de Le Parisien me llama la atención. El resumen menciona un robo que habría salido mal en un barrio residencial de Versalles. Unas pocas palabras bastan para helarme la sangre: Alice Sterenn, reconocida pintora... agredida violentamente en su domicilio... en estado crítico...

Devorado por la necesidad de comprender qué llevó a esta mujer a la unidad de cuidados intensivos de mi hospital, hago clic en el enlace.

36

La artista Alice Sterenn, agredida en su casa de Versalles

EXCLUSIVA | La reconocida pintora fue hallada gravemente herida en su vivienda del barrio de Saint Louis, en Versalles. Su marido, el arquitecto Hugo Le Treuvier, fue quien alertó a los servicios de emergencia.

Alice Sterenn no podrá asistir a la inauguración de la nueva galería de arte de Versalles, prevista para la próxima semana. La pintora de 32 años, conocida por sus expresivas obras, se encuentra actualmente en coma en el hospital de la Pitié Salpêtrière de París, tras sufrir una brutal agresión en su casa del barrio de Saint Louis, en Versalles.

En la noche del miércoles al jueves, cerca de la medianoche, Alice Sterenn fue encontrada inconsciente por su marido, el arquitecto Hugo Le Treuvier, cuando este regresaba de una cena de trabajo.

Según nuestras fuentes, la víctima recibió un fuerte golpe en la cabeza. Fue trasladada de urgencia al hospital, donde permanece en estado grave. «Presentaba un traumatismo craneoencefálico severo que requirió una intervención quirúrgica inmediata», confirma una fuente cercana a la investigación.

«Cuando llegué, la puerta estaba entreabierta», declara Hugo Le Treuvier, aún conmocionado. «Al ver a Alice tendida en el suelo,

pensé que estaba muerta. Es una pesadilla».

La artista fue trasladada de urgencia al hospital, donde fue sometida a una delicada operación. Su estado continúa siendo grave.

Una oleada de robos sacude el barrio

Nueva agresión en una zona ya afectada por una serie de robos

Una ola de inquietud recorre el barrio residencial de Versalles tras la brutal agresión a Alice Sterenn, encontrada inconsciente en su domicilio en la noche del miércoles al jueves. Esta noche ha resultado especialmente trágica para el barrio, ya que las autoridades también lamentan el fallecimiento de una mujer cuyas circunstancias exactas aún están por esclarecer.

«Nos robaron hace tres meses», relata un vecino, visiblemente afectado. «Normalmente es un barrio tranquilo, pero últimamente nos sentimos menos seguros».

Este nuevo suceso se suma a una preocupante serie de incidentes. Varios residentes han denunciado intrusiones o intentos de robo en las últimas semanas. Los investigadores se centran ahora en analizar las grabaciones de las cámaras de seguridad y recoger testimonios de los vecinos. «No descartamos ninguna hipótesis por el momento», señala una fuente policial.

La comunidad artística, consternada

La agresión a Alice Sterenn ha causado conmoción en el mundo artístico. «Es una tragedia», lamenta Laure Castagli, crítica de arte. «Alice es una artista excepcional, cuyo talento no deja de emocionarnos. Todos esperamos que se recupere».

El ayuntamiento de Versalles ha anunciado el refuerzo de las patrullas policiales en el barrio de Saint Louis.

Al cierre de esta edición, ni los familiares de la artista ni el hospital de la Pitié Salpêtrière han querido hacer declaraciones sobre el estado de salud de Alice Sterenn. Su pronóstico continúa siendo crítico.

37

Alice Sterenn yace en la cama del hospital. Su pecho sube y baja al compás de las máquinas que le insuflan aire en los pulmones. Parece tranquila. No es que pueda verme sentado en esta silla, con mi mano sobre la suya. Me la imagino abriendo los ojos y descubriendo a un desconocido en su habitación. Un completo desconocido. Eso es lo que soy. Pero por un extraño giro del destino, esta mujer que ni siquiera sabe que existo ocupa ahora todos mis pensamientos. Le aprieto los dedos para transmitirle algo de calor. Una vocecita interior me dice que salga de aquí. No tengo derecho a estar en esta habitación. Podrían pillarme y denunciarme. Pero parece que me va la marcha, porque ahora que estoy aquí, no pienso irme.

Mientras la observo con más detenimiento, me descubro comparándola con las fotos que he visto en internet. La mujer que yace ante mí tiene los ojos cerrados, pero sé que serían verdes si los abriera. Conozco el timbre de su voz por haberla oído responder a los periodistas en YouTube, igual que conozco su forma de reír. Es ella y, sin embargo, hay algo distinto. La mujer apasionada y llena de vida ya no está.

Algunos dirían que su alma se ha marchado, pero mi mentalidad científica me impide caer en ese tipo de especulaciones. Como investigador en neurociencia, solo veo los hechos: el cerebro es una

máquina compleja cuyo funcionamiento depende de la actividad eléctrica y el intercambio de sustancias químicas. Y como cualquier máquina, puede averiarse. Eso es lo que le ha pasado a Alice Sterenn. Su cerebro funciona ahora con la reserva mínima: las funciones vitales se mantienen, pero a cámara lenta, con una actividad reducida al mínimo. Sus neuronas, antes tan activas, ahora solo emiten un débil murmullo eléctrico, apenas perceptible en los monitores. Sin embargo, estoy convencido de que mi protocolo puede reactivar esos circuitos dormidos. Si al menos su marido me diera el consentimiento... Sin darme cuenta, le aprieto la mano con demasiada fuerza. Pero ella no reacciona, lo que no hace sino aumentar mi sensación de impotencia. Sé que el tiempo corre en nuestra contra. Del mismo modo que un apagón prolongado puede dañar los aparatos eléctricos, un coma de más de tres meses puede causar daños irreversibles en el cerebro de Alice. Cada día que pasa aumenta el riesgo de secuelas neurológicas.

—¿Por qué su marido se niega a darle esta oportunidad?

Mi voz resuena en la habitación y espero una respuesta que no llega. El silencio, solo roto por el zumbido de los aparatos, empieza a ponerme de los nervios. Sophie, la enfermera que, en cierto modo, me habló de Alice, está convencida de que los pacientes en coma pueden oírnos. No me lo trago. Si fuera cierto, algún equipo de investigadores ya lo habría demostrado. Si al menos Alice mostrara signos de conciencia mínima... Pero no. Está sumida en un coma profundo de grado tres, a un paso del grado cuatro, el del coma irreversible, el más profundo antes de la muerte cerebral. La muerte, sin más.

Un ruido a mi espalda me sobresalta. La puerta de la habitación está abierta y una enfermera me observa, indecisa en el umbral. Veo una camilla detrás de ella. Suelto la mano de Alice y me levanto de un salto como si me hubiera dado un calambre.

—Eh, buenas noches... —digo sin saber muy bien qué añadir para justificar mi presencia en la habitación de una paciente a estas horas.

La enfermera del turno de noche me observa unos instantes. Su mirada se detiene en mi bata blanca y su expresión se relaja cuando

ve el logotipo del Instituto del Cerebro.

—Ah, está aquí por el proyecto de investigación —dice sin molestarse en bajar la voz como habría hecho Sophie.

—Sí... eso es.

Se acerca hasta el pie de la cama.

—Es de lo único que se habla en la planta, ¿sabe? Sería increíble que su equipo consiguiera devolverles la vida a estos pacientes. Bueno, ya sé que no están muertos, pero... es casi como si lo estuvieran.

Me limito a asentir.

—¿Ha mostrado alguna mejora la señora Sterenn? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

La enfermera niega con la cabeza con pesar.

—No, por desgracia. Pero su protocolo experimental va a cambiar eso, ¿verdad?

—Ojalá.

No tengo valor para decirle que Alice está excluida del protocolo. Me despido y salgo de la sala antes de que me vea alguien más del personal. Ha sido un error venir. Tengo que quitarme a Alice Sterenn de la cabeza. No puedo hacer nada por ella. Es hora de pasar página. A partir de ahora, me centraré en los demás pacientes. Esa es la promesa que me hago mientras salgo del edificio del Instituto de Neurología.

38

Unas carcajadas me sobresaltan. Cleo y Soufiane acaban de llegar. Lo que significa que deben de ser las ocho de la mañana. ¡Joder! Por un instante me entra el pánico al pensar que descubrirán que he pasado otra noche en el laboratorio. Aunque no sería la primera vez. Pero los remordimientos acaban por apoderarse de mí: tarde o temprano descubrirán lo que he hecho. Me levanto de la silla y, tras estirarme un poco, decido plantarles cara.

—Buenos días —murmuro mientras me dirijo a la cafetera.

Como era de esperar, mi presencia no parece sorprenderles. Meto una cápsula en la máquina y espero impaciente a que el líquido negro llene mi taza. El primer sorbo me hace poner mala cara, pero ya noto cómo la cafeína surte efecto. Cleo me da la espalda y, mientras se quita el abrigo, Soufiane se me acerca.

—¡No te vas a creer lo que ha pasado! —me dice mientras me da un golpe en la espalda que casi me hace escupir el café. Me observa, esperando a que diga algo.

—Tienes mala cara. ¿Seguro que estás bien?

Abro la boca para responder cuando me topo con la mirada penetrante de Cléo. Fingiendo indiferencia, se da la vuelta para encender su ordenador, pero sé que no se pierde ni una palabra de nuestra conversación. Yo no puedo apartar la vista del montón de expedientes que hay sobre su escritorio.

—Eh, sí... estoy bien. Es que he dormido poco esta noche.

Soufiane parece darse por satisfecho con esta explicación y sigue contándome que Cléo, que forma parte de una compañía de teatro aficionado, por fin ha conseguido el papel protagonista.

—Es genial, ¿no?

El entusiasmo de Soufiane me parece un poco exagerado, teniendo en cuenta que solo los amigos y familiares más cercanos van a sus representaciones. Pero le sigo la corriente.

—Genial, desde luego. Enhorabuena. ¿Qué obra es?

Soufiane no parece haberse fijado en ese detalle. En cuanto a Cléo, no me responde y sé el motivo de su silencio. Acaba de descubrir el expediente que dejé encima del montón esta madrugada. Lo abre y se queda paralizada un momento. Luego se vuelve hacia mí con aire incrédulo.

—¿Es... es el formulario de consentimiento firmado por Hugo Le Treuvier?

Me limito a asentir con la cabeza y doy otro sorbo al café para mantener la compostura. Soufiane se acerca a ella y coge el expediente.

—¿En serio? ¡Es fantástico!

Cléo no dice nada, pero me clava la mirada, implacable. De repente me siento vulnerable. Es como si un francotirador acabara de apuntarme al pecho con su láser, listo para disparar. Me gustaría poder escapar, ponerme a cubierto, pero Cléo no me va a dejar escapar tan fácilmente.

—¿Cómo has conseguido convencerlo?

Respiro hondo.

—Yo... No tienes por qué saberlo.

—Claro que sí. ¿Verdad, Soufiane?

La sonrisa de Soufiane vacila.

—Bueno, sí, creo que sí.

—¿Entonces? ¿Nos cuentas cómo conseguiste semejante proeza?

No se me escapa el tono sarcástico de mi compañera.

—He... he conseguido hablar otra vez con Hugo Le Treuvier. Digamos que esta vez supe encontrar los argumentos adecuados. A veces basta con insistir y saber enfocar las cosas desde otro ángulo.

—¿Argumentos adecuados? Estamos hablando del hombre que se negó en redondo a dejar que su mujer participara en los ensayos. ¿Y pretendes que nos creamos que ha cambiado de opinión así, sin más? ¿Nos tomas por idiotas?

Soufiane nos mira alternativamente, perdido como siempre.

—¿Qué está pasando exactamente?

Cleo se vuelve hacia él con la cara roja de rabia.

—¡Lo que pasa es que Adrien está haciendo el gilipollas otra vez! ¡Ha falsificado un documento!

Soufiane duda, luego coge la hoja de consentimiento y la examina atentamente, como un cajero de banco que comprueba la autenticidad de un billete de quinientos euros.

—¿Es cierto?

Suspiro.

—¡Joder! ¡Sí, es verdad! Pero no tenéis por qué preocuparos. Yo me encargaré de las pruebas con Alice Sterenn. Solo. Y si algo sale mal, asumiré toda la responsabilidad. Diré que vosotros no sabíais nada.

Cleo y Soufiane se miran desconcertados. Cleo rompe finalmente el silencio.

—¿Se puede saber qué demonios tiene esta mujer para que pongas en peligro tu carrera y, de paso, la nuestra?

La pregunta queda en el aire mientras me esfuerzo por encontrar una respuesta que no me haga parecer un psicópata obsesivo ante mis compañeros. Pero Cléo se me adelanta.

—Espero que no nos vengas otra vez con el cuento de que es la candidata ideal para nuestro proyecto.

Mierda... Eso es exactamente lo que iba a decir.

—Alice Sterenn es famosa —suelto sin pensármelo dos veces.

Al ver la sorpresa en la cara de Cléo, no puedo evitar sentirme satisfecho.

—¿Famosa?

—No como una estrella de cine, claro, pero es una artista reconocida. Sus cuadros se venden como churros en el mercado del arte. Además, su agresión fue noticia durante semanas. Pensadlo un momento: si conseguimos sacarla del coma, los medios se harán

eco. Nuestro tratamiento innovador estará en el candelero. Con el apoyo del público, el consejo científico no se atreverá a ponernos trabas. La financiación será pan comido.

Veo un destello de interés en los ojos de Cléo y Soufiane. Saben tan bien como yo hasta qué punto el consejo científico nos ha puesto piedras en el camino desde el principio. Pienso especialmente en ese viejo dinosaurio que todavía ve los psicodélicos como drogas de hippies. Como si la ciencia no hubiera avanzado desde los años sesenta.

—Es cierto que eso podría cambiar las cosas —admite Cléo, pensativa—. Pero... ¿y si su marido se entera?

Las amenazas de Hugo Le Treuvier me vienen a la cabeza, pero las aparto de mi mente.

—Es poco probable que eso ocurra —respondo con fingida seguridad—. Según Sophie, la enfermera que cuida de Alice Sterenn, apenas se queda unos minutos cuando va a verla. Además, puedo contar con la discreción del personal sanitario.

Soufiane asiente con la cabeza.

—Es cierto que, si lo conseguimos, podría suponer un gran avance en la percepción del uso terapéutico de los psicodélicos.

Cléo cruza los brazos, aún escéptica.

—¿Y si tu enfermera de confianza le va con el cuento a Hugo Le Treuvier de lo que estás tramando con su mujer a sus espaldas?

Joder, cómo me saca de mis casillas. Cléo siempre ha tenido el don de meter el dedo en la llaga. De hecho, no estoy seguro de que Sophie mantenga la boca cerrada. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

—No dirá nada, créeme —digo, tratando de disimular mi incertidumbre—. Y, de todos modos, aunque Hugo Le Treuvier acabe enterándose, estará entre la espada y la pared. Si nos ataca, los medios se harán eco y todo el mundo sabrá que rechazó un tratamiento que podría haber salvado a su mujer. No es precisamente la imagen del marido devoto que intenta proyectar.

Cleo y Soufiane intercambian una larga mirada cargada de complicidad. Finalmente, ella suelta un suspiro de resignación.

—Vale. Pero no olvides que todos estamos en el mismo barco. Si las cosas se tuercen, nos hundiremos todos contigo, digas lo que digas.

39

El laboratorio está sumido en un silencio opresivo, apenas interrumpido por el zumbido constante de los equipos en reposo. Sentado en un taburete, no puedo evitar mirar el móvil cada treinta segundos. El tiempo pasa con una lentitud desesperante. Hace apenas media hora que Cléo y Soufiane se han ido a administrar las primeras dosis de ketamina a los pacientes. El proyecto ha arrancado oficialmente. Pero no para Alice. Todavía no.

Mi mirada se detiene en el maletín a mis pies, el que contiene la dosis destinada a Alice Sterenn. Es tan frustrante no poder administrársela ya mismo, tener que esperar todavía horas cuando la solución está ahí, al alcance de la mano. Es como tener la llave de su prisión sin poder usarla aún para liberarla. Vuelvo a mirar el móvil, calculando mentalmente las horas que me separan del momento en que podré actuar. El final de las visitas... Las rondas de las enfermeras... Cada detalle del plan que he trazado me pasa por la cabeza. Esta noche, cuando el pasillo del hospital esté desierto, por fin podré empezar. Si todo sale como está previsto...

Mientras tanto, tengo que encontrar algo con lo que distraerme. No puedo seguir contando los segundos.

Me enderezo en la silla y empiezo a revolver los expedientes del escritorio. Los abro uno a uno y empiezo a leer, pero mi cabeza está en otra parte. Los dejo a un lado y cojo el ratón del ordenador. La

pantalla se llena de informes y estudios de otros equipos de investigación, pero, una vez más, mis pensamientos empiezan a dispersarse. Es sencillo: no puedo quitarme de la cabeza a Alice Sterenn, como si estuviera hechizado. Solo veo una solución: salir de aquí. Un poco de aire fresco me vendría bien, aunque la atmósfera cargada de contaminación de la capital no se ajuste precisamente a esa definición.

Me quito la bata, me pongo el abrigo, me enrollo la bufanda al cuello y me dirijo hacia la salida. Dos siluetas caminan en mi dirección. Cuando me doy cuenta de que son Cléo y Soufiane, ya es demasiado tarde para evitarlos. Así que acelero el paso para alcanzarlos.

—Tengo que salir —anuncio de inmediato.

Cléo frunce el ceño al instante, mientras que Soufiane abre mucho los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde vas?

No tengo ni idea, pero me cuido mucho de confesárselo.

—Tengo un asunto pendiente. Nos vemos luego.

Sin más, me alejo hacia la salida.

Llego a la estación de metro más cercana. Anuncian que llegará un tren en dos minutos. Me quedan seis horas antes de que comience el tratamiento de Alice. La espera va a ser una tortura, pero tengo que encontrar la manera de ocupar ese tiempo sin levantar sospechas.

El tren surge de la oscuridad del túnel, con los frenos chirriando contra las vías. Las puertas automáticas se abren y los pasajeros salen en tropel al andén.

Obligado a esperar mi turno para subir, examino el interior del vagón y mi mirada se detiene en un asiento libre. Apenas tengo tiempo de sentarme, adelantándome por los pelos a un adolescente con la cara llena de acné que, evidentemente, está haciendo pellas, con sus auriculares de última generación pegados a las orejas. Me siento de lado para no molestar a la señora que tengo delante y meto la mano en el bolsillo del abrigo. Por un instante, me entra el pánico al pensar que me he dejado el móvil en el laboratorio. No puedo permitirme estar ilocalizable, no hoy, y menos aún con todo lo

que tengo guardado en él. Pero no, es una falsa alarma. Lo saco del bolsillo, aliviado, y abro la aplicación de YouTube. Los vídeos de Alice Sterenn están cuidadosamente guardados en mi historial. Me aíslo del bullicio del metro gracias a los auriculares y vuelvo a poner la entrevista que, sin embargo, me sé de memoria. La voz de Alice llena el espacio a mi alrededor. Sola frente a la cámara, sonríe y responde a las preguntas del periodista que permanece fuera de plano. Cuando termina el vídeo, lo vuelvo a poner. Y otra vez. Continúo con otras entrevistas, otros reportajes, pero siempre vuelvo a la primera. Si soy sincero conmigo mismo, reconozco que la prefiero a los demás vídeos porque el cámara, probablemente tan cautivado como yo por la belleza de la artista, multiplicó los primeros planos de su rostro. En el momento en que congelo la imagen, me doy cuenta de que mi vecino está cotilleando mi pantalla por encima del hombro. Apago inmediatamente el móvil y me levanto.

Unas estaciones más adelante, me bajo del tren, desorientado. ¿Dónde estoy? Me abro paso entre los viajeros hasta llegar al plano del metro que hay en grande en la pared: un entramado de líneas multicolores que se cruzan y se superponen. Una flecha roja señala un punto del plano, acompañada de una simple indicación: «Usted está aquí». Entonces caigo en que no estoy muy lejos del Centro Pompidou. La galería de arte que expone las obras de Alice también está en este barrio.

Con el móvil en la mano, sigo las indicaciones del GPS que aparecen en tiempo real en la pantalla. La galería está al fondo de un callejón, lejos del ajetreo de las calles adyacentes, donde vendedores ambulantes y turistas se apresuran a consumir arte.

Llego ante una puerta cerrada. No hay timbre ni interfono para avisar de mi presencia. Me desplazo hacia un lado y me pego al escaparate para intentar ver el interior cuando, de repente, se abre la puerta. Una mujer asiática de unos sesenta años, con el pelo gris cortado muy corto, me observa desde el umbral. Sus gafas rojas con montura octogonal le dan un aire a la vez severo y original.

—¿Teníamos cita?

Su voz delata un ligero acento británico.

—Eh, yo...

Mientras dudo en revelarle el motivo de mi presencia, un motivo que yo mismo no sabría explicar muy bien, ella me mira de arriba abajo.

—¡Pasa! —me dice—. Hay tan pocos visitantes últimamente que un poco de compañía no me viene mal.

La galería resulta ser una enorme caja con paredes de un blanco cegador. Al menos, eso es lo que creo hasta que mi cabeza choca contra una pared invisible. Es un efecto óptico, me explica mi anfitriona: la ausencia de bordes definidos confunde la percepción de la profundidad, creando la ilusión de un espacio continuo.

—Soy Tomiko Delgado —me dice—. Y antes de que me preguntes de dónde viene mi acento británico, has de saber que soy inglesa, aunque nací en Japón, y que mi marido era español. Probablemente lo conozcas, Íñigo Eliseo Delgado.

—Eh...

—¡El escultor, hombre!

—Lo siento, no conozco su obra.

Se aleja y vuelve a desaparecer de mi campo de visión.

—Ten cuidado a tu derecha.

¡Demasiado tarde! Me he vuelto a dar un golpe.

—Supongo que eso forma parte de la experiencia —digo mientras me froto la frente.

—Exacto. Nos recuerda que no debemos fiarnos de nuestros sentidos. ¿Es la primera vez que entras en una galería de arte?

Asiento con la cabeza.

—He visto que expone las obras de Alice Sterenn.

—Ya veo... ¿Eres periodista?

—¿Periodista? En absoluto.

—Bien. Entonces sígueme y esta vez intenta evitar las paredes.

La sigo de inmediato mientras ella se abre paso por este laberinto de paredes invisibles. De repente, llegamos a un amplio espacio pintado completamente de blanco, como el resto de la galería. Pero esta vez, ninguna pared invisible obstaculiza mi campo visual. Desde donde estoy, puedo contemplar decenas de obras. Los cuadros colgados en las paredes parecen suspendidos en el vacío. Al levantar la vista, descubro una claraboya que se abre al cielo de

París a varios metros de altura, creando un pozo de luz que inunda la sala y realza el brillo de los colores.

—Es increíble —digo mientras avanzo hacia el centro de la sala.

La galerista sonríe, satisfecha con el efecto producido por esta puesta en escena, porque de eso se trata. Todo está pensado para sorprender al visitante y transportarlo al universo del artista. Me acerco a un primer lienzo y me dejo cautivar por las pinceladas: una mezcla de colores suaves que se enrollan en circunvoluciones hipnóticas, liberando la imaginación del espectador. Me sorprendo sonriendo mientras me invade una sensación de alegría y bienestar. Continúo mi visita, dejándome guiar por los lienzos que parecen responderse entre sí como en un juego de dominó, cuando de repente me quedo paralizado. El cuadro que tengo delante es tan diferente, con sus colores apagados y sus líneas rectas, afiladas como el filo de una cuchilla. Me acerco para comprobar el nombre del artista y, para mi sorpresa, se trata de una obra de Alice Sterenn. El estilo está completamente transformado.

—Forma parte de su última exposición —comenta la galerista detrás de mí—. Fue unos meses antes...

—De su agresión —completo sin apartar la mirada del cuadro.

—¿Te gusta?

Aprieto los labios.

—No. No me gusta nada.

La galerista se coloca a mi lado. Se quita las gafas octogonales, las limpia y se las vuelve a poner, como si eso pudiera cambiar su perspectiva sobre la obra.

—No eres el único. La comunidad artística lo detestó. Por supuesto, algunas voces disidentes vieron en ello una evolución en su trabajo. Sin embargo, desde su agresión, sus obras tienen mucha demanda, sobre todo las últimas. Es triste decirlo, pero si los médicos son pesimistas sobre sus posibilidades de despertar, los coleccionistas, por su parte, ven sobre todo una oportunidad de inversión. Un artista en coma es casi como un artista muerto... y la cotización de un artista fallecido siempre es mucho más alta que la de un artista vivo. Como ves, algunos saben sacar tajada de cualquier tragedia.

Me quedo en silencio, dividido entre el deseo de hablarle de mis investigaciones y la necesidad de mantener el secreto. La galerista no debe saber que tal vez tenga la manera de sacar a Alice del coma y que estas macabras especulaciones sobre su cotización póstuma pronto no tendrán sentido. Pero me contengo. En su lugar, pregunto:

—¿Y tú? ¿Qué te pareció su última exposición?

—Intento ser objetiva, pero en este caso me resulta difícil. Para serte sincera, no puedo decir que la odie. Quiero decir que, si se tratara de otro artista, habría pensado que estaba ante un gran talento. Pero, tratándose de Alice y conociendo su trabajo y su sensibilidad desde la escuela de Bellas Artes, me inquietó.

Me giro para mirarla. Parece seria.

—¿Estabas preocupada por Alice? ¿Alguna razón en particular, aparte de su cambio de estilo pictórico?

Tomiko Delgado cruza los brazos. Sus innumerables pulseras chocan entre sí con un ruido metálico.

—Sí, tengo mis razones, pero no voy a comentarlas contigo. Por cierto, aún no te has presentado. Has de saber que normalmente solo recibo con cita previa. Las obras expuestas aquí valen varias decenas de miles de euros, incluso más.

—¿Y quién te dice que no soy un coleccionista que ha venido a comprar una obra?

La galerista arquea una ceja y vuelve a mirarme de arriba abajo.

—Sin ánimo de ofender, sé reconocer a las personas que pueden permitirse comprar en mi galería. Tú eres más bien del tipo que puede comprar una reproducción en póster.

De repente, soy consciente de mi aspecto desaliñado. Nunca he sido muy cuidadoso a la hora de elegir la ropa. ¿Para qué preocuparse por la moda si llevo una bata de laboratorio la mayor parte del día? Sin embargo, se equivoca. Tengo muchas ganas de decirle que podría comprar su preciada galería y todo lo que contiene con una simple llamada telefónica. Poca gente lo sabe, pero si quisiera, podría dejar de trabajar y vivir de rentas. Sin embargo, la vergüenza y la culpa me invaden cada vez que pienso en el dinero que duerme en mi cuenta bancaria. Mi padre me legó todo su

patrimonio antes de que su salud mental se deteriorara, como si hubiera presentido lo que le iba a pasar. Su ictus y su enfermedad de Alzheimer confirmaron ese presentimiento. Una transferencia permanente cubre los gastos relacionados con su estancia en un centro especializado donde recibe cuidados constantes. Mi sueldo es más que suficiente para cubrir mis gastos personales. Me prometí a mí mismo no tocar esa herencia anticipada mientras él viviera. Hoy voy a hacer una excepción.

—Sin ánimo de ofender —le respondo a mi vez—, deberías aplicarte el cuento.

Nuevo arqueo de cejas, esta vez de sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Que no deberías fiarte de tus sentidos. Sin embargo, me has juzgado por mi apariencia.

—Entonces, ¿eres coleccionista?

Su incredulidad me hace sonreír.

—No, en eso tienes razón. La verdad es que el arte moderno nunca me ha interesado mucho. Pensaba que era para esnobs dispuestos a gastarse una pequeña fortuna en cuadros que un niño de tres años podría pintar con los dedos.

—Pero cambiaste de opinión al ver el trabajo de Alice.

Asiento con la cabeza y recorro la sala con la mirada. Me giro lentamente para contemplar por última vez los cuadros pintados por esta mujer que me obsesiona y que ni siquiera sabe que existo. Me detengo en seco.

—Ese —digo, señalando un lienzo monumental en el que podría perderme durante horas.

—¿Sí?

—Lo compro.

Tomiko Delgado esboza una sonrisa entre avergonzada y burlona.

—No sé si... ¿Sabes cuánto cuesta? Estamos hablando de...

La interrumpo con un gesto de la mano.

—Dame tu número de cuenta y te hago la transferencia ahora mismo.

Tras la transferencia y los trámites necesarios, salgo de la galería con una sonrisa en los labios. Son los cincuenta mil euros mejor

invertidos de mi vida.

40

En el metro que me devuelve a la Pitié-Salpêtrière, no puedo dejar de pensar en ese cuadro. Mi cuadro. Por desgracia, era demasiado grande para llevármelo y la galerista me advirtió de que había bastante papeleo por resolver. Me lo entregará un transportista especializado en unos días, el tiempo necesario para que se expida el certificado de autenticidad y quede registrado como nuevo propietario del lienzo. Mientras recorro la avenida arbolada, imagino varios sitios donde colgarlo. Por desgracia, mi piso es pequeño y la única pared capaz de albergar la monumental obra de Alice Sterenn está en mi dormitorio. No es que me moleste. Un psiquiatra tendría mucho que decir al respecto. En cualquier caso, llego al Instituto con mejor ánimo que cuando salí. Por desgracia, la sensación dura poco. Yo, que esperaba encontrar el laboratorio vacío, me encuentro a Cléo de frente. Soufiane ya se ha ido con su familia, así que me sorprende verla todavía allí. Sé que Soufiane suele llevarla a casa en su scooter de tres ruedas, ya que viven en el mismo barrio. Si todavía está aquí, es porque está haciendo horas extras... o porque me esperaba. Su mirada me inclina hacia lo segundo.

—¿Dónde estabas?

Me muerdo el labio para no responderle que no es asunto suyo.

—Tenía que hacer un recado.

Asiente nerviosa y la conozco lo suficiente para saber que está haciendo un esfuerzo por contenerse. Normalmente, podemos contar con Soufiane para suavizar las tensiones, pero no está aquí.

—Muy bien. Supongamos que es cierto.

—Es cierto. Tenía que comprar algo.

—Y, por supuesto, no podía esperar.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué haces todavía aquí? —pregunto con indiferencia mientras me quito el abrigo.

—Te estaba esperando. Quería hablar contigo.

Suspiro, anticipando lo que promete ser una conversación bastante desagradable, pero Cléo me sorprende poniéndose el abrigo y cogiendo el bolso como si estuviera lista para marcharse.

—Solo quería decirte que aún no hay nada decidido. Todavía puedes cambiar de opinión.

Los dos sabemos que se refiere a Alice Sterenn y a lo que tengo previsto hacer esta misma noche.

—Cléo, ya lo hemos hablado. Yo...

Me interrumpe.

—Para. No quiero discutir. Te he dicho lo que pensaba, ahora haz lo que quieras. Solo quería que te tomaras un tiempo para pensártelo un poco más. ¿Al menos puedes hacer eso?

Dudo, pero su mirada llena de preocupación me desarma.

—Vale. Lo pensaré.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Venga, vete ya. Clarisse debe de estar esperándote impaciente.

Al mencionar el nombre de su pareja, sus mejillas se tiñen ligeramente de rosa. No puedo evitar envidiarlo: alguien se impacienta y se angustia todas las noches esperando su vuelta. A mí no me espera nadie. Y yo no espero a nadie.

—Hasta mañana, entonces.

La veo desaparecer por el pasillo. Me quedo solo, apago todas las luces salvo las de mi despacho y echo la llave. Una precaución para que no me pillen con las dosis de ketamina que pienso administrarle a Alice Sterenn.

Mientras preparo el material, recuerdo la promesa que le he hecho a Cléo. Cinco minutos de reflexión. Ese es el tiempo que me concedo. Cinco minutos para renunciar a mi plan. Después de todo, Cléo no me ha especificado ningún plazo. Pero cuando suena la alarma del móvil, me siento más decidido que nunca. Cojo la mochila y la vacío para meter las dosis.

Fuera ya ha anochecido y, vestido completamente de negro, me muevo como una sombra hasta el edificio del Instituto de Neurología, rezando para no cruzarme con nadie conocido. Cuando llego a la unidad de cuidados intensivos, todas las luces están encendidas. Sin embargo, no hay nadie a la vista en los pasillos. Casi parece el decorado de una película de terror. Al aguzar el oído cerca del puesto de enfermería, distingo dos voces que conversan. Perfecto. Al menos sé que están ocupadas aquí y no en las habitaciones de los pacientes.

El corazón empieza a latirme con fuerza mientras cruzo el pasillo intentando amortiguar cada uno de mis pasos. Abro la puerta de la habitación y la cierro a mis espaldas. Con la espalda apoyada contra la puerta, suelto el aire despacio. Consciente de que pueden pillarme en cualquier momento, abro la mochila y saco el equipo, manteniéndome alerta. El protocolo es claro: adaptar las dosis de ketamina a cada paciente, sin superar nunca la dosis máxima prescrita. Nuestro objetivo es simple: obtener los beneficios terapéuticos, en particular un aumento de la complejidad cerebral en los pacientes comatosos, sin efectos secundarios. Sobre todo, buscamos evitar las alucinaciones. Aunque, de repente, me pregunto: ¿puede una persona en coma realmente alucinar? Me parece poco probable. Finalmente, decido empezar con una dosis intermedia. Mientras me preparo para inyectarla en la sonda nasogástrica, mi mirada se detiene en el rostro de Alice y se me encoge el corazón de nuevo. Me obligo a apartar la vista para concentrarme en lo que hago. Una vez terminada la inyección, guardo todo en la bolsa y echo un último vistazo a la habitación antes de dirigirme hacia la puerta. Pero cuando estoy a punto de girar el pomo, el pitido del monitor cardíaco se vuelve frenético y me sobresalta. Me giro hacia Alice, que sigue inmóvil, congelada en el

tiempo, mientras las líneas del electrocardiograma danzan con más intensidad en la pantalla. A pesar de su aparente calma, su corazón se ha acelerado.

Una vez pasada la sorpresa, me doy cuenta de que tengo que largarme cuanto antes. Pero no me muevo. Vuelvo junto a Alice y dejo la mochila en el suelo. En el momento en que mi mano se cierra sobre la suya, el monitor cardíaco se calma. Mi razón me dice que no hay ninguna relación de causa y efecto entre cogerle la mano y la ralentización de su frecuencia cardíaca, y sin embargo quiero creerlo. El trazado de sus ondas cerebrales demuestra que Alice no es consciente de mi presencia a su lado. Pero su corazón dice lo contrario, literalmente. Las palabras de Sophie, la enfermera de guardia, resuenan de repente en mi cabeza. Según ella, pueden oírnos, aunque las máquinas digan lo contrario. Carraspeo.

—Hola, Alice... Debería decir buenas noches, en realidad... Son más de las doce y te estarás preguntando quién está en tu habitación a estas horas. Me llamo Adrien Cleiry.

Una vez pasada la incomodidad inicial, me sorprendo a mí mismo disfrutando de poder hablar con ella.

—Soy investigador en el Instituto del Cerebro y estoy aquí para ayudarte. Mi equipo está llevando a cabo un estudio para comprobar el efecto de los psicodélicos en pacientes en coma.

Aprieto un poco más su mano helada entre las mías.

—Te he administrado una primera dosis de ketamina. Es un anestésico con efectos similares a los de psicodélicos como el LSD. Pero no te preocupes. Las dosis que te administro son demasiado bajas para provocar efectos alucinógenos.

El monitor cardíaco por fin se ha calmado. El corazón de Alice vuelve a latir a un ritmo normal. Me gusta pensar que es mi presencia lo que la tranquiliza. Que desde donde está, ha decidido confiar en mí. Pasan los minutos y siento que el cansancio se apodera de mi cuerpo. No puedo permitirme quedarme dormido aquí, al lado de una paciente.

—Alice, ahora tengo que irme, pero te prometo que volveré mañana por la noche.

Me levanto, me cuelgo la mochila al hombro y salgo de la habitación de Alice Sterenn. Pero justo cuando cierro la puerta tras de mí, oigo una voz a mis espaldas. La enfermera de noche está en el pasillo, con los ojos muy abiertos clavados en mí, y comprendo que está a punto de dar la alarma. Me doy cuenta de que no me ha reconocido sin la bata blanca.

—¡Quieto ahí! —me dice mientras doy un paso hacia ella.

—Tranquila. Ya nos conocemos, ¿no se acuerda? Soy el doctor Cleiry, del Instituto del Cerebro.

Su mirada se fija en mí y sus rasgos se relajan poco a poco.

—Ah, sí, claro. Está aquí por el proyecto de investigación.

Pero nada más pronunciar estas palabras, la veo tensarse de nuevo.

—¿Ocurre algo? —le pregunto, intentando ocultar mi propia ansiedad.

Su mirada se posa en la puerta cerrada y luego vuelve a mí.

—Creía que Alice Sterenn había sido excluida de los ensayos terapéuticos.

Se me hace un nudo en el estómago. Esta vez la he fastidiado. Las neuronas se me disparan mientras busco una salida para salir del atolladero. Esperaba que me descubrieran tarde o temprano, pero ahora estoy batiendo un récord. Estamos en el día 1 del proyecto clandestino y ya me han pillado. Tengo que improvisar. Me pongo derecho y le devuelvo la sonrisa.

—Sí, es... una situación especial. La fama de la señora Sterenn exige la máxima discreción. Los medios de comunicación no deben saber que forma parte de nuestro proyecto de investigación. Es el deseo de su familia que nadie lo sepa.

La enfermera me lanza una mirada cómplice y luego hace un gesto con los dedos como si cerrara una cremallera en los labios.

—Puede contar conmigo para guardar el secreto, doctor Cleiry.

Asiento, pero no me siento nada aliviado.

41

Hace justo una semana que empezó mi proyecto de investigación. Una semana que Alice Sterenn recibe dosis diarias de ketamina. Mi rutina ya está fijada. Cada noche voy a su habitación para administrarle la dosis. Pero no me entretengo. Aunque la enfermera parece haber cumplido su palabra de no contar mis visitas nocturnas a la paciente más famosa de la UCI, prefiero limitar el riesgo de que me pillen. Entro, le inyecto la solución y me largo. Evito cuidadosamente mirar a Alice tendida en la cama. Ni se me ocurre dejar que mis emociones —o cualquier otra cosa que haga que se me acelere el corazón en su presencia— tomen las riendas. Me niego incluso a analizar la naturaleza exacta de este desasosiego que me invade cuando estoy cerca de ella.

Esta mañana marca un punto de inflexión: ha llegado el momento del primer balance. Cléo ha recopilado todos los datos, incluidos los de Alice Sterenn. Solo queda esperar a que Soufiane termine de analizarlos. Ni Cleo ni yo nos atrevemos a hablar mientras Soufiane, concentrado en la pantalla, repasa las cifras por última vez. La espera es una tortura. Estoy a punto de decirle que se dé prisa, pero Cleo se me adelanta.

—¿Vas a darnos de una puñetera vez los resultados?

Soufiane, imperturbable, levanta una mano para hacerla callar. Luego, tras un último repaso, lanza la impresión. Las tablas y

gráficos multicolores tardan una eternidad en salir de la impresora.

Cleo pilla la primera hoja y recorre con avidez las líneas de números.

—Parece que funciona —dice antes de pasármela.

En efecto, los resultados que tengo delante muestran que cinco de los ocho pacientes que participan en el ensayo han presentado una evolución en su actividad cerebral. Esta se mide en consumo de glucosa y oxígeno, visible en las resonancias magnéticas funcionales. Otros datos biológicos tienden a confirmar estos primeros resultados. Pero mi alegría dura poco cuando consulto los nombres de los pacientes que responden a nuestro protocolo. Alice Sterenn no está en la lista.

—¿Estás seguro? —le pregunto a Soufiane sin apartar la vista de la hoja que tengo en las manos.

—Segurísimo, pero puedo volver a comprobarlo si quieres.

—Sí, por favor.

Mientras Soufiane revisa los resultados, me dejo caer en un taburete. Ya sé que le estoy haciendo perder el tiempo.

—¡Joder! Ya debería mostrar signos de mejoría —suelto con un suspiro.

Cleo se coloca detrás de mí. Me parece un buitre, inclinada así sobre mi hombro para mirar la pantalla de Soufiane. Este termina confirmándome lo que todos sabemos ya: Alice Sterenn no responde al tratamiento.

—Bueno, al menos lo has intentado —dice Cleo dándome una palmada en el hombro antes de volver a sentarse.

—Es demasiado pronto para tirar la toalla —digo—. Quizá podría aumentar las dosis. Todavía hay margen antes de alcanzar la dosis máxima impuesta por el comité.

Cleo niega con la cabeza.

—¿Soufiane? ¿Puedes meterle algo de sentido común en la cabeza?

—Eh... pues...

—No voy a cambiar de opinión. Soy yo quien dirige este proyecto, os lo recuerdo, ¡así que se hace lo que yo diga!

Soufiane no dice ni pío. Cleo, que suele tener siempre algo que decir, se queda callada. De repente, tengo la impresión de comportarme como mi padre, ese tirano que no toleraba ninguna contradicción.

—Vale, ¿y si llegamos a un acuerdo? Voy a aumentar las dosis y, si en una semana no hay ninguna mejoría, lo dejo. ¿Os parece bien?

Cleo ni siquiera se molesta en apartar la vista del ordenador.

—Tú mandas.

—Sí, yo mando y harías bien en recordarlo antes de cuestionar cada una de mis decisiones.

Gira en su silla para mirarme.

—La única decisión que cuestiono es la que has tomado sin consultarnos. Alice Sterenn ni siquiera debería ser tema de conversación, ni motivo de discusión. Su marido rechazó claramente cualquier tratamiento agresivo y eso es justo lo que estás haciendo. Al final, le das la razón.

Me gustaría defenderme, pero ante mi falta de argumentos, Cléo vuelve a tomar la palabra.

—¿Sientes algo por esa mujer?

—¿Cómo?

Me vuelvo hacia Soufiane, buscando un poco de apoyo ante este ataque a traición, pero fiel a su principio de neutralidad, se mantiene al margen de nuestra conversación. Solo intervendrá si la cosa se pone fea, lo que no debería tardar en pasar.

—¿Qué insinúas exactamente? ¿Que mis motivaciones no son puramente profesionales? ¿Que me atrae Alice Sterenn?

Ella me sostiene la mirada, imperturbable.

—Solo digo que, a veces, nuestras emociones pueden nublarnos el juicio sin que nos demos cuenta. Y que un hombre, incluso el más brillante, puede perder la cabeza por una mujer.

Aprieto los puños, conteniendo a duras penas mi indignación.

—¡Es ridículo! Es una paciente, nada más. Soy un profesional. No mezclo el trabajo con los sentimientos.

Ella se encoge de hombros, claramente poco convencida.

—¿Y qué piensas hacer con los demás pacientes?

La miro, desconcertado.

—¿Los demás?

—Ocho pacientes participan en el protocolo, cinco responden al tratamiento. Haz cuentas.

Bajo la mirada avergonzado. Solo he pensado en Alice. Hay otros dos pacientes afectados y ni siquiera he mirado sus nombres en la lista. Ante mi desconcierto, Cleo se ablanda.

—Tienes que plantearte esta pregunta: ¿también vas a aumentar las dosis para estos otros dos pacientes?

Dudo un segundo de más.

—Ya ves que tengo razón. No sé por qué Alice Sterenn es tan importante para ti, quizá te hayas enamorado a primera vista, ¿quién sabe? Pero sean cuales sean tus motivos, te nublan el juicio. Si no vas a aumentar las dosis de los pacientes que no responden, entonces no puedes hacer una excepción con ella.

Me quedo sin palabras. ¿Qué acaba de decir? ¿Amor a primera vista?

—No lo entiendes. Mis motivos son puramente científicos. El primer día del tratamiento, pasó algo.

Al instante me arrepiento de lo que acabo de decir, pero veo que es demasiado tarde para echarme atrás. Soufiane se gira en su silla y me mira con interés. Cléo mantiene su aire escéptico.

—A ver, la noche que le administré la primera dosis, ella reaccionó a mi presencia.

Cléo y Soufiane intercambian una mirada rápida. Soufiane toma la palabra.

—¿Quieres decir que su electroencefalograma mostró signos de actividad? Sin embargo, he examinado el historial de sus trazados y no he visto nada parecido. ¿Cuándo fue exactamente?

Vuelve a girarse hacia el ordenador, pero lo paro antes de que vuelva a abrir el expediente de Alice.

—Es su corazón —digo—. Empezó a latir más deprisa justo cuando iba a salir de su habitación.

Cleo niega con la cabeza y suspira, mientras que Soufiane se queda pensativo.

—Sé lo que estáis pensando. Que seguramente fue una reacción de su sistema vegetativo autónomo y que no tiene nada que ver con

que yo estuviera o no en la habitación, pero tenéis que creerme. Alice sabía que yo estaba allí y también sabía que me iba a marchar. Creo que no quería que la dejara sola.

Silencio. Cléo no grita y Soufiane no hace ningún comentario. Me miran como si hubiera perdido la chaveta o estuviera poseído. Pero algo en mí se niega a rendirse.

—No fue un simple reflejo. Ese día sentí algo, algo que va más allá de nuestros conocimientos actuales sobre el coma y la actividad cerebral residual.

Cleo se levanta sin perder la calma, lo que me asusta un poco, ya que no es propio de ella. Coge su abrigo y su bolso.

—Alguien dijo una vez: «Estamos aquí para medir, para objetivar, para cuantificar. No para sentir». Ese alguien eras tú. Espabila.

Y con estas palabras, sale del laboratorio. Soufiane me mira con aire compungido.

—Sabes, no le falta razón. Mira.

Con unos cuantos clics del ratón, la pantalla se llena de gráficos. Registros de electrocardiogramas. Los de Alice Sterenn. La actividad cardíaca que observé esa noche se puede encontrar en registros realizados en distintos momentos del día, tanto si estaba sola en su habitación como si recibía cuidados o incluso durante la visita de su marido. Las variaciones observadas son completamente aleatorias y eso es lo que Soufiane quiere hacerme entender. Pero yo ya sé todo eso, o mejor dicho, mi intelecto lo sabe y lo entiende. Lo que sentí aquella noche junto a Alice, mientras le cogía la mano y le hablaba, escapa a cualquier medida científica. Es una certeza arraigada en lo más profundo de mí, aunque sea incapaz de explicarla. Así que, sin decir una palabra más por miedo a hundirme todavía más, salgo del laboratorio, dejando a Soufiane solo frente a sus gráficos.

A pesar de mi seguridad ante Cléo y Soufiane, no puedo negar que la duda me corroe. ¿Y si tuvieran razón? ¿Y si mi empeño en continuar con este tratamiento experimental estuviera motivado por algo más que la ciencia? Niego con la cabeza, negándome a admitir esa posibilidad. Sin embargo, Cléo tiene razón en una cosa: si decido aumentar las dosis para Alice, entonces también debería hacerlo para los otros dos pacientes. Es mejor ser prudente y no cambiar

nada por ahora. Los pacientes seguirán recibiendo la misma dosis hasta que tengamos más datos para tomar una decisión.

Pasan los días y me sorprendo pasando cada vez más tiempo con Alice. Examino el más mínimo signo, el más mínimo estremecimiento que pueda indicar una mejoría en su estado. Pero nada cambia. Permanece desesperadamente inmóvil, como congelada en el tiempo.

Una semana más tarde, llegan los resultados. O mejor dicho, debería hablar de la ausencia de resultados. Alice Sterenn, que debería haber sido nuestra mejor candidata, resulta ser la paciente en la que la ketamina tiene menos efecto. Porque sí, los otros dos pacientes han empezado a reaccionar, dejando a Alice sola en la línea de salida.

—Lo siento mucho —me dice Cleo, que, contra todo pronóstico, ha venido a mi despacho para consolarme.

—No tanto como yo.

—Sin embargo, tienes motivos para alegrarte. El protocolo parece funcionar con los demás pacientes. No me extrañaría que uno de ellos saliera del coma en los próximos días.

Tiene razón. El proyecto es un éxito y, sin embargo, me invade una sensación de fracaso que no consigo quitarme de encima.

—«No se puede salvar a todos». ¿Recuerdas esa frase? Tú me la dijiste cuando colaboramos por primera vez.

Ojalá dejara de citarme a cada momento.

—¿Ah, sí? ¿Dije eso? No me acuerdo.

—Sí, bueno, un pequeño recordatorio de vez en cuando no viene mal.

Se acerca el final de la jornada y se respira un ambiente de víspera de fin de semana. Cleo y Soufiane se preparan para marcharse. Les oigo hablar de sus planes, de las salidas que tienen pensadas, de los amigos con los que van a quedar.

—Oye, ¿os apetece ir a tomar algo? —pregunta de repente Soufiane—. Acaban de abrir un bar cerca. Parece que hacen cócteles con nombres de enfermedades. Podría ser divertido.

No me apetece nada ir a un bar hasta arriba de gente. El ruido de las conversaciones, la música, la gente pasada de vueltas por el

fin de semana... No es lo mío.

—Yo paso, pero no dejéis de ir por mí.

Soufiane insiste, lo cual no es propio de él. Parece que quiere animarme a toda costa. Debo de estar realmente hecho polvo.

—Me quedaré un rato más. Tengo papeleo atrasado y luego me iré a casa. Nos vemos el lunes.

Soufiane me da una palmada en la espalda y me desea un buen fin de semana. Cléo, por su parte, me lanza una mirada suspicaz, como si supiera que voy a visitar a Alice. Solo que esta vez será la última.

El camino hasta el Instituto de Neurología me resulta tan familiar que podría recorrerlo con los ojos cerrados. Me repito que solo es para tranquilizar mi conciencia, que simplemente voy a despedirme de Alice. Pero cuando empujo la puerta de su habitación, sumida en la penumbra, me doy cuenta de que nada será tan sencillo.

42

Es sábado. Mi padre está sentado frente a mí, esperando que le dé el siguiente bocado: un pastel de carne con ese olor típico de comida precocinada. Absorto en mis pensamientos, reacciono y le acerco la cuchara. La engulle y me sonríe. Un poco de salsa le resbala por la barbilla. Se la limpio de forma mecánica. Desde que tiene alzhéimer, mi padre se ha convertido en un hombre cariñoso y dócil. Todo lo contrario del catedrático de cirugía que me crió. Debería alegrarme, ya que algunos pacientes se vuelven agresivos con la enfermedad, pero a veces tengo la sensación de que es así con todo el mundo. Si yo fuera un auxiliar al que viera por primera vez, me sonreiría igual.

—¿Estás triste?

La voz de mi padre me sobresalta. Me sorprende tanto que se me cae la cuchara. Lo observo atentamente mientras se agacha para recogerla.

—Hay que lavarla —dice al devolvérmela.

—Ah... sí, tienes razón, papá.

Me levanto y voy al cuarto de baño contiguo a su habitación. Es el único sitio que me recuerda que estoy en una residencia geriátrica y no en el piso de mi padre en el distrito XVI. Su habitación aquí está amueblada con los muebles de casa, también los cuadros; solo la cama, que es articulada, es diferente. Una cama individual con

barandillas protectoras, un mando para elevar el respaldo y un colchón antiescaras e impermeable. Pero, aparte de estos detalles, mi padre podría pensar que sigue en su casa. Incluso la vista al parque arbolado se parece un poco a la que tenía del Sena.

Enjuago la cuchara rápidamente bajo el agua caliente y decido pedir otra. Cuando vuelvo, mi padre sigue sonriendo. Me siento de nuevo y, contra todo pronóstico, vuelve a hacerme la misma pregunta.

—¿Por qué estás triste hoy?

Así que no había sido una ilusión la primera vez.

—¿Te parece que estoy triste?

—Sí.

—Pues no lo sé. Quizá sea por el tiempo. Ya es otoño.

Le llevo otra cucharada de pastel de carne con puré a la boca esperando zanjar el tema, pero parece que mi padre aún tiene cosas que decirme.

—Siempre has preferido el invierno al verano —dice entre bocado y bocado.

Extiendo la mano para limpiarle la salsa que le gotea por la barbilla, pero me detiene quitándome la servilleta de papel.

—Déjame, puedo hacerlo yo solo.

Me habían advertido de que podía haber momentos de lucidez, pero vivirlo en persona resulta muy desconcertante. Entonces percibo el brillo en los ojos de mi padre mientras me mira fijamente, como si de repente se hubieran reconectado los cables de su cerebro.

—¿Sabes quién soy? —le pregunto.

Arquea una ceja y una expresión que no había visto en su rostro desde hacía mucho tiempo me transporta años atrás, cuando yo era solo un niño asustado por su padre. Enseguida me doy cuenta de que ese aspecto duro y autoritario de su personalidad ha desaparecido. El hombre que tengo delante me mira con lo que podría interpretar como cariño, si me atreviera a creerlo.

—Pues claro que sé quién eres. Cuéntame. ¿Qué ha pasado? ¿Te han reñido en el colegio? ¿Tus compañeros no han sido amables contigo?

Ah... eso cree.

—Sí, una chica me está molestando en el colegio.

Contengo una sonrisa al pensar en Cleo.

—¡Ah! Entonces a lo mejor está enamorada de ti.

—No, le gusta otro, pero cree que a mí me gusta una chica.

—¿Entonces está celosa?

—No exactamente. Pero cree que no hacemos buena pareja.

Parece reflexionar mientras paso al postre: un flan al que le quito la tapa.

—¿Y tú quieres a esa chica?

Madre mía, ¿en qué lío me he metido?

—Me gusta... creo.

—Entonces no hagas caso a los demás. Haz lo que te dicte el corazón.

Son palabras que mi padre, antes de enfermar, jamás habría pronunciado. Seguir al corazón, confiar en las emociones, sentir. Palabras sacrilegas para el brillante y aclamado científico que fue.

Mientras el tren me lleva de vuelta a casa, vuelvo a pensar en las palabras de mi padre: «Haz lo que te dicte el corazón». No necesito más para ceder a mi deseo de volver a ver a Alice, así que esa misma noche regreso a su lado. Si de verdad puede percibir mi presencia y oírme, se preguntará qué hago allí. Ayer mismo le dije que no volvería a verla. Y, sin embargo, aquí estoy, sentado junto a su cama, esperando desesperadamente el más mínimo movimiento que pueda indicar una mejora en su estado.

A la mañana siguiente, salgo a correr. Vivo cerca del parque Montsouris y, aunque no es el sitio ideal para hacer footing, siempre es mejor que correr por la acera tragando contaminación.

El domingo se me hace eterno. Me gustaría estar con ella ahora mismo. Pero es fin de semana y el riesgo de toparme con su marido es demasiado alto, así que me entretengo como puedo mientras espero que anochezca.

Esta noche, una vez más, me cuelo en la habitación de Alice como un intruso. La contemplo, bella durmiente que se niega a abrir los ojos pese a todos mis esfuerzos.

Pasan las horas. La enfermera de noche ya ha venido. Sigue pensando que solo estoy aquí para administrar el tratamiento experimental. Se supone que ahora debería irme, pero esta noche no encuentro fuerzas para marcharme.

He decidido dejar de darle vueltas. No quiero saber por qué me encuentro al lado de una desconocida en lugar de estar en mi casa o intentando reconciliarme con mi ex. Mi ex... De pronto me doy cuenta de que no he pensado en Marie desde hace semanas. Nuestra ruptura, sus reproches, su voz acusándome de no comprometerme nunca de verdad... Todo eso se ha esfumado sin que me diera cuenta. Si me viera aquí, al lado de esta mujer en coma, seguramente diría que es típico de mí: enamorarme de alguien inalcanzable. Puede que tuviera razón. Pero, una vez más, lo aparto de mi mente. No quiero entenderlo. Estoy aquí. Ahora. El resto no importa.

El silencio de la habitación me envuelve y, sin darme cuenta, acabo quedándome dormido. De repente, noto que alguien me sacude suavemente el hombro. Abro los ojos, desorientado, y me doy cuenta de que sigo en el Instituto de Neurología, en la habitación de Alice. Ya ha amanecido y los rayos del sol me deslumbran momentáneamente.

—No debes quedarte aquí.

Me giro y veo a Sophie mirándome con preocupación. Evidentemente, acaba de empezar su turno. Me levanto de un salto.

—Nadie te ha visto, bueno... todavía no. Pero no tardarán. Sé que estás aquí para ayudarla pese a la negativa de su marido.

Me tenso.

—Me lo contó mi compañera del turno de noche. Pensaba que yo lo sabía. Le mentí. Le dije que sí. Podrías habérmelo contado.

Agacho la cabeza, algo avergonzado.

—No es por falta de confianza. Es solo que no quiero arrastrar a nadie conmigo si alguna vez se enteran.

Sophie asiente y su rostro se endurece un poco más.

—Por cierto, tengo que decirte algo. Es Hugo Le Treuvier. Está haciendo preguntas.

Al mencionar al marido de Alice, me pongo en guardia. Había olvidado por completo que era una mujer casada.

—¿Qué tipo de preguntas?

Sophie me rodea para colocarse frente al gotero, que desconecta para cambiarlo por una bolsa nueva. Sus dedos ajustan la ruedecilla de plástico sobre el tubo para regular el flujo. Pequeñas gotas caen en la cámara cuentagotas, cada vez más deprisa.

—Quería saber si su mujer recibía visitas aparte de las suyas. Parecía especialmente interesado en tus idas y venidas por la planta.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué le dijiste?

—Pues le dije que pasabas por aquí regularmente como parte de tu proyecto. Pero no parecía convencido.

Asiento con la cabeza, intentando disimular mi inquietud.

—Gracias por avisarme.

De pronto, tengo ganas de salir de aquí. No se permiten visitas por la mañana, así que hay pocas posibilidades de que me lo encuentre, pero la sombra amenazante de Hugo Le Treuvier planea sobre mí.

—¿Vas a volver a verla? —me pregunta Sophie mientras me dispongo a abrir la puerta.

Con la mano en el pomo, suspiro, agotado.

—No creo.

—Si es por lo que te he dicho, solo era para que tuvieras más cuidado.

—Lo sé. No es por eso. El proyecto no avanza como esperaba. Bueno, sí, pero no en el caso de Alice. No ha mostrado ninguna respuesta positiva al protocolo, así que ya no tengo motivos para venir.

Sophie me mira con extrañeza. Parece decepcionada, creo.

—¿Entonces tú también vas a abandonarla?

Me tenso.

—Nadie viene a verla. Está sola. Las visitas relámpago de su marido no sirven para nada.

Me vienen a la mente los artículos sobre Alice. En ningún sitio se menciona a hermanos o hermanas y no recuerdo haber leído ni oído

nada sobre su familia. Está su mejor amiga, a la que Alice ha mencionado una o dos veces. Creo haberlas visto juntas en una de las fotos. Entonces comprendo que Sophie tiene razón. Pero ¿qué puedo hacer? No me corresponde a mí llenar el vacío emocional en la vida de Alice Sterenn.

—Seguramente piensas que ella no puede sentir tu presencia, pero te equivocas. Sé que tus visitas le hacen bien y creo que, en el fondo, tú también lo sabes.

—Saber y sentir son dos cosas distintas.

Sophie se vuelve hacia Alice y no puedo evitar seguir su mirada. Se me encoge el corazón en cuanto poso los ojos en su rostro pálido y delicado. Es tan hermosa...

—Vuelve a verla. Y esta vez, háblale.

—Pero si ya lo hago —digo a la defensiva.

—Háblale de verdad, como lo harías con una persona consciente. Como si pudiera responderte. Quizá te sorprendas.

43

«Cuando pinto, me gusta sumergirme por completo en mi universo. Pongo música, sobre todo jazz. Miles Davis, John Coltrane... Sus melodías me transportan. Me permiten dejarme llevar y liberar mi creatividad».

La voz de Alice Sterenn sale de los altavoces de mi ordenador. Resuena en mi piso y me pregunto cómo sería si estuviera realmente aquí, sentada en el sillón frente a mí. Le ofrecería una copa y ella me sonreiría. Hablaríamos de las circunstancias de nuestro encuentro. Le confesaría que, por ella, he puesto en peligro mi carrera. Ella querría saber por qué he corrido tantos riesgos y, entonces, no sabría qué responderle. Probablemente le mentiría. La verdad le daría demasiado miedo. A mí me da miedo.

«El olor del óleo, de la trementina... Para mí es como un perfume de infancia. Mi abuelo era pintor aficionado y me transmitió su pasión. Recuerdo las horas que pasaba en su estudio, observándolo trabajar. Me fascinaba».

Sonrío al pensar en Alice de pequeña, con los ojos muy abiertos, viendo cómo un paisaje cobraba vida en el lienzo. Me la imagino sentada en las rodillas de su abuelo mientras él le ponía su primer pincel en la mano.

«Hay cosas que no se pueden expresar con palabras... Por eso pinto. Los colores, las texturas, los movimientos del pincel sobre el

lienzo... A veces es como si mi mano tuviera voluntad propia, como si supiera exactamente qué hacer para plasmar lo que siento. La pintura me permite ir más allá de las palabras, expresar lo inexpresable».

Observo el lienzo que preside mi salón. Por ahora, está apoyado en el suelo. Aún no sé dónde voy a colgarlo ni si tengo anclajes lo bastante sólidos para soportar el peso del bastidor. Me lo ha traído una empresa especializada en transporte de obras de arte. Cuando me preguntaron dónde quería colocarlo, les dije que aún no lo había decidido. Ahora sé que la única pared de mi piso lo suficientemente grande para el lienzo está en mi dormitorio. Todavía no me he atrevido a colgarlo allí. Una parte de mí lo encuentra casi indecente.

Me sirvo un poco de vino y observo el paisaje otoñal pintado por Alice. Lo que me sorprendió cuando desembalaron el lienzo fue que parecía diferente del que había visto en la galería. Aquí, entre mis cosas, la obra adquiere una dimensión completamente distinta. Es extraño, pero este lienzo parece haber sido pintado expresamente para mí. El otoño siempre ha sido mi estación favorita. Mientras miro el lienzo, cobra vida ante mis ojos. Los colores son tan intensos que parecen vibrar. La pintura de Alice crea una especie de experiencia sinestésica, invitando a todos los sentidos a participar, aunque solo se trate de una representación bidimensional de la realidad. Algo que solo debería poder percibirse a través de la vista. Y, sin embargo, todos mis sentidos se despiertan: juraría que oigo el crujir de las hojas secas, que siento la humedad en el aire. Entonces vuelvo a pensar en lo que me dijo Sophie. Y poco a poco germina una idea en mi mente.

Al día siguiente, envío un mensaje a Cléo y Soufiane para avisarles de que llegaré un poco tarde. Cuando empujo la puerta de Sennelier, la famosa tienda de material artístico parisina, me invade una mezcla de olores extraños. No hay nadie en la tienda, ningún cliente aparte de mí. Me acerco al mostrador, de repente intimidado por las filas de tubos de pintura, los pinceles de todos los tamaños y los lienzos de distintos formatos. Un hombre mayor levanta la vista para mirarme con recelo, como si hubiera comprendido que no pertenezco a ese universo.

—¿Busca algo?

Saco la lista que he elaborado cuidadosamente a partir de las entrevistas con Alice, donde enumera sus materiales favoritos.

—Sí, yo... Es para una amiga. Una pintora. Me ha dado una lista de materiales...

Su rostro se relaja mientras revisa la lista y asiente con la cabeza.

—Vale, voy a buscarlo todo.

Sin decir nada, desaparece detrás de las estanterías. Unos instantes después, vuelve para dejar los artículos en el mostrador antes de volver a desaparecer. Este ir y venir dura unos diez minutos, hasta que el sonido de mi móvil me anuncia la llegada de un mensaje.

¿Dónde estás? Necesito que firmes unos albaranes.

Es Cleo, y los pedidos no son más que una excusa para satisfacer su curiosidad. Más vale que le responda algo, si no, me va a bombardear con mensajes.

Voy de camino.

El vendedor vuelve con un frasco de cristal en la mano mientras guardo el móvil.

—Disculpe —dice mientras observa la lista que le he dado—. Necesito una aclaración. —¿Sí? —Es sobre la trementina. El olor puede ser bastante fuerte. ¿Seguro que no quiere la versión sin olor?

Niego con la cabeza mientras las palabras de Alice resuenan en mi mente. «El aroma de mi infancia», le había respondido al periodista. Su abuelo seguramente no usaba una versión sin olor, ni siquiera existía en aquella época.

—No, quiero exactamente lo que pone en la lista.

El vendedor se encoge de hombros y se coloca detrás de la caja registradora. Alinea mis compras en el mostrador: tubos de pintura, frascos de pigmentos, bolsas de blanco de Meudon, pinceles diversos, cuaderno de bocetos, caja de carboncillo, frasco de

trementina. El importe aparece en la pantalla: varios cientos de euros.

—¿Cómo va a pagar? —Con tarjeta, por favor. ¡Espere! También necesito lienzos. —¿De qué tipo? —pregunta el vendedor. —Pues... —Tenemos algodón, poliéster, lino, por supuesto...

Las palabras de Alice me vienen a la mente. En la entrevista, insistía en la importancia de una tela de calidad. «Siempre lino puro, como los antiguos maestros».

—Lino —respondo con renovada seguridad. —¿Cuánto necesita? Lo vendemos por metros. —Un metro.

Él arquea una ceja, perplejo, pero obedece sin hacer comentarios. Mientras espero a que me dé el total de mis compras, veo unas paletas de madera. Me parece haber visto una similar en una fotografía del estudio de Alice Sterenn.

—Me llevaré eso también.

Pago la cuenta y salgo de la tienda. Sentado en el metro, me pregunto cómo voy a aguantar hasta esta noche. Estoy deseando volver a ver a Alice.

44

Cuando abro la puerta del laboratorio, media hora después, Cleo y Soufiane levantan la vista hacia mí, y su atención se centra inmediatamente en la bolsa que llevo en la mano.

—¿Qué has comprado? —pregunta Cleo, intrigada.

Antes de que pueda responder, Soufiane me quita la bolsa de las manos y empieza a vaciarla. Tubos de pintura, pinceles, lienzos... Extiende todo el material sobre la mesa, frunciendo el ceño.

—¿Te ha dado por pintar? —pregunta, desconcertado.

Pero Cleo ya lo ha pillado. Lo veo en sus ojos, que se abren ligeramente. Luego su expresión se endurece.

—Es para Alice Sterenn, ¿verdad? —dice con voz tensa—. Quieres usar todo esto para estimularla.

Suspiro, de repente agotado de tener que justificarme constantemente.

—Escucha, Cleo...

—No, escúchame tú a mí —me corta—. Sé que quieres ayudarla. Pero ahora mismo no piensas con claridad. Una cosa es incluir a esa mujer en el programa sin el consentimiento de su marido, pero si encima te saltas el protocolo...

—Solo son unos cuantos pinceles y algo de pintura. ¿No crees que te estás pasando?

—¡Precisamente! —estalla Cleo—. El proyecto pretende demostrar la eficacia de los psicodélicos en la recuperación de la consciencia. Si metes otras variables, ¡echas por tierra todos los datos!

Me callo, sin saber qué decir. En el fondo, sé que tiene razón. Mi empeño en salvar a Alice me está nublando el juicio. Estoy a punto de saltarme las reglas más básicas de la investigación científica.

Soufiane nos observa, completamente perdido. De pronto me doy cuenta de lo absurdo que debe parecerles mi comportamiento. No entienden qué me lleva a asumir todos estos riesgos por una sola paciente. ¿Y cómo iban a entenderlo? Ni yo mismo tengo claro qué me pasa. ¿Mis motivaciones son puramente profesionales o hay algo más personal en mi obsesión por sacar a Alice Sterenn del coma?

Cierro los ojos un momento, invadido de repente por un cansancio enorme. Quizá Cleo tenga razón. Quizá esté perdiendo el norte, empeñado en una búsqueda imposible. Pero una parte de mí se resiste todavía a tirar la toalla. Porque más allá de toda lógica científica, más allá incluso de mis propias ambiciones, tengo la certeza absoluta de que puedo salvarla. De que debo salvarla.

—Lo siento —digo finalmente—. Tenéis razón, los dos. Me he pasado. No volverá a ocurrir.

Cleo asiente, aunque no parece muy convencida. Sé que me va a tener vigilado, controlando cada uno de mis movimientos. Y no puedo echárselo en cara. En su lugar, yo haría exactamente lo mismo.

Guardo el material de pintura en un armario, intentando ignorar la punzada de frustración que me aprieta el pecho. Solo es cuestión de tiempo, me digo. Encontraré otra forma de ayudar a Alice, una que no ponga en peligro la integridad del proyecto.

Pero de momento, tengo que tragarme el orgullo y centrarme en mi trabajo. Los demás pacientes del protocolo también cuentan conmigo. No puedo descuidarlos por una sola persona, por mucho que me importe.

Me pongo a analizar los últimos resultados, pero la imagen de Alice Sterenn no se me va de la cabeza. No la veo inmóvil en una cama de hospital, sino vibrante ante las cámaras, hablando de su

arte con una pasión desbordante. Y no puedo dejar de pensar en sus ojos verdes, en las ganas que tengo de que me miren.

45

Esta noche, cuando entro en la habitación del hospital, solo llevo mi mochila y las dosis de ketamina. He dejado los materiales de Sennelier en el laboratorio. Aunque me cueste admitirlo, las críticas de Cléo sobre el protocolo tenían razón. Si introduzco una variable, por mínima que sea, los resultados no valdrán para nada. Para que el proyecto salga adelante, todos los pacientes deben recibir el mismo tratamiento. Si estimulo a Alice como quería, haciéndole oler los aromas familiares del óleo y la trementina, tendría que hacer algo parecido con los demás pacientes del estudio. Y eso no es posible. Así que me limito a administrarle la dosis prevista de ketamina. Ni más ni menos. Una vez hecho, recojo todo y cierro la bolsa. Pero cuando estoy a punto de irme, oigo pasos que se acercan. He venido las veces suficientes para reconocer el ritmo de la enfermera de noche. Sin embargo, no es ella quien hace resonar los zapatos en el pasillo. Los pasos se acercan y la puerta se abre, dejándome apenas tiempo para esconderme en el baño. Una sombra pasa por delante sin verme. Una silueta esbelta. Un hombre. Hugo Le Treuvier, el marido de Alice.

¿Qué hace aquí a estas horas? Las visitas ya han terminado. Entonces caigo en la cuenta de que él tiene todo el derecho a estar aquí. Mientras que yo... No tengo tiempo de pensar en las

consecuencias si me encuentra escondido en la habitación de su mujer, porque se inclina sobre ella.

Por un instante, creo que va a besarla en los labios, pero se desplaza ligeramente hacia un lado. Parece que le susurra algo al oído. No oigo nada, pero es evidente que lo está haciendo. Permanece así durante unos largos minutos antes de incorporarse. La observa unos instantes más y luego se da media vuelta. La puerta se cierra y puedo volver a respirar. Sin embargo, aún no me atrevo a salir de mi escondite. Hugo Le Treuvier podría volver, aunque lo dudo.

Al cabo de unos minutos, entreabro la puerta del baño. No hay nadie. Alice parece dormir tranquilamente, como si la visita de su marido no hubiera ocurrido. Aun así, puedo sentir su perfume almizclado flotando en el aire. Un olor que me hace arrugar la nariz. Siempre he desconfiado de los hombres que eligen fragancias embriagadoras, demasiado intensas para pasar desapercibidas. Denota un rasgo de carácter que no tiene en cuenta a los demás. Mi padre era uno de esos hombres. Cuando salía de una habitación, su perfume permanecía mucho tiempo, a veces varias horas después de haberse ido. Me entran ganas de abrir las ventanas de par en par, pero, por supuesto, no lo hago. Ni siquiera estoy seguro de que se puedan abrir. Es una cuestión de seguridad.

Me acerco a Alice y, de repente, se oye un sonido en la habitación. Un gemido, me parece.

—¿Alice?

Agudizo el oído, pero esta vez solo me responde el silencio. Sin embargo, no me lo he imaginado. Era su voz.

—¿Me oyes?

Le cojo la mano y su corazón se acelera. En el monitor veo cómo su frecuencia cardíaca aumenta progresivamente, como el cuentarrevoluciones de un coche que acelera. ¿Ha sido la visita de su marido lo que ha provocado esto? ¿Percibe el aroma de su perfume, como yo? Entonces caigo en la cuenta de que quizá cree que él sigue aquí y que es él quien le coge la mano.

—Tranquila, Alice, todo va bien. Soy yo, el doctor Cleiry... Adrien.

Los latidos se ralentizan. Es real. Me gustaría creer que es mi presencia la que la tranquiliza, pero eso significaría que sabe que estoy aquí, que me oye. Todo ello es incompatible con un coma. Por lo tanto, o su reacción se debe a la actividad errática de su sistema nervioso autónomo, o Alice Sterenn está consciente. Y si es así, ¿hasta qué punto? Solo una resonancia magnética funcional podría determinarlo.

Por ahora, no es más que una hipótesis, una simple impresión. Me prometo hablar con Cléo y Soufiane mañana. Hay que reevaluar a Alice. Quizá, a diferencia de otros pacientes que mostraron signos inmediatos de respuesta a la ketamina, Alice necesitaba más tiempo. Se sabe que los efectos de los psicodélicos perduran mucho después de que la molécula haya desaparecido del organismo. Un efecto residual que los científicos como yo aún tenemos dificultades para explicar. Una de las hipótesis es que la sustancia provoca una modificación cerebral, un cambio que no desaparece, a diferencia de la molécula química. Y la ketamina tiene efectos similares.

¡Tengo que volver al laboratorio! Pero cuando suelto la mano de Alice, el fenómeno se repite. Esta vez más intenso. Su corazón se acelera y es como si la oyera llamarme pidiéndome que me quede con ella. Así que vuelvo a sentarme a su lado y le aprieto suavemente la mano.

—Todo va bien, Alice. Estás a salvo.

Su corazón se calma. Esta vez no tengo ninguna duda.

—Abre los ojos si me oyes.

Pero pasan los segundos, luego los minutos. Nada. No hay respuesta.

—No puedo quedarme aquí, Alice. No tengo derecho. Aunque me gustaría. Si pudiera, me quedaría contigo. Siempre.

Sí, lo creo de verdad. Cleo tiene razón. Puede que sienta algo por Alice Sterenn, una mujer a la que no conozco. Una mujer casada. Una paciente. Aun así, la imagen de nuestras manos entrelazadas me parece de lo más natural. ¿Es posible que todos tengamos un alma gemela? ¿Una persona que nos está destinada? Siempre pensé que eran fantasías de adolescentes, útiles solo para nublar el juicio de las jóvenes enamoradas. Pero esta noche siento esa conexión

invisible que nos une. Y Alice también la siente. O tal vez soy un caso de delirio amoroso sin esperanza de curación.

Cuando empiezo a cabecear, doy un respingo. Ni hablar de que me pillen por la mañana temprano en su habitación. Una vez basta. Y la próxima vez podría ser Hugo Le Treuvier quien me despertara, en lugar de Sophie.

Sin embargo, no consigo encontrar fuerzas para marcharme. Es como si la estuviera abandonando. Algunos pacientes que han salido del coma han relatado experiencias aterradoras, dignas de películas de terror: se encontraban en lugares hostiles, perseguidos por criaturas que intentaban devorarlos. ¿Es ese el caso de Alice? ¿Está atrapada en sus pensamientos? ¿Revive la noche de su agresión?

—¿Qué debo hacer? —pregunto en voz alta.

De repente se me ocurre una idea. Meto la mano en el bolsillo del abrigo, donde está mi móvil. Los auriculares con cable están enrollados alrededor. Soufiane se ha reído bastante de mí por eso. No entiende por qué no tengo auriculares Bluetooth, como cualquier persona normal que vive en nuestra era totalmente inalámbrica. El problema es que seguro que los perdería.

Enciendo el móvil y abro la aplicación de música. Al cabo de unos instantes encuentro lo que busco: una canción de jazz titulada Blue in Green, uno de los clásicos de Miles Davis que Alice ha confesado escuchar mientras pinta. Me acerco y le pongo los auriculares en los oídos. A continuación pongo la canción.

Y espero.

46

Son más de las tres de la madrugada cuando por fin salgo de la habitación de Alice. Se ha quedado dormida plácidamente, con los auriculares puestos, escuchando todavía a Miles Davis. En lugar de volver a casa a estas horas, decido pasar el resto de la noche en el laboratorio. A pesar de la emoción que me produce la idea de hacerle una resonancia magnética funcional a Alice por la mañana, me quedo dormido enseguida en el sofá de mi despacho. Unas horas después, al amanecer, salgo del edificio antes de que lleguen Cleo y Soufiane y voy directamente al Instituto de Neurología. Aunque es muy temprano, confío en poder hablar con el médico de Alice para convencerle de que le haga la prueba.

Para mi sorpresa, cuando se abren las puertas del ascensor, hay un revuelo inusual en la unidad de cuidados intensivos. Los celadores, con sus batas, pasan a mi lado a toda prisa, casi empujándome. Todos van en la misma dirección: la habitación de Alice. Se ha formado un grupo delante de su puerta que me impide acercarme. Reconozco a la enfermera del turno de noche, enfrascada en una conversación en voz baja con su compañera. Su presencia a estas horas no es normal. De hecho, todo el equipo de noche sigue aquí, lo que no pinta nada bien.

El miedo se apodera de mí. Algo va mal. Me acerco con el corazón acelerado cuando alguien me coge del brazo y me aparta.

Es Sophie. Tiene los ojos brillantes y me doy cuenta de que ha estado llorando.

—¿Qué pasa? ¿Es Alice? ¿Le ha pasado algo esta noche?

Apenas reconozco mi voz, ronca por la emoción. Sophie asiente y entonces esboza una sonrisa.

—Esta mañana, cuando empecé mi turno, fui a ver a Alice. No me di cuenta al principio, pero tenía los ojos abiertos.

¿Los ojos abiertos? No es raro en pacientes comatosos, aunque nunca se lo había visto a ella. Contengo la respiración.

—Doctor Cleiry... ha intentado hablarme.

Me tomo unos segundos para procesar la noticia.

—¿Me está diciendo que ha salido del coma?

Sophie asiente y su sonrisa se ensancha.

—Sí. Los médicos la están examinando ahora mismo.

Una oleada de emociones me invade. Quiero correr hacia su habitación, pero Sophie me frena con un gesto.

—Su marido está con ella.

Me quedo paralizado. Necesito verla, hablar con ella. Pero ¿cómo reaccionaría Hugo Le Treuvier si me viera aparecer en la habitación de su mujer? Él, que ha hecho todo lo posible por mantenerme alejado. Para él, siempre he sido más una amenaza que un aliado. Y entonces pienso en Alice. Debe de estar confusa, desorientada. Seguramente no sabe quién soy y mi presencia podría asustarla.

—Vale, pero no pienso irme de aquí.

Puedo esperar a que su marido se vaya para verla. Me quedaré aquí todo el día si hace falta.

—Venga, le invito a un café. Es mejor que Hugo Le Treuvier no le vea aquí.

Acepto a regañadientes. Pero cuando voy a seguirla, se abre la puerta de la habitación. Hugo Le Treuvier sale el primero. El personal se aparta a su paso mientras se dirige hacia los ascensores. Pasa por delante de nosotros sin mirarnos, con el rostro impasible, como siempre. Parece indiferente, aunque quizá simplemente esté en shock. Espero ver salir a los médicos, pero la puerta se cierra. Algo está pasando, lo presiento, y Sophie también, porque decide ir a informarse. Cuando vuelve cinco minutos después, ya no sonríe.

—¿Qué pasa? Está bien, ¿verdad?

Sophie vacila.

—Sí, físicamente está bien.

—¿Qué quieres decir?

—Alice Sterenn tiene amnesia. No recuerda lo que pasó antes de entrar en coma. Y... al parecer, también tiene alucinaciones.

—¿Alucinaciones? —repito, atónito.

Sophie asiente.

—Sí, describe visiones extrañas, cosas que no pueden ser reales. Los médicos creen que es consecuencia del traumatismo craneal.

Se me encoge el estómago. Problemas de memoria a corto plazo, alucinaciones... ¿Podría estar relacionado con el tratamiento experimental que le administré? Sophie parece leerme el pensamiento, porque me pregunta en voz baja si la ketamina puede provocar estos síntomas. Suspiro y me paso la mano por la cara, agotado.

—Las dosis que le administré eran muy bajas, pero sí, es posible.

No le hablo de la persistencia, de que los efectos pueden mantenerse mucho tiempo después de eliminar la sustancia. No me atrevo a imaginar lo peor. ¿Y si la ketamina hubiera causado un cambio permanente en el cerebro de Alice? La culpa me aplasta. Las consecuencias de mis actos son mucho más graves de lo que había imaginado. Cleo tenía razón. Y Hugo Le Treuvier también. Quizá sí represento un peligro para su mujer.

Abatido, vuelvo al Instituto del Cerebro. Huyo, como siempre. Tendré que encontrar el valor para hablar con Cleo y Soufiane, aunque seguramente ya lo sepan, lo cual no me sorprendería. Y efectivamente, cuando entro en el laboratorio, no son mis colegas quienes me reciben, sino el presidente del Comité de Ética en persona. El profesor Grelier me lanza una mirada gélida y comprendo que lo sabe todo.

—¡Cleiry, a mi despacho ahora mismo!

Resignado, lo sigo como un condenado camino del patíbulo.

47

Sentado tras su escritorio, el profesor Grelier se digna por fin a abrir la boca. —Esta vez, Adrien, te has pasado de la raya.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No es tanto lo que acaba de decir como el tono que ha empleado. Un tono frío y cortante, como el de un juez a punto de dictar sentencia. Parece esperar que me defienda, pero no sabría por dónde empezar. Porque soy culpable.

—Está citado para comparecer ante el consejo de disciplina.

Ya está.

—Sus recientes acciones han puesto en peligro la vida de una paciente y han comprometido la integridad de nuestro instituto.

Ni siquiera debería sorprenderme. Como era de esperar, Hugo Le Treuvier ha cumplido sus amenazas.

—Hasta que lo juzguen sus compañeros, queda apartado del proyecto de investigación.

Hace otra pausa y, esta vez, me atrevo a hablar.

—¿Quién me sustituirá?

El profesor Grelier se inclina ligeramente hacia delante, cruzando las manos sobre el escritorio.

—Cléo Dufresne.

Me invade una sensación de traición. Ahora entiendo lo que debió de sentir Julio César al recibir la primera de las veintitrés puñaladas.

—¿Ha sido ella quien me ha denunciado?

—Denunciar es una palabra muy fuerte. Digamos que compartió su preocupación con los miembros del Comité.

Mira el reloj y luego me clava la mirada.

—Debería ir a recoger sus cosas. He solicitado que le revoquen todos los accesos, así que dentro de poco ya no podrá entrar en el instituto.

Me quedo ahí, hundido en la silla, completamente aturdido.

—Pero... ¿qué voy a hacer?

—Para empezar, váyase a casa. En unos días recibirá por correo certificado la citación para el consejo disciplinario.

Me levanto tambaleándome y, cuando estoy a punto de cerrar la puerta de su despacho, el profesor Grelier no puede resistirse a asestarme una última puñalada:

—Me entristeció mucho lo de su padre. Una mente tan brillante como la suya, devastada por el alzhéimer... La vida puede ser terriblemente irónica. Pero quizá sea mejor así: al menos nunca sabrá hasta qué punto ha deshonrado su apellido.

Estas últimas palabras me superan y salgo de su despacho sin siquiera intentar defenderme.

Cuando llego al laboratorio, Cléo y Soufiane están allí.

—No interrumpáis vuestra conversación por mí. Solo vengo a recoger mis cosas y me voy.

Soufiane pone cara de circunstancias. En cuanto a Cléo, sigue con la nariz metida en un expediente. Pero cuando tengo la mano en el tirador del cajón, me doy la vuelta, incapaz de seguir callado.

—Supongo que debo felicitarte.

Ella se estremece como si la hubiera pinchado con una aguja. Cuando se gira para mirarme, su rostro refleja una mezcla de rabia y tristeza.

—¿Te crees que me alegra? ¡Menos mal que he sido yo quien ha alertado al Comité de Ética y no Hugo Le Treuvier!

Se levanta bruscamente y las hojas del expediente que estaba leyendo revolotean a su alrededor antes de caer al suelo.

—Solo lamento una cosa —continúa—: no haberlo hecho antes. Quizá aún habrías podido salvar tu carrera.

Y con estas palabras, sale del laboratorio. Soufiane recoge las hojas del suelo y las vuelve a colocar en el expediente.

—Sabes que se siente fatal, ¿no? No quería quitarte el puesto, lo sabes, ¿verdad?

Suspiro. La amargura que sentía se disipa mientras recuerdo la mirada de Cléo y las lágrimas que intentaba contener. La he decepcionado, lo sé. Me decepciono a mí mismo, pero lo hecho, hecho está, y lo peor es que sé que volvería a hacerlo si tuviera la oportunidad.

—No debería sentirse culpable. Ha demostrado ser la persona adecuada para dirigir el proyecto. Puedo marcharme tranquilo.

Soufiane levanta una ceja, como preguntándose si hablo en serio.

Le doy una palmada en el hombro y, después de poner buena cara, me apresuro a seguir el ejemplo de Cléo y salgo del laboratorio antes de ponerme a llorar como un crío.

Atravieso el vestíbulo y me doy cuenta de que probablemente sea la última vez que mis pasos resuenen en este lugar. Un lugar que se había convertido en mi segundo hogar, donde pasaba mis días, pero también mis noches y mis fines de semana. Era hora de volver a equilibrar mi vida, y ya me veo tirado en el sofá viendo la tele o, más probablemente, delante del ordenador, navegando por internet en busca de las últimas entrevistas sobre Alice Sterenn.

Fuera, el aire fresco del otoño me espabila. El viento me empuja suavemente, como una mano helada que me acompaña hacia la salida. A esta hora, soy el único que camina en esa dirección. Eso es lo que creo hasta que distingo la esbelta silueta de Hugo Le Treuvier a varias decenas de metros de mí. Olvidándome de toda prudencia, acelero el paso. Necesito hacerle preguntas sobre Alice, pero al acercarme, me doy cuenta de que está hablando por teléfono:

«No, no hay nada que temer. Y aunque mi mujer llegara a recordar al hombre que la agredió, no será difícil convencer a un psiquiatra de que simplemente es víctima de otra alucinación. Sí... Pero sí, te lo digo, deja de preocuparte. Yo mismo me encargaré de ello».

PARTE III

Marian Moreau

48

Adrien se queda callado. Espera mi reacción a lo que acaba de contarme. La cabeza me da vueltas y unas ligeras náuseas me revuelven el estómago. Tengo ganas de vomitar.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

Adrien pone su mano sobre la mía. La miro sin reaccionar, dejando que su calor se extienda por mi piel helada. Esa sensación me resulta familiar y entonces sé que dice la verdad. Era él quien estaba a mi lado en el hospital. Mi cuerpo lo recuerda, aunque mi mente me traicione.

—No llores.

Con la otra mano me acaricia la cara y me seca las lágrimas que ya no puedo contener.

—No puedo creer lo que has dicho sobre Hugo. ¿Cómo sé que dices la verdad?

Adrien retrocede bruscamente, como si le hubiera abofeteado, y retira la mano.

—Yo... nada. No hay pruebas. Pero sé lo que oí.

—¡O sea que me pides que te crea sin más, cuando no has hecho más que mentirme desde el día en que nos conocimos!

Baja la mirada.

—Es cierto, te mentí. Y lo siento. Pensé que era lo mejor para ti y luego... temí que no quisieras saber nada más de mí si te enterabas

de lo que había hecho.

Respiro hondo, pero mi corazón se niega a calmarse. Adrien parece dudar, seguramente preguntándose si soy lo bastante fuerte como para soportar lo que aún tiene que decirme.

—Cuando escuché la conversación de tu marido, pensé que quizá tenía algo que ver con la agresión.

—Entonces, ¿por qué no fuiste directamente a la policía?

—Lo pensé, claro. Pero la conversación que escuché es todo lo que habría podido ofrecer a los investigadores, o sea, casi nada. Además, habrían descubierto mi relación contigo y el motivo de mi despido del Instituto.

»Necesitaba pruebas reales, así que cuando se presentó la oportunidad, decidí mudarme para vigilarte por si tu marido o cualquier otra persona intentaba hacerte daño.

Suspiro, poco convencida.

—¿No será más bien porque querías seguir con tus observaciones? Al fin y al cabo, soy tu conejillo de Indias.

Adrien asiente, pero esta vez me mira a los ojos.

—Es cierto, mi decisión de instalarme en la casa de al lado tiene que ver en parte con el protocolo. La ketamina que te administré puede modificar la arquitectura del cerebro, reorganizar las conexiones neuronales. Así que sí, quería asegurarme de que no tuvieras otros efectos secundarios.

Esta vez estoy perdida. ¿De qué está hablando?

—¿Qué efectos secundarios?

—Alucinaciones, principalmente.

Vacilo.

—¿Te refieres a la mujer rubia que veo desde mi estudio?

—Sí. Entre otras cosas... No es solo ella.

De repente, mi corazón empieza a latir más deprisa. Es como un redoble de tambores que precede a una revelación importante o una alarma que me urge a huir.

—Mira, la ketamina es conocida popularmente como Special K. Es un anestésico que puede usarse como droga recreativa, como el LSD o...

—¡Ya basta! ¡No quiero oír más!

Me levanto de un salto y corro hacia la puerta.

—¡Alice, espera!

Adrien me alcanza y me coge de la mano mientras bajo el picaporte.

—Suéltame. No quiero oír más. No puedo. No estoy preparada.

Adrien me suelta y se aparta. Soy libre de irme.

—Estoy aquí si me necesitas —dice antes de que salga de la casa.

Si pudiera, echaría a correr, pero la adrenalina que corre por mis venas hace que mis pasos sean torpes. La rabia y la tristeza se disputan mi interior.

Cuando llego a mi casa, es el miedo lo que domina. Aun así, sigo avanzando hasta la puerta. Esta se abre y aparece Hugo, con el rostro crispado.

—¡Joder! ¿Dónde te habías metido? Y no me digas que estabas en tu cita médica, ¡porque sé que no es verdad! He llamado a la consulta y...

Le interrumpo.

—Estaba en casa del vecino.

Hugo frunce el ceño y se gira hacia la casa de la señora Amauris.

—¿Otra vez con lo del vecino? Ya te he dicho que la casa está vacía. No vive nadie ahí.

—Adrien Cleiry vive ahí. Creo que lo conoces.

Escudriño el rostro del hombre en quien confiaba y que hoy me parece un extraño. Es como si pudiera oír los engranajes de sus pensamientos funcionando a toda velocidad mientras evalúa la situación.

—¿Te refieres al doctor Cleiry?

—Sí. Me ha contado cosas muy interesantes sobre cómo te has portado conmigo.

Hugo no reacciona de inmediato. Y, de repente, la rabia se refleja en su rostro bien afeitado. Me agarra del brazo y me mete en casa. Ahí, en nuestro salón, empieza a dar vueltas, a punto de darse con la mesa baja de cristal en la pierna.

Y entonces pienso: esta mesa no es exactamente la que Hugo y yo compramos en la tienda de antigüedades. Recuerdo lo mucho

que tuve que insistir para que aceptara comprar esta pieza de encanto anticuado, tan alejada de los muebles contemporáneos que tanto le gustan. Al final cedió, más por agotamiento que por complacerme. La estructura es la misma, pero hay algo que no encaja. Las pequeñas rayaduras que salpicaban el tablero de cristal, esas marcas del paso del tiempo que formaban parte de su historia, han desaparecido. El tablero parece nuevo, como si lo hubieran cambiado.

—¡Alice, ese tío es peligroso! ¿Te das cuenta de que te ha drogado aunque yo le había prohibido que hiciera sus experimentos contigo? Lo han echado del Instituto del Cerebro y yo mismo me encargaré de que lo expulsen del Colegio de Médicos.

Me viene a la mente la conversación telefónica que me contó Adrien.

—¿Como te encargas personalmente de que no recupere la memoria de la noche en que me agredieron?

Esta vez, Hugo se queda paralizado, pálido.

—Adrien te oyó. Escuchó tu conversación telefónica el mismo día que salí del coma. ¿Con quién hablabas? ¿Y por qué no quieres que recupere la memoria? ¿Sabes quién es mi agresor? Tú...

Tiemblo tanto que se me bloquean las mandíbulas y no puedo hablar. Hugo cierra los ojos un instante antes de susurrar:

—Era el doctor Vergnan, tu psicoterapeuta.

—¿Qué? ¡No tiene sentido! ¿Por qué mi terapeuta no querría que recuperara la memoria?

Hugo evita mi mirada, con el rostro aún más pálido y tenso.

—Alice, tienes que entender que todo lo que he hecho ha sido por tu bien. Para protegerte. Tienes que dejar de hacer preguntas. Ahora, si me disculpas, voy a hablar un momento con el doctor Cleiry.

—¿Qué? ¡No!

Lo alcanzo en la puerta.

—¡No lo hagas!

—¿No ves cómo te ha dejado ese tío? Está intentando ponerte en mi contra para vengarse, pero va a saber de qué pasta estoy hecho.

—No vayas. Te prometo que no volveré a verlo.

49

Sentada al otro lado de la mesa, Tifenn me escucha en silencio. Se lo cuento todo: Adrien, su verdadera identidad, el papel que probablemente tuvo en mi despertar del coma y también las sospechas que tiene sobre Hugo. Me callo cuando el camarero se acerca por fin a la mesa, con paso vacilante.

—Perdonen, ¿van a tomar algo más?

Tifenn no ha tocado su taza, mientras que yo pido otro capuchino.

—Deberías ir con cuidado con la cafeína, ¿no? —me dice Tifenn.

No contesto. Si le hiciera caso, tendría que renunciar a todo lo que me gusta comer y beber para alimentarme solo de germinados y kombucha. Por suerte, el camarero vuelve enseguida con mi taza. Mientras hundo los labios en la cremosa espuma, me doy cuenta de que estamos prácticamente solas en la cafetería.

—¿Y tú? ¿Sospechas que Hugo tuvo algo que ver con tu agresión?

Me tomo un momento para pensar, buscando las palabras adecuadas.

—No lo sé. Lo que sí tengo claro es que está actuando de forma extraña desde que volví del hospital. Tengo la sensación de que me oculta algo, y no me refiero a una aventura. No, es algo más grave. Creo que Adrien me ha dicho la verdad y que Hugo, por alguna

razón que desconozco, no quiere que recupere los recuerdos de la noche de mi agresión.

—¿Y entonces le prometiste que no volverías a ver a Adrien Cleiry?

—No me quedó más remedio. Estaba decidido a ir a buscarlo. Ya conoces a Hugo. Casi siempre es tranquilo...

—Pero cuando se cabrea puede explotar. Sí, por desgracia, lo sé por experiencia propia.

—¿Por eso no quieres volver a trabajar con él?

—Entre otras cosas.

Me gustaría preguntarle más, pero Tifenn ya ha apartado la mirada. Conozco lo bastante a mi amiga como para saber que es inútil insistir cuando se pone así. Y está claro que Hugo sigue siendo un tema delicado. De hecho, se apresura a cambiar de tema:

—¿Me puedes decir qué hacemos aquí? —me pregunta mirando alrededor.

Es cierto que no he quedado con ella en nuestro café de siempre. Y tengo una buena razón. Le enseño mi móvil, donde todavía aparece el perfil de LinkedIn de Marian Moreau.

—¿La conoces?

Tifenn examina atentamente el retrato de la joven sonriente y decidida.

—No me suena, pero conozco de oídas la agencia Versailles Prestige. Hugo también, por cierto. Es la que gestiona la venta de prácticamente todas las mansiones de Versalles y Le Chesnay. No venden nada por debajo del millón de euros.

Asiento mecánicamente mientras confirma lo que ya sé.

—¿Por qué te interesa esa tal Marian Moreau?

Recojo mi móvil y lo guardo en el bolso.

—Porque es la mujer a la que retraté. La misma mujer a la que vi morir asesinada en la casa de al lado. Me persigue, literalmente.

Tifenn me mira fijamente, incrédula.

—¿Quieres decir que existe de verdad?

—Bueno, si no es ella, es idéntica. La casa de Madame Amauris estaba en venta cuando me agredieron. Y precisamente la agencia inmobiliaria Versailles Prestige tenía la exclusiva.

—Sigo sin ver la relación con el robo y tu agresión.

—Yo tampoco, pero pienso averiguarlo. La agencia abre en unos minutos, justo el tiempo de terminar mi capuchino y pagar.

La agencia inmobiliaria está justo enfrente. Solo tengo que cruzar la calle para llegar a la entrada, pero cuando me dispongo a empujar la puerta, me doy cuenta de que Tifenn no me ha seguido. La veo despidiéndose con la mano desde la terraza de la cafetería, sin moverse de allí. Estoy a punto de volver cuando veo una silueta demasiado familiar: Adrien. Camina hacia mí y nuestras miradas se cruzan enseguida. El corazón se me acelera a medida que se acerca. ¿Me ha seguido? Cuando llega a mi altura, parece tan desconcertado como yo.

—¿Alice? ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. ¿Me has seguido?

Niega con la cabeza y luego sonríe, divertido.

—Creo que hemos tenido la misma idea. Averiguar más sobre esa tal Marian Moreau. ¿Entramos?

Y sin esperar mi respuesta, empuja la puerta y entra.

La agencia Versailles Prestige hace honor a su nombre. Todo respira lujo. El suelo de mármol reluciente, el mobiliario de diseño y los ordenadores de última generación llaman la atención nada más cruzar el umbral. Pero lo que más me impresiona son los cuadros que adornan las paredes blancas. Cuadros multicolores de estilo geométrico que valen una fortuna. Da la casualidad de que me crucé con la artista una o dos veces cuando estuve en Nueva York para alguna de mis inauguraciones.

Mientras me paro ante uno de los lienzos, una joven sale de detrás de su pantalla. Nos repasa de arriba abajo a Adrien y a mí antes de dedicarnos una sonrisa comercial, como si cumpliéramos sus criterios de prestigio.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

Adrien me mira como pidiendo permiso para responder. Le dejo hacerlo.

—Buenos días, querríamos hablar con uno de sus agentes inmobiliarios.

—Por supuesto. ¿Tienen cita?

—No.

—¿Entonces es por alguna propiedad en concreto? Puedo ponerles en contacto con el agente que la lleva.

Es hora de que intervenga, si no, nos tiraremos aquí toda la tarde.

—Querríamos hablar con Marian Moreau. ¿Está?

La joven arquea sus cejas perfectamente dibujadas antes de fruncirlas.

—¿Marian Moreau? No me suena.

—¿Seguro? Pero si trabaja aquí.

Le enseño su perfil de LinkedIn en mi móvil, pero eso solo aumenta su confusión.

—Voy a preguntar.

Tras una sonrisa forzada, abandona su puesto y desaparece por uno de los pasillos de la derecha. Oigo el repiqueteo de sus tacones sobre el mármol y luego, nada. En la zona de descanso que hace las veces de sala de espera, Adrien coge una revista, la hojea rápidamente y la deja sobre la mesa. Se vuelve hacia mí y no me quita ojo.

—¿Qué? —pregunto, incómoda.

Cuando se acerca, su forma de mirarme me obliga a bajar la vista.

—¿Estás bien? —susurra.

—Es una pregunta muy amplia. ¿Quieres la versión corta o la larga?

—Con la más sincera me basta.

—En ese caso, no, no estoy bien.

—¿Le has hablado a tu marido de mí?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Suspira y se aleja un poco.

—Se ha puesto en contacto con mi director en el Instituto. Bueno... mi antiguo director.

Me invade una rabia sorda al pensar que Hugo ha vuelto a actuar a mis espaldas. Pero el regreso de la secretaria me obliga a contenerme. La acompaña un hombre de unos cuarenta años, muy

alto y muy delgado. Se dirige hacia nosotros mientras la joven vuelve a su sitio detrás del ordenador.

—Buenos días, soy el gerente de la agencia. ¿En qué puedo ayudarles?

A pesar de su aire afable, intuyo que nuestra presencia le incomoda.

—Solo queremos hablar un momento con una de sus empleadas.

Aprieta los labios y niega con la cabeza nerviosamente.

—¿Puedo saber el motivo?

Estoy a punto de soltarle que la vi ser asesinada en la casa de la señora Amauris, pero me contengo a tiempo.

—Es... personal.

—Entiendo. Si la señorita Moreau siguiera trabajando para mí, le aconsejaría que quedara con ella fuera del horario de oficina.

—Espere... ¿Ya no trabaja aquí?

—Así es.

—¿Desde cuándo? En su perfil de LinkedIn sigue figurando como empleada suya.

Esta vez, el gerente se muestra intrigado.

—Compruébelo usted misma.

Le enseño mi móvil. Revisa el currículum de Marian Moreau y me lo devuelve encogiéndose de hombros.

—Bueno, supongo que simplemente no lo ha actualizado. Es muy típico de ella. Ahora, si me disculpan...

—¡Espere!

Lo alcanzo en el pasillo.

—Creo que le ha pasado algo.

Duda un momento.

—En ese caso, vayan a la policía. Yo no tengo tiempo que perder con este tipo de empleadas.

—¿Qué quiere decir?

—Nos dejó tirados para irse a trabajar a Miami, al parecer. Una gran oportunidad, según ella. Una pena, era muy buena enseñando propiedades. Los clientes la apreciaban mucho. De hecho, su marcha nos hizo perder una venta importante —añade con una sonrisa cómplice que me incomoda.

—¿La venta de la casa de la señora Amauris, por casualidad? —pregunta entonces Adrien, que hasta ahora había permanecido en silencio.

El corazón se me acelera al oír estas palabras.

—Efectivamente. ¿Cómo lo sabe?

Esta vez respondo yo.

—Porque vivo en la casa de al lado. La casa de cristal.

Su rostro se ilumina de repente.

—¡Ah! Entonces usted es la mujer del arquitecto Hugo Le Treuvier. Me parecía que la conocía de algo.

Su mirada se ensombrece al caer en la cuenta de por qué me conoce. Debe de haberme visto en las noticias, como la mayoría de los que aún ven el telediario.

—Lo siento... lo siento mucho —balbucea, dándose cuenta de su metedura de pata.

—No se preocupe, estoy acostumbrada. Pero ¿podría ayudarnos?

—Lo siento, pero no veo qué puedo hacer.

Adrien retoma la palabra.

—¿Cuándo dejó el trabajo?

—Poco antes de cerrar por vacaciones de verano —responde el gerente tras dudarlo un momento.

—¿Podría darnos la fecha exacta? Es muy importante.

Reflexiona unos instantes y luego nos pide que lo sigamos a su despacho. Con unos pocos clics, abre el expediente administrativo de Marian Moreau.

—Aquí está, fue el 17 de julio.

Exactamente dos días antes de mi agresión. Demasiada coincidencia.

—¿El diecisiete? ¿Está seguro?

Lo confirma y, de repente, necesito sentarme urgentemente. Adrien se apresura a acercarse. Me coge la mano y ese simple gesto me tranquiliza. Como si mi cuerpo recordara las innumerables noches que pasó a mi lado.

—¿Podría traernos un vaso de agua, por favor? —le pide al gerente.

Este vuelve con un vaso de agua del grifo, pero Adrien lo intercepta antes de que me lo dé.

—Toma, bebe despacio.

No me hago de rogar.

—Gracias.

El gerente parece apenado, como si se sintiera responsable de mi malestar.

—¿Puedo hacer algo más? Creo que tengo chocolate en un cajón.

—No, gracias. Solo es un pequeño mareo. Se me pasará enseguida.

—Aun así, estaría bien que nos diera la dirección de Marian —interviene Adrien.

El gerente vuelve a dudar, pero, pensando probablemente que es la forma más rápida de quitarnos de encima, coge un post-it y un bolígrafo.

—Aquí tienen, es la última dirección que tenemos. Pero no puedo garantizarles que siga viviendo allí.

Adrien coge el post-it y me ayuda a levantarme. Una vez fuera, busco a Tifenn con la mirada, pero ha desaparecido.

¡Qué cobarde!

50

Adrien y yo vamos sentados uno al lado del otro en el asiento trasero del taxi que nos lleva a casa de Marian Moreau. Salimos de Versalles hacia Le Chesnay-Rocquencourt, una de las urbanizaciones más exclusivas al oeste de París. Recuerdo que Hugo estuvo mucho tiempo pensándoselo antes de construir allí nuestra casa. Me giro hacia Adrien y se me encoge el corazón cuando nuestras miradas se cruzan. ¿Cuánto tiempo lleva mirándome así? Como si me leyera el pensamiento, alarga la mano hacia la mía.

—Parecías distraída. —Siento lo que ha hecho mi marido —digo por fin. —No tienes que disculparte por él. —Aun así, por mi culpa tienes todos estos problemas. —Yo soy el único responsable. Nadie me obligó.

La pregunta que me rondaba la cabeza desde que supe lo que había hecho sale por fin a la luz.

—¿Por qué te arriesgaste tanto por mí? Ni siquiera me conocías. Te jugaste tu carrera por una desconocida.

Adrien se acerca hasta que nuestras piernas se rozan. El taxista nos mira por el retrovisor. Parece tan interesado en la respuesta como yo, pero Adrien baja la voz y su aliento cálido me roza la mejilla cuando responde:

—Creo que se llama amor a primera vista.

El conductor esboza una sonrisa cómplice en el espejo mientras noto que me pongo colorada como una cría. Me aparto un poco para ver mejor su expresión, convencida de que me está tomando el pelo. Adrien me sostiene la mirada y, en el fondo de sus ojos, veo esperanza y miedo. Parece esperar alguna respuesta, pero no me salen las palabras. Por suerte, el coche se para y el conductor nos dice lo que le debemos.

Marian Moreau vive en una urbanización, muy cerca del centro comercial Parly 2. Tifenn se va a arrepentir de no haber venido; le encanta ir de compras.

Adrien se adelanta con el pósit en la mano y levanta la vista hacia los edificios modernos que forman pequeños núcleos junto a la carretera.

Observo su figura aprovechando que está de espaldas. No es tan alto como Hugo, pero tiene los hombros más anchos. Va informal: vaqueros azul marino y deportivas. Un estilo completamente opuesto a los trajes a medida de mi marido. Eso fue lo que me atrajo de él cuando Tifenn me lo presentó. Su presencia, su seguridad. Todo lo contrario que yo. Me parecía sólido, el tipo de hombre que sabe resolver cualquier problema, un hombre en el que apoyarte. Es increíble lo equivocada que estaba con él durante tanto tiempo. Si Adrien dice la verdad, y no veo por qué dudar de él, Hugo no estaba a mi lado cuando yo estaba en coma. Durante esas largas semanas en las que mi vida pendía de un hilo, alguien velaba por mí. Pero no era mi marido.

—¿Alice?

La voz de Adrien me saca de mis pensamientos sombríos.

—¿Es aquí? —pregunto mirando el lujoso edificio que tenemos delante. —Si el gerente de la agencia nos ha dado bien la dirección, sí, es aquí. Ven, vamos a hablar con el conserje.

Nos abre una portera. Tendrá unos cincuenta años y parece cansada y molesta.

—Disculpe —empieza Adrien—, pero nos gustaría hablar con Marian Moreau. Vive aquí, ¿verdad? —¿Son familia?

Adrien me mira, indeciso.

—No —respondo—. Es por la venta de una casa de la que ella se encargaba. Necesitamos algunos detalles. —Ah, pues han venido en balde. Se ha ido a trabajar a Miami.

Cruzo una mirada rápida con Adrien. Por ahora, todo cuadra con lo que nos ha dicho el director de la inmobiliaria. Sin embargo, en el fondo presiento que Marian Moreau no ha salido nunca de Francia.

—¿Dejó algún teléfono donde podamos localizarla? ¿O una dirección? —pregunta Adrien, como si me leyera el pensamiento.

La portera se encoge de hombros.

—Me dijo que me daría su nueva dirección para reenviarle el correo, pero supongo que se le olvidó. Era una chica muy guapa, pero un poco despistada, ya sabe. Siempre perdía las cosas, hasta las llaves. No sé cuántas veces vino a tocar el timbre para pedirme que llamara a un cerrajero de urgencia. A mí me venía bien, porque mi sobrino es cerrajero.

—¿Así que tiene guardado su correo? —pregunto. —Pues sí, no me quedó más remedio. Aunque la verdad es que me extraña que no haya cambiado la dirección. —¿Quiere decir que le sigue llegando? ¿Podemos echarle un vistazo?

Nuevo encogimiento de hombros.

—Si no lo abren, no veo el problema.

La seguimos hasta la portería. Una habitación pequeña pero bien organizada, con estanterías llenas de paquetes pendientes y casilleros de los vecinos. Una pequeña pantalla muestra las imágenes de las cámaras de seguridad, mientras que en la pared hay un calendario con las empresas de mantenimiento del edificio. Coge una caja de plástico de una de las estanterías y levanta la tapa. Dentro se amontonan decenas de sobres y folletos.

—Aquí está. Es todo su correo.

Revisamos los sobres, en su mayoría facturas, fijándonos en las fechas. Los más antiguos están al fondo de la caja.

—Julio —dice Adrien.

Asiento.

—¿Qué pasa? —pregunta la portera. —Ni idea. ¿La vio el día que se marchó?

La portera se lo piensa un momento y luego niega con la cabeza.

—Ahora que lo pienso, es raro. No es propio de ella irse así, sin avisar. Pero bueno, tampoco la conozco tanto. —¿Ha venido alguien a preguntar por ella? —dice Adrien. —No, ¿por qué? Supongo que su familia sabía que se iba a trabajar al extranjero. ¿No pensarán que le ha pasado algo?

Adrien duda en responder mientras yo saco el móvil.

—¿Qué haces? —me pregunta. —Lo que tendría que haber hecho hace tiempo. Llamar a la policía.

Marco directamente el número del comandante Ferrer. Es él quien lleva mi caso. Contesta al segundo tono, pero antes de que me pregunte nada, le expongo los hechos.

—¿Entiende lo que le digo, comandante? Creo que la desaparición de Marian Moreau está relacionada con mi agresión. No sé por qué, ni siquiera la conocía, pero me parece extraño que no pare de aparecer desde que volví del hospital. Creo que son fragmentos de recuerdos de aquella noche. Marian Moreau también estaba allí, estoy segura.

Cuando cuelgo, Adrien y la portera están pendientes de mis palabras.

—¿Y bien? —Ya vienen.

Veinte minutos después, un coche camuflado para delante del portal. Reconozco al hombre del volante. Es Ferrer, pero, al contrario de lo que había imaginado, ha venido solo. Aun así, me alegro de que haya venido en persona en vez de mandar a algún subordinado. Eso significa que me toma un poco en serio.

Tras unas breves presentaciones, la portera nos lleva al tercer piso. Su sobrino cerrajero también está allí.

—Abra la puerta, por favor —pide el policía.

El cerrajero obedece y se aparta. Cuando nos disponemos a seguir al comandante, este se gira hacia nosotros con gesto serio.

—Que nadie se mueva de aquí —dice con el aire severo de un profesor ante unos alumnos demasiado revoltosos.

Dicho esto, cruza el umbral y cierra la puerta tras él.

—Dios mío —dice la portera—. ¿Y si le ha pasado algo de verdad? Quizá debería haber ido a comprobarlo.

¿Será posible que el cadáver de Marian Moreau esté aquí, en su piso? Las imágenes de su asesinato vuelven con fuerza para descartar esta posibilidad. Mataron a Marian en la casa de mi vecina. Sea quien sea su asesino, me cuesta imaginar que trasladara el cuerpo para dejarlo en su casa. No tiene sentido.

—Tú también deberías entrar —me susurra Adrien al oído.

Mentiría si dijera que no se me había pasado por la cabeza.

—¿Tú crees? Ha dicho que no nos moviéramos.

Pero Adrien ya me empuja suavemente hacia la puerta, que sigue entreabierta.

—Ve. Nunca se sabe, a lo mejor te ayuda a recordar.

Asiento y, sin pensarlo más, cruzo el umbral del piso de esa mujer a la que solo he visto en mis pesadillas.

51

Entro en el piso de Marian Moreau sin saber qué voy a encontrar, ni siquiera qué estoy buscando. El pequeño recibidor da directamente al salón, amplio y luminoso, con unos ventanales que ofrecen una vista espectacular del parque arbolado de la urbanización.

—¡Creía haberle pedido que se quedara en el pasillo!

Me sobresalto. El comandante Ferrer está detrás de mí, con el gesto tenso de quien intenta contenerse. Como una adolescente pillada en falta, balbuceo excusas torpes.

—Lo sé, yo... necesitaba verlo con mis propios ojos. Quiero saber por qué esta mujer se me aparece constantemente, cuando se supone que no la conozco. Le prometo que no tocaré nada.

Me observa un buen rato, como sopesando los pros y los contras. Luego, sin decir palabra, saca un par de guantes de látex del bolsillo y me los tiende.

—Ya que está aquí... al menos sea útil. Póngase esto. Y avíseme si ve algo raro.

Asiento con entusiasmo.

—Vale. ¿Por dónde quiere que empiece?

Esboza una sonrisa.

—Siga su instinto. Para que lo sepa, ya he revisado el salón y, por ahora, no hay nada sospechoso. Todo parece confirmar que Marian Moreau tenía pensado ausentarse una larga temporada.

Vuelve a desaparecer tras una puerta y me quedo sola en el salón. Me pongo los guantes y echo un vistazo a mi alrededor. Está claro que a Marian Moreau le iba el minimalismo. No hay nada por medio. Ni revistas, ni adornos. Salvo la mesa baja de cristal, todos los muebles modernos son blancos.

A Hugo seguramente le gustaría. Es justo su estilo. Según Tifenn, Hugo ya ha trabajado con la agencia Versailles Prestige. ¿Es posible que conozca a Marian Moreau? No es descabellado. Sus gustos parecen muy similares... Un pensamiento insidioso se me cuela en la cabeza: ¿y si hubieran sido algo más que simples colaboradores? Me apresuro a apartarlo, prefiero no especular sobre la naturaleza de su relación.

Entonces mi mirada se posa en la cocina americana. A juzgar por lo impoluta que está la encimera, o Marian Moreau apenas la usaba o es una maniática de la limpieza. Vamos, que parece recién estrenada. Sin embargo, veo marcas en la puerta del frigorífico, un modelo americano XXL de acero inoxidable. Lo abro. Está vacío, o casi: solo contiene una botella de agua mineral y un tarro de mostaza. Ni restos de comida podrida ni yogures caducados.

—Es el frigorífico de alguien que tiene previsto estar fuera mucho tiempo.

La voz del comandante Ferrer a mi espalda me hace dar un respingo.

—Perdón, no quería asustarla. ¿Nos vamos o quiere echar otro vistazo?

Elijo la segunda opción. Bajo la mirada cansina del policía, abro los armarios: unas cuantas latas de conserva que no caducan hasta dentro de dos o tres años.

—Y la basura está vacía —dice el policía—. Debió de bajarla antes de irse.

Una vez más, necesito comprobarlo por mí misma.

—Me gustaría ver su dormitorio.

Se encoge de hombros.

—Adelante, pero no encontrará nada que apunte a una desaparición inquietante.

Y, en efecto, la habitación es como el resto del piso: limpia, ordenada y con una frialdad casi clínica. El colchón está cubierto con una funda, pero han quitado las sábanas. Están guardadas en una de las estanterías. En cuanto al armario empotrado, está vacío. Las perchas cuelgan sin nada.

—¿Lo ve? Todo ha sido vaciado y guardado cuidadosamente. Justo lo que se hace cuando uno se va al extranjero, como ha dicho la portera.

Pero me niego a rendirme y entro en el cuarto de baño contiguo al dormitorio. Se han llevado casi todos los productos. No hay cepillos de dientes ni peines. Tiene razón y ya no sé qué pensar.

En el pasillo, solo Adrien nos espera. La portera debe de haber vuelto al trabajo.

—¿Van a hacer algo para encontrarla? —pregunto mientras nos preparamos para irnos.

—No, no tengo motivos para abrir una investigación.

—¿Y mi testimonio? ¿No es motivo suficiente? ¡Le recuerdo que vi cómo asesinaban a esa mujer delante de mis narices!

—Mire, señora Le Treuvier, creo que usted creyó ver algo, pero eso no se corresponde con la realidad.

Su tono paternalista me irrita todavía más porque usa mi apellido de casada. Poca gente me llama así, bien porque ignoran que he decidido conservar mi apellido de soltera, con el que firmo mis cuadros, o porque tienen una concepción tradicional del matrimonio según la cual la esposa debe adoptar automáticamente el apellido del marido.

Hace una pausa, como para dar más peso a lo que va a decir.

—Le recuerdo que hemos registrado la casa de al lado y no hemos encontrado nada que haga pensar que haya sido escenario de un crimen.

—¿Y si se les ha pasado algo por alto?

—¿A qué se refiere exactamente? —pregunta frunciendo el ceño.

—La sangre, por ejemplo. Un asesino puede limpiar las manchas, pero no hacerlas desaparecer del todo. ¿Han usado luminol?

El policía se echa a reír como si le hubiera contado el mejor chiste de su vida.

—Señora, creo que se está dejando llevar por la imaginación.

—Entonces no lo han hecho.

Ofendido, su sonrisa desaparece.

—Muy bien, hablemos del luminol —dice con tono condescendiente—. ¿Sabe realmente qué es?

No espera mi respuesta y, para ser sincera, yo sería incapaz de explicárselo.

—El luminol es un producto químico que reacciona con la hemoglobina para revelar posibles rastros de sangre. Muy espectacular, lo reconozco, sobre todo en las series de televisión. Pero tiene varios problemas.

Levanta el índice como un profesor que enumera sus argumentos uno a uno.

—En primer lugar, no es específico de la sangre humana. Puede reaccionar con otras sustancias, como el óxido, algunos productos de limpieza o incluso vegetales. ¿Ve el problema? Puede dar falsos positivos.

Levanta un segundo dedo.

—En segundo lugar, una vez aplicado el luminol, destruye la mayoría de los rastros biológicos. Es decir, que si los encuentras, es imposible hacer análisis de ADN después. Es una herramienta de último recurso, cuando no hay más remedio.

Me mira directamente a los ojos, evaluando el efecto de sus palabras.

—Y, por último —dice bajando la mano—, la policía francesa lleva tiempo sin usar luminol. Tenemos métodos más precisos y menos destructivos, como el Bluestar, que es una versión mejorada. Pero aun así, solo lo usamos en casos muy concretos.

Noto que se me suben los colores a las mejillas, pero no bajo la mirada.

—Así que no, señora —concluye metiendo las manos en los bolsillos—, no hemos rociado la casa de al lado con luminol o Bluestar. ¿Por qué? Porque no había ninguna pista que justificara usar semejantes medios. Ninguna.

Duda un instante antes de añadir:

—Que usted crea haber visto algo no significa que realmente haya pasado.

—¿Entonces dice que me imaginé el asesinato de Marian Moreau?

Suspira y parece buscar las palabras adecuadas.

—Su marido nos ha dicho que usted sufre alucinaciones.

—¿Qué?

Una rabia sorda se apodera de mí. ¿Cómo ha podido?

—Piénselo. Marian Moreau es agente inmobiliaria y resulta que era ella quien enseñaba la casa de su vecina. Seguro que ya la había visto antes. A lo mejor no le llamó la atención conscientemente, pero, lo quiera o no, Marian Moreau está en algún lugar de su memoria. No me extrañaría que lo que cree haber visto no sea más que una reconstrucción de su mente.

Vuelvo a pensar en mi sesión con el doctor Vergnan. Según él, me protegía de mi propio trauma convirtiendo a Marian Moreau en víctima, en lugar de aceptar que yo era quien había sido agredida aquella noche.

Busco a Adrien con la mirada, pero parece estar en otro mundo. Sin embargo, necesito su apoyo. Como investigador en neurociencias, él es el más indicado para decirle al querido comandante Ferrer que el asesinato de Marian Moreau no es una de mis alucinaciones. ¿O acaso piensa lo mismo?

El silencio se alarga, incómodo, hasta que unos pasos nos hacen girar la cabeza. La portera se acerca a nosotros, rompiendo la tensión que se había instalado. El comandante Ferrer le confirma que el piso está vacío y que todo apunta a que Marian Moreau se ha marchado.

—¡Ya se lo dije!

El rugido de un potente motor nos interrumpe. Un Mercedes reluciente hace una entrada triunfal en la urbanización, conducido por una joven que parece recién salida del instituto. El comandante Ferrer sigue el coche con la mirada, pensativo, como si le recordara algo.

—¿Tiene coche la señora Moreau?

La portera asiente con la cabeza, sin apartar la vista del Mercedes que se aleja.

—Sí, un Smart. Pero lo había puesto en venta. Y como ya no está aparcado en el garaje de la urbanización, imagino que habrá encontrado comprador antes de irse a Miami. Disculpe —dice suspirando—, tengo que ir a recordarle a la señorita que la urbanización no es un circuito de carreras. Desde que sus padres le regalaron ese coche por aprobar la selectividad, se cree en uno de esos videojuegos donde puedes ir a toda velocidad sin preocuparte por los demás.

—Bueno, pues yo también me voy —anuncia el comandante Ferrer.

Lo agarro del brazo.

—Espere.

—Señora Sterenn...

—Sé lo que va a decirme, pero, por favor, al menos podría comprobarlo con su jefe en Miami. Si lo que he visto no es una alucinación, Marian Moreau nunca ha salido de Francia.

El comandante Ferrer se pasa una mano cansada por la cara.

—Vale —acaba por ceder—. Lo haré. Aunque solo sea para evitar que me llame todos los días para pedírmelo.

Su tono ligeramente burlón no logra ocultar su inquietud. Quizás por fin empiece a creerme.

52

En el taxi de vuelta a Versalles, Adrien y yo apenas hablamos. Esta vez, ni pensar en que el conductor pueda oír lo que tengo que decirle.

Espero pacientemente a que el vehículo se detenga delante de mi casa. A solas, cara a cara en la acera, le suelto todo lo que llevo dentro:

—¿Por qué no me respaldaste ante el comandante Ferrer? Como investigador en neurociencias, tendrías que haber defendido mi versión, sobre todo después de decirme que me creías.

—Porque no le falta razón del todo.

—¿O sea que tú también piensas que me lo he inventado todo? Sin embargo, fuiste tú quien me insistió para que dibujara a la mujer rubia que veía constantemente. Fuiste tú quien propuso publicar el retrato en internet para averiguar si existía de verdad. ¿Por qué hiciste todo eso si pensabas que era fruto de mi imaginación?

Y de pronto lo comprendo. Adrien no necesita contestar.

—Seguías experimentando conmigo, ¿verdad?

Me coge la mano, pero la aparto con brusquedad.

—Escucha, Alice... Entiendo que no quieras confiar más en mí, pero me gustaría que te hicieras unas pruebas.

Me quedo petrificada, desconcertada por el rumbo que ha tomado la conversación.

—¿Tú también crees que estoy loca?

—No he dicho eso, pero te han tratado con ketamina y quiero asegurarme de que tu cerebro no haya sufrido daños.

—¿Me examinarás tú?

—No. Aunque quisiera, no tengo el equipo necesario. No es una simple consulta médica. Me gustaría que te hicieras una resonancia magnética funcional en el Instituto.

Estoy demasiado atónita para enfadarme.

—No quiero presionarte —continúa Adrien—, pero ¿puedes prometerme que al menos lo considerarás?

—¿Considerar el qué? —pregunta Hugo a nuestras espaldas.

Nos separamos como una pareja de amantes pillados con las manos en la masa.

Mi marido está en la verja. Pálido. Su mirada se clava en mí. Solo en mí.

—Me lo prometiste... —masculla entre dientes.

Tardo unos segundos en entender que se refiere a mi promesa de no volver a ver a Adrien.

—¿Y tú qué? Me prometiste dejarlo en paz, pero en cuanto me giré corriste a armar un escándalo en el Instituto. Por tu culpa puede perder el trabajo definitivamente.

—¡Así que es eso! —exclama Hugo—. ¡Encima lo defiendes!

Adrien da un paso al lado, interponiéndose entre Hugo y yo. Como si quisiera protegerme de mi propio marido. Se me saltan las lágrimas. Querría contenerlas, pero no puedo.

—Deberías serenarte. Alice no ha hecho nada malo. Nos hemos encontrado por casualidad.

Hugo retrocede y nos examina de arriba abajo.

—No sé qué te traes con mi mujer, pero me subestimas si piensas que voy a quedarme de brazos cruzados.

—¡Hugo, para! Total, Adrien opina lo mismo que tú.

—No, Alice —protesta él—. No he dicho eso. Estás siendo injusta.

Hugo nos mira con incredulidad.

—¡Ahora os tuteáis! ¡Cada vez mejor!

Adrien se interpone cuando mi marido alarga el brazo hacia mí.

—¿Y si la dejáis respirar un poco?

—No necesito tus consejos. ¿Quién te crees que eres? ¡Es mi mujer, no la tuya!

—¡Basta!

Mi grito los paraliza a los dos.

—Estoy agotada, voy a tumbarme —digo apartándolos para pasar.

Pero cuando empujo la puerta, la voz de Adrien me alcanza:

—Piénsate lo que te he dicho —insiste pese a la presencia de Hugo.

Suspiro y entro sin contestarle.

53

—¿Me vas a explicar qué pasa? ¡Y no me digas que estás cansada cuando acabas de estar no sé dónde con ese tío!

Cierro los ojos y respiro hondo para no dejarme llevar por la emoción.

—No quiero enfadarme, no tengo fuerzas para eso.

—Entonces contesta y te dejo en paz.

Suena extrañamente a chantaje. Meto la mano en el bolso y enciendo el móvil.

—He ido a casa de Marian Moreau.

Le enseño la pantalla donde aparece su foto de perfil de LinkedIn, esperando provocar una reacción que despeje de una vez la niebla en la que estoy metida.

Hugo mira la pantalla con atención.

—¿Dónde has encontrado esa foto?

—En internet. La conoces, ¿verdad?

—No.

—Me estás mintiendo.

—No, te lo juro. No la había visto en mi vida.

Se da la vuelta sin hacerme más preguntas.

—¿No quieres saber quién es? —le pregunto mientras se aleja hacia la cocina.

—Si tanto te interesa... ¿Quién es?

—Trabaja para la agencia Versailles Prestige.

Esta vez, mi marido no logra ocultar su sorpresa. La taza que sujetaba entre los dedos se le escapa y el café que acaba de servirse se derrama por la encimera.

—¡Joder!

Coge el rollo de papel de cocina y se apresura a limpiarlo todo.

—¿Entonces? ¿Seguro que no la conoces?

—Seguro.

—Pero es agente inmobiliaria. ¿Seguro que nunca has trabajado con ella?

Hugo aprieta los labios y suspira.

—Yo no trato directamente con agentes inmobiliarios, pero, efectivamente, mi empresa sí ha trabajado con esa agencia. ¿Puedes decirme por qué te interesa tanto?

Miro la foto de la mujer cuyo retrato destrozado está en mi estudio.

—Porque ella y yo estamos relacionadas.

Hugo deja de limpiar para mirarme fijamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que Marian Moreau era quien enseñaba la casa de madame Amauris.

—Vale, ¿y qué? ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

Me muerdo el labio, dudando si contarle mi teoría.

—¿Y si la escena del crimen que vi la otra noche fuera real?

—¿Quieres decir que fue a Marian Moreau a quien viste asesinar? Pero la policía registró la casa. Te recuerdo que no encontraron absolutamente nada.

Tampoco se dieron cuenta de que Adrien vivía allí en secreto, pero me callo ese comentario.

—Creo que su asesinato y mi agresión están relacionados. Su asesino vio que yo había sido testigo de la escena y vino a silenciarme. Me dio por muerta, creyendo haber resuelto el problema.

Hugo, que se ha servido otro café mientras me escuchaba, viene y se sienta en el sofá.

—Pero no has muerto.

Me pongo tensa.

—Efectivamente.

—En ese caso, cariño, deberías darte cuenta de que tu hipótesis no se sostiene. Si realmente fuiste testigo del asesinato de esa mujer, ¿por qué no volvió a rematarte?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No sé si es por la forma en que ha dicho «cariño», con un tono forzado, o por el resto de su razonamiento. Rematar... Mientras le doy vueltas a la cuestión, Hugo, imperturbable, sopla sobre su taza antes de llevársela a los labios.

—Porque sabe que no tiene nada que temer de mí. Desde mi agresión, mi nombre sale regularmente en los medios. Debe de saber que tengo amnesia selectiva.

—Puede ser, pero si fuera yo, no correría el riesgo de dejarte con vida. Al fin y al cabo, tus recuerdos pueden volver en cualquier momento. Por cierto, hablando de eso, ¿cuándo vuelves con el doctor Vergnan?

Su tono condescendiente me saca de quicio.

—No pienso volver.

Hugo deja la taza con tal violencia que me pregunto cómo no se ha roto.

—¿Qué? ¡No hablarás en serio! Apuesto a que es ese tío el que te está metiendo ideas raras en la cabeza.

—Adrien no tiene nada que ver con esto. Todavía soy capaz de decidir por mí misma.

—¡Pues no lo parece! ¡No puedes dejar tu terapia así como así!

—¿De qué terapia hablas? El doctor Vergnan nunca ha intentado ayudarme a recuperar la memoria. ¡Apuesto a que es precisamente por eso por lo que lo elegiste!

Hugo me mira fijamente, con aire indignado. ¿O es sorpresa?

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Perfectamente. Atrévete a llevarme la contraria.

—Lo elegí porque es uno de los mejores en su campo.

—¿Su campo?

—El síndrome de estrés postraumático.

Nunca me había planteado ese diagnóstico.

—¿Cómo voy a estar traumatizada por algo que no recuerdo?

—Exacto. ¿Nunca se te ha ocurrido que si no lo recuerdas es porque hay una buena razón? Es un mecanismo de defensa frente al trauma. Y si el doctor Vergnan ha decidido no hurgar en esos recuerdos es porque cree que es lo mejor para ti. A veces, el olvido es una bendición.

—¿Una bendición? ¿Lo dices en serio?

Hugo se levanta.

—Sé que te cuesta creerme, pero solo quiero lo mejor para ti. Y el doctor Vergnan también. Prométeme que volverás a verlo.

Siento que mi determinación flaquea, pero resisto. Esta vez he decidido seguir mi intuición, y esta me dice que el doctor Vergnan no es el terapeuta que me ayudará a mejorar. Quiero saber qué me pasó aquella noche y lo descubriré, le guste o no a Hugo.

—Vale —digo con aplomo—. Volveré a pedir cita.

Hugo sonríe, satisfecho.

54

Cierro los ojos bajo el agua tibia de la ducha. Pero me resulta imposible relajarme. Todo se agolpa en mi cabeza: las imágenes del piso de Marian Moreau, el rostro tenso de Adrien, que se queda callado en lugar de apoyarme cuando el comandante Ferrer pone en duda mi salud mental, la furia de Hugo al sorprendernos delante de casa. Cierro el grifo.

Envuelta en una toalla, me acerco al ventanal. Desde el dormitorio tengo una vista más limitada de la casa de los Amauri. No hay luces en las ventanas. Me pregunto si Adrien estará allí. Apenas me da tiempo a pensarlo cuando se enciende una ventana. Está ahí y me hace señas. Parece preguntarme si todo va bien. Como no respondo, me indica que le llame.

Me siento en el borde de la cama y miro inquieta hacia la puerta del dormitorio. Hugo ha dicho que tenía trabajo, lo que significa que está encerrado en su despacho, en la planta baja. Aun así, no estoy tranquila y prefiero escribirle a Adrien:

No puedo hablar, mi marido podría oírme...

Está en la planta baja. Lo veo sentado en su despacho.

La respuesta de Adrien me recuerda lo transparente que es mi casa. De repente, me siento vulnerable. Si Adrien puede vernos, a

Hugo en su despacho y a mí en el dormitorio, entonces cualquiera puede hacerlo. Sigo sin entender por qué Hugo no puso persianas después de la agresión. Seguramente pensó que bastaba con asegurar los accesos, sin importarle que pudieran observarnos desde fuera, siempre que la casa fuera inexpugnable. No me disgusta que pronto se venda.

Me levanto y le hago una señal a Adrien para que espere. Voy al baño a vestirme y luego subo a mi estudio. No enciendo la luz. Las cortinas que durante el día protegen nuestra intimidad se vuelven transparentes por la noche en cuanto se enciende una luz dentro. Al acercarme a la ventana, corro suavemente la cortina y veo a Adrien buscándome con la mirada.

Un pitido me avisa de que he recibido un nuevo mensaje:

¿Estás bien? Tu marido parecía enfadado...

Quiere que vuelva con mi terapeuta.

¿Vas a hacerlo?

Aún no lo sé. No estoy segura de que pueda ayudarme.

¿Quieres que te pida cita en el instituto? Mi compañera puede verte mañana.

No sé qué hacer. En ese momento oigo a Hugo llamándome. Solo tengo unos segundos para escribir un último mensaje.

Vale

55

Tifenn y yo cruzamos los pasillos del hospital de la Pitié-Salpêtrière. A pesar de los meses que he pasado aquí, el lugar se me hace extraño y tengo que pararme ante un panel informativo.

—Mira, no estamos lejos. Es ese edificio de ahí.

Tifenn tiene razón. El Instituto del Cerebro se alza ante nosotras, un imponente edificio de acero y cristal de líneas depuradas, que sin duda le habría encantado a Hugo. El vestíbulo, bañado en luz natural, recuerda al ambiente aséptico de una terminal de aeropuerto.

—Deberíamos presentarnos en recepción.

Tifenn ya se dirige hacia el mostrador cuando Adrien sale a nuestro encuentro.

—¡Alice! ¡Aquí estás!

Parece a punto de abrazarme, pero se lo piensa mejor. Una mujer aparece detrás de él. Con el pelo castaño recogido en una coleta, lleva una bata blanca que contrasta con la ropa informal de Adrien: vaqueros, jersey de cuello redondo y sus eternas zapatillas gastadas. Saca la mano derecha del bolsillo y me la tiende.

—Hola, soy la doctora Dufresne. ¿Usted debe de ser Alice?

Su sonrisa es fría y su apretón de manos, débil. Mi presencia no le hace ninguna gracia, o quizá sea la de Tifenn, que acaba de unirse a nosotras.

—Ah, esta es Tifenn, mi mejor amiga. Adrien me dijo que podía venir. Espero que no le importe.

Cléo Dufresne se pone tensa, confirmando mis temores. Adrien ni siquiera debió de mencionárselo.

—¡Gracias por recibirme! —exclama mi mejor amiga con un tono falsamente alegre.

Pero Cléo no responde. En cambio, se vuelve hacia Adrien. La mirada que intercambian es difícil de interpretar.

Finalmente, la doctora Dufresne vuelve a hablar:

—Me alegro de que venga acompañada. Le habría pedido a Adrien que la acompañara para darle apoyo moral, pero, como seguramente sabrá, es persona non grata en el Instituto.

Adrien confirma sus palabras con un gesto de cabeza.

—Te espero aquí.

Entonces me doy cuenta de que, a pesar de todo, ha venido hasta aquí por mí.

—¿No puede hacer una excepción y dejar que él también venga? —me oigo preguntar.

—Por desgracia, no es posible. Ahora, si quiere seguirme, vamos a empezar los exámenes con la resonancia magnética. La máquina está reservada para una franja horaria concreta y ya llevamos retraso. No podemos perder más tiempo en discusiones.

Mientras la seguimos, Tifenn se inclina hacia mí y me susurra al oído con una sonrisa en los labios:

—Menuda reina de las abejas.

—Shhh, cállate —le susurro, esperando que Cléo Dufresne no haya oído nada.

Demasiado tarde. Se da la vuelta, frunciendo el ceño.

—¿Perdón? —pregunta.

Tifenn reprime una risita mientras yo niego con la cabeza y se me ponen rojas las mejillas.

—Ah, eh, nada —balbuceo—, solo me preguntaba... ¿cuánto durará?

Cléo Dufresne entrecierra ligeramente los ojos. Estoy segura de que ha oído el comentario de Tifenn. Sin embargo, responde a mi pregunta con tono profesional:

—Tenemos varios exámenes previstos para hoy, en particular una resonancia magnética funcional y algunas pruebas neurológicas estándar. Calcule unas dos horas en total.

Hace una pausa y me mira con una intensidad inquietante.

—¿Seguro que está bien? Podemos posponerlo para otro día si lo prefiere.

¿Por qué me dice eso? ¡Estoy perfectamente! Lamento que Adrien no haya podido acompañarnos. Lo cierto es que no me siento muy cómoda con su colega. No me gusta cómo me mira. Como si no estuviera en mis cabales... Estoy a punto de aceptar su propuesta cuando Tifenn interviene.

—Sabes tan bien como yo que si lo cancelas hoy, no volverás. Así que, ya que estamos aquí, mejor hacerlo.

Tiene razón.

—Solo estoy un poco nerviosa por los exámenes, eso es todo.

La doctora Dufresne asiente lentamente con la cabeza, pero su mirada delata cierta preocupación.

—Lo entiendo. Es totalmente normal. Pero no se preocupe, no es nada grave. Solo queremos asegurarnos de que todo va bien...

—Sí. Bueno, sobre todo quieren estudiar tu cerebro como si fueras una rata de laboratorio —suelta Tifenn en cuanto la doctora nos da la espalda.

Le lanzo una mirada de advertencia mientras pienso que quizá no fue tan buena idea traerla. Por suerte, la compañera de Adrien está demasiado ocupada con sus aparatos de alta tecnología como para prestarnos atención.

El laboratorio está bañado en una luz fría y deslumbrante. Aparatos médicos de aspecto futurista ocupan todo el espacio.

—Vengan, por aquí.

Entramos en la sala de resonancia magnética, una habitación completamente blanca dominada por un imponente tubo cilíndrico. Una técnica se une a nosotras y me ayuda a prepararme según el protocolo estándar: retirada de objetos metálicos (pendientes, collar, reloj). Me dan una bata de hospital, un gorro y unos cubrezapatos que me pongo rápidamente. A continuación, Cléo Dufresne fija con

cuidado en mi frente y sienes unos electrodos que permitirán seguir mis movimientos oculares. Me tumbo en la camilla motorizada.

—Es la antena cerebral —explica mientras coloca un marco de plástico blanco sobre mi cara—. Captará las señales emitidas por el cerebro y nos permitirá obtener imágenes precisas de su actividad durante el examen.

Comprueba por última vez la instalación: la pera de emergencia en mi mano derecha, los auriculares bien ajustados a mis oídos. Me repite pacientemente las instrucciones esenciales: no mover la cabeza, mantener la mirada fija en la cruz que aparecerá en la pantalla, respirar con calma. En unos minutos empezará la serie de capturas de imágenes y tendré que seguir sus instrucciones. Luego sale de mi campo de visión, dejándome sola frente al aparato.

El zumbido mecánico me envuelve de inmediato, marcado por unos golpes metálicos que resuenan como un latido cardíaco desordenado. La voz de Cléo Dufresne me llega, lejana, a través de los auriculares:

—No se mueva, respire con normalidad.

Fácil de decir. El espacio reducido y la pared cilíndrica a pocos centímetros de mi nariz me dan la impresión de estar encerrada en un sarcófago de alta tecnología. Cada serie de escáneres va acompañada de una nueva sinfonía de golpes y vibraciones que atraviesan mi cabeza, dándome la sensación de que la máquina rastrea cada uno de mis pensamientos.

De repente, mi corazón se acelera. ¿Y si descubren que mi cerebro está realmente dañado? Mientras siento cómo mi cuerpo se tensa por el estrés, la voz de Tifenn sale de los auriculares:

—¡Todo va bien, guapa! Relájate.

Me gustaría cerrar los ojos, pero recuerdo las instrucciones, así que me obligo a mantenerlos abiertos. Entonces aparece el rostro de Adrien, sonriente. El recuerdo del contacto de su mano sobre la mía se convierte en una sensación real, como si estuviera aquí, a mi lado. Una presencia que me acompañó durante esas semanas en las que mi cerebro, sumido en coma, estaba desconectado del mundo real.

Al cabo de unos minutos, Cléo Dufresne vuelve a hablarme:

—Ya casi hemos terminado. Sobre todo, siga así.

¿Seguir así? No entiendo muy bien a qué se refiere. Lo único que hago es permanecer tumbada sin moverme. Esperaba que me pidiera cosas del tipo «mueva los dedos de los pies, abra la mano» o algo por el estilo.

Cuando por fin me libera, adivino en su rostro una preocupación que intenta ocultar.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha visto en la resonancia? —pregunto con un nudo en la garganta.

—La prueba confirma una actividad cerebral peculiar —empieza la doctora Dufresne mientras desplaza las imágenes por la pantalla —. Mire esta zona de aquí.

Señala con el dedo una región que destaca en rojo vivo sobre el fondo gris de mi cerebro.

—Es el área de Broca, la zona del lenguaje. Normalmente se activa cuando hablamos o escuchamos a alguien hablar. En su caso, hemos observado una intensa activación mientras estaba sola en la máquina, sin estímulos externos.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que su cerebro reacciona como si percibiera voces, incluso sin ningún sonido. Es lo que se denomina alucinaciones auditivas.

Siento que mi corazón se acelera.

—Debe de haber un error. Le puedo garantizar que no aluciné durante el examen.

Una sonrisa condescendiente se dibuja en sus labios.

—Es propio de las alucinaciones. La persona que las sufre no es consciente de ello. Para ella, todo es real.

Vuelvo a pensar en las palabras del comandante Ferrer sobre la escena del asesinato de Marian Moreau, a la que creo haber asistido.

—¿Cómo puedo saber si lo que veo es una alucinación o un recuerdo? —pregunto.

Cléo inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Piensa en algo o alguien en particular?

—¿Podría responder primero a mi pregunta?

Ella suspira.

—Es difícil responderle sin conocer el contexto. Digamos que un recuerdo, aunque sea borroso, siempre se basa en algo real, algo que ha vivido. Una alucinación, en cambio, es creada por su mente. Puede parecer creíble, pero no tiene ninguna relación con la realidad.

—¿Y si la persona que veo existe de verdad? Eso demostraría que es un recuerdo, ¿no?

Cléo duda. Veo que le gustaría saber más, pero se contiene y no me hace más preguntas.

—No necesariamente. Su cerebro puede utilizar rostros o detalles que conoce para crear una alucinación.

Me invade la decepción.

—Entonces, ¿no hay forma de saberlo?

Hace una pausa.

—Bueno, las áreas del cerebro que se activan durante un flashback no son las mismas que las que intervienen en una alucinación. Pero para diferenciarlas, se necesitaría una resonancia magnética en tiempo real, en el momento en que ocurre. Por lo demás, si esa visión está relacionada con emociones fuertes o con un acontecimiento específico, es muy probable que se trate de un recuerdo. De lo contrario, probablemente sea una construcción de su mente. ¿He respondido a su pregunta?

Respiro hondo y asiento con la cabeza, aunque al final no he avanzado nada.

—Sí. Gracias.

—¿Cree que está recuperando los recuerdos de su agresión?

—Creo que sí. Mire, he leído que los psicodélicos se utilizan para tratar a personas que sufren estrés postraumático.

Cléo se ajusta las gafas y se muestra más atenta.

—Sí, eso les permite a los pacientes revivir el acontecimiento traumático para luego poder desprenderse emocionalmente de él. Pero dudo que eso se aplique a su caso.

—¿Por qué?

—Antes de responderle, tengo una pregunta sencilla para usted. ¿Recuerda su agresión? No me refiero a fragmentos de recuerdos.

Respiro hondo.

—No.

—Entonces, como ve, este procedimiento no le servirá de nada, ya que, por definición, se supone que debe revivir un acontecimiento traumático que recuerda. De lo contrario, no tiene ningún sentido.

—¿Y si, por el contrario, eso me permitiera desbloquear mi memoria? Mi psiquiatra y mi marido creen que bloqueo los recuerdos de forma inconsciente. Pero quizá los psicodélicos podrían hacer que ese bloqueo psicológico desapareciera.

Una chispa de interés brilla en los ojos de la científica.

—Efectivamente, sería interesante hacer pruebas.

De repente, siento un deseo irrefrenable de abrazarla.

—Estupendo, ¿entonces acepta ayudarme?

Cléo Dufresne levanta la mano, apresurándose a frenar mi entusiasmo.

—Lo siento, pero aunque quisiera, el uso de psicodélicos está muy regulado. Hay que conseguir un montón de autorizaciones.

—Estoy segura de que tiene dosis aquí mismo. Nadie tiene por qué saberlo.

Su rostro se ensombrece al instante.

—Empieza a hablar como Adrien. ¡Mire adónde le llevó eso!

Se inclina hacia mí y baja la voz:

—Las normas existen por una buena razón. Y, aunque así fuera... usted no debe volver a tomar sustancias psicoactivas.

Hace una pausa y su expresión se suaviza ligeramente.

—Sin embargo, hay algo que podría hacer por usted. Puedo ayudarla a que desaparezcan las alucinaciones.

56

Adrien me espera en el vestíbulo, paseándose de un lado a otro. En cuanto me ve, se para en seco.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido?

Me encojo de hombros, incapaz de ocultar mi decepción.

—No como esperaba. Yo... pensaba que tal vez... bueno, le hablé de los psicodélicos. Para ayudarme a recuperar los recuerdos de mi agresión. Pero se negó.

Adrien me observa y reconozco ese brillo en su mirada, el mismo que vi en los ojos de su compañera unos minutos antes. Aprovecho la ocasión:

—¿Podrías conseguirlo tú?

Se estremece, desconcertado por mi pregunta.

—Primero, cuéntame exactamente qué te dijo Cléo.

Suspiro, exasperada.

—Que seguía teniendo alucinaciones y que ella podía ayudarme a eliminarlas.

Adrien asiente.

—En efecto, se trata de un método de retroalimentación de...

Lo interrumpo.

—¡Lo que quiero es recuperar mis recuerdos! Entonces, ¿me vas a ayudar? ¿Sí o no?

Su mirada se cruza con la mía y luego la aparta.

—Lo siento, pero por una vez estoy de acuerdo con Cléo. Es raro que ella y yo coincidamos, pero en este caso... tiene razón. La ketamina sería demasiado arriesgada para ti ahora mismo.

Ya he oído suficiente.

—¡Alice! ¡Espera! ¿Adónde vas?

Le respondo sin volverme.

—Me voy a casa.

—Pero la estación de metro está en la otra dirección.

—Vete tú. ¡Yo cojo un taxi!

Acelero el paso por si Adrien decide seguirme, pero no lo hace. Solo Tifenn está a mi lado y, por su mirada, intuyo que me va a soltar un sermón.

—Solo intenta protegerte, cariño.

—No necesito que me protejan. Necesito entender qué me ha pasado.

En el taxi, miro sin ver el paisaje parisino que desfila ante la ventanilla. Normalmente, las vistas del Sena me maravillan, pero hoy estoy demasiado nerviosa para apreciar nada. Le doy vueltas a mi enfado, repasando una y otra vez mi conversación con Cléo Dufresne. Esa forma que tuvo de hablarme como a una niña perturbada, con esa mezcla de condescendencia y lástima. Estoy harta de las miradas cómplices que intercambian a mis espaldas, de esa forma que tienen todos de tratarme como a una paciente frágil. Y Adrien... Su reacción me duele más de lo que quiero admitir. Él, que parecía comprender mi necesidad de recuperar la memoria. Al final, es como los demás. Como Hugo, como mi terapeuta. Otro hombre convencido de saber lo que me conviene. «En tu estado...», eso es lo que me dijo. ¿En qué estado, exactamente? ¿El de una mujer traumatizada a la que hay que proteger de sí misma?

Ni siquiera la mano de Tifenn sobre la mía como gesto de consuelo consigue tranquilizarme. De repente, mi móvil vibra. Es un mensaje de Tomiko Delgado, mi galerista: «Esta noche hay inauguración en la galería Dumont. Hace mucho que no apareces por aquí. ¡Te echamos de menos!»

—Deberías ir —sugiere Tifenn, que lee por encima de mi hombro —. Te distraerá. Te acompaño si quieres. De todos modos, Hugo

seguramente seguirá en la oficina.

Tiene razón. En casa, encuentro una nota de mi marido: Reunión importante. No me esperes para cenar.

Dos horas más tarde, me encuentro en la inauguración, con una copa de champán en la mano. El murmullo de las conversaciones me envuelve, pero apenas le presto atención. Me interesan más los cuadros colgados en las paredes. Según el catálogo que me han dado al llegar, son obra de una artista brasileña. Estoy absorta contemplando un gran lienzo en tonos ocres y rojos cuando una voz familiar me sobresalta.

—¡Alice! ¿Pensabas evitarme toda la noche?

Tomiko Delgado, con sus gafas rojas octogonales brillando bajo los focos de la galería, me mira fijamente por encima de su copa de champán.

—No quería molestarte, estabas con la artista —respondo en voz baja—. Y además... prefiero pasar desapercibida.

Con un gesto mecánico, se arregla su corto cabello gris antes de clavarme la mirada.

—Has recuperado algo de color, pero sigues estando demasiado pálida. ¿Al menos comes bien?

Sin esperar mi respuesta, continúa:

—¡Tengo que presentarte a Sofía! Esta chica tiene un talento increíble y, ¿te imaginas?, el año pasado vino expresamente a Berlín para ver tu exposición en la Kunsthalle.

Estoy a punto de negarme, pero el tono de Tomiko no admite discusión. No me arrepiento de haberme dejado llevar. La joven brasileña resulta tan talentosa como encantadora, con un entusiasmo casi contagioso. Solo nos separan unos pocos años, pero me siento mucho mayor que ella. Como si mi agresión hubiera abierto un abismo entre la joven artista que era y la que me he convertido. Bebo un sorbo de champán y me obligo a sonreír.

Otros rostros conocidos emergen de entre la multitud. Soufiane, el crítico de arte que escribió el prólogo de mi último catálogo, Laurent, el fotógrafo... Las preguntas sobre mi agresión quedan cortésmente en suspenso, sustituidas por comentarios sobre las obras expuestas, cotilleos sobre el mundo del arte, proyectos de

futuras exposiciones. Sonrío, otra vez. Cuando el camarero vuelve, cojo una segunda copa de champán con un placer casi culpable. No hay ningún Hugo que me mire con reprobación, ni ningún médico que me recuerde las contraindicaciones con mis medicamentos. Por una vez, no soy una paciente, ni una convaleciente a la que hay que vigilar.

—Y tú, Alice, ¿en qué estás trabajando ahora? —pregunta Soufiane.

La pregunta casi me hace soltar la copa. La cara de Marian Moreau invade de golpe mi mente. Sus ojos llenos de terror. Su boca torcida por un grito que solo yo puedo oír. En el lienzo blanco, los trazos de carboncillo se dibujan y se deshacen. La habitación empieza a dar vueltas a mi alrededor.

—¿Estás bien? —pregunta Sofía, preocupada, con una mano en mi brazo.

Tomiko ya se acerca para sostenerme, como si estuviera a punto de desplomarme. Me aparto con suavidad.

—Sí, sí... Creo que he bebido demasiado champán de golpe. —Me esfuerzo por sonreír—. Solo voy... al baño. Ahora vuelvo.

—Está al fondo a la derecha —me dice Tomiko mientras me dirijo en la dirección contraria—. Espera, te acompaño.

—No, gracias, no hace falta.

Mientras me abro paso entre la multitud, oigo mi nombre susurrado varias veces. Miradas curiosas me siguen, las conversaciones se interrumpen a mi paso. Busco a Tifenn con la mirada, pero no la veo por ninguna parte. De repente, siento una mano agarrándome del brazo.

—Por aquí, guapa.

Tifenn me guía hasta el baño. Una vez cerrada la puerta, me mira con preocupación.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, estoy bien. Solo necesito refrescarme. ¿Puedes esperarme fuera?

—Vale, pero si en cinco minutos no has salido, vuelvo a buscarte.

El espejo del baño me devuelve la imagen de una mujer a la que me cuesta reconocer. El champán me ha sonrojado las mejillas y mi

cabello empieza a rizarse ligeramente con el calor. Abro el grifo del agua fría y me echo agua en la cara. Ya me siento mejor. Me seco con cuidado con papel, procurando no estropearme el maquillaje. Al abrir el bolso para sacar el colorete, mis dedos rozan el móvil. Lo cojo mecánicamente y lo enciendo. Una parte de mí espera un mensaje de Adrien. La pantalla se ilumina. Una notificación. Mi corazón da un vuelco. Pero solo es una publicación de Instagram. Guardo el móvil con un gesto brusco, molesta por mi propia decepción. Me retoco rápidamente el maquillaje, intentando ignorar ese nudo en el estómago. ¿Qué esperaba exactamente?

Al salir del baño, me tambaleo, desorientada por el cambio brusco de iluminación. Las luces fluorescentes han dado paso a una penumbra inquietante. Tifenn no está allí. Ella, que me había prometido esperarme... El pasillo se alarga indefinidamente. La música y las conversaciones solo me llegan como un murmullo amortiguado, como si me hubiera sumergido bajo el agua.

Entonces los veo, en la esquina del pasillo apenas iluminado. Dos siluetas masculinas, una con traje oscuro y la otra con una chaqueta de terciopelo burdeos. Sus voces son apenas susurros, pero sus gestos no dejan lugar a dudas. Un intercambio furtivo: un fajo de billetes a cambio de una minúscula bolsa transparente. El hombre del traje pasa junto a mí sin verme, apresurado por volver a la inauguración. Podría seguirlo, volver hacia la luz, pero mi mirada se queda clavada en el otro hombre, que cuenta los billetes con gestos rápidos. Y entonces, de repente, se da la vuelta y desaparece tras una puerta.

Cuando llego a la puerta cerrada, dudo una fracción de segundo. Una parte de mí me grita que dé media vuelta, pero la ignoro y bajo el picaporte. La puerta da al patio trasero. A esta hora está desierto. Al menos, eso me parece hasta que veo volutas de humo. El hombre está allí, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo un cigarrillo. La puerta se cierra detrás de mí, ahogando los últimos ecos de la inauguración.

—Disculpe —digo con una voz que no reconozco, un murmullo ronco apenas audible—. ¿Vende usted... sustancias?

Se da la vuelta y nuestras miradas se cruzan. En la penumbra, distingo un rostro fino, unos ojos claros que me escrutan con una intensidad inquietante. Esboza media sonrisa, mientras me mira de arriba abajo. Inclina ligeramente la cabeza.

—¿Nos conocemos?

—No, yo... no lo creo —respondo apresuradamente.

Sigue mirándome fijamente y, de repente, abre mucho los ojos.

—¡Sí, ya sé quién es usted, la pintora que agredieron! Alice Sterenn, ¿verdad?

Siento un nudo en el estómago. Hasta un camello sabe lo que me ha pasado.

—Entonces, ¿qué le apetece? —continúa acercándose—. Tengo de todo: coca, éxtasis, ácidos...

Mis dedos se tensan sobre el bolso. Siento cómo me corre el sudor por la espalda. La voz de Cléo Dufresne resuena en mi cabeza: «No debes volver a tomar sustancias psicoactivas». Luego la de Adrien: «En tu estado...». Respiro hondo.

—¿Tienes Special K?

57

Tifenn y yo estamos sentadas a la mesa de la cocina. Entre nosotras, sobre la mesa, hay una bolsita con ketamina en polvo. Hugo aún no ha vuelto de su reunión, pero podría llegar en cualquier momento. No es de los que me cuenta todos sus movimientos.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me pregunta Tifenn.

Respiro hondo.

—Tengo que intentarlo. Necesito respuestas. No puedo seguir viviendo en la incertidumbre. Además, tú estás aquí por si la cosa se complica.

—Pero... ¿y si Hugo vuelve de repente?

—¿Te digo la verdad? Ya me da igual lo que piense.

Alargo la mano hacia la bolsita y la abro. El polvo parece azúcar glas.

Tifenn me mira con una mezcla de curiosidad y recelo.

—¿Sabes cómo tomarlo?

Niego con la cabeza.

—No viene con instrucciones y el camello debió de pensar que ya lo había tomado antes, lo cual es cierto, en cierta manera, ya que Adrien me lo administró para sacarme del coma. Pero ahora tengo que apañármelas sola.

—Hablando de él... quizá deberíamos pedirle que venga. No solo entiende de ketamina, sino que además es médico. Si empiezas a

tener convulsiones, ¡yo no sabría qué hacer!

—Solo tendrás que llamar a una ambulancia.

Tifenn suspira.

—Llámalo.

Vuelvo a negar con la cabeza, esta vez con más energía.

—¡Ni hablar! Tiraría la bolsa a la basura. Te recuerdo que ya le pedí ayuda y se negó en redondo. No, tengo una idea mejor. Seguro que hay información en internet.

Saco el móvil y tecleo rápidamente algunas palabras clave. Aparecen los resultados de la búsqueda. Los reviso, evitando detenerme en las palabras que me hacen estremecer: «sobredosis», «k-hole», «disociación». Si empiezo a pensar demasiado en los riesgos, perderé el valor.

Bajo hasta los modos de administración. «Se puede tragar directamente o esnifar», le resumo a Tifenn con una voz que espero que suene segura, sin mencionar las inquietantes advertencias que he leído.

Decido diluir el polvo en un vaso de agua. Es el método que me parece más seguro, aunque ninguno lo sea realmente. Calculo aproximadamente una dosis que me parece razonable, tratando de ignorar la vocecilla que me susurra que no tengo ni idea de lo que significa «razonable» en este contexto.

Cinco minutos más tarde, me llevo el vaso a los labios. El líquido es amargo. Hago una mueca, pero sigo bebiendo hasta la última gota.

—¿Cuánto tardará en hacer efecto? —pregunta Tifenn.

—Según la web, entre veinte y treinta minutos.

Las primeras sensaciones llegan antes de lo esperado. Primero, un ligero mareo, como si el suelo se balanceara bajo mis pies. Luego, los colores se vuelven más vivos, los contornos más nítidos. La luz que entra por la ventana de la cocina parece bailar en las paredes. Se me contrae el estómago dolorosamente, pero ya no tengo tiempo para preocuparme por eso. Los efectos psíquicos se apoderan de mí, barriendo todo lo demás.

Miro a Tifenn. Su rostro me parece extrañamente cercano y lejano a la vez.

«Está empezando», susurro.

Los efectos se intensifican rápidamente. Las paredes parecen respirar, como si la casa estuviera viva. Los sonidos se vuelven más profundos, más ricos. Me giro hacia Tifenn, pero su silla está vacía.

—¿Tifenn?

—Estoy detrás de ti, cariño.

Me giro y ahogo un grito. Su rostro no es más que un cráneo con cuencas vacías que me miran fijamente. Parpadeo y vuelve a ser ella, sonriendo como siempre. Pero su rostro ya se está transformando, su piel se descompone, se desprende a jirones.

Vuelvo a parpadear y mi mejor amiga vuelve a ser ella misma. Extiendo la mano para tocarla, para asegurarme de que es real, pero mis dedos solo encuentran el vacío. Tifenn se evapora como el humo.

La cocina desaparece con ella.

Estoy en mi estudio, sola. El sol se pone, proyectando sombras anaranjadas a través de las ventanas. Llevo puestos los cascos con cancelación de ruido, reproduciendo jazz. Reconozco la canción al instante: Winter Wonderland, de Chet Baker. Era exactamente lo que estaba escuchando esa noche. Música festiva de fin de año con aires navideños.

Esta vez, todo es más nítido, más real que en mis flashbacks anteriores. No solo estoy recordando, realmente estoy allí. Huelo la pintura fresca, siento el peso del pincel en la mano. Las manos empiezan a moverse solas, como poseídas. Los colores explotan en el lienzo: rojo, negro, violeta. Formas abstractas que cobran vida ante mis ojos.

Un movimiento me llama la atención. Me giro hacia la ventana que da a la casa de al lado. Al otro lado del cristal, Marian Moreau me mira con una intensidad que me hiela. Intenta decirme algo, no... ¡Marian no habla, grita! Pero no oigo nada por culpa de los cascos.

Ante mi falta de reacción, sus gestos se vuelven más amplios. Gesticula para hacerme entender algo, pero ¿qué? Intrigada, me quito los cascos y me acerco al ventanal. Las notas de jazz llenan el

espacio. Marian está frente a mí y tengo la impresión de que si estiro el brazo, podría tocarla. Podría salvarla... Sí, lo haré. ¡Voy a salvarla!

Le hago señas para decirle que voy a llamar a la policía, pero ella se da la vuelta bruscamente. Un hombre aparece detrás de ella. Todo sucede muy deprisa. Un estallido de violencia inaudita. Ella se defiende, le devuelve los golpes, pero el hombre no se detiene. Su rabia se multiplica por diez. La trompeta endiablada de Chet Baker los acompaña en este trágico ballet.

Incapaz de apartar la mirada, asisto impotente al asesinato de Marian Moreau. Cuando vuelve la calma, el hombre la sostiene en brazos. La sacude, pero ya es demasiado tarde.

¡Tengo que llamar a la policía! Busco el móvil en los bolsillos, en la mesa, en todas partes. Imposible encontrarlo. El teléfono fijo... ¡en el despacho de Hugo! Corro hacia la escalera, resbalando en los escalones. Llego a la planta baja, pero algo no va bien.

El hombre está allí. El asesino de Marian Moreau.

Se abalanza sobre mí. Grito, lucho con todas mis fuerzas para escapar de él. Cuando consigo liberarme, corro hacia las escaleras. Corro, subo los escalones de cuatro en cuatro. Me persigue. Mi estudio... Si pudiera llegar hasta él... Es la única habitación con cerradura. Pero para cuando introduzca el código en el teclado, ya me habrá alcanzado.

Sigo subiendo, cada vez más arriba. La trampilla que da al tejado es mi única salida. Presa del pánico, la abro y salgo al exterior. Doy unos pasos por la azotea. El cielo sobre mi cabeza se transforma ante mis ojos. Las estrellas se convierten en espirales doradas. Las nubes se estiran en volutas azuladas y, de repente, me encuentro dentro de «La noche estrellada». Es mi cuadro favorito de Vincent van Gogh. Cuando estudiaba Bellas Artes, pasé horas copiando esta obra, una y otra vez, fascinada por la forma en que había capturado el movimiento en la inmovilidad del cielo. Un pintor demasiado «comercial» para el gusto de mis compañeros, que solo juraban por artistas oscuros de los que nadie, excepto los iniciados, había oído hablar jamás.

Extiendo la mano hacia el cielo y los dedos se me cubren de pintura azul noche. Me quedo hipnotizada por esta visión durante un

instante, casi olvidando por qué estoy allí. Casi...

Un chirrido metálico resuena a mi espalda. El hombre está allí y su rostro expresa alivio. Sabe que ha ganado. Ya no puedo escapar de él. A menos que...

Me acerco al borde del tejado. El aire nocturno me acaricia el rostro, me agita el pelo. Me invade una extraña sensación, como si la gravedad hubiera perdido su control sobre mí. Los límites entre mi cuerpo y el espacio que me rodea se difuminan. Me siento... diferente. Ligera. Libre.

La idea se impone en mi mente con una claridad cristalina: puedo volar. Por supuesto que puedo volar. ¿Cómo he podido dudarlo? Los pájaros lo hacen, ¿por qué yo no?

El hombre se acerca por detrás. Ya no tengo miedo. Ahora sé cómo escapar de él. Solo tengo que dar un paso adelante y dejarme llevar por el viento. Seré como una hoja seca arrastrada por la gélida brisa de esta noche de otoño.

Doy un paso. El vacío me llama. El pie abandona el borde del tejado.

—¡ALICE!

Un grito desgarra la noche. Es la voz de Hugo. Atraviesa el velo que envuelve mi conciencia. Los remolinos estrellados de Van Gogh se disuelven, dejando paso a la realidad: mi cuerpo a punto de caer al vacío.

58

Tumbada en la cama, me siento mareada y desorientada. Es como si hubiera saltado de una atracción en marcha: aunque estoy en tierra firme, todavía me da vueltas la cabeza. Alguien me coge la mano y me la aprieta con suavidad. ¿Adrien? Me giro hacia un lado, parpadeando. Pero no es él.

—Alice, cariño, ¿cómo te encuentras?

El rostro de mi marido se va perfilando poco a poco. Tiene ojeras y la cara tensa. Me concentro, tratando de ordenar mis pensamientos. El sabor amargo del polvo de ketamina aún permanece en mi lengua. Marian y el hombre que la asesinó vuelven a atormentarme, pero esta vez sus rostros están nítidos en mi mente.

—Tengo... ganas de vomitar, pero aparte de eso, estoy bien... creo.

Hugo suspira.

—¡Si supieras el miedo que he pasado!

Me coge la mano, pero yo la retiro de golpe. No puedo evitarlo. Desde que sé que estaba dispuesto a dejarme caer en coma sin intentar nada, no soporto que me toque. Sin embargo, tengo que controlarme. No debe sospechar que he recuperado la memoria. Solo de pensarlo, el corazón se me dispara y el pánico me invade de nuevo. Si no me calmo, voy a tener un ataque de espasmofilia.

—¿Te encuentras bien?

Esa voz... No es mi marido quien acaba de hacer la pregunta. Una silueta emerge de la sombra: Adrien. Estaba ahí desde el principio, discreto en un rincón de la habitación.

—Lo llamé yo —me explica Hugo, probablemente al ver la sorpresa en mi rostro—. Estabas en pleno ataque de delirio. No sabía qué hacer. Decías que eras ligera como una pluma o algo así y... de verdad creí que ibas a saltar, ¿sabes?

De nuevo, su mano busca la mía. Esta vez se la dejo, reprimiendo un escalofrío de repugnancia. Los recuerdos de anoche me vuelven a fragmentos. La sensación de ligereza. La impresión de poder volar. Ahora mi cuerpo pesa como el plomo, como si la gravedad hubiera decidido vengarse. Mis párpados también. Lucho por mantenerlos abiertos.

Consciente de la mirada de Adrien sobre mí, siento que me arde la cara. La vergüenza me invade. Por suerte, el ridículo no mata. Aunque...

Me sonríe.

—La ketamina a veces provoca alucinaciones bastante intensas. Creo que has tenido un k-hole. Pero ya ha pasado, no tienes nada que temer. Te he administrado midazolam para ayudarte a salir del estado alucinatorio. Es un ansiolítico.

Bajo la mirada, incapaz de sostenerle los ojos. ¿Qué debe de pensar de mí?

—Ahora deberías cerrar los ojos y descansar —continúa con ese tono suave y profesional que a veces adoptan los pediatras. Solo que yo ya no soy una niña.

Hugo me aprieta la mano con más fuerza.

—Gracias por venir tan rápido. Creo que ahora puedo encargarme yo —dice con educación, pero con firmeza, para que Adrien entienda que es hora de marcharse.

Adrien duda. No me quita los ojos de encima. ¿Entiende que quiero que se quede? Espero que sí. No debe dejarme sola con Hugo.

—Le agradezco su ayuda, pero ya no es necesaria —interrumpe Hugo—. Yo cuidaré de mi mujer.

Su tono brusco me hace estremecer. Adrien me lanza una mirada, pero ante la actitud de mi marido no tiene más remedio que ceder.

—Entendido. Llámeme si necesita algo.

La puerta se cierra con suavidad tras él y, de repente, me siento vulnerable. Oigo sus pasos alejarse por las escaleras y luego el portazo al cerrarse la puerta de entrada.

Hugo se inclina hacia mí.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado? He encontrado una bolsita en la cocina y restos de polvo. ¿Es droga? ¿Qué intentabas hacer exactamente?

No debería responderle, pero las palabras brotan de mi boca sin que pueda evitarlo.

—Quería recordar.

Su mirada cambia. Solo dura unos segundos, quizá menos, pero sé que lo ha entendido.

—¿Y... ha funcionado?

Trago saliva. No quiero decirle la verdad. Pero si no digo nada, solo conseguiré avivar su curiosidad.

—No del todo. Todavía está confuso.

—¿Confuso?

—Sí... como un sueño que se desvanece al despertar. Nada concreto.

Entrecierra los ojos, como si intentara leerme el pensamiento. Espero que no lo consiga.

—¿Estás segura? —insiste—. Si recuerdas algo, debes decírmelo. Es importante. Podría ayudar a la policía, ¿entiendes? Incluso un detalle sin importancia.

El rostro del asesino de Marian Moreau se impone en mi mente, tan nítido como una fotografía en color. Niego con la cabeza, evitando su mirada.

—No, ya te lo he dicho. No ha funcionado. He tenido una mala reacción, eso es todo.

Recorro la habitación con la mirada y, de repente, un detalle me llama la atención.

—¿Dónde está Tifenn? Anoche estaba aquí.

Hugo arquea las cejas.

—Ah... sí, es verdad. Le dije que se fuera a casa.

Me sonríe, de repente de mucho mejor humor.

—Debes de tener hambre. Te prepararé algo.

Niego con la cabeza. La sola idea de comer me da náuseas.

—No, gracias, de verdad que no tengo hambre.

—Tienes que comer algo. Aunque solo sea un poco de pan tostado con mantequilla y mermelada.

—Más tarde, quizá.

—Pero...

De repente, el sonido del móvil rompe el silencio. Hugo lo saca del bolsillo y mira la pantalla. Frunce el ceño.

—Tengo que coger esta llamada...

Asiento con la cabeza. Vacila unos segundos más antes de descolgar y salir al pasillo. Su voz me llega amortiguada: «¿Qué? Pero eso es imposible, los cimientos se echaron la semana pasada... No, no, no toques nada. Voy para allá ahora mismo».

Vuelve a la habitación con la cara tensa.

—Hay una emergencia en la obra. Tengo que irme.

Me lanza una mirada preocupada, visiblemente indeciso.

—Ve, estoy bien, te lo aseguro. El ansiolítico está empezando a hacer efecto.

—¿Estás segura?

—No te preocupes, llamaré a Tifenn.

Me mira con una intensidad que no le conozco.

—Vale, pero llámame si hay algún problema —termina diciendo.

—Prometido.

Me quedo inmóvil, escuchando el ruido de sus pasos en la escalera y luego el portazo al cerrarse la puerta de entrada. El motor de su coche arranca. Cuento hasta diez mentalmente, esperando estar segura de que realmente se ha ido.

Me tiemblan ligeramente los dedos cuando voy a coger el móvil, pero este vibra en mi mano. El nombre de Adrien aparece en la pantalla. Descuelgo inmediatamente.

—Acabo de ver salir a tu marido —susurra—. ¿Estás bien?

—Eh... sí. Justo iba a llamarte. ¿Puedes venir?

—¡Voy para allá!

—La puerta se abre con un código. Es el 4721.

Todavía me da vueltas la cabeza y no me veo capaz de levantarme. Por suerte, no tengo que bajar a abrirle. Menos de cinco minutos después, oigo el pitido característico del teclado numérico de la puerta de entrada, seguido poco después de pasos rápidos en la escalera. Adrien aparece en el umbral, ligeramente sin aliento.

—Tengo que decirte algo —le digo, intentando incorporarme.

Se acerca y se sienta en el borde de la cama, justo donde Hugo estaba sentado unos instantes antes. Pero mientras que mi marido me miraba con recelo, en los ojos de Adrien solo veo una sincera preocupación.

—Hace un momento le mentí a Hugo.

—¿Sobre qué?

—Me preguntó si había recuperado la memoria y le dije que no.

La mano de Adrien se cierra sobre la mía.

—¿Eso significa que recuerdas la agresión?

Asiento con la cabeza.

—He visto su rostro.

Me tiembla ligeramente la voz.

Adrien se inclina hacia mí, frunciendo el ceño.

—¿El de tu agresor?

Respiro hondo.

—Y el del asesino de Marian Moreau. Es el mismo hombre. Y lo conozco.

59

Adrien se queda sin palabras, con el rostro paralizado por el estupor, como si le costara asimilar la revelación que acabo de hacerle.

—¿Lo conoces? No me digas que era tu marido. ¿Lo era?

Sé que Adrien sospecha de él desde que escuchó una conversación telefónica cuando yo todavía estaba en el hospital.

—No, no era Hugo.

—Entonces, ¿quién es?

—No lo sé. Quiero decir que no sé quién es, pero me lo encontré cuando volví del hospital.

Adrien se para en seco.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en casa. Es un cliente de Hugo.

—¿Y estás segura de que es el hombre que viste asesinar a Marian Moreau?

La macabra película de aquella terrible noche se repite en mi cabeza cada vez que intento recordar.

—No tengo ninguna duda. Era él. Y creo que Hugo lo sabe. Creo que está protegiendo a ese hombre, aunque no sé por qué. Apostaría a que era con él con quien estaba hablando cuando escuchaste su conversación. Y ahí está, apareciendo en casa al día siguiente de mi vuelta del hospital.

—¿Piensas lo mismo que yo? —me pregunta Adrien, con una mirada de complicidad.

—Que vino a comprobar por sí mismo que yo no era capaz de reconocerlo.

Esta vez, Adrien necesita sentarse.

—¡Dios mío! Entonces tenemos que ir a la policía. ¡Ahora mismo!

—¿Para decirles qué? ¿Que recuperé la memoria después de tomar ketamina comprada a un camello? Ya me imagino la cara del comandante Ferrer. Además, ni siquiera tengo un nombre que darles.

—¿Y si haces un retrato robot?

Me incorporo en la cama.

—Pero... no estoy segura de recordar su cara lo suficientemente bien como para eso.

—Precisamente, ahí está la clave. Al concentrarte en los detalles, al intentar plasmarlos en el lienzo, podrías recuperar recuerdos ocultos. Cosas que viste sin darte cuenta en ese momento. Funcionó bien con Marian Moreau. Pudimos identificarla gracias al retrato que hiciste.

Salvo que Marian Moreau no intentó matarme. Me guardo ese pensamiento mientras me pregunto si soy capaz de hacerlo. Para dibujarlo con la mayor fidelidad posible, tendré que evocarlo en mi mente y reconozco que eso me asusta. Pero quizá sea la mejor manera de enfrentarme a él. La pintura siempre ha tenido un efecto catártico en mí. Cuando pinto, siento que mi mente se libera, que las barreras entre el consciente y el inconsciente se derrumban.

—Puede que tengas razón. Merece la pena intentarlo. Pero pintarlo llevaría demasiado tiempo. Voy a hacerlo exactamente igual que con Marian Moreau.

Después de darle indicaciones para que encuentre mi cuaderno de bocetos y mis lápices, le doy a Adrien el código de mi estudio, la única habitación de la casa que tiene uno, como la puerta de entrada. Unos instantes más tarde, estoy sentada con las piernas cruzadas en mi cama. Adrien está a mi lado y siento el calor de su aliento rozando mi nuca mientras mira por encima de mi hombro el retrato de mi agresor cobrando vida bajo mis trazos de lápiz.

—Ya está —digo al cabo de media hora, agotada pero satisfecha con el resultado.

El hombre que acabo de dibujar debe de tener unos cincuenta años, el pelo ralo y el rostro demacrado. He decidido darle un aire neutro: el que tenía cuando nos vimos por segunda vez, en el despacho de Hugo. Me temo que si le hubiera dado la mirada que tenía la noche en que irrumpió en mi casa para matarme, habría falseado los resultados en Internet. Aunque se trata del mismo hombre, su rostro la noche del asesinato de Marian Moreau es muy diferente al que he plasmado en el papel. El que dibujé es el respetable hombre de negocios con el que me crucé el día que vino a casa sin avisar. Pero también recuerdo el otro rostro, el del monstruo que surgió aquella noche, desfigurado por la rabia y la violencia.

Adrien me quita la hoja de las manos para examinar el rostro del desconocido. Luego, sin hacer ningún comentario, le hace una foto con el móvil. En unos instantes, el algoritmo del motor de búsqueda compara al hombre del dibujo con miles, quizá incluso millones de otros rostros, que yo sepa. Pero ninguno es mi agresor.

—¿Estás segura de que no está entre los resultados?

Me froto los ojos, agotada.

—En cualquier caso, no estaba en las diez primeras páginas.

De común acuerdo, seguimos adelante con la búsqueda, haciendo clic en las páginas siguientes, pero al cabo de un rato me doy cuenta de que son las mismas caras las que aparecen una y otra vez.

Adrien guarda el móvil en el bolsillo.

—Vale, estamos dando vueltas. Pasemos al siguiente paso.

Parpadeo, sin estar segura de seguirle.

—¿El siguiente paso?

—Te acompaño a la policía, ahora mismo.

Se pone de pie, listo para salir.

—Espera... ¿Y si no existiera más que en mi mente? ¿Y si fuera solo una alucinación más?

—Claro, no podemos descartarlo. Quizá no había nadie con Hugo en el despacho ese día, pero quizá sí. Será la policía la que aclare

qué es verdad y qué es mentira.

—Pero...

—No discutas. Tenemos que avisarles sin demora. Te dejo que te prepares.

Y con estas palabras, Adrien sale de la habitación llevándose mi dibujo.

60

El retrato está sobre el escritorio del comandante Ferrer. El papel blanco contrasta con la madera oscura, atrayendo inexorablemente la mirada del policía.

—Es el hombre que la agredió —dice Adrien mientras yo guardo silencio.

Ferrer lo mira fijamente durante un instante y luego se vuelve hacia mí.

—¿Señora Le Treuvier?

—Sterenn —le corrijo con suavidad antes de asentir—. Sí, es él.

Coge el dibujo y lo examina entornando los ojos.

—¡Olivier! —grita entonces por la puerta entreabierta—. ¿Puedes venir un momento?

Inmediatamente aparece un hombre en el umbral. La oficina donde estamos es tan pequeña que se ve obligado a quedarse de pie en la puerta.

—El capitán Marchand estaba al cargo de su caso al principio de la investigación. ¿Lo recuerda?

Asiento con la cabeza. Fue él quien vino a interrogarme al hospital. Recuerdo sobre todo su insistencia en que describiera a mi agresor.

—¿Lo conoces? —pregunta Ferrer.

El oficial echa un vistazo al dibujo.

—No, pero lo pasaré a los demás grupos a ver si alguien lo reconoce.

Ferrer asiente con la cabeza y el capitán Marchand se lleva mi dibujo para hacer fotocopias.

—¿Y lo había visto antes?

—Es un cliente de mi marido... creo.

—¿Cree?

Me muerdo el labio ante mi propia vacilación.

—Eso es lo que deduje cuando vino a casa a recoger unos planos. Pero Hugo también trabaja con empresas de construcción. A lo mejor los planos eran de una obra en curso.

—Entonces su marido conoce su identidad, necesariamente.

Es cierto, ahora que lo pienso Hugo no nos presentó.

—No le he hablado de esto.

Ferrer me mira desconcertado.

—¿Y por qué no?

—Creo que sabe que ese hombre es mi agresor.

Esta vez, una chispa de interés atraviesa la mirada del policía.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Lo sé, sin más.

Ferrer se inclina hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio.

—Si es él, entonces corrió un riesgo al ir a verla. Podría haberlo identificado.

—¿Y si fue precisamente por eso? Para comprobar por sí mismo que yo no era capaz de reconocerlo.

Me estremezco al darme cuenta de lo que estoy diciendo.

—Si hubiera tenido la más mínima duda... esta vez habría terminado el trabajo. Probablemente no estaría aquí hablando con usted.

—Pero no tiene pruebas.

—No.

—Eso no es del todo cierto —interviene Adrien—. Lo vi en el piso de Marian Moreau.

—¿Quién es usted exactamente?

—Soy Adrien Cleiry.

—Vale. ¿Y cuál es la naturaleza de su relación con la señora aquí presente?

De repente, noto que me ruborizo. Espero que no se note. Pero el comandante Ferrer está demasiado concentrado en Adrien como para percatarse de mi incomodidad.

—Soy su amigo y también... su médico.

—¿Entonces es su terapeuta?

—Es un poco más complicado que eso.

El policía se acomoda en su silla, cruza las manos sobre el vientre y, finalmente, cierra los ojos.

—Soy todo oídos.

Por segunda vez, escucho a Adrien relatar las extraordinarias circunstancias de nuestro encuentro: primero en el hospital, durante mi coma, y luego cuando se instaló en casa de la señora Amauris para velar por mi convalecencia. Termina su relato contando cómo escuchó una sospechosa conversación telefónica entre Hugo y un misterioso interlocutor.

—Lo oí por teléfono el día que Alice salió del coma. Le aseguraba a su interlocutor que no había nada que temer, que su mujer no recordaba a su agresor y que él se encargaría de que siguiera siendo así.

El comandante Ferrer abre los ojos y suspira mientras se endereza en el sillón. Su mirada pasa de Adrien a mí, y luego de mí a Adrien.

—Son acusaciones graves.

—Soy consciente de ello —dice Adrien.

Envidio su seguridad. Por mi parte, empiezo a sentirme culpable. Hugo va a tener problemas por mi culpa. No puedo creer que esté involucrado en mi agresión. Evidentemente, el policía piensa lo mismo.

—¿Tiene su marido motivos para estar enfadado con usted?

—¿Quiere decir, hasta el punto de querer matarme?

Él asiente con la cabeza.

—Francamente, no.

—Tómese su tiempo antes de responder. ¿Tienen problemas económicos?

—No lo sé. No habla mucho de su trabajo.

—¿Alguna vez ha sido violento con usted?

—Puede enfadarse, pero ser violento, no. Nunca.

—Vale, no hay violencia —dice como si tachara mentalmente una línea de una lista—. ¿Alguno de los dos ha hablado de separarse?

Esta vez ha dado en el clavo.

—No... directamente. Pero hace tiempo que las cosas no van muy bien entre nosotros.

—¿Cómo es eso?

Pienso en Kate y en cómo Hugo la devora con la mirada. Si aún no tienen una aventura, seguro que esa idea le ha pasado por la cabeza a mi marido. Quizás incluso lo tengan todo planeado: vivir juntos, casarse... Las palabras que escuché al volver del hospital resuenan de repente en mi mente: «Aún no puedo dejarla». Hugo juró que había soñado esa conversación telefónica, que todo aquello solo existía en mi cabeza traumatizada. Le creí. Hoy ya no me fío de él. Sin embargo, cuando mi mirada se posa en Adrien, me doy cuenta de que eso ya no tiene importancia.

—Bueno, seguimos viviendo bajo el mismo techo, pero es como si lleváramos vidas separadas. Nos cruzamos más de lo que hablamos. Él se queda hasta tarde en la oficina, yo me dedico a pintar... Se ha convertido en nuestra forma de ignorar el elefante en la habitación.

—En ese caso, ¿por qué volvió con él?

—Porque estuve a punto de morir, se lo recuerdo. Y estaba vulnerable y...

—¿Sí?

—Desde que salí del hospital, Hugo se mostró muy atento conmigo. Hacía mucho que no se preocupaba por mí de esa manera. Pero pronto comprendí que solo quería controlarme, vigilarme. Cuando Adrien me contó la conversación telefónica que había oído, todo cobró sentido.

Se me hace un nudo en la garganta. Me falta el aire, mientras las paredes de la pequeña oficina parecen cerrarse sobre mí.

—No pasa nada, señora Le Treuvier. Tranquilícese.

Adrien me pone una mano en el antebrazo. Los latidos de mi corazón se calman de inmediato, como cada vez que me toca. Él toma el relevo, concediéndome el respiro que necesito para recuperarme.

—Si le doy la fecha y la hora de esa llamada, ¿podría averiguar la identidad de la persona que llamó? —pregunta, sin retirar la mano de mi brazo.

Ferrer asiente despacio.

—Para recuperar los registros de llamadas, primero tendría que abrir una investigación oficial y obtener una comisión rogatoria del juez de instrucción. Sin eso, el operador no me facilitará nada.

—¿Entonces va a dejar que se salgan con la suya?

—No he dicho eso. Mire, esto es lo que vamos a hacer. Empezaré por interrogar al señor Le Treuvier. Me interesa mucho su versión de los hechos. ¿A usted no?

61

Treinta y cinco minutos. Ese es el tiempo que ha transcurrido desde la llegada de Hugo a la comisaría. Su mirada cuando nos vio a Adrien y a mí sentados en el pasillo que hace las veces de sala de espera me persigue. Sin sorpresa, sin ira, solo rencor. Eso es lo que leí en sus ojos azules, que se habían vuelto tan oscuros como las profundidades abisales. Me estremezco.

—¿Tienes frío?

Niego con la cabeza, pero Adrien ya se ha quitado la chaqueta para ponérmela sobre los hombros. El calor de su cuerpo me envuelve suavemente.

—No tienes nada que reprocharte —continúa, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

Me gustaría poder creerle, pero la culpa me corroe. No he hecho más que acusar a mi marido de ser cómplice del hombre que casi me mata.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si todo esto no es más que una visión distorsionada de la realidad causada por la ketamina que he tomado?

Adrien se inclina para mirarme mejor. Una sonrisa triste se dibuja en sus labios. Extiende la mano y me aparta unos mechones de pelo de la cara.

—Yo sé que es la realidad. Tu marido oculta algo. Es solo cuestión de...

La puerta del despacho del comandante Ferrer se abre. Hugo le da la mano, creo incluso que le da las gracias. Luego, sin mirarnos, se aleja hacia la salida. Adrien se pone de pie de un salto.

—¿Y lo dejan irse así sin más?

El comandante Ferrer hace una señal a uno de sus hombres para que se ocupe de quien parece considerar un alborotador.

—Por favor, acompáñeme, señor.

—¿Qué? ¿Por qué?

Pero la mano del policía ya se ha cerrado alrededor del brazo de Adrien.

—Llévenlo al otro despacho —ordena Ferrer.

Asisto, impotente, al espectáculo de Adrien mientras lo arrastran por la fuerza dos policías, mientras que Hugo se ha marchado, libre.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se llevan a Adrien?

Ferrer me mira de esa forma que se ha vuelto demasiado familiar, como se mira a alguien frágil, a alguien a quien hay que tratar con delicadeza. Con un gesto de la mano, me invita a seguirlo a su despacho. Cierra la puerta detrás de mí y me encuentro sentada en el mismo lugar que antes, con una excepción: esta vez estoy sola. Echo un vistazo a la silla que ocupaba Adrien.

—Todo va bien, señora, se lo aseguro.

—¿Ah, sí? ¡Acaba de dejar marchar a mi marido y Adrien acaba de ser detenido!

Ferrer suspira y veo que se esfuerza por responderme con calma.

—Adrien Cleiry debe responder a algunas preguntas. Verá, se ha presentado una denuncia contra él.

—¿Una denuncia? ¿Es Hugo quien está detrás de todo esto?

—No. Pero no estamos aquí para hablar del señor Cleiry. Imagino que querrá saber lo que le ha dicho su marido.

Aprieto los labios y me callo.

—Bien. Esta es su versión de los hechos. Una versión que ha podido ser verificada.

Pone delante de mí el retrato que hice de mi agresor.

—Su marido nos ha facilitado su identidad. Se trata del hijo de su vecina, la difunta señora Amauris.

—¿Qué? ¡No! No es él. Ya he visto a su hijo y...

Me interrumpe con un gesto de la mano.

—Es el hijo menor. La señora Amauris tuvo tres hijos, todos varones. El que usted vio es el mayor. Él era quien cuidaba de su madre y se ocupaba del mantenimiento de la casa.

Cojo la hoja y miro fijamente al hombre que he dibujado. De repente, me invaden los recuerdos: imágenes enterradas que salen a la superficie. Recuerdos...

—Sin embargo, fue él quien me agredió. Primero se abalanzó sobre Marian Moreau y luego sobre mí.

El comandante Ferrer recibe mis palabras con serenidad. Me recuerda a un sacerdote escuchando la confesión de uno de sus feligreses o a un psiquiatra. ¡Maldita sea!

—¿Entiendo que ingirió sustancias... ilegales?

Me pongo tensa. Hugo le ha contado todo sobre la ketamina. Mi testimonio ya no vale nada.

—No se preocupe. No se lo vamos a tener en cuenta. Por esta vez... Pero evite que se convierta en un hábito, ¿vale?

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quiere saber?

—¿Qué hacía ese hombre en mi casa al día siguiente de mi regreso del hospital?

—Ah, sí. Bueno, en eso ha acertado. El señor Amauris es cliente de su marido. Él mismo me lo ha confirmado. Ha vuelto a hacer los planos de la casa de su vecina porque los originales se perdieron y la familia quería volver a hacerlos con vistas a la venta y también para conservar un recuerdo de la casa de su infancia. Su marido aceptó prestarles ese servicio. En cuanto al hecho de que usted se lo encontrara ese día, se trata de una coincidencia.

En resumen, no veía ninguna relación de causa y efecto. Me viene a la memoria la escena que presencié aquella mañana. Vuelvo a ver a aquel hombre vestido con un traje oscuro deslizarse por la puerta, con la mirada fija en mí mientras yo estaba en la entrada. La forma en que Hugo parecía incómodo, apresurado por despedirlo.

Las miradas que intercambiaron y sus susurros antes de que se marchara. Tuve la clara sensación de que ocultaban algo.

Levanto la vista hacia el comandante. Me mira con esa mezcla de compasión y duda que empiezo a conocer bien. No sirve de nada insistir. Digas lo que digas, el comandante Ferrer solo verá las divagaciones de una mujer traumatizada que ha abusado de las drogas recreativas. Sin embargo, necesito saberlo.

—¿Va a interrogarlo?

—¿A quién?

—A ese hombre... al hijo de la señora Amauris.

El comandante Ferrer se acomoda un poco más en su sillón. Tengo la impresión de que empiezo a irritarlo.

—No. No hay motivo para ello.

Esta vez no puedo contenerme.

—Ha matado a una mujer delante de mí. Me parece que es una razón válida.

—Su marido me ha dicho que ha dejado la terapia. ¿Es cierto?

Siento cómo se me enrojecen las mejillas.

—Yo...

El comandante Ferrer juega distraídamente con un bolígrafo, evitando de repente mi mirada.

—A propósito... Su marido me ha hablado de la señora Campos.

Me quedo paralizada.

—Es mi mejor amiga, pero no veo qué tiene eso que ver —digo con cautela—. ¿Por qué le ha hablado Hugo de ella? A menos que... Si es por lo de la ketamina, ¡ella no tiene nada que ver con eso! La conseguí sin su ayuda.

El comandante Ferrer deja el bolígrafo y se pasa la mano por la cara. Algo cambia en su mirada, ¿quizás compasión? De repente, baja la vista, absorto en una mancha de café en su escritorio.

—Ya veo... —murmura más para sí mismo que para mí, antes de continuar con voz más segura—. Escuche, creo que es hora de que se vaya. Su marido la espera fuera.

—No, tengo que ver a Adrien.

El comandante niega con la cabeza.

—El señor Cleiry no saldrá pronto. Está acusado de ocupación ilegal de la propiedad de los Amauris.

—¿Qué? ¡Pero eso es ridículo! Lo contrataron para hacer unas obras.

—Es su versión contra la de los propietarios legítimos. Sin ninguna prueba de lo que afirma, se enfrenta a hasta un año de prisión y una multa de quince mil euros por allanamiento de morada. Vuelva a casa, es lo mejor que puede hacer por ahora.

La ira me invade. Salgo disparada de la comisaría. Hugo está allí, apoyado en su coche. Me abalanzo sobre él.

—¿Fuiste tú quien denunció a Adrien, verdad? ¡Quieres que lo arresten!

Se acerca, con el rostro más serio que nunca.

—Sube al coche, Alice.

—¡No! No hasta que tú...

—¿Quieres la verdad? Sube. Te lo contaré todo. Pero aquí no. Si montas un escándalo, acabaré en la cárcel, pero no por lo que tú crees.

Algo en su voz me hiela. Me subo al coche con el corazón latiéndome con fuerza. Hugo se sienta al volante, pero no arranca de inmediato. Fija la mirada en un punto invisible delante de él.

—Nunca hubo ningún ladrón.

Una corriente helada me atraviesa de parte a parte.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo inventé todo. Y lo hice para protegerte.

62

Estamos a solo unos minutos de casa, pero el trayecto se me hace eterno. A pesar de mi insistencia, Hugo se niega a contarme nada más hasta que lleguemos. El coche se detiene por fin. Me siento como el día que volví del hospital, solo que entonces no tenía este nudo en el estómago que me acompaña mientras camino detrás de él hasta la puerta de entrada. Deja las llaves del coche en la consola y se quita el abrigo. Luego se dirige a la cocina.

—¿Quieres un café?

Como si no estuviera ya bastante nerviosa.

—No.

Me siento en el sofá y espero. El ruido de la cafetera rompe el silencio de la casa. Hugo por fin se decide a venir conmigo. Deja su taza aún humeante sobre la mesa y me mira.

—Una vez que te cuente la verdad, no habrá vuelta atrás.

Su voz es grave, solemne. Dios mío. Trago saliva.

—Quiero saberlo —le digo mirándolo.

Él hace una mueca.

—¿Estás segura?

—Al final lo voy a descubrir todo de todas formas.

Respira hondo y por fin se sienta frente a mí.

—Está bien.

Espero, pero no dice nada. La mirada de Hugo se pierde en el vacío.

—Dijiste que le habías mentido a la policía.

Se sobresalta como si lo hubiera sacado de sus pensamientos. La cara de mi marido, normalmente tan pálida, se pone colorada. Nunca lo había visto así.

—Sí, mentí.

Silencio.

—Dijiste que mentiste para protegerme —continúo, como si se tratara de un niño que duda en confesar una travesura—. ¿Me lo puedes explicar?

Esta vez me mira fijamente a los ojos, con determinación. Se levanta y va hacia las escaleras.

—Aquí es donde te encontré —dice entonces, señalando el suelo al pie de las escaleras—. Tenías la cabeza hundida en un charco de sangre. De verdad creí que estabas...

—¿Muerta?

Él asiente con la cabeza y luego se da la vuelta. Vuelve a extender el brazo y señala otro lugar a unos dos metros de distancia.

—Aquí es donde la encontré, detrás de la barra de la cocina.

De repente, siento frío. Me castañetean los dientes cuando le pregunto:

—¿A quién?

Suspira.

—A Tifenn.

Me levanto de un salto.

—¡¿Qué estás diciendo?! Tifenn está...

—Está muerta.

Es imposible, pero sé que dice la verdad. Lo siento en lo más profundo de mi ser.

—Alice... Tú la mataste esa noche.

¡MIENTE!

La voz de Tifenn retumba en mi cabeza con la fuerza de un trueno.

—Tú la mataste, pero tú seguías viva, así que, mientras llegaba la ambulancia, pensé en una versión creíble. Había habido robos en el barrio, así que inventé esa historia. Dije que había sorprendido a un hombre en la casa y que había huido al verme.

¡MIENTE!

Me agacho y me tapo los oídos con las manos.

—Tifenn vino a verte esa noche para decirte que ella y yo habíamos tenido una aventura. Solo duró unos meses y no estoy orgulloso de ello, créeme. Fue el mayor error de mi vida. Las cosas no iban muy bien entre nosotros y yo me había acostumbrado a desahogarme con ella...

—Cállate...

Mi voz es apenas un susurro y Hugo continúa con su relato.

—Hemos roto. O mejor dicho, yo he roto.

¡MIENTE!

—Le dije que todavía te quería y que no podíamos seguir viéndonos. Como era de esperar, no se lo tomó nada bien. Esa noche me llamó para decirme que estaba aparcada delante de nuestra casa y que iba a contártelo todo. Salí corriendo, pero no llegué a tiempo. Debisteis de discutir y la cosa se fue de las manos.

Hugo se agacha a mi lado. Siento su mano sobre mi hombro.

—Alice...

Tifenn también está a mi lado. Lloro al darme cuenta de que ella no está realmente aquí. Que soy la única que la ve y la oye.

Te miente, cariño. Lo sabes. Piensa. Conoces la verdad. Puedes recordar. Puedes hacerlo. Debes recordar. ¡AHORA!

Un dolor lacerante me arranca un grito. Es como si me hubieran abierto el cráneo, como si una mano invisible se hubiera metido en mi cabeza para revolver su contenido. Las imágenes y los sonidos me inundan, los olores también. Y sí, lo recuerdo. Todo.

Levanto la cabeza y miro a Hugo. Me sonríe, así que le cruzo la cara de una bofetada.

—¡Mientes! —le grito antes de salir corriendo escaleras arriba.

Debe de haberse levantado, porque oigo sus pasos detrás de mí. Apenas tengo tiempo de encerrarme en mi estudio, pero ya oigo el

sonido de las teclas del teclado numérico al otro lado. Por supuesto, él sabe el código y yo he sido tan idiota que no lo he cambiado.

—¡Alice! ¿Qué te pasa?

Tifenn está detrás de él. Asiente con la cabeza, animándome.

—Mientes —repito con calma.

Da un paso adelante.

—En absoluto. Sé que es difícil de aceptar, pero es la verdad.

Da otro paso adelante.

—Tifenn nunca se habría enamorado de ti.

Él arquea las cejas.

—¿Y por qué no? Tú sí que te enamoraste.

Da otro paso adelante.

—Tifenn vino a verme esa noche, pero no para hablarme de ti. Quería consolarme. Le preocupaba que el desastre de mi última exposición me hundiera. Las dos estábamos en mi estudio, charlando mientras yo pintaba. En un momento dado, bajó para prepararnos algo de picar. Fue entonces cuando ocurrió. El asesinato en la casa de Madame Amauris. Marian Moreau, la agente inmobiliaria que se encargaba de enseñar la casa, fue asesinada ante mis ojos por el hombre con el que me crucé en nuestra casa al día siguiente de volver del hospital, el hijo menor de Madame Amauris. Se había colado en nuestro jardín mientras tú pagabas al repartidor y fingía haber venido a recoger unos planos que le habías hecho.

Hugo sigue avanzando sin apartar los ojos de mí, pero no me dejo intimidar. Quiero que sepa que ya no puede engañarme.

—El comandante Ferrer me dijo que se trataba del hijo menor de la señora Amauris. No sé qué hacían los dos en la casa, ni por qué la mató. Lo que sé es que me vio por la ventana. Se dio cuenta de que había presenciado toda la escena y que iba a llamar a la policía. Esa era mi intención. Por desgracia, Tifenn le abrió la puerta cuando llamó al timbre. Creía que era el repartidor con nuestras pizzas. Cuando llegué abajo, ya se había abalanzado sobre ella. No pude hacer nada. Ella estaba en el suelo y luego me tocó a mí...

—Alice, ¿te das cuenta de que estás delirando, verdad? Nada de lo que cuentas es real.

Pierdo el equilibrio mientras la duda me invade. Entonces veo a Tifenn.

—¿Qué miras así? Es ella, ¿verdad? ¿Es Tifenn? Estás perdiendo la cabeza, pobrecita.

¡No le hagas caso! Continúa.

—Llegaste poco después. El hombre, quiero decir, el hijo de Madame Amauris también estaba allí. No huyó al verte. Os oí hablar. Le dijiste que tú te encargarías de todo. Él se marchó y tú te acercaste a mí. Querías comprobar si aún estaba viva. Tifenn aún respiraba. Le cogí la mano y ella me la apretó. Pero te tomaste todo el tiempo del mundo para llamar a urgencias. Estabas puliendo tu historia, supongo, la que le contaste a la policía. Seguramente esperabas que no saliera del coma. Cuando Adrien vino a verte para convencerte de que me dejaran probar su protocolo, te negaste. Claro que te negaste...

Esta vez, solo unos centímetros nos separan. Me mira desde arriba. Retrocedo hasta que mi espalda choca contra el frío cristal de la ventana, buscando desesperadamente poner distancia entre nosotros.

—¿Ahora vas a matarme?

Él se ríe.

—No seas ridícula. No soy un asesino.

—Dejaste morir a Tifenn.

Levanta la mano como si fuera a pegarme, pero se lo piensa mejor.

—Estás completamente loca. Nadie va a creer tu historia. Por cierto, creo que es hora de llamar al doctor Vergnan. Me ha propuesto internarte por tu propio bien. En cuanto a tu doctor Cleiry, la policía ya se está ocupando de él.

Una voz familiar resuena en el estudio y el corazón me da un vuelco.

—¿Estamos hablando de mí?

Hugo se da la vuelta de golpe. Adrien está allí. Y no está solo. El comandante Ferrer y varios de sus hombres lo rodean.

63

Todos han bajado a la planta baja. Todos, excepto Adrien. Estamos sentados en el suelo, con la espalda apoyada contra el ventanal, uno al lado del otro.

—¿Estás bien? —me pregunta con suavidad mientras me seco las lágrimas que me resbalan por las mejillas.

—Tifenn ha muerto. Lo sabías, ¿verdad?

Asiente con la cabeza.

—Lo siento —susurra—. No podía decírtelo. Te habría provocado un shock terrible. Tenía que salir a la luz por sí solo, tenías que estar preparada para aceptarlo...

—¿Aceptarlo? Vi lo que le hizo. Le cogí la mano cuando exhaló su último suspiro. ¿Cómo pude borrar eso de mi memoria?

—El término «borrar» no es el más adecuado en este caso. En tu caso, se trata más bien de una represión. El impacto de ver morir a tu amiga, de sentir cómo la vida abandonaba su cuerpo, era insoportable. Tu cerebro se encargó de hacer desaparecer ese recuerdo en lo más profundo de tu subconsciente, encerrándolo bajo llave para que nunca más sufrieras al pensar en Tifenn.

—Pero la vi, hablé con ella. Era tan real. Era...

—Una alucinación. Ni más ni menos. Alimentada por tus recuerdos con ella. También fue a través de ella como tu

subconsciente pudo finalmente revelarte la verdad sobre lo que pasó esa noche.

Suspiro.

—Si le hubiera pasado a otra persona, me parecería fascinante. Esa capacidad de nuestro cerebro para manipular la realidad en nuestro beneficio.

Asiente con la cabeza, pero no añade nada más. Le cojo la mano.

—¿Qué ha pasado? Cuando salí de la comisaría, el comandante Ferrer parecía considerarte el enemigo público número uno.

Gira mi mano entre las suyas y entrelazamos los dedos.

—Al parecer, tu marido dijo que yo estaba ocupando ilegalmente la casa de su vecina. Les expliqué que el hijo mayor de los Amauris me había contratado como manitas. Él lo confirmó todo cuando contactaron con él. Ni siquiera quiso presentar una denuncia, aunque me había instalado en la propiedad sin pedirle permiso. Estaba a punto de quedar en libertad cuando el otro policía, ya sabes, el que se llevó tu dibujo para hacer fotocopias...

Asiento con la cabeza.

—Sí, el capitán... No recuerdo su nombre. Dijo que quería mostrar el retrato a los otros equipos de investigación. Pero ya sabemos quién es mi agresor. Es el hijo menor de la señora Amauris.

—Exacto, y resulta que tiene antecedentes penales. Fíjate, es conocido por la policía de Versalles por apuestas ilegales. Su hermano confirmó que era adicto al juego y que tenía graves problemas económicos. Contaba con su parte de la venta de la casa de su madre para salir a flote. Pero como la venta se suspendió... parece que encontró otra forma de conseguir dinero. Fue detenido poco después de tu agresión por receptación. Intentó vender joyas y cuadros de maestros que deberían haber formado parte de la herencia.

Suspiro. Mis hombros se relajan lentamente y me deslizo imperceptiblemente hacia Adrien. Tengo que hacer acopio de mis últimas fuerzas para no dejarme caer contra él y apoyar la cabeza en su hombro.

Unos suaves golpes en la puerta de mi estudio nos sobresaltan a los dos. El comandante Ferrer se acerca lentamente hacia nosotros.

Adrien se levanta más rápido que yo y me ayuda a ponerme de pie.

—Solo unas palabras para decirle que nos vamos a llevar a su marido.

—¿Lo van a poner bajo custodia?

Ferrer asiente con la cabeza.

—Stéphane Amauris también será interrogado. En cuarenta y ocho horas, deberíamos tener una idea más clara de lo que pasó la noche del ataque.

—¡Espere! —digo con demasiada vehemencia cuando se dispone a marcharse—. ¿Hugo ha dicho algo sobre Marian Moreau?

—Niega cualquier implicación. Insiste en que es una invención suya. Pero no se preocupe, tengo la intención de descubrir qué le pasó a esa joven. La mantendré informada. Mientras tanto, debería descansar.

No tengo valor para ver cómo se llevan a Hugo. Solo cuando vuelve la calma a la casa me decido a bajar al piso de abajo. Los recuerdos no me abandonan. En el salón, su cuerpo yace junto al mío mientras vive sus últimos momentos.

—No puedo quedarme aquí.

Adrien me coge de la mano.

—Ven a mi casa mientras tanto.

Su propuesta apenas me sorprende. Ni se me pasa por la cabeza rechazarla. Estar con él se ha convertido en algo natural. Me ayuda a preparar mis cosas. Una maleta, algo de ropa, mi neceser. Lo estrictamente necesario para no tener que volver aquí en los próximos días. Cierro la puerta sin mirar atrás, dejando atrás los fantasmas que ahora acechan en cada habitación.

Adrien vive en un gran loft en un barrio elegante de París. El tipo de piso que debe superar fácilmente el millón de euros. Saluda al portero cuando llegamos y cogemos el ascensor que nos lleva a la última planta. Cuando abre la puerta, mi mirada se ve inmediatamente atraída por la vista del Sena y los barcos que se

cruzan al caer la noche. Es impresionante. El interior no tiene nada que ver con el estilo minimalista de Hugo. Aquí, las antiguas molduras y el parqué desgastado cuentan una historia, crean un ambiente acogedor en el que me siento como en casa al instante. Un viejo sofá de pana, ligeramente hundido y gastado en los reposabrazos, ocupa el centro del salón. Hay pilas de libros amontonados sin orden en la mesa de centro y en las estanterías, y un jersey tirado descuidadamente sobre el respaldo de una silla. En definitiva, un hogar alejado de los interiores asépticos de las revistas de decoración.

—Ven, te enseño el dormitorio.

—Pero... ¿y tú?

—Voy a dormir en el sofá. Es muy cómodo.

Coge mi maleta y se la lleva, acallando mis protestas. Pero cuando abre la puerta de su dormitorio, se detiene.

—Eh... vaya, se me había olvidado... yo...

Asomo la cabeza por el marco de la puerta y descubro lo que le pone tan incómodo. Uno de mis cuadros está colgado en la pared, frente a la cama.

Adrien baja la mirada y se pasa la mano por el pelo.

—Lo compré cuando aún estabas en el hospital.

Lo miro, atónita.

—¿Lo compraste? —repito, incrédula—. ¿Te tocó la lotería o qué? Ni siquiera yo podría permitirme comprar mis propios cuadros.

Su sonrisa se desvanece y una sombra cruza su hermosa mirada.

—Mi padre tenía una fortuna personal. Me la donó antes de que su salud mental se deteriorara por completo.

—Lo siento. No sabía que tu padre había fallecido.

—No ha muerto. Bueno, quizá sí, en cierto modo. Mi padre era una persona bastante odiosa. Lo que le pasó le cambió, me refiero a su personalidad. El hombre que era antes del ictus, antes del alzhéimer, desapareció. Me alegraría si no necesitara asistencia las veinticuatro horas del día.

No sé qué decir. Al ver mi incomodidad, Adrien cambia bruscamente de tema:

—No he tenido tiempo de hacer la compra. ¿Pedimos algo a domicilio?

Asiento con la cabeza, aunque realmente no tengo hambre.

—¿Tengo tiempo de darme una ducha antes?

—Por supuesto. Encontrarás toallas en el armario del baño, en el segundo estante.

Después de ducharme, vuelvo al dormitorio para dejar mis cosas. Es entonces cuando me llama la atención una bolsa que hay en una esquina. Una bolsa de plástico blanca que me resulta extrañamente familiar. Al abrirla, entiendo por qué: contiene material de Sennelier. Pinceles, carboncillos, tubos de pintura, pigmentos. Los coloco en el suelo, intrigada.

—El repartidor no debería tardar mucho y...

La voz de Adrien se apaga. Se ha quedado paralizado en la puerta del dormitorio.

—¿Es tuyo? ¿Te has aficionado a la pintura? —le pregunto volviéndome hacia él.

Duda unos segundos antes de acercarse a mí.

—No, lo he comprado todo para ti.

—¿Para mí? ¿Pero por qué? Ya tengo todo lo que necesito. Aunque el dinero no sea un problema para ti, es un gasto considerable.

Entonces rebusca en la bolsa para sacar el tique y me lo entrega.

—Trescientos sesenta y ocho euros —leo.

—No es el total. Mira la fecha. Doce de agosto.

—¿Compraste esto mientras yo estaba en coma?

Asiente con la cabeza.

—Tenía la intención de estimular tus sentidos con objetos cotidianos familiares. Pero no lo hice.

Me doy cuenta de lo mucho que se esforzó por mí.

—¿Tanto deseabas que saliera del coma?

Asiente con la cabeza y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios.

—Quería conocerte.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Fue un flechazo.

Se acerca a mí, pero cuando está a punto de cogerme la mano, me aparto. Me levanto lo más rápido posible, hasta el punto de que me marea un poco cuando me pongo frente a él.

—Adrien, no puedo...

—Lo sé.

—No es que no quiera. Pero no es el momento adecuado.

—Claro. Cuando estés lista, yo estaré ahí.

—Mañana mismo buscaré un piso.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—No creo que sea una buena idea y creo que necesito estar un poco sola.

—Claro. Bueno... voy a poner la mesa.

Adrien sale del dormitorio dejándome sola con mis pensamientos. Me quedo un momento inmóvil, contemplando los materiales artísticos esparcidos por el suelo, cuando el timbre de la entrada me sobresalta. Oigo a Adrien abrir la puerta e intercambiar unas palabras con el repartidor. Cuando me uno a él en la cocina, el familiar aroma de la comida coreana me pone inmediatamente de buen humor. Descubro que ha pedido comida en mi restaurante coreano favorito. Está claro que él me conoce mucho mejor de lo que yo lo conozco a él. Y, sin embargo, aunque no sé todo sobre su vida, hay un vínculo entre nosotros que no puedo ignorar. Va más allá de la atracción física, es un sentimiento que está ahí, dentro de mí, y que no puedo explicar. Como si fuera la persona con la que estaba destinada a encontrarme. Hugo no es más que una anomalía en el hilo de mi destino, un nudo que debo desatar para llegar hasta Adrien.

—Me voy a acostar —digo cuando terminamos de recoger la cocina.

Asiente con la cabeza.

—Yo también. Por cierto, tengo el sueño ligero, así que no dudes en venir a verme si necesitas algo, ¿vale?

Asiento con la cabeza, pero no lo haré. No quiero precipitarme con él, y eso es precisamente lo que podría pasar si voy a buscarlo en mitad de la noche.

Por supuesto, soy incapaz de conciliar el sueño. Así que, tras unos instantes de duda, decido enfrentarme a mis demonios y leo todo lo que puedo encontrar sobre mi agresión. El nombre de Tifenn no aparece por ninguna parte, mientras que el mío está por todo Internet.

Tifenn... Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras la busco en el dormitorio. ¿Por qué ya no se me aparece? Cierro los ojos, conteniendo las lágrimas contra mis párpados. Si Tifenn siguiera viva, me habría refugiado en su casa.

64

Al día siguiente, me despierta el sonido del móvil. No sé cómo, pero he conseguido dormirme. Al ver el nombre del comandante Ferrer, se me corta la respiración.

—¿Señora Le Treuvier?

Me pongo tensa. Pocas personas me llaman así, ya sea porque ignoran que he decidido conservar mi apellido de soltera, con el que también firmo mis cuadros, o porque tienen una concepción tradicional del matrimonio. Y ahora que he iniciado los trámites de divorcio, ese apellido me resulta aún más extraño.

—Alice... Preferiría que me llamara Alice.

Se aclara la garganta y, cuando vuelve a hablar, utiliza mi nombre de pila.

—Alice, ¿sería posible que vinieras?

—Por supuesto. Pero ahora estoy en París.

Silencio. ¿Sospecha que he pasado la noche en casa de Adrien?

—¿Hay alguien que pueda acompañarte?

—No hace falta.

Esa es la respuesta que le doy a Adrien cuando se ofrece a acompañarme.

—Necesito ir sola. Además, ya estoy mejor. Ya no tengo alucinaciones.

Adrien no insiste, pero cuando salgo de la habitación un cuarto de hora más tarde, lista para irme, coge su abrigo.

—Al menos déjame acompañarte a la estación.

Acepto. En el andén, Adrien me abraza brevemente.

—Llámame cuando hayas terminado —me susurra antes de que suba al tren.

El trayecto en tren me permite prepararme mentalmente para lo que me espera. Antes, el comandante Ferrer me ha adelantado que ambos han confesado: Hugo, pero también Stéphane Amauris, trasladado desde la prisión de Fleury-Mérogis a petición de la Brigada Criminal de Versalles para ser interrogado.

El comandante Ferrer en persona viene a recibirme para acompañarme a su despacho. Después de hacerme sentar, me pregunta si quiero un café, pero lo rechazo. Quiero acabar con esto y él debe notarlo, porque no solo no insiste, sino que va directo al grano. Temía que quisiera saber dónde había pasado la noche y con quién, aunque no tengo nada que reprocharme.

—Me gustaría que mirara esta foto —dice, tendiéndome una fotografía—. ¿Es este el hombre que la agredió?

Cojo la foto. El rostro de Stéphane Amauris se superpone al retrato que dibujé de memoria. Los mismos rasgos angulosos y esa mirada fría que dirige a la cámara de la policía científica. Esa misma mirada que ahora me persigue, desde que recuperé la memoria de aquella noche.

—Sí, es él —confirmo sin titubear esta vez.

Ferrer asiente con la cabeza antes de guardar la fotografía en una carpeta.

—Como le dije por teléfono, su marido y Stéphane Amauris han acabado confesando —continúa—. La historia que cuentan es... interesante. Al parecer, todo empezó con esos famosos planos de la casa.

Hace una pausa, observando mi reacción.

—En realidad, rehacer los planos no era más que un pretexto. Stéphane Amauris había visto obras de arte y joyas de gran valor en casa de su madre. Buscaba un cómplice para revenderlas, alguien que necesitara dinero tanto como él.

—Hugo —susurro.

—Exacto. Se conocían de las mesas de póquer. Tu marido estaba pasando por una mala racha con su empresa, y Amauris lo sabía. Él mismo estaba en apuros: tenía considerables deudas de juego y esperaba pagarlas con su parte de la venta de la casa. Por desgracia para él, sus hermanos ya no querían vender.

Siento un nudo en el corazón al pensar en lo que vino después.

—Esa noche, cuando usted lo vio por la ventana, había ido a recuperar las obras de arte y las joyas. Pensaba hacer pasar todo por un robo. Cuando se dio cuenta de que usted lo había visto, entró en pánico. Fue a su casa y...

Su voz se apaga por un momento.

—Tifenn le abrió la puerta.

Terminaré yo por él.

Vuelvo a ver a mi amiga salir del estudio para esperar la entrega de nuestra pizza. Estaba tan emocionada como en la época de la universidad, cuando organizábamos fiestas solo para chicas. Pizza y películas románticas.

—Sí. Según su versión, solo quería evitar que su amiga llamara a la policía. Ella se cayó y se golpeó la cabeza con un mueble. Para usted, el mismo escenario. Al verla tirada en el suelo, se asustó... Cuando su marido llegó a casa, Amauris todavía estaba allí. Entonces hicieron un trato: la mitad de las ganancias de la venta de los objetos robados a su madre a cambio de su silencio. Le amenazó con denunciarle como cómplice si se negaba. Su marido prefirió encubrirle inventándose la historia del ladrón.

Cierro los ojos, asaltada por las imágenes de aquella noche, hasta que me doy cuenta de que falta un detalle crucial en los testimonios.

—¿Y Marian Moreau? —pregunto.

El comandante se endereza en su silla.

—Ambos niegan estar implicados en su desaparición.

—¡Mienten! Sé lo que vi. Stéphane Amauris la mató. Probablemente porque ella lo sorprendió robando en casa de su propia madre. Ella debió de creer que se trataba de un ladrón, precisamente.

Ferrer cierra el expediente con un suspiro.

—Sin cadáver ni confesión, no podemos acusarlos por esta parte del caso. Sin embargo... tengo la sensación de que saben más de lo que quieren decir al respecto. Al contrario de lo que todos pensaban, Marian Moreau nunca se fue a Estados Unidos. Nos hemos puesto en contacto con su empleador en Miami: no solo no se presentó, sino que tuvieron que contratar a otra persona porque no pudieron localizarla. La última ubicación conocida de su móvil nos llevó hasta su Smart, que fue encontrado en el depósito municipal. Su coche sigue a su nombre, la prefectura no ha registrado ningún cambio de propietario, mientras que, según su portera, tenía intención de venderlo antes de partir hacia Estados Unidos. La última operación registrada en su cuenta bancaria es una retirada de veinte euros en un cajero automático del centro de la ciudad, a última hora de la tarde del 19 de julio. Desde entonces, no hay más actividad.

Me estremezco. El 19 de julio... Unas horas antes de mi agresión.

—Por supuesto, pudo haber decidido desaparecer voluntariamente por motivos personales —continúa Ferrer—, pero a la vista de su testimonio y de la actitud sospechosa de esos señores, debemos considerar la hipótesis de un acto delictivo.

Trago saliva con dificultad.

—Y... ¿tiene alguna idea de dónde podría estar su cuerpo?

El comandante me mira directamente a los ojos.

—Ya habíamos inspeccionado minuciosamente la casa de la señora Amauris después de que usted regresara del hospital, sin encontrar nada. Sin embargo, hemos hecho un descubrimiento inquietante que nos lleva a explorar una nueva pista.

—¿Qué descubrimiento?

Ferrer suspira y se gira hacia su ordenador.

—La policía científica ha analizado su portátil. Los técnicos han descubierto varias horas de grabaciones de vídeo almacenadas en el disco duro.

—¿Vídeos de Marian?

—No. De usted.

Gira la pantalla de su ordenador hacia mí y comienza la reproducción. No puedo creer lo que ven mis ojos.

—Es... mi estudio. Se me ve pintando, hablando en voz alta como si hubiera alguien a mi lado, y luego me muevo hacia la ventana.

Aparto la mirada.

—Hugo compró material de vigilancia por Internet —murmuro, recordando aquel famoso paquete que Adrien me trajo después de un error del cartero—. Cámaras espía, micrófonos... Pero me prometió que los devolvería.

—Evidentemente, le mintió. Estos dispositivos son muy accesibles: baratos, fáciles de usar y fáciles de conseguir. Las imágenes se graban en una tarjeta SD que luego solo hay que transferir a un ordenador.

—Sigo sin entender la relación con Marian Moreau.

—Está en otra grabación. Mire.

El siguiente vídeo me hiela la sangre. De nuevo mi estudio, pero esta vez es Hugo quien aparece en la pantalla. Se queda inmóvil delante de mi lienzo, el retrato de esa mujer que se me aparecía constantemente en la ventana de enfrente. El retrato de Marian Moreau.

—¿Qué se supone que debo entender?

—Paciencia, ya lo verá...

Contengo la respiración mientras observo a Hugo, inmóvil frente a mi caballete. De repente, con un gesto brusco, agarra un tubo de pintura. Lo aprieta con violencia, proyectando el color sobre el rostro de Marian. Luego, como poseído, lo extiende con las manos desnudas, empeñado en borrar cada detalle. Sus movimientos son de una violencia aterradora, como si realmente estuviera frente a esa mujer que, evidentemente, no le deja indiferente. Jadeando, retrocede unos instantes para apreciar su obra de destrucción antes de volver a abalanzarse sobre el lienzo, destrozándolo a puñetazos. Ahora entiendo mejor el motivo de su picor al día siguiente y por qué buscaba desesperadamente su crema con cortisona.

—Yo... estaba convencida de haber destruido yo misma ese retrato.

—Aquí tiene la prueba de lo contrario.

—Pero ¿por qué hacerlo?

—Lo hemos interrogado, por supuesto. Su marido afirma no conocer a Marian Moreau. Cuando le mostramos estas imágenes, se encerró en su silencio. Su reacción delata algo personal. Aún no puedo definir con precisión su papel en la desaparición de la señorita Moreau, pero mi instinto me dice que su marido sabe lo que le ha ocurrido. Por eso vamos a centrar nuestra investigación en sus obras en construcción. Ocultar un cadáver en los cimientos de un edificio es un clásico.

La imagen se impone en mi mente: Hugo arrojando el cuerpo sin vida de Marian Moreau al cemento aún fresco, viendo cómo su silueta se hunde lentamente en la masa gris.

Ferrer debe de leer la angustia en mi rostro, porque añade en tono tranquilizador:

—Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para sacar a la luz la verdad sobre todo este asunto. No le oculto que puede llevar algún tiempo, pero tenga la certeza de que no cejaremos en nuestro empeño. Me comprometo personalmente a mantenerla informada de cada avance.

Se calla, pero no me quita los ojos de encima. Es como si esperara que le hiciera una pregunta concreta.

—¿No quiere saber qué va a pasar con su marido y con su agresor?

Asiento con la cabeza, luchando por contener las lágrimas que se me agolpan en los ojos.

—Sí... Claro...

—Stéphane Amauris deberá responder por varios cargos: robo con allanamiento de morada, homicidio involuntario de Tifenn Campos, intento de homicidio contra usted y receptación de obras de arte. En cuanto a su marido, será acusado de complicidad en el robo, receptación, obstrucción a la justicia y omisión del deber de socorro.

Mi voz tiembla ligeramente cuando le hago la pregunta que me atormenta:

—¿Y Marian Moreau? Si... Cuando encuentren su cuerpo, ¿qué implicaciones tendrá eso para ellos?

—Si nuestras sospechas se confirman y logramos demostrar su implicación en el asesinato de la señorita Moreau, los cargos cobrarán una dimensión totalmente diferente. Amauris será procesado por homicidio voluntario y su marido por complicidad en el asesinato. Las penas impuestas serán entonces considerablemente más severas.

Asiento con la cabeza mecánicamente, tratando de asimilar toda esta información.

—¿Quiere hablar con él? —pregunta Ferrer en voz baja—. Me refiero a su marido. Antes de que sea puesto a disposición judicial.

Respondo sin dudar.

—No.

La simple idea de volver a ver a Hugo me resulta insoportable. Sin embargo, sé que no podré evitarlo eternamente. Ferrer parece leer mis pensamientos.

—Sabe que cuando este caso llegue a los tribunales, probablemente tendrá que volver a verlos, al menos durante las audiencias.

—Lo sé. Y me prepararé para ello cuando llegue el momento. Pero por ahora necesito tomar distancia. Protegerme.

—Es totalmente legítimo. En ese caso, no la retendré más. Sin embargo, antes de que se vaya, ¿puedo permitirme hacerle una pregunta personal? ¿Qué piensa hacer ahora?

Dirijo mi mirada hacia la ventana. Un trozo de cielo azul se destaca sobre los edificios de la comisaría. ¿Qué voy a hacer, efectivamente? Me he hecho esa pregunta toda la noche, mientras daba vueltas en la cama de Adrien, incapaz de conciliar el sueño.

—La casa ya está vendida —digo con voz cansada—. Voy a pedir el divorcio. Y después... aún no lo sé. Pero no pienso quedarme aquí. Esta historia va a dar mucho que hablar. Necesito reconstruir mi vida lejos de los medios de comunicación, lejos... de todo.

65

Han pasado tres días desde mi conversación con el comandante Ferrer. Me cuesta creer cómo pasa el tiempo así, como si alguien hubiera pulsado el botón de «avance rápido» de mi existencia. La empresa de mudanzas vino ayer. En pocas horas, borraron todo rastro de mi vida con Hugo. Los muebles, los cuadros, hasta las fotos de nuestra boda. Todo se fue a un trastero en las afueras. Solo quedan esos rectángulos más claros en las paredes, como ventanas que dan a un pasado que prefiero olvidar.

Un ruido sordo me hace sobresaltar. Solo es Adrien cerrando una caja. Lleva aquí tres días, ayudándome a empaquetar lo que queda. Su camiseta gris está manchada de polvo y tiene los brazos brillantes de sudor. A pesar del frío que hace fuera, en la casa hace un calor sofocante. La culpa la tienen esas ventanas panorámicas omnipresentes que han dado fama al arquitecto Hugo. Buenas para su carrera, pero no para la temperatura.

Dejo el rollo de plástico de burbujas, cojo una botella de agua y se la tiendo.

—Gracias.

Lo veo beber directamente de la botella, como si fuera uno de esos modelos sexy de los anuncios.

—Toma. Tú también deberías hidratarte.

—No, estoy bien. Además, ya casi hemos terminado.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —me pregunta sin levantar la vista del cartón que está cerrando con cinta adhesiva.

Fingimos que no lo sabe, aunque ya me lo ha preguntado unas diez veces.

—Mañana, a la una y media.

Aparta la caja que acaba de cerrar y coge una vacía.

—Podrías quedarte más tiempo en mi casa —continúa sin mirarme—. El tiempo necesario para...

—¿Para qué?

Por fin se detiene y me mira.

—Para decidir si realmente quieres irte a Nueva York.

Me doy la vuelta, con la excusa de guardar un lienzo.

—Necesito marcharme, Adrien. Lejos de esta casa, lejos de los periodistas.

—Nueva York está bastante lejos, efectivamente.

Termino de envolver un cuadro en plástico de burbujas antes de responder.

—Mi galerista ya me ha encontrado un estudio en Brooklyn. Mis lienzos se almacenarán en su galería mientras tanto. Los abogados se encargarán de la venta de la casa y del divorcio. Solo volveré para el juicio. De todos modos, ya no hay nada que me retenga en Francia.

Adrien asiente con la cabeza, pero veo que le cuesta digerir cada palabra.

Se acerca a mí, duda y luego se lanza:

—Me he enamorado de ti, ¿sabes?

Se me encoge el corazón. Dejo el cuadro que tengo en las manos y me giro hacia él.

—Adrien...

—Lo sé, no es el momento adecuado.

—No es solo el momento. Ya ni siquiera sé lo que siento. Por nadie. Necesito...

—Tiempo. Lo entiendo.

Se instala entre nosotros un silencio cargado de palabras no dichas. Adrien acaba por romperlo:

—¿Sigues viéndola? ¿A Tifenn?

Esbozo una sonrisa débil.

—No. Las alucinaciones han desaparecido. Al menos eso es una buena noticia. Aunque, la verdad, tengo sentimientos encontrados. Me habría gustado seguir viéndola y hablando con ella. La echo mucho de menos.

Adrien debe de notarlo, porque se acerca a mí.

—¿Estás bien?

No levanto la cabeza. No quiero perderme en sus ojos. Así que retrocedo.

—Creo que hemos terminado. Solo quedan estas cajas por bajar.

—Vale, yo me encargo.

Sus pasos resuenan en la escalera antes de que el silencio me envuelva de nuevo. Me acerco al ventanal y observo el jardín de los Amauri. Los árboles proyectan sombras inquietantes sobre el césped demasiado crecido. Las rosas también necesitarían una poda. Tengo muchas ganas de irme de aquí, pero cuando me aparto, un movimiento atrae mi mirada. Se me hiela la sangre. Está ahí. Detrás del cristal. La mujer rubia. Marian Moreau.

Mi grito resuena en la casa vacía. Se oyen pasos apresurados en la escalera. Adrien aparece, sin aliento.

—¿Alice? ¿Qué...?

Me derrumbo en sus brazos, sacudida por los sollozos.

—¡Está ahí! ¡Todavía la veo! Me estoy volviendo completamente loca, Adrien. Estoy perdiendo la cabeza.

Me abraza con fuerza y luego mira hacia la casa. Y entonces siento que su cuerpo se tensa contra el mío.

—No, Alice. No te estás volviendo loca.

Levanto la cabeza y nuestras miradas se cruzan. Su rostro está lívido. Nos abrazamos frente al ventanal. Detrás de una de las ventanas de la casa de mi vecina, una mujer agita la mano. Y esta vez, los dos la vemos.

66

No puedo apartar la mirada de la ventana. Marian Moreau sigue agitando la mano, cada vez con más frenesí. Adrien está a mi lado, inmóvil como una estatua. ¿He oído bien lo que ha dicho?

—¿Es verdad? ¿Tú también la ves?

Adrien me mira con esa mezcla de ternura y preocupación que empiezo a conocer bien.

—Sí, Alice. Yo también la veo.

Me aprieta la mano con más fuerza y luego la suelta bruscamente. Su mirada vacila entre la ventana y yo, como si luchara por conciliar lo inexplicable con lo racional. Marian Moreau, a quien creíamos muerta, está ahí, en la casa de Madame Amauris.

—Voy a ver. Quédate aquí.

Lo sujeto por la manga del jersey.

—¡Espera! ¡Ni se te ocurra ir solo!

Me toma el rostro entre las manos, con los ojos fijos en los míos.

—Confía en mí. Llama al comandante Ferrer. Si realmente hay alguien ahí dentro que necesita ayuda, no podemos perder ni un minuto más.

Antes de que pueda protestar, me abraza brevemente y se lanza hacia las escaleras. El ruido de sus pasos resuena mientras baja corriendo. La puerta de entrada se abre y se cierra de golpe. Ahora

está en el jardín de la señora Amauris. Se detiene para hacerme una señal antes de desaparecer en la casa.

Cuando vuelvo a fijar mi atención en la ventana, Marian ya no está. Entonces, la duda se apodera de mí. ¿Me lo he imaginado todo?

Los minutos pasan con una lentitud insoportable. Como Adrien no aparece, acabo marcando el número del comandante Ferrer, con los dedos tan temblorosos que tengo que intentarlo dos veces. Seguro que no me creerá, pero a estas alturas me da igual lo que piense de mí.

Cuando descuelga, mis palabras salen tan atropelladas que su respuesta me sorprende:

—No se mueva. ¡Ya voy!

Los minutos se alargan. No aparto la vista de la ventana, pero ni Marian ni Adrien están a la vista. No puedo más. Tengo que ir a ver.

Cuando llego a la entrada, la puerta está entreabierta. Entro. En unos pocos pasos, recorro las habitaciones de la planta baja. No hay nadie. Me dirijo inmediatamente hacia las escaleras.

—¿Adrien?

Mi voz se pierde en el silencio. Con la mano en la barandilla, miro hacia los pisos superiores.

—Adrien, ¿estás arriba?

Sigo sin obtener respuesta. Subo las escaleras, peldaño a peldaño, con la madera crujiendo bajo mis pies. Marian Moreau estaba en la ventana del tercer piso, por lo que, lógicamente, Adrien también debería estar allí.

Al llegar al último piso, vuelvo a llamar, pero Adrien sigue sin responderme. No es normal. Debería estar allí, en el despacho del notario, el señor Amauris.

La puerta está abierta, lo que parece lógico si Adrien entró antes que yo. Me quedo paralizada en el umbral. La habitación está desierta. No hay rastro de Adrien ni de Marian Moreau. Estoy sola en esta inmensa habitación que huele a cerrado. Las cortinas están corridas y puedo ver claramente el ventanal de mi estudio. ¿Cómo es posible?

Las piernas me fallan y caigo de rodillas sobre el parqué. Adrien no está. ¿También me lo he imaginado?

En ese momento, se oyen pasos apresurados en la escalera. Me giro bruscamente. El comandante Ferrer está en el umbral de la puerta. Solo. No hay equipo de intervención. No hay ambulancias. No me ha creído.

—Le juro que estaba aquí —susurro con voz ronca—. Adrien también la vio. Debería estar aquí y, sin embargo...

Ferrer no responde de inmediato. Su mirada recorre metódicamente la habitación antes de concentrarse en la estantería.

—Ayúdeme —me dice—. Hay que sacar todos los libros.

Lo observo un momento antes de imitarlo. Los libros, en su mayoría obras de derecho, caen al suelo con un ruido sordo.

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—Un mecanismo para abrir la puerta.

Me quedo paralizada.

—¿Cree que hay una habitación oculta detrás de la estantería?

Él asiente con la cabeza mientras sigue con su tarea. En sus grandes manos, los gruesos volúmenes parecen no pesar nada.

—Creo que Stéphane Amauris encontró la habitación secreta donde su padre escondía los objetos de valor: obras de arte diversas, joyas.

De repente, todo encaja.

—Hugo me dijo que Stéphane Amauris le había pedido que rediseñara los planos de la casa de su madre porque no encontraba los originales. Me pareció extraño, ya que Hugo solo hace planos originales, pero supuse que estaba haciendo un favor a los hijos de nuestra vecina.

—Yo creo más bien que estaban tratando de localizar la habitación secreta.

La estantería está casi vacía, pero por más que buscamos, no hay nada que se parezca ni remotamente a un mecanismo de apertura. No hay botones ni interruptores, ni gatillos ni candados, ni códigos digitales. Solo estantes de madera de roble.

Ferrer suspira y contempla la pila de libros que hay detrás de nosotros.

—Y los planos que su marido hace para sus clientes, ¿sabe si guarda copias?

—Conociendo a Hugo, seguro que sí. Pero todo está en el trastero.

El comandante Ferrer entrecierra los ojos, como si estuviera pensando intensamente.

—Bien, vamos a su casa. Me va a mostrar exactamente en qué ventana vio a Marian Moreau. Voy a llamar a los bomberos para que echen un vistazo al interior. Si hay una habitación al otro lado, parece que solo se puede acceder a ella desde el exterior.

—Sin embargo, Adrien debió de encontrar el acceso, ¿no cree? Eso podría explicar que no lo encontremos.

Ferrer baja la mirada. Siento que él también empieza a dudar de mis palabras. ¿Cómo culparlo?

Pero cuando ya está en el pasillo, me detengo para mirarme el zapato. La punta ha golpeado una lama del parqué ligeramente elevada. Mi corazón da un vuelco.

—¡Comandante Ferrer!

Da media vuelta mientras yo me arrodillo junto a la tabla. Bajo la tabla mal colocada se descubre una trampilla metálica. Al examinarla más de cerca, vemos una palanca oculta en el borde. Ferrer la acciona y se levanta toda una parte del suelo. Inmediatamente, aparece el rostro de Adrien a ras del parqué.

—¡Maldita sea! ¡Creía que me iba a quedar atrapado ahí para siempre!

—¿No estás herido?

—No, estoy bien.

—¿Has encontrado a Marian?

—Todavía no. Hay un pasadizo que discurre por el falso techo de la planta de abajo. He gateado hasta otra trampilla, idéntica a esta. Da a una esclusa con una puerta blindada. Es imposible seguir adelante sin el código de desbloqueo.

Ferrer ayuda a Adrien a salir del suelo y luego se agacha al borde de la abertura, como si estuviera evaluando la posibilidad de deslizarse por ella. Lo cual es imposible para una persona de su tamaño.

—Bueno, voy a llamar a los bomberos. Seguro que ellos sabrán qué hacer.

Unos instantes más tarde, los tres nos encontramos entre los rosales de la señora Amauris, mientras un bombero sube a la plataforma que lo elevará hasta la ventana de la habitación oculta. Cuando la plataforma se detiene, contengo la respiración.

—¡Está ahí! —grita el bombero desde las alturas.

—¿VIVA? —pregunta Ferrer levantando la cabeza.

El bombero se inclina, con las manos a modo de visera, para pegarse al cristal.

—¡DIFÍCIL DE DECIR! ¡NO SE MUEVE!

Ferrer se acerca a los bomberos que se han quedado en el suelo.

—¿Pueden romper el cristal?

Los hombres se miran entre sí, dubitativos.

—Podemos intentarlo con un mazo. Aunque sea cristal blindado multicapa, no resistirá mucho tiempo. Sin embargo, tengo dudas sobre el tamaño de la abertura. La ventana me parece demasiado estrecha para que pase alguien, incluso una persona de complexión delgada.

Cuando el bombero encaramado en su plataforma confirma que las dimensiones son demasiado justas, Ferrer saca su móvil.

—Stéphane Amauris no hablará, pero quizá su hermano sepa algo —murmura para sí mismo mientras marca un número.

La conversación entre el comandante Ferrer y el hijo mayor de la señora Amauris es bastante breve. Cuando cuelga, Adrien y yo preguntamos al unísono:

—¿Y bien?

—No sabía nada de la existencia de esa habitación, pero me ha dado un código: 15061968. Es la fecha de la boda de sus padres. Como mucha gente de su generación, probablemente temía olvidar sus contraseñas y siempre utilizaba la misma, tanto para sus cuentas bancarias como para sus accesos en línea. Una práctica arriesgada, sin duda, pero que hoy podría salvar una vida.

De vuelta en el despacho del notario, otro bombero se desliza por la esclusa. Y unos instantes después, el rostro demacrado de Marian Moreau emerge lentamente por la abertura.

Su cabello rubio está enmarañado y sucio, sus ojos hundidos en las órbitas, pero está viva. Cuando nuestras miradas se cruzan, tengo la sensación de que me reconoce. Los bomberos se apresuran a tumbarla en una camilla. Le hablan, le hacen preguntas.

Pero la voz de Marian Moreau es solo un susurro ronco. Su frágil cuerpo desaparece bajo una manta térmica y se la llevan.

Cuando suena la sirena de los bomberos, me estremezco, todavía en estado de shock. Esa mujer a la que creí ver asesinada, esa mujer que, hasta hace poco, se suponía que era solo una creación de mi mente, una alucinación... Es real. Real y viva.

Me quedo paralizada en medio del despacho, con la mirada fija en la puerta por la que se la acaban de llevar.

Adrien me rodea los hombros con un brazo.

—Vamos, no nos quedemos aquí.

—Espera... Me gustaría...

Mis ojos están clavados en la abertura de la esclusa. Él lo entiende inmediatamente. Temo que me lo impida, pero se vuelve hacia el comandante Ferrer.

—Pregúntale.

Ferrer nos mira a ambos, levantando una ceja.

—¿Preguntarme qué?

—Me gustaría ver la habitación donde estaba encerrada Marian Moreau —digo sin dudar—. Lo necesito. Te prometo que tendré cuidado de no tocar nada.

Ferrer se toca la barbilla, pensativo.

—La policía científica no tardará en llegar y...

Sin darle tiempo a terminar la frase, me deslizo por la trampilla y, aunque oigo la voz de Ferrer gritándome que vuelva, cruzo la esclusa encorvada. Cuando la altura del techo me lo permite, me enderezo y me encuentro frente a la puerta blindada. Ha quedado abierta. La empujo del todo y el olor que sale de la habitación me revuelve el estómago. Me tapo la nariz y la boca con la manga del jersey de lana y entro.

La pálida luz que se filtra por la estrecha ventana me permite distinguir los contornos de la habitación. No más de diez metros cuadrados, ocultos detrás del escritorio del notario. En una esquina,

un cubo de plástico cubierto con un cartón me hace apartar la mirada. Observo unas estanterías metálicas vacías fijadas a las paredes, sin duda donde el señor Amauris guardaba sus objetos de valor.

Mi mirada se detiene en la caja metálica situada debajo de la ventana. Marian Moreau, que no debe medir más de metro sesenta y cinco, debió de usarla para subirse y señalar su presencia. Yo también me subo y se me llenan los ojos de lágrimas al ver el ventanal de mi estudio. Marian Moreau no era un fantasma. Ni una alucinación. Estaba allí desde el principio, prisionera, tratando desesperadamente de llamar la atención de la única persona que podía verla a través de esa ventana. La única que podía salvarla. Yo.

—¿Señora?

Una voz masculina me hace sobresaltar. Es uno de los hombres de la brigada criminal.

—El comandante Ferrer me envía a buscarla.

Asiento con la cabeza y bajo de mi improvisado pedestal. Pero cuando me dispongo a reunirme con él, algo me llama la atención. A pesar del reducido tamaño de la habitación, no hay ningún espacio para almacenar comida o agua. De hecho, aparte de un fino colchón colocado en el suelo y el cubo que hace las veces de retrete, la habitación está prácticamente vacía.

—¿Cómo ha conseguido sobrevivir todo este tiempo? —susurro.

El policía se acerca, intrigado por mi pregunta. Observamos la habitación con más atención. En una esquina hay apiladas botellas de plástico vacías. El suelo está cubierto de envoltorios de barritas de cereales y migas. Y allí, cerca del colchón, mi mirada se detiene en una pila de platos sucios.

—Alguien la alimentaba —dice el policía, expresando en voz alta mis pensamientos—. Regularmente, a juzgar por el estado de los restos.

Fijo la mirada en el plato de arriba y, de repente, mi corazón comienza a latir con fuerza.

El motivo me resulta terriblemente familiar: esos entrelazados azules que Hugo y yo elegimos juntos. Nuestra vajilla de boda.

Cierro los ojos, abrumada por las náuseas. Hugo lo sabía desde el principio.

67

HOMICIDIO, INTENTO DE ASESINATO Y SECUESTRO EN VERSALLES

(Le Parisien – Edición Yvelines – 30 de marzo de 2024)

El caso que sacude el barrio Saint-Louis de Versalles da un giro dramático. Marian Moreau, la agente inmobiliaria de 28 años que había desaparecido, ha sido encontrada con vida tras más de tres meses de cautiverio. Fue descubierta en una cámara acorazada de la propiedad Amauris. Esta habitación secreta también albergaba una importante colección de obras de arte que actualmente está desaparecida. Según los primeros datos de la investigación, Stéphane Amauris, el hijo menor de la propietaria fallecida, habría encerrado a la agente inmobiliaria tras agredirla violentamente, creyéndola muerta. Esa misma noche, habría atacado a Alice Sterenn, que había presenciado la escena, y a su amiga Tifenn Campos. Esta última no sobrevivió a sus heridas al no recibir asistencia a tiempo.

EL ESCÁNDALO DE LAS OBRAS DESAPARECIDAS: UNA INVESTIGACIÓN EN EL CORAZÓN DE UNA RED INTERNACIONAL (Le Monde, 15 de abril de 2024)

El caso que sacude este tranquilo barrio de Versalles adquiere una nueva dimensión. En el centro de este trágico asunto se

encuentran Stéphane Amauris, hijo menor de un notario de Versalles, y Hugo Le Treuvier, arquitecto en dificultades económicas.

Deudas de juego con la asociación criminal

«Todo comenzó alrededor de una mesa de póquer», confiesa una fuente cercana a la investigación. Fue allí donde Stéphane Amauris habría conocido a Hugo Le Treuvier, un arquitecto de renombre pero acorralado. «Tenía una obra importante paralizada y un cliente insolvente. Estaba plagado de deudas», continúa nuestra fuente.

DESMANTELADA UNA AMPLIA RED DE TRÁFICO DE OBRAS DE ARTE

(Le Figaro, 2 de abril de 2024)

Las investigaciones de la Oficina Central de Lucha contra el Tráfico de Bienes Culturales (OCBC) han permitido identificar varias obras importantes en el mercado internacional. Los lienzos, procedentes de sucesiones gestionadas por el bufete Amauris, habrían sido vendidos a través de una sofisticada red de intermediarios entre Dubái, Ginebra y Hong Kong. «Estimamos que el perjuicio asciende a varias decenas de millones de euros», indica una fuente cercana al caso.

Un arquitecto entre la codicia y el remordimiento

Las investigaciones revelaron el ambiguo papel de Hugo Le Treuvier. Aunque participó en el tráfico de obras de arte, no se atrevió a cometer lo irreparable con Marian Moreau. «Mintió a Amauris al afirmar que había hecho desaparecer el cuerpo», indica una fuente judicial. «En realidad, la mantuvo con vida, llevándole comida y agua, mientras buscaba una salida a esa situación imposible». Esta ayuda se complicó con la llegada del doctor Adrien Cleiry a la casa de al lado. «Hugo Le Treuvier ya no podía acceder a la cámara acorazada sin correr el riesgo de ser descubierto», continúa nuestra fuente. «Entonces se resignó a abandonar a Marian Moreau a su suerte».

HACIA UN JUICIO EN LA AUDIENCIA PROVINCIAL

(AFP – 10 de abril de 2024)

La fiscalía solicita el procesamiento de Stéphane Amauris por homicidio voluntario de Tifenn Campos, intento de homicidio de Alice Sterenn e intento de homicidio de Marian Moreau. También se le acusa de robo en banda organizada. Por su parte, Hugo Le Treuvier es procesado por complicidad en el homicidio voluntario de Tifenn Campos por omisión del deber de socorro y obstaculización voluntaria de la llegada de los servicios de emergencia, secuestro con actos de tortura y barbarie contra Marian Moreau, a quien mantuvo cautiva durante más de tres meses en la cámara acorazada de la propiedad Amauris, así como por complicidad en robo en banda organizada. El abogado de su esposa, Alice Sterenn, el Sr. Stern, ha indicado que su clienta se constituirá en parte civil. «Mi clienta está profundamente traumatizada por estos acontecimientos y espera que se haga justicia», ha declarado con sobriedad. La investigación continúa en lo que respecta al aspecto financiero del caso, en particular sobre el origen y el destino de las obras sustraídas.

CASO LE TREUVIER-AMAURIS: SE HACE JUSTICIA

(Le Parisien, 20 de enero de 2025)

El veredicto se dictó ayer en los juzgados de Versalles tras cinco días de vistas especialmente duras. Stéphane Amauris fue condenado a 30 años de prisión por el homicidio de Tifenn Campos, el intento de asesinato de Alice Sterenn y el intento de asesinato de Marian Moreau. Hugo Le Treuvier ha sido condenado a 15 años de prisión por complicidad en homicidio voluntario por omisión del deber de socorro y obstaculización de los servicios de emergencia, así como por secuestro con actos de tortura y barbarie contra Marian Moreau. El cadáver de Tifenn Campos fue descubierto en la noche del 19 al 20 de julio de 2023 en la residencia de los Le Treuvier. Los servicios de emergencia, llamados tardíamente por Hugo Le Treuvier, no pudieron reanimarla. Esa misma noche, Alice Sterenn resultó gravemente herida y entró en coma durante un mes, mientras que

Marian Moreau, dada por muerta, fue secuestrada durante más de tres meses en la cámara acorazada de la propiedad Amauris.

LAS REVELACIONES DE LA CÁMARA ACORAZADA

(Le Figaro – 21 de enero de 2025)

El calvario de Marian Moreau llega a su fin: tres meses de secuestro en una cámara acorazada

Marian Moreau, agente inmobiliaria de 28 años, ha prestado un escalofriante testimonio sobre sus tres meses de cautiverio en una habitación secreta de nueve metros cuadrados. Esta cámara acorazada, instalada en la residencia de los Amauris, ha revelado la existencia de un vasto tráfico de obras de arte, que actualmente es objeto de una investigación independiente.

«Los investigadores quedaron intrigados por la sofisticada disposición de esta habitación», indica una fuente cercana al caso. «Diseñada originalmente como una caja fuerte, se utilizaba para almacenar obras de arte sustraídas de herencias antes de ser transformada en una celda para Marian Moreau».

Durante su detención, Hugo Le Treuvier acudía regularmente a llevarle comida y a mantener un mínimo de higiene en la celda. La situación se deterioró dramáticamente cuando Alice Sterenn regresó del hospital. «Me explicó que, con el regreso de su mujer, ya no podría venir», declaró la joven. «Sabía perfectamente que aquellas escasas provisiones no me permitirían sobrevivir mucho tiempo».

Intentó llamar la atención de Alice Sterenn, a quien veía regularmente desde la ventana de su estudio. «Estaba convencida de que iba a morir en esa habitación», confesó en el estrado, con la voz quebrada por la emoción. Este secuestro solo terminó tras el descubrimiento fortuito de la cámara acorazada, más de tres meses después de su agresión.

LA CÁMARA ACORAZADA QUE DESAFÍA A LOS EXPERTOS

(Le Monde – 26 de enero de 2025)

«Un sistema de notable ingenio», según Philippe Dreymont, arquitecto especializado en patrimonio y perito de la Audiencia Provincial de Versalles. La cámara acorazada de la residencia

Amauris esconde un complejo recorrido: una trampilla en el despacho notarial conduce a una esclusa oculta en el falso techo de la planta inferior, que da a una segunda trampilla detrás de la biblioteca y, a continuación, a una puerta blindada.

«La estrecha ventana, que en los planos figuraba como perteneciente a unos aseos inexistentes, no era más que un engaño arquitectónico», precisa el comandante Ferrer. «Se había instalado un sistema de ventilación rudimentario, probablemente para el almacenamiento inicial de las obras de arte, pero el cristal blindado y sellado no permitía la huida». Esta anomalía fue lo que alertó a Stéphane Amauris cuando comparó los planos originales con las dimensiones reales de la mansión. Faltaban nueve metros cuadrados.

Las investigaciones de la OCBC (Oficina Central de Lucha contra el Tráfico de Bienes Culturales) continúan para encontrar las obras de arte robadas, algunas de las cuales ya habrían sido localizadas en el mercado internacional.

EL TRÁGICO DESTINO DE MARIAN MOREAU: REPASO DE LAS CIRCUNSTANCIAS DEL DRAMA

(Le Monde – 25 de enero de 2025)

«Nunca debí haber vuelto allí». Con estas palabras comienza Marian Moreau su testimonio desde su habitación del hospital. La agente inmobiliaria de 28 años, que había dimitido de la agencia Versailles Prestige unos días antes y se disponía a comenzar una nueva vida en Miami (Estados Unidos), regresó por última vez a la mansión de los Amauris para recuperar una joya de un valor incalculable para ella. «Era un par de pendientes de oro y zafiros que pertenecían a mi abuela», explica con voz aún temblorosa. «Los llevaba puestos durante la última visita y perdí uno. Sabía que estaba en algún lugar de la casa».

La investigación reveló que Marian Moreau había conseguido las llaves a través de una empleada de la agencia que ya había sido despedida por otros motivos. Según una fuente cercana al caso, el director de la agencia, al no poder localizar a Marian Moreau y dado

que los propietarios habían retirado mientras tanto la propiedad de la venta, prefirió pasar por alto este incidente embarazoso.

Esta joya, último recuerdo de su abuela fallecida, representaba mucho más que un simple accesorio. «Mi abuela era la única que me quería de verdad», confiesa la joven antes de hacer una pausa, abrumada por la emoción. «Hace años que rompí toda relación con el resto de mi familia. Probablemente por eso nadie se preocupó por mi desaparición».

Fue durante esa última visita cuando Marian Moreau sorprendió a un individuo vestido de negro al que, en un primer momento, tomó por un ladrón. «Cuando se dio la vuelta, reconocí a Stéphane Amauris, el hijo menor de la antigua propietaria», continúa antes de que se le quiebre la voz. El resto ya lo sabemos: una agresión de una violencia inaudita, seguida de tres meses de infierno en una cámara acorazada convertida en prisión.

SE ABRE UNA NUEVA PÁGINA

(AFP – 22 de enero de 2025)

Alice Sterenn, que no quiso hacer declaraciones, estuvo presente durante el veredicto. La artista, que ahora vive en Nueva York, prepara su primera exposición desde los hechos. Esta serie de nuevas obras, que presentará en la galería Équinoxe de Chelsea el próximo mes de febrero, se perfila como uno de los eventos más esperados de la escena artística neoyorquina.

EPÍLOGO

Febrero de 2025 — Manhattan

La galería Équinoxe de Chelsea está abarrotada. Una elegante multitud circula ante mis lienzos, bebiendo champán en copas de cristal. Es mi primera inauguración en Nueva York y Tomiko, mi galerista, ha desplegado todos sus recursos para realzar cada una de mis obras y asegurarse de que causen impresión.

Observo la escena con una mezcla de orgullo y distanciamiento. En un año, mi vida ha cambiado radicalmente. Francia, Hugo, el juicio... todo eso parece pertenecer a otra existencia. Mi loft-estudio de Brooklyn se ha convertido en mi refugio, un capullo que se parece a mí, un lugar donde me siento bien y donde he podido reconstruirme. Pinto allí desde la mañana hasta la noche, dejando que mis emociones se desborden sobre el lienzo. Esta exposición es una verdadera catarsis, la culminación de estos meses de trabajo frenético.

—¡Alice, cariño!

Tomiko se abre paso entre la multitud, arrastrando tras de sí a una pareja de cierta edad.

—Los Wintrope están deseando hablar contigo sobre la serie Fragments. Mark es un gran coleccionista de arte contemporáneo.

Reprimo un suspiro. Mi vestido negro, un diseño vintage de Yves Saint Laurent que encontré en una tienda de segunda mano de

Bedford Avenue, me parece cada vez más estrecho y mis zapatos de tacón me torturan. Llevo más de dos horas encadenando conversaciones, repitiendo incansablemente las mismas explicaciones sobre mi proceso creativo, mi técnica, lo que me ha inspirado.

—Su trabajo sobre el encierro femenino en la sociedad patriarcal es fascinante —declara la señora Wintrope mientras sorbe su champán—. El uso del rojo es particularmente evocador, ¿no es así, querido?

El señor Wintrope asiente cortésmente y yo hago lo mismo. El cuadro al que se refiere lo pinté pensando en Tifenn, en su cuerpo sin vida en el suelo de mi cocina. El rojo era su sangre. Pero asiento con la cabeza sin contradecirla. Hablo del simbolismo de los colores, de los juegos de texturas, evitando cuidadosamente cualquier mención a los acontecimientos personales que inspiraron esta serie.

Así, cuando el señor Wintrope se extasía ante otra de mis obras, viendo en ella un comentario sobre la sociedad de consumo y la alienación urbana, sonrío. No voy a explicarle que esas pinceladas que se cruzan, formando lo que él interpreta como una crítica a la modernidad, representan en realidad mi prisión de cristal. Esa casa que Hugo había diseñado, con sus omnipresentes ventanales. Eso es lo que quise plasmar en el lienzo: esa frontera infranqueable entre el interior y el exterior, esa transparencia engañosa que refuerza el aislamiento en lugar de romperlo. Pero esa verdad me pertenece y me la guardo para mí. El arte no necesita explicaciones, basta con que resuene en cada uno a su manera.

—Lo estás petando, cariño —comenta Tomiko mientras los Wintrope se alejan tras comprar estos dos lienzos—. Ya has vendido por más de trescientos mil dólares. La serie Fragments está arrasando. El New York Times publicará una crítica mañana. Pero ni se te ocurra irte, todavía tengo al menos a cinco personas que presentarte.

Casi puedo ver los símbolos del dólar bailando en sus ojos. No es que quiera criticar a Tomiko. Despreciar el dinero es un lujo que no me puedo permitir. Mi loft en Brooklyn es solo un alquiler, y el barrio no es barato, por no hablar del precio de los lienzos, los pinceles y

los pigmentos. Doné mi parte de la venta de la casa de Hugo al Instituto del Cerebro. Una decisión de la que no me arrepiento, pero que me obliga a ser pragmática.

Así que sigo sonriendo y asintiendo con la cabeza cuando me hablan de mi «periodo rojo» o de mi «expresionismo visceral». Veo que algunos coleccionistas me miran de otra manera, conscientes de mi historia. Los dramas personales siempre hacen subir el valor de un artista. Pero desvío hábilmente las preguntas demasiado indiscretas, llevando la conversación hacia la técnica, la composición, las influencias.

Cuando miro mi reloj, son casi las once y media de la noche, y empiezo a sentir la necesidad apremiante de volver al silencio de mi estudio.

—Tomiko, me voy. Tú me enseñaste que un artista debe cultivar el misterio, ¿no? No ser demasiado accesible —añado antes de que se queje.

Ella sonríe, vencida por sus propios argumentos.

—Vale, pero antes hay un cliente al que tienes que conocer sí o sí. Ya ha comprado un cuadro y creo que te va a parecer... interesante.

No estoy segura de que su concepto de «interesante» sea el mismo que el mío.

—¿Quién es?

—Un coleccionista aficionado.

Me pasa el catálogo y señala con la cabeza a un hombre absorto en la contemplación de uno de mis cuadros. Se me corta la respiración.

Adrien.

Está delante de una de mis obras más grandes, con las manos metidas en los bolsillos de su traje oscuro. Es exactamente como lo recuerdo, con esa forma de inclinar ligeramente la cabeza cuando algo le intriga de verdad. Quizás tiene el pelo un poco más corto, pero sigue desprendiendo la misma intensidad que tanto me perturbó cuando nos conocimos.

—Tiene dinero —susurra Tomiko, empujándome suavemente hacia él.

Me acerco, con el corazón latiendo cada vez más rápido. El lienzo ante el que se encuentra es uno de los más personales de la serie: una maraña de azules profundos y rojos violentos, atravesada por líneas blancas que parecen querer mantener unida una composición a punto de estallar.

—¿Qué le parece? —pregunto, tratando de mantener una voz profesional.

—Es fascinante —susurra sin siquiera volverse—. Los colores parecen tener su propio lenguaje. Como si contaran una historia en medio del caos. Y esas líneas blancas... parece que intentan retener algo que quiere escapar.

Sin duda, este hombre tiene el don de entenderme.

—Exactamente —sonrío—. La historia de una mujer que tuvo que reconstruirse.

Por fin se vuelve hacia mí. Sus ojos brillan con la misma intensidad que antes.

—Hola, Alice.

A nuestro alrededor, el bullicio de la inauguración se desvanece. Nos quedamos allí, mirándonos a los ojos, prisioneros de una burbuja en la que el tiempo se detiene.

—No esperaba verte... aquí —digo en voz baja.

—Tu galerista me envió una invitación. Al parecer, estoy en su base de datos de clientes desde que compré uno de tus cuadros mientras estabas...

Se interrumpe, buscando las palabras adecuadas.

—Mientras estaba en coma —completo—. Puedes decirlo. Ya es agua pasada.

El resto de la velada transcurre como en un sueño. Entre dos conversaciones con compradores, intercambiamos miradas y sonrisas. Adrien desempeña a la perfección el papel de cliente interesado, haciendo preguntas técnicas sobre mi pintura que me hacen reír. Me sigue discretamente por la galería, esperando a que esté libre entre dos conversaciones.

—¿Y esta? —pregunta señalando un pequeño lienzo en una esquina.

Es la más modesta de la exposición, una composición abstracta en tonos pastel que desentona con el resto de la serie.

—Es el primero que pinté al llegar a Nueva York. Acababa de mudarme a mi loft. Me sentía... libre. Por primera vez en mucho tiempo.

—La compro —dice simplemente.

—Adrien, no tienes por qué...

—Quiero algo que me recuerde dónde empezó todo —dice sacando su tarjeta de crédito—. Además, es la más barata, ¿no? —añade con una sonrisa pícara.

Cuando los últimos invitados empiezan a marcharse, Tomiko se acerca a mí.

—Hemos organizado una cena en el Per Se para celebrarlo. Unas veinte personas, los coleccionistas más importantes y dos críticos. Vendrás, por supuesto, ¿no?

Miro a Adrien, que finge examinar un cuadro un poco más lejos.

—Lo siento, pero estoy agotada. ¿En otra ocasión?

Mi galerista sigue mi mirada y una sonrisa cómplice se dibuja en sus labios.

—Por supuesto, querida. Lo celebraremos en otra ocasión.

El aire fresco nos sienta de maravilla cuando salimos de la galería. Las luces de Manhattan centellean a nuestro alrededor. Caminamos un rato en silencio por el High Line, ese parque elevado que atraviesa Chelsea. La ciudad se extiende a nuestros pies, un océano de luces en la noche.

—Me he enterado de lo de tu padre —digo en voz baja—. Lo siento mucho.

—No lo sientas. Se fue en paz. Pero... ¿cómo te has enterado?

—Cleo me llamó.

Adrien se vuelve hacia mí, sorprendido.

—¿Cleo? ¿Cleo Dufresne?

Asiento con la cabeza.

—También quería pedirme perdón. Por haber catalogado mis síntomas como simples alucinaciones.

Una sonrisa incrédula se dibuja en los labios de Adrien.

—¿Cleo reconociendo que se equivocó? ¡Es la primera vez!

—¿Y tú? ¿Has podido volver a tu puesto en el Instituto?

Él niega con la cabeza.

—No. Pero estoy haciendo entrevistas.

Espero a que me cuente más, pero Adrien guarda silencio, con la mirada perdida en la lejanía.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Nueva York? —le pregunto finalmente.

—Bueno, la Universidad de Columbia me ha ofrecido un puesto como director de investigación.

—¿Has aceptado?

—Tengo que darles una respuesta esta semana. Quería verte primero. No quiero que pienses que... bueno, lo que quiero decir es que entendería que mi presencia te molestara. Por supuesto, Nueva York es lo suficientemente grande como para que nunca nos crucemos...

Lo interrumpo poniendo un dedo sobre sus labios.

—¿Ya has encontrado piso?

—Todavía no. Acabo de llegar y los agentes inmobiliarios neoyorquinos son... difíciles.

—Mi loft es lo suficientemente grande para dos —digo en voz baja—. Además, tú me alojaste en París. Te lo debo.

Él sonríe y me coge la mano. Los primeros copos de nieve comienzan a caer suavemente sobre Manhattan, como en una de esas comedias románticas navideñas.

—Ven, vamos a tomar un café. Yo invito.

Me río.

—¡Es casi medianoche!

—Esto es Nueva York. La ciudad que nunca duerme.

Cogidos de la mano, bajamos las escaleras del High Line y nos adentramos en las calles de Greenwich Village, en busca de una cafetería abierta toda la noche. La nieve cae cada vez con más fuerza, convirtiendo la ciudad en un paisaje de postal. Tiemblo ligeramente y Adrien me atrae hacia él, rodeándome con su brazo, su cuerpo irradiando un calor reconfortante que me hace olvidar los copos helados.

El pasado ha quedado atrás y, por primera vez en mucho tiempo, me siento preparada para imaginar el futuro. Nuestro futuro... un lienzo en blanco que estoy deseando llenar de colores, sueños y amor.

NOTA DEL AUTOR

Muchas gracias por llegar hasta aquí.

Si este thriller te ha mantenido en vilo y te ha hecho pasar un buen rato, me alegro enormemente. Y si es tu primera incursión en la colección Suspense y Sentimientos, ¡bienvenido! Te aseguro que los demás títulos te reservan emociones igual de intensas.

Como ya es tradición en esta colección, he preparado un **final alternativo** para ti. Es mi manera de agradecerte tu confianza.



Para descubrirlo, solo tienes que hacer clic en la imagen.

Tu opinión cuenta muchísimo. Una reseña tuya, aunque sea breve, en la página del libro marca una diferencia enorme. Me ayuda a que otros lectores descubran estas historias y, sinceramente, me da fuerzas para seguir escribiendo. Si la novela te ha gustado, te agradecería de corazón que compartieras tu opinión.

Y a todos los que seguís la colección desde el principio: gracias, de verdad. Sin vosotros, estas historias no existirían. Sois el motor que mantiene viva esta aventura literaria.

Nos vemos en la próxima novela.

Un abrazo,

Julia Salvador

P.D.: Para acceder al final alternativo, haz clic en la imagen.

FINAL ALTERNATIVO



https://bit.ly/miente-final-alternativo

Para acceder al final alternativo: haz clic en la imagen.
